

El retrato de Dorian Gray

Wilde, Oscar

Published: 2010
Categorie(s):
Tag(s): Narrativa decadente

Prefacio

El artista es creador de belleza.

Revelar el arte y ocultar al artista es la meta del arte.

El crítico es quien puede traducir de manera distinta o con nuevos materiales su impresión de la belleza. La forma más elevada de la crítica, y también la más rastrera, es una modalidad de autobiografía.

Quienes descubren significados ruines en cosas hermosas están corrompidos sin ser elegantes, lo que es un defecto. Quienes encuentran significados bellos en cosas hermosas son espíritus cultivados. Para ellos hay esperanza.

Son los elegidos, y en su *caso las cosas hermosas sólo significan belleza.*

No existen libros morales o inmorales.

Los libros están bien o mal escritos. Eso es todo.

La aversión del siglo por el realismo es la rabia de Calibán al verse la cara en el espejo.

La aversión del siglo por el romanticismo es la rabia de Calibán al no verse la cara en un espejo.

La vida moral del hombre forma parte de los temas del artista, pero la moralidad del arte consiste en hacer un uso perfecto de un medio imperfecto. Ningún artista desea probar nada. Incluso las cosas que son verdad se pueden probar.

El artista no tiene preferencias morales. Una preferencia moral en un artista es un imperdonable amaneramiento de estilo.

Ningún artista es morboso. El artista está capacitado para expresarlo todo.

Pensamiento y lenguaje son, para el artista, los instrumentos de su arte.

El vicio y la virtud son los materiales del artista. Desde el punto de vista de la forma, el modelo de todas las artes es el arte del músico. Desde el punto de vista del sentimiento, el modelo es el talento del actor.

Todo arte es a la vez superficie y símbolo.

Quienes profundizan, sin contentarse con la superficie, se exponen a las consecuencias.

Quienes penetran en el símbolo se exponen a las consecuencias.

Lo que en realidad refleja el arte es al espectador y no la vida.

La diversidad de opiniones sobre una obra de arte muestra que esa obra es nueva, compleja y que está viva. Cuando los críticos disienten, el artista está de acuerdo consigo mismo.

A un hombre le podemos perdonar que haga algo útil siempre que no lo admire. La única excusa para hacer una cosa inútil es admirarla infinitamente.

Todo arte es completamente inútil.

OSCAR WILDE

Capítulo 1

El intenso perfume de las rosas embalsamaba el estudio y, cuando la ligera brisa agitaba los árboles del jardín, entraba, por la puerta abierta, un intenso olor a lilas o el aroma más delicado de las flores rosadas de los espinos.

Lord Henry Wotton, que había consumido ya, según su costumbre, innumerables cigarrillos, vislumbraba, desde el extremo del sofá donde estaba tumbado –tapizado al estilo de las alfombras persas–, el resplandor de las floraciones de un codeso, de dulzura y color de miel, cuyas ramas estremecidas apenas parecían capaces de soportar el peso de una belleza tan deslumbrante como la suya; y, de cuando en cuando, las sombras fantásticas de pájaros en vuelo se deslizaban sobre las largas cortinas de seda india colgadas delante de las inmensas ventanas, produciendo algo así como un efecto japonés, lo que le hacía pensar en los pintores de Tokyo, de rostros tan pálidos como el jade, que, por medio de un arte necesariamente inmóvil, tratan de transmitir la sensación de velocidad y de movimiento. El zumbido obstinado de las abejas, abriéndose camino entre el alto césped sin segar, o dando vueltas con monótona insistencia en torno a los polvorientos cuernos dorados de las desordenadas madreselvas, parecían hacer más opresiva la quietud, mientras los ruidos confusos de Londres eran como las notas graves de un órgano lejano.

En el centro de la pieza, sobre un caballete recto, descansaba el retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza; y, delante, a cierta distancia, estaba sentado el artista en persona, el Basil Hallward cuya repentina desaparición, hace algunos años, tanto conmoviera a la sociedad y diera origen a tan extrañas suposiciones. –

Al contemplar la figura apuesta y elegante que con tanta habilidad había reflejado gracias a su arte, una sonrisa de satisfacción, que quizá hubiera podido prolongarse, iluminó su rostro. Pero el artista se incorporó bruscamente y, cerrando los ojos, se cubrió los párpados con los dedos, como si tratara de aprisionar en su cerebro algún extraño sueño del que temiese despertar.

–Es tu mejor obra, Basil –dijo lord Henry con entonación lánguida–, lo mejor que has hecho. No dejes de mandarla el año que viene a la galería Grosvenor. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Cada vez que voy allí, o hay tanta gente que no puedo ver los cuadros, lo que es horrible, o hay tantos cuadros que no puedo ver a la gente, lo que todavía es peor. La galería Grosvenor es el sitio indicado.

–No creo que lo mande a ningún sitio –respondió el artista, echando la cabeza hacia atrás de la curiosa manera que siempre hacía reír a sus amigos de Oxford–. No; no mandaré el retrato a ningún sitio.

Lord Henry alzó las cejas y lo miró con asombro a través de las delgadas volutas de humo que, al salir de su cigarrillo con mezcla de opio, se retorcían adoptando extrañas formas.

–¿No lo vas a enviar a ningún sitio? ¿Por qué, mi querido amigo? ¿Qué razón podrías aducir? ¿Por qué sois unas gentes tan raras los pintores? Hacéis cualquier cosa para ganaros una reputación, pero, tan pronto como la tenéis, se diría que os sobra. Es una tontería, porque en el mundo sólo hay algo peor que ser la persona de la que se habla y es ser alguien de quien no se habla. Un retrato como ése te colocaría muy por encima de todos los pintores ingleses jóvenes y despertaría los celos de los viejos, si es que los viejos son aún susceptibles de emociones.

–Sé que te vas a reír de mí –replicó Hallward–, pero no me es posible exponer ese retrato. He puesto en él demasiado de mí mismo.

Lord Henry, estirándose sobre el sofá, dejó escapar una carcajada.

–Sí, Harry, sabía que te ibas a reír, pero, de todos modos, no es más que la verdad.

– Demasiado de ti mismo! A fe mía, Basil, no sabía que fueras tan vanidoso; no advierto la menor semejanza entre ti, con tus facciones bien marcadas y un poco duras y tu pelo negro como el carbón, y ese joven adonis, que parece estar hecho de marfil y pétalos de rosa. Vamos, mi querido Basil, ese muchacho es un narciso, y tú… , bueno, tienes, por supuesto, un aire intelectual y todo eso. Pero la belleza, la belleza auténtica, termina donde empieza el aire intelectual. El intelecto es, por sí mismo, un modo de exageración, y destruye la armonía de cualquier rostro. En el momento en que alguien se sienta a pensar, todo él se convierte en nariz o en frente o en algo espantoso. Repara en quienes triunfan en cualquier profesión docta. Son absolutamente imposibles. Con la excepción, por supuesto, de la Iglesia. Pero sucede que en la Iglesia no se piensa. Un obispo sigue diciendo a los ochenta años lo que a los dieciocho le contaron que tenía que decir, y la consecuencia lógica es que siempre tiene un aspecto delicioso. Tu misterioso joven amigo, cuyo nombre nunca me has revelado, pero cuyo retrato me fascina de verdad, nunca piensa. Estoy completamente seguro de ello. Es una hermosa criatura, descerebrada, que debería estar siempre aquí en invierno, cuando no tenemos flores que mirar, y también en verano, cuando buscamos algo que nos enfríe la inteligencia. No te hagas ilusiones, Basil: no eres en absoluto como él.

–No me entiendes, Harry –respondió el artista–. No soy como él, por supuesto. Lo sé perfectamente. De hecho, lamentaría parecerme a él. ¿Te encoges de hombros? Te digo la verdad. Hay un destino adverso ligado a la superioridad corporal o intelectual, el destino adverso que persigue por toda la historia los pasos vacilantes de los reyes. Es mucho mejor no ser diferente de la mayoría. Los feos y los estúpidos son quienes mejor lo pasan en el mundo. Se pueden sentar a sus anchas y ver la función con la boca abierta. Aunque no sepan nada de triunfar, se ahorran al menos los desengaños de la derrota. Viven como todos deberíamos vivir, tranquilos, despreocupados, impasibles. Ni provocan la ruina de otros, ni la reciben de manos ajenas. Tu situación social y tu riqueza, Harry; mi cerebro, el que sea; mi arte, cualquiera que sea su valor; la apostura de Dorian Gray: todos vamos a sufrir por lo que los dioses nos han dado, y a sufrir terriblemente.

–¿Dorian Gray? ¿Es así como se llama? –preguntó lord Henry, atravesando el estudio en dirección a Basil Hallward.

–Sí; así es como se llama. No tenía intención de decírtelo.

–Pero, ¿por qué no?

–No te lo puedo explicar. Cuando alguien me gusta muchísimo nunca le digo su nombre a nadie. Es como entregar una parte de esa persona. Con el tiempo he llegado a amar el secreto. Parece ser lo único capaz de hacer misteriosa o maravillosa la vida moderna. Basta esconder la cosa más corriente para hacerla deliciosa. Cuando ahora me marcho de Londres, nunca le digo a mi gente adónde voy. Si lo hiciera, dejaría de resultarme placentero. Es una costumbre tonta, lo reconozco, pero por alguna razón parece dotar de romanticismo a la vida. Imagino que te resulto terriblemente ridículo, ¿no es cierto?

–En absoluto –respondió lord Henry–; nada de eso, mi querido Basil. Pareces olvidar que estoy casado, y el único encanto del matrimonio es que exige de ambas partes practicar asiduamente el engaño. Nunca sé dónde está mi esposa, y mi esposa nunca sabe lo que yo hago. Cuando coincidimos, cosa que sucede a veces, porque salimos juntos a cenar o vamos a casa del Duque, nos contamos con tremenda seriedad las historias más absurdas sobre nuestras respectivas actividades. Mi mujer lo hace muy bien; mucho mejor que yo, de hecho. Nunca se equivoca en cuestión de fechas y yo lo hago siempre. Pero cuando me descubre, no se enfada. A veces me gustaría que lo hiciera, pero se limita a reírse de mí.

–No me gusta nada cómo hablas de tu vida de casado, Harry –dijo Basil Hallward, dirigiéndose hacia la puerta que llevaba al jardín–. Creo que eres en realidad un marido excelente, pero que te avergüenzas de tus

virtudes. Eres una persona extraordinaria. Nunca das lecciones de moralidad y nunca haces nada malo. Tu cinismo no es más que afectación.

–La naturalidad también es afectación, y la más irritante que conozco –exclamó lord Henry, echándose a reír.

Los dos jóvenes salieron juntos al jardín, acomodándose en un amplio banco de bambú colocado a la sombra de un laurel. La luz del sol resbalaba sobre las hojas enceradas. Sobre la hierba temblaban margaritas blancas.

Después de un silencio, lord Henry sacó su reloj de bolsillo.

–Mucho me temo que he de marcharme, Basil –murmuró–, pero antes de irme, insisto en que me respondas a la pregunta que te he hecho hace un rato.

–¿Cuál era? –dijo el pintor, sin levantar los ojos del suelo.

–Lo sabes perfectamente. –No lo sé, Harry.

–Bueno, pues te lo diré. Quiero que me expliques por qué no vas a exponer el retrato de Dorian Gray. Quiero la verdadera razón.

–Te la he dado.

–No, no lo has hecho. Me has dicho que hay demasiado de ti en ese retrato. Y eso es una chiquillada. –Harry–dijo Basil Hallward, mirándolo directamente a los ojos–, todo retrato que se pinta de corazón es un retrato del artista, no de la persona que posa. El modelo no es más que un accidente, la ocasión. No es a él a quien revela el pintor; es más bien el pintor quien, sobre el lienzo coloreado, se revela. La razón de que no exponga el cuadro es que tengo miedo de haber mostrado el secreto de mi alma.

Lord Henry rió.

– Y, ¿cuál es ..? –preguntó.

–Te lo voy a decir –respondió Hallward; pero lo que apareció en su rostro fue una expresión de perplejidad. –Soy todo oídos, Basil –insistió su acompañante, mirándolo de reojo.

–En realidad es muy poco lo que hay que contar, Harry –respondió el pintor–, y mucho me temo que apenas lo entenderías. Quizá tampoco te lo creas.

Lord Henry sonrió y, agachándose, arrancó de entre el césped una margarita de pétalos rosados y se puso a examinarla.

–Estoy seguro de que lo entenderé –replicó, contemplando fijamente el pequeño disco dorado con plumas blancas–; y en cuanto a creer cosas, me puedo creer cualquiera con tal de que sea totalmente increíble.

El aire arrancó algunas flores de los árboles, y las pesadas floraciones de lilas, con sus pléyades de estrellas, se balancearon lánguidamente. Un

saltamontes empezó a cantar junto a la valla, y una libélula, larga y delgada como un hilo azul, pasó flotando sobre sus alas de gasa marrón. Lord Henry tuvo la impresión de oír los latidos del corazón de Basil Hallward, y se preguntó qué iba a suceder.

–Es una historia muy sencilla –dijo el pintor después de algún tiempo–. Hace dos meses asistí a una de esas fiestas de lady Brandon a las que va tanta gente. Ya sabes que nosotros, los pobres artistas, tenemos que aparecer en sociedad de cuando en cuando para recordar al público que no somos salvajes. Vestidos de etiqueta y con corbata blanca, como una vez me dijiste, cualquiera, hasta un corredor de Bolsa, puede ganarse reputación de civilizado. Bien; cuando llevaba unos diez minutos en el salón, charlando con imponentes viudas demasiado enjoyadas y tediosos académicos, noté de pronto que alguien me miraba. Al darme la vuelta vi a Dorian Gray por vez primera. Cuando nuestros ojos se encontraron, me noté palidecer. Una extraña sensación de terror se apoderó de mí. Supe que tenía delante a alguien con una personalidad tan fascinante que, si yo se lo permitía, iba a absorber toda mi existencia, el alma entera, incluso mi arte. Yo no deseaba ninguna influencia exterior en mi vida. Tú sabes perfectamente lo independiente que soy por naturaleza. Siempre he hecho lo que he querido; al menos, hasta que conocí a Dorian Gray. Luego… , aunque no sé cómo explicártelo. Algo parecía decirme que me encontraba al borde de una crisis terrible. Tenía la extraña sensación de que el Destino me reservaba exquisitas alegrías y terribles sufrimientos. Me asusté y me di la vuelta para abandonar el salón. No fue la conciencia lo que me impulsó a hacerlo: más bien algo parecido a la cobardía. No me atribuyo ningún mérito por haber tratado de escapar.

–Conciencia y cobardía son en realidad lo mismo, Basil. La conciencia es la marca registrada de la empresa. Eso es todo.

–No lo creo, Harry, y me parece que tampoco lo crees tú. Fuera cual fuese mi motivo, y quizá se tratara orgullo, porque he sido siempre muy orgulloso, conseguí llegar a duras penas hasta la puerta. Pero allí, por supuesto, me tropecé con lady Brandon. «¿No irá usted a marcharse tan pronto, señor Hallward?», me gritó. ¿Recuerdas la voz tan peculiarmente estridente que tiene?

–Sí; es un pavo real en todo menos en la belleza –dijo lord Henry, deshaciendo la margarita con sus largos dedos nerviosos.

–No me pude librar de ella. Me presentó a altezas reales, a militares y aristócratas, y a señoras mayores con gigantescas diademas y narices de loro. Habló de mí como de su amigo más querido. Sólo había estado una vez con ella, pero se le metió en la cabeza convertirme en la celebridad

de la velada. Creo que por entonces algún cuadro mío tuvo un gran éxito o al menos se habló de él en los periódicos sensacionalistas, que son el criterio de la inmoralidad del siglo XIX. De repente, me encontré cara a cara con el joven cuya personalidad me había afectado de manera tan extraña. Estábamos muy cerca, casi nos tocábamos. Nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Fue una imprudencia por mi parte, pero pedí a lady Brandon que nos presentara. Quizá no fuese imprudencia, sino algo sencillamente inevitable. Nos hubiésemos hablado sin necesidad de presentación. Estoy seguro de ello. Dorian me lo confirmó después. También él sintió que estábamos destinados a conocernos.

–Y, ¿cómo describió lady Brandon a ese joven maravilloso? –preguntó su amigo–. Sé que le gusta dar un rápido resumen de todos sus invitados. Recuerdo que me llevó a conocer a un anciano caballero de rostro colorado, cubierto con todas las condecoraciones imaginables, y me confió al oído, en un trágico susurro que debieron oír perfectamente todos los presentes, los detalles más asombrosos. Sencillamente huí. Prefiero desenmascarar a las personas yo mismo. Pero lady Brandon trata a sus invitados exactamente como un subastador trata a sus mercancías. O los explica completamente del revés, o cuenta todo excepto lo que uno quiere saber.

– Pobre lady Brandon! Eres muy duro con ella, Harry! –dijo Hallward lánguidamente.

–Mi querido amigo, esa buena señora trataba de fundar un salón, pero sólo ha conseguido abrir un restaurante. ¿Cómo quieres que la admire? Pero, dime, ¿qué te contó del señor Dorian Gray?

–Algo así como «muchacho encantador, su pobre madre y yo absolutamente inseparables. He olvidado por completo a qué se dedica, me temo que… , no hace nada… Sí, sí, toca el piano, ¿o es el violín, mi querido señor Gray?» Ninguno de los dos pudimos evitar la risa, y nos hicimos amigos al instante.

–La risa no es un mal principio para una amistad y, desde luego, es la mejor manera de terminarla –dijo el joven lord, arrancando otra margarita.

Hallward negó con la cabeza.

–No entiendes lo que es la amistad, Harry –murmuró–; ni tampoco la enemistad, si vamos a eso. Te gusta todo el mundo; es decir, todo el mundo te deja indiferente.

– Qué horriblemente injusto eres conmigo! –exclamó lord Henry, echándose el sombrero hacia atrás para mirar a las nubecillas que, como madejas enmarañadas de brillante seda blanca, vagaban por la oquedad

turquesa del cielo veraniego–. Sí; horriblemente injusto. Ya lo creo que distingo entre la gente. Elijo a mis amigos por su apostura, a mis conocidos por su buena reputación y a mis enemigos por su inteligencia. No es posible excederse en el cuidado al elegir a los enemigos. No tengo ni uno solo que sea estúpido. Todos son personas de cierta talla intelectual y, en consecuencia, me aprecian. ¿Te parece demasiada vanidad por mi parte? Creo que lo es.

–Coincido en eso contigo. Pero según tus categorías yo no debo de ser más que un conocido.

–Mi querido Basil: eres mucho más que un conocido. –Y mucho menos que un amigo. Algo así como un hermano, ¿no es cierto?

– Ah, los hermanos! No me gustan los hermanos. Mi hermano mayor no se muere, y los menores nunca hacen otra cosa.

– Harry! –exclamó Hallward, frunciendo el ceño.

–No hablo del todo en serio. Pero me es imposible no detestar a mi familia. Imagino que se debe a que nadie soporta a las personas que tienen sus mismos defectos. Entiendo perfectamente la indignación de la democracia inglesa ante lo que llama los vicios de las clases altas. Las masas consideran que embriaguez, estupidez e inmoralidad deben ser exclusivo patrimonio suyo, y cuando alguno de nosotros se pone en ridículo nos ven como cazadores furtivos en sus tierras. Cuando el pobre Southwark tuvo que presentarse en el Tribunal de Divorcios, la indignación de las masas fue realmente magnífica. Y, sin embargo, no creo que el diez por ciento del proletariado viva correctamente.

–No estoy de acuerdo con una sola palabra de lo que has dicho y, lo que es más, estoy seguro de que a ti te sucede lo mismo.

Lord Henry se acarició la afilada barba castaña y se golpeó la punta de una bota de charol con el bastón de caoba.

– Qué inglés eres, Basil! Es la segunda vez que haces hoy esa observación. Si se presenta una idea a un inglés auténtico (lo que siempre es una imprudencia), nunca se le ocurre ni por lo más remoto pararse a pensar si la idea es verdadera o falsa. Lo único que considera importante es si el interesado cree lo que dice. Ahora bien, el valor de una idea no tiene nada que ver con la sinceridad de la persona que la expone. En realidad, es probable que cuanto más insincera sea la persona, más puramente intelectual sea la idea, ya que en ese caso no estará coloreada ni por sus necesidades, ni por sus deseos, ni por sus prejuicios. No pretendo, sin embargo, discutir contigo ni de política, ni de sociología, ni de metafísica. Las personas me gustan más que los principios, y las personas sin principios

me gustan más que nada en el mundo. Cuéntame más cosas acerca de Dorian Gray. ¿Lo ves con frecuencia?

–Todos los días. No sería feliz si no lo viera todos los días. Me es absolutamente necesario.

– Extraordinario! Creía que sólo te interesaba el arte. –Dorian es todo mi arte –dijo el pintor gravemente–. A veces pienso, Harry, que la historia del mundo sólo ha conocido dos eras importantes. La primera es la que ve la aparición de una nueva técnica artística. La segunda, la que asiste a la aparición de una nueva personalidad, también para el arte. Lo que fue la invención de la pintura al óleo para los venecianos, o el rostro de Antinoo para los últimos escultores griegos, lo será algún día para mí el rostro de Dorian Gray. No es sólo que lo utilice como modelo para pintar, para dibujar, para hacer apuntes. He hecho todo eso, por supuesto. Pero para mí es mucho más que un modelo o un tema. No te voy a decir que esté insatisfecho con lo que he conseguido, ni que su belleza sea tal que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que lo que he hecho desde que conocí a Dorian Gray es bueno, es lo mejor que he hecho nunca. Pero, de alguna manera curiosa (no sé si me entenderás), su personalidad me ha sugerido una manera completamente nueva, un nuevo estilo. Veo las cosas de manera distinta, las pienso de forma diferente. Ahora soy capaz de recrear la vida de una manera que antes desconocía. «Un sueño de belleza en días de meditación». ¿Quién ha dicho eso? No me acuerdo; pero eso ha sido para mí Dorian Gray. La simple presencia de ese muchacho, porque me parece poco más que un adolescente, aunque pasa de los veinte, su simple presencia… Ah! Me pregunto si puedes darte cuenta de lo que significa. De manera inconsciente define para mí los trazos de una nueva escuela, una escuela que tiene toda la pasión del espíritu romántico y toda la perfección de lo griego. La armonía del alma y del cuerpo, qué maravilla! En nuestra locura hemos separado las dos cosas, y hemos inventado un realismo que es vulgar, y un idealismo hueco. Harry! Si supieras lo que Dorian es para mí! ¿Recuerdas aquel paisaje mío, por el que Agnew me ofreció tanto dinero, pero del que no quise desprenderme? Es una de las mejores cosas que he hecho nunca. Y, ¿por qué? Porque mientras lo pintaba Dorian Gray estaba a mi lado. Me transmitía alguna influencia sutil y por primera vez en mi vida vi en un simple bosque la maravilla que siempre había buscado y que siempre se me había escapado.

– Eso que cuentas es extraordinario! He de ver a Dorian Gray.

Hallward se levantó del asiento y empezó a pasear por el jardín. Al cabo de unos momentos regresó.

–Harry –dijo–, Dorian Gray no es para mí más que un motivo artístico. Quizá tú no veas nada en él. Yo lo veo todo. Nunca está más presente en mi trabajo que cuando no aparece en lo que pinto. Es la sugerencia, como he dicho, de una nueva manera. Lo encuentro en las curvas de ciertas líneas, en el encanto y sutileza de ciertos colores. Eso es todo.

–Entonces, ¿por qué te niegas a exponer su retrato? –preguntó lord Henry.

–Porque, sin pretenderlo, he puesto en ese cuadro la expresión de mi extraña idolatría de artista, de la que, por supuesto, nunca he querido hablar con él. Nada sabe. No lo sabrá nunca. Pero quizá el mundo lo adivine; y no quiero desnudar mi alma ante su mirada entrometida y superficial. Nunca pondré mi corazón bajo su microscopio. Hay demasiado de mí mismo en ese cuadro, Harry, demasiado de mí mismo!

–Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Saben lo útil que es la pasión cuando piensan en publicar. En nuestros días un corazón roto da para muchas ediciones.

–Los detesto por eso –exclamó Hallward–. Un artista debe crear cosas hermosas, pero sin poner en ellas nada de su propia existencia. Vivimos en una época en la que se trata el arte como si fuese una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Algún día mostraré al mundo lo que es eso; y ésa es la razón de que el mundo no deba ver nunca mi retrato de Dorian Gray.

–Creo que estás equivocado, pero no voy a discutir contigo. Sólo discuten los que están perdidos intelectualmente. Dime, Dorian Gray te tiene mucho afecto?

El pintor reflexionó durante unos instantes.

–Me tiene afecto –respondió, después de una pausa–; sé que me tiene afecto. Es cierto, por otra parte, que lo halago terriblemente. Hallo un extraño placer en decirle cosas de las que sé que después voy a arrepentirme. Por regla general es encantador conmigo, y nos sentamos en el estudio y hablamos de mil cosas. De cuando en cuando, sin embargo, es terriblemente desconsiderado, y parece disfrutar haciéndome sufrir. Entonces siento que he entregado toda mi alma a alguien que la trata como si fuera una flor que se pone en el ojal, una condecoración que deleita su vanidad, un adorno para un día de verano.

–En verano los días suelen ser largos, Basil –murmuró lord Henry–. Quizá te canses tú antes que él. Es triste pensarlo, pero sin duda el genio dura más que la belleza. Eso explica que nos esforcemos tanto por cultivarnos. En la lucha feroz por la existencia queremos tener algo que dure, y nos llenamos la cabeza de basura y de datos, con la tonta esperanza de

conservar nuestro puesto. La persona que lo sabe todo: ése es el ideal moderno. Y la mente de esa persona que todo lo sabe es una cosa terrible, un almacén de baratillo, todo monstruos y polvo, y siempre con precios por encima de su valor verdadero. Creo que tú te cansarás primero, de todos modos. Algún día mirarás a tu amigo, y te parecerá que está un poco desdibujado, o no te gustará la tonalidad de su tez, o cualquier otra cosa. Se lo reprocharás con amargura, y pensarás, muy seriamente, que se ha portado mal contigo. La siguiente vez que te visite, te mostrarás perfectamente frío e indiferente. Será una pena, porque te cambiará. Lo que me has contado es una historia de amor, habría que llamarla historia de amor estético, y lo peor de toda historia de amor es que después tino se siente muy poco romántico.

–Harry, no hables así. Mientras viva, la personalidad de Dorian Gray me dominará. No puedes sentir lo que yo siento. Tú cambias con demasiada frecuencia.

– Ah, mi querido Basil, precisamente por eso soy capaz de sentirlo! Los que son fieles sólo conocen el lado trivial del amor: es el infiel quien sabe de sus tragedias.

Lord Henry frotó una cerilla sobre un delicado estuche de plata y empezó a fumar un cigarrillo con un aire tan pagado de sí mismo y tan satisfecho como si hubiera resumido el mundo en una frase.

Los gorriones alborotaban entre las hojas lacadas de la enredadera y las sombras azules de las nubes se perseguían sobre el césped como golondrinas. Qué agradable era estar en el jardín! Y cuán deliciosas las emociones de otras personas! Mucho más que sus ideas, en opinión de lord Henry. Nuestra alma y las pasiones de nuestros amigos: ésas son las cosas fascinantes de la vida. Le divirtió recordar en silencio el tedioso almuerzo que se había perdido al quedarse tanto tiempo con Basil Hallward. Si hubiera ido a casa de su tía, se habría encontrado sin duda con lord Goodboy, y sólo habrían hablado de alimentar a los pobres y de la necesidad de construir alojamientos modelo. Todos los comensales habrían destacado la importancia de las virtudes que su situación en la vida les dispensaba de ejercitar. Los ricos hablarían del valor del ahorro, y los ociosos se extenderían elocuentemente sobre la dignidad del trabajo. Era delicioso haber escapado a todo aquello! Mientras pensaba en su tía, algo pareció sorprenderlo. Volviéndose hacia Hallward, dijo:

–Acabo de acordarme.

–¿Acordarte de qué, Harry?

–De dónde he oído el nombre de Dorian Gray.

–¿Dónde? –preguntó Hallward, frunciendo levemente el ceño.

–No es necesario que te enfades. Fue en casa de mi tía, lady Agatha. Me dijo que había descubierto a un joven maravilloso que iba a ayudarla en el East End y que se llamaba Dorian Gray. Tengo que confesar que nunca me contó que fuese bien parecido. Las mujeres no aprecian la belleza; al menos, las mujeres honestas. Me dijo que era muy serio y con muy buena disposición. Al instante me imaginé una criatura con gafas y de pelo lacio, horriblemente cubierto de pecas y con enormes pies planos. Ojalá hubiera sabido que se trataba de tu amigo.

–Me alegro mucho de que no fuese así, Harry.

–¿Por qué?

–No quiero que lo conozcas.

–¿No quieres que lo conozca?

–No.

–El señor Dorian Gray está en el estudio –anunció el mayordomo, entrando en el jardín.

–Ahora tienes que presentármelo –exclamó lord Henry, riendo.

El pintor se volvió hacia su criado, a quien la luz del sol obligaba a parpadear.

–Dígale al señor Gray que espere, Parker. Me reuniré con él dentro de un momento.

El mayordomo hizo una inclinación y se retiró.

Hallward se volvió después hacia lord Henry.

–Dorian Gray es mi amigo más querido –dijo–. Es una persona sencilla y bondadosa. Tu tía estaba en lo cierto al describirlo. No lo eches a perder. No trates de influir en él. Tu influencia sería mala. El mundo es muy grande y encierra mucha gente maravillosa. No me arrebates la única persona que da a mi arte todo el encanto que posee: mi vida de artista depende de él. Tenlo en cuenta, Harry, confío en ti –hablaba muy despacio, y las palabras parecían salirle de la boca casi contra su voluntad.

– Qué tonterías dices! –respondió lord Henry, con una sonrisa.

Luego, tomando a Hallward del brazo, casi lo condujo hacia la casa.

Capítulo 2

Al entrar, vieron a Dorian Gray. Estaba sentado al piano, de espaldas a ellos, pasando las páginas de *Las escenas del bosque,* de Schumann.

–Tienes que prestármelo, Basil –exclamó–. Quiero aprendérmelas. Son encantadoras.

–Eso depende de cómo poses hoy, Dorian.

–Estoy cansado de posar, y no quiero un retrato de cuerpo entero –respondió el muchacho, volviéndose sobre el taburete del piano con un gesto caprichoso y malhumorado. Al ver a lord Henry, se le colorearon las mejillas por un momento y procedió a levantarse–. Perdóname, Basil, pero no sabía que estuvieras acompañado.

–Te presento a lord Henry Wotton, Dorian, un viejo amigo mío de Oxford. Le estaba diciendo que eres un modelo muy disciplinado, y acabas de echarlo todo a perder.

–Excepto el placer de conocerlo a usted, señor Gray –dijo lord Henry, dando un paso al frente y extendiendo la mano–. Mi tía me ha hablado a menudo de usted. Es uno de sus preferidos y, mucho me temo, también una de sus víctimas.

–En el momento actual estoy en la lista negra de lady Agatha –respondió Dorian con una divertida expresión de remordimiento–. Prometí ir con ella el martes a un club de Whitechapel y lo olvidé por completo. íbamos a tocar juntos un dúo… , más bien tres, según creo. No sé qué dirá. Me da miedo ir a visitarla.

–Yo me encargo de reconciliarlo con ella. Siente verdadera devoción por usted. Y no creo que importara que no fuese. El público pensó probablemente que era un dúo. Cuando tía Agatha se sienta al piano hace ruido suficiente por dos personas.

–Eso es una insidia contra ella y tampoco me deja a mí en muy buen lugar –respondió Dorian, riendo.

Lord Henry se lo quedó mirando. Sí; no había la menor duda de que era extraordinariamente bien parecido, con labios muy rojos debidamente arqueados, ojos azules llenos de franqueza, rubios cabellos rizados. Había algo en su rostro que inspiraba inmediata confianza. Estaba allí presente todo el candor de la juventud, así como toda su pureza apasionada. Se sentía que aquel adolescente no se había dejado manchar por el mundo. No era de extrañar que Basil Hallward sintiera veneración por él.

–Sin duda es usted demasiado encantador para dedicarse a la filantropía, señor Gray –lord Henry se dejó caer en el diván y abrió la pitillera.

El pintor había estado ocupado mezclando colores y preparando los pinceles. Parecía preocupado y, al oír la última observación de lord Henry, lo miró, vaciló un instante y luego dijo:

–Harry, quiero terminar hoy este retrato. ¿Me juzgarás terriblemente descortés si te pido que te vayas?

Lord Henry sonrió y miró a Dorian Gray.

–¿Tengo que marcharme, señor Gray? –preguntó.

–No, por favor, lord Henry. Ya veo que Basil está hoy de mal humor, y no lo soporto cuando se enfurruña. Además, quiero que me explique por qué no debo dedicarme a la filantropía.

–No estoy seguro de que deba decírselo, señor Gray. Se trata de un asunto tan tedioso que habría que hablar en serio de ello. Pero, desde luego, no saldré corriendo después de haberme dicho usted que me quede. ¿No te importa demasiado, verdad Basil? Me has dicho muchas veces que te gusta que tus hermanas tengan a alguien con quien charlar.

Hallward se mordió los labios.

–Si Dorian lo desea, claro que te puedes quedar. Los caprichos de Dorian son leyes para todo el mundo, excepto para él.

Lord Henry recogió su sombrero y sus guantes.

–Eres muy insistente, Basil, pero, desgraciadamente, debo irme. Prometí reunirme con una persona en el Orleans. Hasta la vista, señor Gray. Venga a verme alguna tarde a Curzon Street. Casi siempre estoy en casa a las cinco. Escríbame cuando decida ir, sentiría mucho perderme su visita.

–Basil –exclamó Dorian Gray–, si lord Henry Wotton se marcha, me iré yo también. Nunca despegas los labios cuando pintas, y es muy aburrido estar de pie en un estrado y tratar de parecer contento. Pídele que se quede. Insisto.

–Quédate, Harry, para complacer a Dorian y para complacerme a mí –dijo Hallward, sin apartar los ojos del cuadro–. Es muy cierto que nunca hablo cuando estoy trabajando, y tampoco escucho, lo que debe de ser increíblemente tedioso para mis pobres modelos. Te suplico que te quedes.

–¿Y qué va a ser del caballero que me espera en el Orleans?

El pintor se echó a reír.

–No creo que eso sea un problema. Siéntate otra vez, Harry. Y ahora, Dorian, sube al estrado y no te muevas demasiado ni prestes atención a

lo que dice lord Henry. Tiene una pésima influencia sobre todos mis amigos, sin otra excepción que yo.

Dorian Gray subió al estrado con el aspecto de un joven mártir griego, e hizo una ligera mueca de descontento dirigida a lord Henry, que le inspiraba ya una gran simpatía. Era tan distinto de Basil! Producían un contraste muy agradable. Y tenía una voz muy bella.

–¿Es cierto que ejerce usted una pésima influencia, lord Henry? –le preguntó al cabo de unos instantes–. ¿Tan mala como dice Basil?

–Las buenas influencias no existen, señor Gray. Toda influencia es inmoral; inmoral desde el punto de vista científico.

–¿Por qué?

–Porque influir en una persona es darle la propia alma. Esa persona deja de pensar sus propias ideas y de arder con sus pasiones. Sus virtudes dejan de ser reales. Sus pecados, si es que los pecados existen, son prestados. Se convierte en eco de la música de otro, en un actor que interpreta un papel que no se ha escrito para él. La finalidad de la vida es el propio desarrollo. Alcanzar la plenitud de la manera más perfecta posible, para eso estamos aquí. En la actualidad las personas se tienen miedo. Han olvidado el mayor de todos los deberes, lo que cada uno se debe a sí mismo. Son caritativos, por supuesto. Dan de comer al hambriento y visten al desnudo. Pero sus almas pasan hambre y ellos mismos están desnudos. Nuestra raza ha dejado de tener valor. Quizá no lo haya tenido nunca. El miedo a la sociedad, que es la base de la moral; el miedo a Dios, que es el secreto de la religión: ésas son las dos cosas que nos gobiernan. Y, sin embargo…

–Vuelve la cabeza un poquito más hacia la derecha, Dorian, como un buen chico –dijo el pintor, enfrascado en su trabajo, sólo consciente de que en el rostro del muchacho había aparecido una expresión completamente nueva.

–Y, sin embargo –continuó lord Henry, con su voz grave y musical, y con el peculiar movimiento de la mano que le era tan característico, y que ya lo distinguía incluso en los días de Eton–, creo que si un hombre viviera su vida de manera total y completa, si diera forma a todo sentimiento, expresión a todo pensamiento, realidad a todo sueño… , creo que el mundo recibiría tal empujón de alegría que olvidaríamos todas las enfermedades del medievalismo y regresaríamos al ideal heleno; puede que incluso a algo más delicado, más rico que el ideal heleno. Pero hasta el más valiente de nosotros tiene miedo de sí mismo. La mutilación del salvaje encuentra su trágica supervivencia en la autorrenuncia que desfigura nuestra vida. Se nos castiga por nuestras negativas. Todos los

impulsos que nos esforzamos por estrangular se multiplican en la mente y nos envenenan. Que el cuerpo peque una vez, y se habrá librado de su pecado, porque la acción es un modo de purificación. Después no queda nada, excepto el recuerdo de un placer o la voluptuosidad de un remordimiento. La única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella. Si se resiste, el alma enferma, anhelando lo que ella misma se ha prohibido, deseando lo que sus leyes monstruosas han hecho monstruoso e ilegal. Se ha dicho que los grandes acontecimientos del mundo suceden en el cerebro. Es también en el cerebro, y sólo en el cerebro, donde se cometen los grandes pecados. Usted, señor Gray, usted mismo, todavía con las rosas rojas de la juventud y las blancas de la infancia, ha tenido pasiones que le han hecho asustarse, pensamientos que le han llenado de terror, sueños y momentos de vigilia cuyo simple recuerdo puede teñirle las mejillas de vergüenza…

– Basta! –balbuceó Dorian Gray–; basta! Me desconcierta usted. No sé qué decir. Hay una manera de responderle, pero no la encuentro. No hable. Déjeme pensar. O, más bien, deje que trate de pensar.

Durante cerca de diez minutos siguió allí, inmóvil, los labios abiertos y un brillo extraño en la mirada. Era vagamente consciente de que influencias completamente nuevas actuaban en su interior, aunque, le parecía a él, procedían en realidad de sí mismo. Las pocas palabras que el amigo de Basil le había dicho, palabras lanzadas al azar, sin duda, y caprichosamente paradójicas, habían tocado alguna cuerda secreta, nunca pulsada anteriormente, pero que sentía ahora vibrar y palpitar con peculiares estremecimientos.

La música le afectaba de la misma manera. La música le había conmovido muchas veces. Pero la música no era directamente inteligible. No era un mundo nuevo, sino más bien otro caos creado en nosotros. Palabras! Simples palabras! Qué terribles eran! Qué claras, y qué agudas y crueles! No era posible escapar. Y, sin embargo, qué magia tan sutil había en ellas! Parecían tener la virtud de dar una forma plástica a cosas informes y poseer una música propia tan dulce como la de una viola o de un laúd. Simples palabras! ¿Había algo tan real como las palabras?

Sí; hubo cosas en su infancia que nunca entendió, pero que ahora entendía. La vida, de repente, adquirió a sus ojos un color rojo encendido. Le pareció que había estado caminando sobre fuego. ¿Por qué no lo había sabido antes?

Con una sonrisa sutil lord Henry lo observaba. Sabía cuál era el momento psicológico en el que no había que decir nada. Estaba sumamente interesado. Sorprendido de la impresión producida por sus palabras y, al

recordar un libro que había leído a los dieciséis años, un libro que le reveló muchas cosas que antes no sabía, se preguntó si Dorian Gray estaba teniendo una experiencia similar. Él no había hecho más que lanzar una flecha al aire. ¿Había dado en el blanco? Qué fascinante era aquel muchacho!

Hallward pintaba sin descanso con aquellas maravillosas y audaces pinceladas suyas que tenían el verdadero refinamiento y la perfecta delicadeza que, al menos en el arte, proceden únicamente de la fuerza. No había advertido el silencio.

–Basil, me canso de estar de pie –exclamó Gray de repente–. Quiero salir al jardín y sentarme. Aquí el aire es asfixiante.

–Tendrás que perdonarme. Cuando pinto me olvido de todo lo demás. Pero nunca habías posado mejor. Has estado completamente inmóvil. Y he captado el efecto que quería: los labios entreabiertos, y el brillo en los ojos. No sé qué te habrá dicho Harry para conseguir esta expresión maravillosa. Imagino que te halagaba la vanidad. No debes creer una sola palabra de lo que diga.

–Desde luego no me halagaba la vanidad. Tal vez por eso no he creído nada de lo que me ha dicho. –Reconozca que se lo ha creído todo –dijo lord Henry, lanzándole una mirada soñadora y lánguida–. Saldré al jardín con usted. Hace un calor horrible en el estudio. Basil, ofrécenos algo helado para beber, algo que tenga fresas.

–Por supuesto, Harry. Basta con que llames; en cuanto venga Parker le diré lo que quieres. He de trabajar el fondo; me reuniré después con vosotros. No retengas demasiado tiempo a Dorian. Nunca me he sentido tan en forma para pintar como hoy. Va a ser mi obra maestra. Ya lo es, tal como está ahora.

Lord Henry salió al jardín y encontró a Dorian Gray con el rostro hundido en las grandes flores del lilo, bebiendo febrilmente su perfume fresco como si se tratase de vino. Se le acercó y le puso una mano en el hombro.

–Está usted en lo cierto al hacer eso –murmuró–. Nada, excepto los sentidos, puede curar el alma, como tampoco nada, excepto el alma, puede curar los sentidos.

El muchacho se sobresaltó, apartándose. Llevaba la cabeza descubierta, y las hojas del arbusto le habían despeinado, enredando las hebras doradas. Había miedo en sus ojos, como sucede cuándo se despierta a alguien de repente. Le vibraron las aletas de la nariz y algún nervio escondido agitó el rojo de sus labios, haciéndolos temblar.

–Sí –prosiguió lord Henry–; ése es uno de los grandes secretos de la vida: curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos con el alma. Usted es una criatura asombrosa. Sabe más de lo que cree saber, pero menos de lo que quiere.

Dorian Gray frunció el ceño y apartó la cabeza. Le era imposible dejar de mirar con buenos ojos a aquel joven alto y elegante que tenía al lado. Su rostro moreno y romántico y su aire cansado le interesaban. Había algo en su voz, grave y lánguida, absolutamente fascinante. Sus manos blancas, tranquilas, que tenían incluso algo de flores, poseían un curioso encanto. Se movían, cuando lord Henry hablaba, de manera musical, y parecían poseer un lenguaje propio. Pero lord Henry le asustaba, y se avergonzaba de sentir miedo. ¿Cómo era que un extraño le había hecho descubrirse a sí mismo? Conocía a Hallward desde hacía meses, pero la amistad entre ambos no lo había cambiado. De repente, sin embargo, se había cruzado con alguien que parecía descubrirle el misterio de la existencia. Aunque, de todos modos, ¿qué motivo había para sentir miedo? Él no era un colegial ni una muchachita. Era absurdo asustarse.

–Sentémonos a la sombra –dijo lord Henry–. Parker nos ha traído las bebidas, y si se queda usted más tiempo bajo este sol de justicia se le echará a perder la tez y Basil nunca lo volverá a retratar. No debe permitir que el sol lo queme. Sería muy poco favorecedor.

–¿Qué importancia tiene eso? –exclamó Dorian Gray, riendo, mientras se sentaba en un banco al fondo del jardín.

–Toda la importancia del mundo, señor Gray.

–¿Por qué?

–Porque posee usted la más maravillosa juventud, y la juventud es lo más precioso que se puede poseer.

–No lo siento yo así, lord Henry.

–No; no lo siente ahora. Pero algún día, cuando sea viejo y feo y esté lleno de arrugas, cuando los pensamientos le hayan marcado la frente con sus pliegues y la pasión le haya quemado los labios con sus odiosas brasas, lo sentirá, y lo sentirá terriblemente. Ahora, dondequiera que vaya, seduce a todo el mundo. ¿Será siempre así?… Posee usted un rostro extraordinariamente agraciado, señor Gray. No frunza el ceño. Es cierto. Y la belleza es una manifestación de genio; está incluso por encima del genio, puesto que no necesita explicación. Es uno de los grandes dones de la naturaleza, como la luz del sol, o la primavera, o el reflejo en aguas oscuras de esa concha de plata a la que llamamos luna. No admite discusión. Tiene un derecho divino de soberanía. Convierte en príncipes a quienes la poseen. ¿Se sonríe? Ah! Cuando la haya perdido no sonreirá…

La gente dice a veces que la belleza es sólo superficial. Tal vez. Pero, al menos, no es tan superficial como el pensamiento. Para mí la belleza es la maravilla de las maravillas. Tan sólo las personas superficiales no juzgan por las apariencias. El verdadero misterio del mundo es lo visible, no lo que no se ve… Sí, señor Gray, los dioses han sido buenos con usted. Pero lo que los dioses dan, también lo quitan, y muy pronto. Sólo dispone de unos pocos años en los que vivir de verdad, perfectamente y con plenitud. Cuando se le acabe la juventud desaparecerá la belleza, y entonces descubrirá de repente que ya no le quedan más triunfos, o habrá de contentarse con unos triunfos insignificantes que el recuerdo de su pasado esplendor hará más amargos que las derrotas. Cada mes que expira lo acerca un poco más a algo terrible. El tiempo tiene celos de usted, y lucha contra sus lirios y sus rosas. Se volverá cetrino, se le hundirán las mejillas y sus ojos perderán el brillo. Sufrirá horriblemente… Ah! Disfrute plenamente de la juventud mientras la posee. No despilfarre el oro de sus días escuchando a gente aburrida, tratando de redimir a los fracasados sin esperanza, ni entregando su vida a los ignorantes, los anodinos y los vulgares. Ésos son los objetivos enfermizos, las falsas ideas de nuestra época. Viva! Viva la vida maravillosa que le pertenece! No deje que nada se pierda. Esté siempre a la busca de nuevas sensaciones. No tenga miedo de nada… Un nuevo hedonismo: eso es lo que nuestro siglo necesita. Usted puede ser su símbolo visible. Dada su personalidad, no hay nada que no pueda hacer. El mundo le pertenece durante una temporada… En el momento en que lo he visto he comprendido que no se daba usted cuenta en absoluto de lo que realmente es, de lo que realmente puede ser. Había en usted tantas cosas que me encantaban que he sentido la necesidad de hablarle un poco de usted. He pensado en la tragedia que sería malgastar lo que posee. Porque su juventud no durará mucho, demasiado poco, a decir verdad. Las flores sencillas del campo se marchitan, pero florecen de nuevo. Las flores del codeso serán tan amarillas el próximo junio como ahora. Dentro de un mes habrá estrellas moradas en las clemátides y, año tras año, la verde noche de sus hojas sostendrá sus flores moradas. Pero nosotros nunca recuperamos nuestra juventud. El pulso alegre que late en nosotros cuando tenemos veinte años se vuelve perezoso con el paso del tiempo. Nos fallan las extremidades, nuestros sentidos se deterioran. Nos convertimos en espantosas marionetas, obsesionados por el recuerdo de las pasiones que nos asustaron en demasía, y el de las exquisitas tentaciones a las que no tuvimos el valor de sucumbir. Juventud! Juventud! No hay absolutamente nada en el mundo excepto la juventud!

Dorian Gray escuchaba, los ojos muy abiertos, asombrado. El ramillete de lilas se le cayó al suelo. Una sedosa abeja zumbó a su alrededor por un instante. Luego empezó a trepar con dificultad por los globos estrellados de cada flor. Dorian Gray la observó con el extraño interés por las cosas triviales que tratamos de fomentar cuando las más importantes nos asustan, o cuando nos embarga alguna nueva emoción que no sabemos expresar, o cuando alguna idea que nos aterra pone repentino sitio a la mente y exige nuestra rendición. Al cabo de algún tiempo la abeja alzó el vuelo. Dorian Gray la vio introducirse en la campanilla de una enredadera. La flor pareció estremecerse y luego se balanceó suavemente hacia adelante y hacia atrás.

De repente, el pintor apareció en la puerta del estudio y, con gestos bruscos, les indicó que entraran en la casa. Dorian Gray y lord Henry se miraron y sonrieron.

–Estoy esperando –exclamó Hallward–. Vengan, por favor. La luz es perfecta; tráiganse los vasos.

Se levantaron y recorrieron juntos la senda. Dos mariposas verdes y blancas se cruzaron con ellos y, en el peral que ocupaba una esquina del jardín, un mirlo empezó a cantar.

–Se alegra de haberme conocido, señor Gray–dijo lord Henry, mirándolo.

–Sí, ahora sí. Me pregunto si me alegraré siempre.

– Siempre! Terrible palabra. Hace que me estremezca cuando la oigo. Las mujeres son tan aficionadas a usarla. Echan a perder todas las historias de amor intentando que duren para siempre. Es, además, una palabra sin sentido. La única diferencia entre un capricho y una pasión para toda la vida es que el capricho dura un poco más.

Al entrar en el estudio, Dorian Gray puso una mano en el brazo de lord Henry.

–En ese caso, que nuestra amistad sea un capricho –murmuró, ruborizándose ante su propia audacia; luego subió al estrado y volvió a posar.

Lord Henry se dejó caer en un gran sillón de mimbre y lo contempló. El roce del pincel sobre el lienzo era el único ruido que turbaba la quietud, excepto cuando, de tarde en tarde, Hallward retrocedía para examinar su obra desde más lejos. En los rayos oblicuos que penetraban por la puerta abierta, el polvo danzaba, convertido en oro. El intenso perfume de las rosas parecía envolverlo todo.

Al cabo de un cuarto de hora Hallward dejó de pintar, miró durante un buen rato a Dorian Gray, y luego durante otro buen rato al cuadro

mientras mordía el extremo de uno de sus grandes pinceles y fruncía el ceño.

–Está terminado –exclamó por fin; agachándose, firmó con grandes trazos rojos en la esquina izquierda del lienzo.

Lord Henry se acercó a examinar el retrato. Era, sin duda, una espléndida obra de arte, y el parecido era excelente.

–Mi querido amigo –dijo–, te felicito de todo corazón. Es el mejor retrato de nuestra época. Señor Gray, venga a comprobarlo usted mismo.

El muchacho se sobresaltó, como despertando de un sueño.

–¿Realmente acabado? –murmuró, bajando del estrado.

–Totalmente –dijo el pintor–. Y hoy has posado mejor que nunca. Te estoy muy agradecido.

–Eso me lo debes enteramente a mí –intervino lord Henry–. ¿No es así, señor Gray?

Dorian, sin responder, avanzó con lentitud de espaldas al cuadro y luego se volvió hacia él. Al verlo retrocedió, las mejillas encendidas de placer por un momento. Un brillo de alegría se le encendió en los ojos, como si se reconociese por vez primera. Permaneció inmóvil y maravillado, consciente apenas de que Hallward hablaba con él y sin captar el significado de sus palabras. La conciencia de su propia belleza lo asaltó como una revelación. Era la primera vez. Los cumplidos de Basil Hallward le habían parecido hasta entonces simples exageraciones agradables, producto de la amistad. Los escuchaba, se reía con ellos y los olvidaba. No influían sobre él. Luego se había presentado lord Henry Wotton con su extraño panegírico sobre la juventud, su terrible advertencia sobre su brevedad. Aquello le había conmovido y, ahora, mientras miraba fijamente la imagen de su belleza, con una claridad fulgurante captó toda la verdad. Sí, en un día no muy lejano su rostro se arrugaría y marchitaría, sus ojos perderían color y brillo, la armonía de su figura se quebraría. Desaparecería el rojo escarlata de sus labios y el oro de sus cabellos. La vida que había de formarle al alma le deformaría el cuerpo. Se convertiría en un ser horrible, odioso, grotesco. Al pensar en ello, un dolor muy agudo lo atravesó como un cuchillo, e hizo que se estremecieran todas las fibras de su ser. El azul de sus ojos se oscureció con un velo de lágrimas. Sintió que una mano de hielo se le había posado sobre el corazón.

–¿No te gusta? –exclamó finalmente Hallward, un tanto dolido por el silencio del muchacho, sin entender su significado.

–Claro que le gusta –dijo lord Henry–. ¿A quién podría no gustarle? Es una de las grandes obras del arte moderno. Te daré por él lo que quieras pedirme. Debe ser mío.

–No soy yo su dueño, Harry.

–¿Quién es el propietario?

–Dorian, por supuesto –respondió el pintor.

–Es muy afortunado.

– Qué triste resulta! –murmuró Dorian Gray, los ojos todavía fijos en el retrato–. Me haré viejo, horrible, espantoso. Pero este cuadro siempre será joven. Nunca dejará atrás este día de junio… Si fuese al revés! Si yo me conservase siempre joven y el retrato envejeciera! Daría… , daría cualquier cosa por eso! Daría el alma!

–No creo que te gustara mucho esa solución, Basil –exclamó lord Henry, riendo–. Sería bastante inclemente con tu obra.

–Me opondría con la mayor energía posible, Harry –dijo Hallward.

Dorian Gray se volvió para mirarlo.

–Estoy seguro de que lo harías. Tu arte te importa más que los amigos. Para ti no soy más que una figurilla de bronce. Ni siquiera eso, me atrevería a decir.

El pintor se lo quedó mirando, asombrado. Dorian no hablaba nunca así. ¿Qué había sucedido? Parecía muy enfadado. Tenía el rostro encendido y le ardían las mejillas.

–Sí –continuó el joven–: para ti soy menos que tu Hermes de marfil o tu fauno de plata. Ésos te gustarán siempre. ¿Hasta cuándo te gustaré yo? Hasta que me salga la primera arruga. Ahora ya sé que cuando se pierde la belleza, mucha o poca, se pierde todo. Tu cuadro me lo ha enseñado. Lord Henry Wotton tiene razón. La juventud es lo único que merece la pena. Cuando descubra que envejezco, me mataré.

Hallward palideció y le tomó la mano.

– Dorian! Dorian! –exclamó–, no hables así. Nunca he tenido un amigo como tú, ni tendré nunca otro. No me digas que sientes celos de las cosas materiales. Tú estás por encima de todas ellas!

–Tengo celos de todo aquello cuya belleza no muere. Tengo celos de mi retrato. ¿Por qué ha de conservar lo que yo voy a perder? Cada momento que pasa me quita algo para dárselo a él. Ah, si fuese al revés! Si el cuadro pudiera cambiar y ser yo siempre como ahora! ¿Para qué lo has pintado? Se burlará de mí algún día, se burlará despiadadamente!

Los ojos se le llenaron de lágrimas ardientes; retiró bruscamente la mano y, arrojándose sobre el diván, enterró el rostro entre los cojines, como si estuviera rezando.

–Esto es obra tuya, Harry –dijo el pintor con amargura.

Lord Henry se encogió de hombros.

–Es el verdadero Dorian Gray, eso es todo.

–No lo es.

–Si no lo es, ¿qué tengo yo que ver con eso?

–Deberías haberte marchado cuando te lo pedí –murmuró.

–Me quedé cuando me lo pediste –fue la respuesta de lord Henry.

–Harry, no me puedo pelear al mismo tiempo con mis dos mejores amigos, pero entre los dos me habéis hecho odiar la más perfecta de mis obras, y voy a destruirla. ¿Qué es, después de todo, excepto lienzo y color? No voy a permitir que un retrato se interponga entre nosotros.

Dorian Gray alzó la rubia cabeza del cojín y, con el rostro pálido y los ojos enrojecidos por las lágrimas lo miró, mientras Hallward se dirigía hacia la mesa de madera situada bajo la alta ventana con cortinas. ¿Qué había ido a hacer allí? Los dedos se perdían entre el revoltijo de tubos de estaño y pinceles secos, buscando algo. Sí, el largo cuchillo apaletado, con su delgada hoja de acero flexible. . Una vez encontrado, se disponía a rasgar la tela. Ahogando un gemido, el muchacho saltó del diván y, corriendo hacia Hallward, le arrancó el cuchillo de la mano, arrojándolo al otro extremo del estudio.

– No, Basil, no lo hagas! –exclamó–. Sería un asesinato! –Me alegro de que por fin aprecies mi obra, Dorian –dijo fríamente el pintor, una vez recuperado de la sorpresa–. Había perdido la esperanza.

–¿Apreciarla? Me fascina. Es parte de mí mismo. Lo noto.

–Bien; tan pronto como estés seco, serás barnizado y enmarcado y enviado a tu casa. Una vez allí, podrás hacer contigo lo que quieras –cruzando la estancia tocó la campanilla para pedir té–. ¿Tomarás té, como es lógico, Dorian? ¿Y tú también, Harry? ¿O estás en contra de placeres tan sencillos?

–Adoro los placeres sencillos –dijo lord Henry–. Son el último refugio de las almas complicadas. Pero no me gustan las escenas, excepto en el teatro. Qué personas tan absurdas sois los dos! Me pregunto quién definió al hombre como animal racional. Fue la definición más prematura que se ha dado nunca. El hombre es muchas cosas, pero no racional. Y me alegro de ello después de todo: aunque me gustaría que no os pelearais por el cuadro. Será mucho mejor que me lo des a mí, Basil. Este pobre chico no lo quiere en realidad, y yo en cambio sí.

– Si se lo das a otra persona, no te lo perdonaré nunca! –exclamó Dorian Gray–; y no permito que nadie me llame pobre chico.

–Ya sabes que el cuadro es tuyo, Dorian. Te lo di antes de que existiera.

–Y también sabe usted, señor Gray, que se ha dejado llevar por los sentimientos y que en realidad no le parece mal que se le recuerde cuán joven es.

–Me hubiera parecido francamente mal esta mañana, lord Henry.

– Ah, esta mañana! Ha vivido usted mucho desde entonces.

Se oyó llamar a la puerta, entró el mayordomo con la bandeja del té y la colocó sobre una mesita japonesa. Se oyó un tintineo de tazas y platillos y el silbido de una tetera georgiana. Entró un paje llevando dos fuentes con forma de globo. Dorian Gray se acercó a la mesa y sirvió el té. Los otros dos se acercaron lánguidamente y examinaron lo que había bajo las tapaderas.

–Vayamos esta noche al teatro –propuso lord Henry–. Habrá algo que ver en algún sitio. He quedado para cenar en White's, pero sólo se trata de un viejo amigo, de manera que le puedo mandar un telegrama diciendo que estoy enfermo o que no puedo ir en razón de un compromiso ulterior. Creo que sería una excusa bastante simpática, ya que contaría con la sorpresa de la sinceridad.

– Es tan aburrido ponerse de etiqueta! –murmuró Hallward–. Y, cuando ya lo has hecho, se tiene un aspecto tan horroroso!

–Sí –respondió lord Henry distraídamente–, la ropa del siglo XIX es detestable. Tan sombría, tan deprimente. El pecado es el único elemento de color que queda en la vida moderna.

–No deberías decir cosas como ésa delante de Dorian, Harry.

–¿Delante de qué Dorian? ¿El que nos está sirviendo el té o el del cuadro?

–De ninguno de los dos.

–Me gustaría ir al teatro con usted, lord Henry –dijo el muchacho.

–Venga, entonces; y tú también, Basil.

–La verdad es que no puedo. Será mejor que no. Tengo muchísimo trabajo.

–Bien; en ese caso, iremos usted y yo, señor Gray.

–Encantado.

El pintor se mordió el labio y, con la taza en la mano, se acercó al cuadro.

–Me quedaré con el verdadero Dorian –dijo tristemente.

–¿Es ése el verdadero Dorian? –exclamó el original del retrato, acercándose a Hallward–. ¿Soy realmente así? –Sí; exactamente así.

– Maravilloso, Basil!

–Tienes al menos el mismo aspecto. Pero él no cambiará –suspiró Hallward–. Eso es algo.

– Qué obsesión tienen las personas con la fidelidad! –exclamó lord Henry–. Incluso el amor es simplemente una cuestión de fisiología. No tiene nada que ver con la voluntad. Los jóvenes quieren ser fieles y no lo son; los viejos quieren ser infieles y no pueden: eso es todo lo que cabe decir.

–No vayas esta noche al teatro, Dorian –dijo Hallward–. Quédate a cenar conmigo.

–No puedo, Basil.

–¿Por qué no?

–Porque he prometido a lord Henry Wotton ir con él.

–No mejorará su opinión de ti porque cumplas tus promesas. Él siempre falta a las suyas. Te ruego que no vayas.

Dorian Gray rió y negó con la cabeza.

–Te lo suplico.

El muchacho vaciló y miró hacia lord Henry, que los contemplaba desde la mesita del té con una sonrisa divertida.

–Tengo que ir, Basil –respondió el joven.

–Muy bien –dijo Hallward; y, alejándose, depositó su taza en la bandeja–. Es bastante tarde y, dado que tienes que vestirte, será mejor que no pierdas más tiempo. Hasta la vista, Harry. Hasta la vista, Dorian. Ven pronto a verme. Mañana.

–Desde luego.

–¿No lo olvidarás?

– No, claro que no! –exclamó Dorian.

–Y… , Harry!

–¿Sí, Basil?

–Recuerda lo que te pedí cuando estábamos esta mañana en el jardín.

–Lo he olvidado.

–Confío en ti.

–Quisiera poder confiar yo mismo –dijo lord Henry, riendo–. Vamos, señor Gray, mi coche está ahí fuera, le puedo dejar en su casa. Hasta la vista, Basil. Ha sido una tarde interesantísima.

Cuando la puerta se cerró tras ellos el pintor se dejó caer en un sofá y apareció en su rostro una expresión de sufrimiento.

Capítulo 3

A las doce Y media del día siguiente lord Henry Wotton fue paseando desde Curzon Street hasta el Albany para visitar a su tío, lord Fermor, un viejo solterón, cordial pero un tanto brusco, a quien en general se tachaba de egoísta porque el mundo no obtenía de él beneficio alguno, pero al que la buena sociedad consideraba generoso porque daba de comer a la gente que le divertía. Su padre había sido embajador en Madrid cuando Isabel II era joven y nadie había pensado aún en el general Prim, pero abandonó la carrera diplomática caprichosamente por el despecho que sintió al ver que no le ofrecían la embajada de París, puesto al que creía tener pleno derecho en razón de su nacimiento, de su indolencia, del excelente inglés de sus despachos y de su desmesurada pasión por los placeres. El hijo, que había sido secretario de su padre, y que presentó también la dimisión, gesto que por entonces se consideró un tanto descabellado, sucedió a su padre en el título unos meses después, y se consagró a cultivar con seriedad el gran arte aristocrático de no hacer absolutamente nada. Aunque poseía dos grandes casas en Londres, prefería vivir en habitaciones alquiladas, que le causaban menos molestias, y hacía en su club la mayoría de las comidas. Se preocupaba algo de la gestión de sus minas de carbón en las Midlands, y se excusaba de aquel contacto con la industria alegando que poseer minas de carbón otorgaba a un caballero el privilegio de quemar leña en el hogar de su propia chimenea. En política era conservador, excepto cuando los conservadores gobernaban, periodo en el que los insultaba sistemáticamente, acusándolos de ser una pandilla de radicales. Era un héroe para su ayuda de cámara, que lo tiranizaba, y un personaje aterrador para la mayoría de sus parientes, a quienes él, a su vez, tiranizaba. Era una persona que sólo podía haber nacido en Inglaterra, y siempre afirmaba que el país iba a la ruina. Sus principios estaban anticuados, pero se podía decir mucho en favor de sus prejuicios.

Cuando lord Henry entró en la habitación de su tío lo encontró vestido con una tosca chaqueta de caza, fumando un cigarro habano y refunfuñando mientras leía *The Times.*

–Vaya, Harry –dijo el anciano caballero–, ¿qué te ha hecho salir tan pronto de casa? Creía que los dandis no se levantaban hasta las dos y que no aparecían en público hasta las cinco.

–Puro afecto familiar, tío George, te lo aseguro. Quiero pedirte algo.

–Dinero, imagino –respondió lord Fermor, torciendo el gesto–. Bueno; siéntate y cuéntamelo todo. En estos tiempos que corren los jóvenes se imaginan que el dinero lo es todo.

–Sí –murmuró lord Henry, colocándose mejor la flor que llevaba en el ojal de la chaqueta–; y cuando se hacen viejos no se lo imaginan: lo saben. Pero no quiero dinero. Sólo las personas que pagan sus facturas necesitan dinero, tío George, y yo nunca pago las mías. El crédito es el capital de un segundón, y se vive agradablemente con él. Además, siempre me trato con los proveedores de Dartmoor y, en consecuencia, nunca me molestan. Lo que quiero es información: no información útil, por supuesto; información perfectamente inútil.

–Te puedo contar todo lo que contiene cualquier informe oficial, aunque quienes los redactan hoy en día escriben muchas tonterías. Cuando yo estaba en el cuerpo diplomático las cosas iban mucho mejor. Pero, según tengo entendido, ahora les hacen un examen de ingreso. ¿Hay que extrañarse del resultado? Los exámenes, señor mío, son pura mentira de principio a fin. Si una persona es un caballero, sabe más que suficiente, y si no lo es, todo lo que sepa es malo para él.

–El señor Dorian Gray no tiene nada que ver con el mundo de los informes oficiales, tío George –dijo lord Henry lánguidamente.

–¿El señor Dorian Gray? ¿Quién es? –preguntó lord Fermor, frunciendo el espeso entrecejo cano.

–Eso es lo que he venido a averiguar, tío George. Debo decir, más bien, que sé quién es. Es el nieto del último lord Kelso. Su madre era una Devereux, lady Margaret Devereux. Quiero que me hables de su madre. ¿Cómo era? ¿Con quién se casó? Trataste prácticamente a todo el mundo en tu época, de manera que quizá la hayas conocido. En el momento actual me interesa mucho el señor Gray. Acaban de presentármelo.

– Nieto de Kelso! –repitió el anciano caballero–. El nieto de Kelso… Claro… Conocí muy bien a su madre. Creo que asistí a su bautizo. Era una joven extraordinariamente hermosa, Margaret Devereux, y volvió loco a todo el mundo escapándose con un joven que no tenía un céntimo, un don nadie, señor mío, un suboficial de infantería o algo por el estilo. Ya lo creo. Lo recuerdo todo como si hubiera sucedido ayer. Al pobre infeliz lo mataron en un duelo en Spa pocos meses después de la boda. Una historia muy fea. Dijeron que Kelso se agenció un aventurero sin escrúpulos, un animal belga, para que insultara en público a su yerno; le pagó, señor mío, para que lo hiciera; le pagó y luego aquel individuo ensartó al suboficial como si fuera un pichón. Echaron tierra sobre el asunto, pero, cielo santo, Kelso comió solo en el club durante cierto tiempo

después de aquello. Recogió a su hija, según me contaron, pero la chica nunca volvió a dirigirle la palabra. Sí, sí, un asunto muy feo. Margaret también se murió, en menos de un año. De manera que dejó un hijo, ¿no es eso? Lo había olvidado. ¿Cómo es el chico? Si es como su madre debe de ser bien parecido.

–Es bien parecido –asintió lord Henry.

–Espero que caiga en buenas manos –prosiguió el anciano–. Heredará un montón de dinero si Kelso se ha portado bien con él. Su madre también tenía dinero. Le correspondieron todas las propiedades de Selby, a través de su abuelo. Su abuelo odiaba a Kelso, lo consideraba un tacaño de mucho cuidado. Y no se equivocaba. Fue a Madrid en una ocasión cuando yo estaba allí. Cielo santo, logró que me avergonzase de él. La reina me preguntaba quién era el noble inglés que siempre se peleaba con los cocheros por el precio de las carreras. Menuda historia. Pasé un mes sin aparecer por la Corte. Confío en que tratara a su nieto mejor que a los cocheros de alquiler.

–No lo sé –respondió lord Henry–. Imagino que al chico no le faltará de nada. Todavía no es mayor de edad. Sé que Selby es suyo: lo sé porque me lo ha dicho él. Y.., ¿su madre, entonces, era muy hermosa?

–Margaret Devereux era una de las criaturas más encantadoras que he visto nunca, Harry. Qué la impulsó a comportarse como lo hizo es algo que nunca entenderé. Podría haberse casado con quien hubiera querido. Carlington estaba loco por ella. Pero era una romántica. Todas las mujeres de esa familia lo han sido. Los hombres no valían nada, pero, cielo santo, las mujeres eran maravillosas. Carlington se declaró de rodillas. Me lo dijo él mismo. Margaret Devereux se rió de él, y no había por entonces una chica en Londres que no quisiera pescarlo. Y, por cierto, Harry, hablando de matrimonios estúpidos, ¿qué es esa patraña que me cuenta tu padre de que Dartmoor se quiere casar con una americana? ¿Es que las chicas inglesas no son lo bastante buenas para él?

–Ahora está bastante de moda casarse con americanas, tío George.

–Yo apoyo a las mujeres inglesas contra el mundo entero, Harry –dijo lord Fermor, golpeando la mesa con el puño.

–Todo el mundo apuesta por las americanas.

–No duran, según me han dicho –murmuró su tío. –Las carreras de fondo las agotan, pero son inigualables en las de obstáculos. Lo saltan todo sin pestañear. No creo que Dartmoor tenga la menor posibilidad.

–¿Quiénes son sus padres? –gruñó el anciano–. ¿Acaso los tiene?

Lord Henry negó con la cabeza.

–Las jóvenes americanas son tan inteligentes para esconder a sus padres como las mujeres inglesas para ocultar su pasado –dijo lord Henry, levantándose para marcharse.

–Serán chacineros, supongo.

–Eso espero, tío George, por el bien de Dartmoor. Me dicen que la chacinería es una de las profesiones más lucrativas de los Estados Unidos, después de la política.

–¿Es bonita esa muchacha?

–Se comporta como si fuese hermosa. La mayoría de las americanas lo hacen. Es el secreto de su encanto.

–¿Por qué no se quedan en su país? Siempre nos están diciendo que es el paraíso de las mujeres.

–Lo es. Ésa es la razón de que, como Eva, estén tan excesivamente ansiosas de abandonarlo –dijo lord Henry–. Adiós, tío George. Gracias por darme la información que quería. Me gusta saberlo todo sobre mis nuevos amigos y nada sobre los viejos.

–¿Dónde almuerzas hoy, Harry?

–En casa de tía Agatha. He hecho que me invite, junto con el señor Gray, que es su último *protégé.*

– Umm! Dile a tu tía Agatha, Harry, que no me moleste más con sus empresas caritativas. Estoy harto. Caramba, la buena mujer cree que no tengo nada mejor que hacer que escribir cheques para sus estúpidas ocurrencias.

–De acuerdo, tío George, se lo diré, pero no tendrá ningún efecto. Las personas filantrópicas pierden toda noción de humanidad. Se las reconoce por eso.

El anciano caballero gruñó aprobadoramente y llamó para que entrara su criado.

Lord Henry atravesó unos soportales de poca altura para llegar a Burlington Street, y dirigió sus pasos en dirección a la plaza de Berkeley.

Aquélla era, por tanto, la historia familiar de Dorian Gray. Pese a lo esquemático del relato, le había impresionado porque hacía pensar en una historia de amor extraña, casi moderna. Una mujer hermosa que se arriesga a todo por una loca pasión. Unas pocas semanas de felicidad sin límite truncadas por un crimen odioso, por una traición. Meses de silenciosos sufrimientos, y luego un hijo nacido en el dolor. La madre arrebatada por la muerte, el niño abandonado a la soledad y a la tiranía de un anciano sin corazón. Sí; unos antecedentes interesantes, que situaban al muchacho, que le añadían una nueva perfección, por así decirlo. Detrás de todas las cosas exquisitas hay algo trágico. Para que florezca la más

humilde de las flores se necesita el esfuerzo de mundos… Y, qué encantador había estado durante la cena la noche anterior, cuando, la sorpresa en los ojos y los labios entreabiertos por el placer y el temor, se había sentado frente a él en el club, las pantallas rojas de las lámparas avivando el rubor despertado en su rostro por el asombro! Hablar con él era como tocar el más delicado de los violines. Dorian respondía a cada toque y vibración del arco… Había algo terriblemente cautivador en influir sobre alguien. No existía otra actividad parecida. Proyectar el alma sobre una forma agradable, detenerse un momento; emitir las propias ideas para que las devuelva un eco, acompañadas por la música de una pasión juvenil; transmitir a otro la propia sensibilidad como si se tratase de un fluido sutil o de un extraño perfume; allí estaba la fuente de una alegría verdadera, tal vez la más satisfactoria que todavía nos permite una época tan mezquina y tan vulgar como la nuestra, una época zafiamente carnal en sus placeres y enormemente vulgar en sus metas… Aquel muchacho a quien por una extraña casualidad había conocido en el estudio de Basil encarnaba además un modelo maravilloso o, al menos, se le podía convertir en un ser maravilloso. Suyo era el encanto, y la pureza inmaculada de la adolescencia, junto a una belleza que sólo los antiguos mármoles griegos conservan para nosotros. No había nada que no se pudiera hacer con él. Se le podía convertir en un titán o en un juguete. Qué lástima que semejante belleza estuviera destinada a marchitarse!… Y Basil? Desde un punto de vista psicológico, qué interesante era! Un nuevo estilo artístico, un modo nuevo de ver la vida, todo ello sugerido de manera tan extraña por la simple presencia de alguien que era todo eso de manera inconsciente; el espíritu silencioso que mora en bosques sombríos y camina sin ser visto por campos abiertos, mostrándose, de repente, como una dríade, y sin temor, porque en el alma que la busca se ha despertado ya esa singular capacidad a la que corresponde la revelación de las cosas maravillosas; las simples formas, los simples contornos de las cosas que se estilizaban, por así decirlo, adquiriendo algo semejante a un valor simbólico, como si fuesen a su vez el esbozo de otra forma más perfecta, a cuya sombra dotaban de realidad: qué extraño era todo! Recordaba algo parecido en la historia del pensamiento. ¿No fue Platón, aquel artista de las ideas, quien lo había analizado por vez primera? ¿No había sido Buonarotti quien lo esculpió en el mármol multicolor de una sucesión de sonetos? Pero en nuestro siglo era extraño… Sí; trataría de ser para Dorian Gray lo que él, sin saberlo, había sido para el autor de aquel retrato maravilloso. Trataría de dominarlo; en realidad ya lo había hecho a medias.

Haría suyo aquel espíritu maravilloso. Había algo fascinante en aquel hijo del Amor y de la Muerte.

De repente, lord Henry se detuvo y contempló las casas que lo rodeaban. Se dio cuenta de que había dejado atrás la de su tía y, sonriendo, volvió sobre sus pasos. Cuando entró en el vestíbulo, un tanto sombrío, el mayordomo le hizo saber que los comensales ya se habían sentado a la mesa. Entregó el sombrero y el bastón a uno de los lacayos y pasó al comedor.

–Tarde como de costumbre –exclamó su tía, reprendiéndolo con un movimiento de cabeza.

Lord Henry inventó una excusa banal y, después de acomodarse en el sitio vacío al lado de lady Agatha, miró a su alrededor para ver a los invitados. Dorian Gray le hizo una tímida inclinación de cabeza desde el extremo de la mesa, apareciendo en sus mejillas un rubor de satisfacción. Frente a él tenía a la duquesa de Harley, una dama con un carácter y un valor admirables, muy querida por todos los que la conocían, y con las amplias proporciones arquitectónicas a las que los historiadores contemporáneos, cuando no se trata de duquesas, dan el nombre de corpulencia. A su derecha estaba sentado sir Thomas Burdon, miembro radical del Parlamento, que seguía a su líder en la vida pública y a los mejores cocineros en la privada, cenando con los conservadores y pensando con los liberales, según una regla tan prudente como bien conocida. El asiento a la izquierda de la duquesa estaba ocupado por el señor Erskine de Treadley, anciano caballero de considerable encanto y cultura, que había caído sin embargo en la mala costumbre de guardar silencio, puesto que, como explicó en una ocasión a lady Agatha, todo lo que tenía que decir lo había dicho antes de cumplir los treinta. A la izquierda de lord Henry se sentaba la señora Vandeleur, una de las amigas más antiguas de su tía, santa entre las mujeres, pero tan terriblemente poco atractiva que hacía pensar en un himnario mal encuadernado. Afortunadamente para él, la señora Vandeleur tenía a su otro lado a lord Faudel –una mediocridad muy inteligente, de más de cuarenta años y calva tan rotunda como una declaración ministerial en la Cámara de los Comunes–, con quien conversaba de esa manera tan intensamente seria que es el único error imperdonable, como él mismo había señalado en una ocasión, en el que caen todas las personas realmente buenas y del que ninguna de ellas escapa por completo.

–Estamos hablando del pobre Dartmoor, lord Henry –exclamó la duquesa, haciéndole, desde el otro lado de la mesa, un gesto amistoso con la

cabeza–. ¿Cree usted que se casará realmente con esa joven tan fascinante?

–Creo que la joven está decidida a pedir su mano, duquesa.

– Qué espanto! –exclamó lady Agatha–. Alguien debería tomar cartas en el asunto.

–Me han informado, de muy buena tinta, que su padre tiene un almacén de áridos –dijo sir Thomas Burdon con aire desdeñoso.

–Mi tío ha sugerido y a que se trata de chacinería, sir Thomas.

– Áridos! ¿Qué mercancías son ésas? –preguntó la duquesa, alzando sus grandes manos en gesto de asombro y acentuando mucho el verbo.

–Novelas americanas –respondió lord Henry, mientras se servía una codorniz.

La duquesa pareció desconcertada.

–No le haga caso, querida –susurró lady Agatha–. Mi sobrino nunca habla en serio.

–Cuando se descubrió América… –intervino el miembro radical de la Cámara de los Comunes, procediendo a enumerar algunos datos aburridísimos. Como todas las personas que tratan de agotar un tema, logró agotar a sus oyentes. La duquesa suspiró e hizo uso de su posición privilegiada para interrumpir.

– Ojalá nunca la hubieran descubierto! –exclamó–. A decir verdad, nuestras jóvenes no tienen ahora la menor oportunidad. Es una gran injusticia.

–Quizá, después de todo, América nunca haya sido descubierta –dijo el señor Erskine–; yo diría más bien que fue meramente detectada.

–Sí, sí, pero yo he visto especímenes de sus habitantes –respondió vagamente la duquesa–. He de confesar que la mayoría de las mujeres son extraordinariamente bonitas. Y además visten bien. Compran toda la ropa en París. Me gustaría poder permitírmelo.

–Dicen que cuando mueren, los americanos buenos van a París –rió entre dientes sir Thomas, que tenía un gran armario de frases ingeniosas ya desechadas.

–¿De verdad? Y, ¿adónde van los malos? –quiso saber la duquesa.

–Van a los Estados Unidos –murmuró lord Henry.

Sir Thomas frunció el ceño.

–Me temo que su sobrino tiene prejuicios contra ese gran país –le dijo a lady Agatha–. He viajado por todo el territorio, en coches suministrados por los directores, que son, en esas cuestiones, extraordinariamente hospitalarios. Le aseguro que es muy instructivo visitarlos Estados Unidos.

–¿De verdad tenemos que ver Chicago para estar bien educados? –preguntó el señor Erskine quejumbrosamente–. No me siento capaz de emprender ese viaje.

Sir Thomas agitó la mano.

–El señor Erskine de Treadley tiene el mundo en las estanterías de su biblioteca. A nosotros, los hombres prácticos, nos gusta ver las cosas, no leer su descripción. Los americanos son un pueblo muy interesante. Y totalmente razonable. Creo que es la característica que los distingue. Sí, señor Erskine, un pueblo totalmente razonable. Le aseguro que los americanos no se andan por las ramas.

– Terrible! –exclamó lord Henry–. No me gusta la fuerza bruta, pero la razón bruta es totalmente insoportable. No está bien utilizarla. Es como golpear por debajo del intelecto.

–No le entiendo –dijo sir Thomas, enrojeciendo considerablemente.

–Yo sí, lord Henry –murmuró el señor Erskine con una sonrisa.

–Las paradojas están muy bien a su manera… –intervino el *baronet.*

–¿Era eso una paradoja? –preguntó el señor Erskine–. No me lo ha parecido. Quizá lo fuera. Bien, el camino de las paradojas es el camino de la verdad. Para poner a prueba la realidad, hemos de verla en la cuerda floja. Cuando las verdades se hacen acróbatas podemos juzgarlas.

– Dios del cielo! –dijo lady Agatha–, cómo discuten ustedes los hombres! Estoy segura de que nunca sabré de qué están hablando. Por cierto, Harry, estoy muy enfadada contigo. ¿Por qué tratas de convencer a nuestro Dorian Gray, una persona tan encantadora, para que renuncie al East End? Te aseguro que sería inapreciable. A nuestros habituales les hubiera encantado oírle tocar.

–Quiero que toque para mí –exclamó lord Henry sonriendo. Cuando miró hacia el extremo de la mesa captó como respuesta un brillo en la mirada de Dorian.

–Pero en Whitechapel la gente es muy desgraciada –protestó lady Agatha.

–Soy capaz de simpatizar con cualquier cosa menos con el sufrimiento –dijo lord Henry, encogiéndose de hombros–. Hasta eso no llego. Es demasiado feo, demasiado horrible, demasiado angustioso. Hay algo terriblemente morboso en la simpatía de nuestra época por el dolor. Debemos interesarnos por los colores, por la belleza, por la alegría de vivir. Cuanto menos se hable de las miserias de la vida, tanto mejor.

–De todos modos, el East End es un problema muy importante –señaló sir Thomas, con un grave movimiento de cabeza.

–Muy cierto –respondió el joven lord–. Es el problema de la esclavitud, y tratamos de resolverlo divirtiendo a los esclavos.

El político le miró con mucho interés.

–¿Qué cambio propone usted, en ese caso? –preguntó. Lord Henry se echó a reír.

–No deseo cambiar nada en Inglaterra, a excepción del clima –respondió–. Me basta y me sobra con la contemplación filosófica. Pero como el siglo XIX se ha arruinado por un excesivo gasto de simpatía, sugiero que se acuda a la ciencia para solucionarlo. La ventaja de las emociones es que nos llevan por el mal camino, y la ventaja de la ciencia es que excluye la emoción.

–Pero tenemos gravísimas responsabilidades –aventuró tímidamente la señora Uandeleur.

–Sumamente graves –se hizo eco lady Agatha.

Lord Henry miró con detenimiento al señor Erskine.

–La humanidad se toma demasiado en serio. Es el pecado original del mundo. Si los cavernícolas hubieran sabido reír, la historia habría sido distinta.

–No sabe cuánto me consuela oírle –gorjeó la duquesa–. Siempre me siento muy culpable cuando vengo a ver a su querida tía, porque no me intereso en absoluto por el East End. En el futuro podré mirarla a la cara sin sonrojarme.

–Sonrojarse es muy favorecedor, duquesa –señaló lord Henry.

–Sólo cuando se es joven –respondió ella–. Cuando una anciana como yo se sonroja, es muy mala señal. Ah, me gustaría que me dijera usted cómo volver a ser joven! Lord Henry meditó unos instantes.

–¿Recuerda usted algún gran error que cometiera en sus primeros tiempos, duquesa? –preguntó mirándola desde el otro lado de la mesa.

–Muchos, por desgracia –exclamó ella.

–Pues vuelva a cometerlos –dijo él con gravedad–. Para recuperar la juventud, basta con repetir las mismas locuras.

– Deliciosa teoría! –exclamó ella–. He de ponerla en práctica.

– Una teoría peligrosa! –dijo sir Thomas, la boca tensa. Lady Agatha movió desaprobadoramente la cabeza, pero la idea le pareció de todos modos divertida. El señor Erskine escuchaba.

–Sí –continuó el joven lord–; se trata de uno de los grandes secretos de la vida. En la actualidad la mayoría de la gente muere de una indigestión de sentido común y descubre cuando ya es demasiado tarde que lo único que nunca lamentamos son nuestros errores.

Se oyeron risas en torno a la mesa.

Lord Henry jugó con la idea, animándose cada vez más; la lanzó al aire y la transformó; la dejó escapar y volvió a capturarla; la adornó con todos los fuegos de la fantasía y le dio alas con la paradoja. El elogio de la locura, mientras lord Henry proseguía, se elevó hasta las alturas de la filosofía, y la filosofía misma se hizo joven y, contagiada por la música desenfrenada del placer, vestida, cabría imaginar, con su túnica manchada de vino y una guirnalda de hiedra, danzó como una bacante sobre las colinas de la vida y se burló del plácido Sileno por su sobriedad. Los hechos huyeron ante ella como asustados animalitos del bosque. Sus pies alabastrinos pisaron el enorme lagar donde sienta sus reales el sabio Omar, hasta que el zumo rosado de la vid se elevó en torno a sus extremidades desnudas en oleadas de burbujas moradas, o se deslizó en espuma por las negras paredes inclinadas de la cuba. Fue una extraordinaria improvisación. Lord Henry sentía fijos en él los ojos de Dorian Gray, y saber que había entre quienes lo escuchaban alguien a quien deseaba fascinar parecía dar mayor agudeza a su ingenio y prestar colores más vivos a su imaginación. Se mostró brillante, fantástico, irresponsable. Encantó a sus oyentes haciendo que se olvidaran de sí mismos, y que siguieran, riendo, la melodía de su caramillo. Dorian Gray nunca apartó de él los ojos, y permaneció inmóvil como si estuviera encantado, sucediéndose las sonrisas sobre sus labios, mientras el asombro, en el fondo de sus ojos, adoptaba una pensativa gravedad.

Finalmente, cubierta con la librea de la época, la realidad entró en la estancia en forma de lacayo para decir que a la duquesa la esperaba su coche. La noble señora se retorció las manos con fingida desesperación.

– Qué fastidio! –exclamó–. He de marcharme. Tengo que recoger a mi marido en el club para llevarlo a Willis's Rooms, donde debe presidir no sé qué absurda reunión. Si llego tarde se enfurecerá sin duda, y no puedo exponerme a una escena con este sombrero. Es demasiado frágil. Una palabra dura acabaría con él. No, he de irme, mi querida Agatha. Hasta la vista, lord Henry, es usted absolutamente delicioso y terriblemente desmoralizador. Desde luego, no sabría qué decir sobre sus ideas. Tiene que venir a cenar con nosotros una de estas noches. ¿El martes? ¿Está usted libre el martes?

–Por usted, duquesa, ¿de quién no prescindiría yo? –respondió lord Henry, con una inclinación de cabeza. – Ah! Muy amable y muy cruel por su parte! –exclamó la duquesa–; pero no se olvide de venir –y abandonó la habitación seguida por lady Agatha y las otras damas. Cuando lord Henry se hubo sentado de nuevo, el señor Erskine, dando la vuelta a la mesa, y colocándose a su lado, le puso una mano en el brazo.

–Usted habla mucho de libros –dijo–; ¿por qué no escribe uno?

–Me gusta demasiado leerlos para molestarme en escribirlos, señor Erskine. Desde luego, me gustaría escribir una novela, una novela que fuese tan encantadora y tan irreal como una alfombra persa. Pero en Inglaterra no hay público más que para periódicos, libros de texto y enciclopedias. No hay en todo el mundo personas con menos sentido de la belleza literaria que los ingleses.

–Me temo que tiene usted razón –respondió el señor Erskine–. Yo mismo tuve ambiciones literarias, pero las abandoné hace mucho. Y ahora, mi joven y querido amigo, si me permite que le dé ese nombre, ¿le puedo preguntar si mantiene usted todo lo que nos ha dicho durante el almuerzo?

–He olvidado por completo lo que he dicho –sonrió lord Henry–. ¿Tan inmoral era?

–Sumamente inmoral. De hecho le considero extraordinariamente peligroso, y si algo le sucede a nuestra buena duquesa le tendremos por responsable directo. Pero me gustaría hablar con usted sobre la vida. La generación de la que formo parte es francamente aburrida. Algún día, cuando se canse de Londres, venga a Treadley, expóngame su filosofía del placer mientras degustamos un excelente borgoña que tengo la fortuna de poseer.

–Me encantará. Una visita a Treadley será un gran privilegio. Cuenta con un perfecto anfitrión y una biblioteca igualmente perfecta.

–Su presencia le añadirá un nuevo encanto –respondió el anciano caballero, con una cortés inclinación–. Y ahora tengo que despedirme de su excelente tía. Me esperan en el Atheneum. Es la hora en que dormimos allí.

–¿Todos, señor Erskine?

–Cuarenta, en cuarenta sillones. Hacemos prácticas para una Academia Inglesa de las Letras.

Lord Henry rió, poniéndose en pie.

–Me voy al parque –exclamó.

Al atravesar la puerta, Dorian Gray le tocó en el brazo.

–Permítame ir con usted –murmuró.

–Creía que le había prometido a Basil Hallward que iría usted a verlo –respondió lord Henry.

–Prefiero ir con usted; sí, siento que debo ir con usted. Permítamelo. Y prometa hablarme todo el tiempo. Nadie lo hace tan bien.

– Ah! Ya he hablado más que suficiente por hoy –dijo lord Henry, sonriendo–. Todo lo que quiero ahora es mirar la vida. Puede usted venir y mirarla conmigo, si lo tiene a bien.

Capítulo 4

Cierta tarde, un mes después, Dorian Gray estaba recostado en un lujoso sillón, en la pequeña biblioteca de la casa de lord Henry en Mayfair. Se trataba, en su estilo, de una habitación muy agradable, con alto revestimiento de madera de roble color oliva, friso de color crema, techo de escayola y alfombra de fieltro color ladrillo, sobre la que se habían extendido otras alfombras persas de seda, más pequeñas, con largos flecos. En una diminuta mesa de madera de satín había una estatuilla obra de Clodion y, junto a ella, un ejemplar de *Les CentNouvelles,* encuadernado para Margarita de Valois por Clovis Eve y adornado con las margaritas que la reina había elegido como emblema. Algunos grandes jarrones de porcelana azul con tulipanes de colores abigarrados ocupaban la repisa de la chimenea y, a través de los emplomados rectángulos de cristal de la ventana, se derramaba la luz de color albaricoque de un día de verano en Londres.

Lord Henry no había vuelto aún. Siempre se retrasaba por principio, ya que, en su opinión, la puntualidad es el ladrón del tiempo. De manera que el muchacho parecía bastante enfurruñado mientras con una mano distraída pasaba las páginas de una edición de *Manon Lescaut,* suntuosamente ilustrada, que había encontrado en una de las estanterías. El solemne y monótono tictac del reloj Luis XIV le molestaba. Una o dos veces pensó en marcharse.

Finalmente oyó pasos fuera y se abrió la puerta.

– Qué tarde llegas, Harry! –murmuró.

–Me temo que no se trata de Harry, señor Gray –respondió una voz muy aguda.

Dorian se volvió rápidamente, poniéndose en pie. –Le ruego me disculpe. Creí…

–Creyó usted que era mi marido. Soy sólo su mujer. Permítame que me presente. A usted lo conozco bien por sus fotografías. Me parece que mi marido tiene diecisiete.

–No, lady Wotton, no diecisiete!

–Dieciocho, entonces. Y los vi juntos la otra noche en la ópera –rió con nerviosismo mientras hablaba, contemplándolo con sus ojos azules, un poco vagos, de nomeolvides. Era una mujer curiosa, cuyos vestidos siempre daban la impresión de haber sido diseñados en la cólera y utilizados en la tempestad. De ordinario estaba enamorada de alguien y, como su pasión nunca era correspondida, había conservado todas sus ilusiones. Trataba de conseguir una apariencia pintoresca, pero sólo

conseguía dar sensación de desaseo. Se llamaba Victoria y tenía la manía perseverante de ir a la iglesia.

–Se trataba de *Lohengrin, si* no recuerdo mal.

–Sí, era mi querido *Lohengrin.* La música de Wagner me gusta más que ninguna otra. Es tan ruidosa que se puede hablar todo el tiempo sin que otras personas oigan lo que se dice. Eso es una gran ventaja, ¿no le parece, señor Gray?

La misma risa, nerviosa y entrecortada, se escapó de los delgados labios, y sus dedos empezaron a jugar con un abrecartas de carey.

Dorian sonrió y negó con la cabeza.

–Me temo que no estoy de acuerdo, lady Wotton. Nunca hablo cuando suena la música; al menos, si se trata de buena música. Si la música es mala, es nuestro deber ahogarla con la conversación.

– Ah! Ésa es una de las ideas de Harry, ¿no es así, señor Gray? Siempre oigo las ideas de Harry de labios de sus amigos. Es así como me entero de que existen. Pero no debe usted pensar que no me gusta la buena música. La adoro, pero me da miedo. Me pone demasiado romántica. Sencillamente, venero a los pianistas; dos a la vez, en algunas ocasiones, me dice Harry. No sé qué es lo que tienen. Quizá el ser extranjeros. Todos lo son, ¿no es cierto? Incluso los que han nacido en Inglaterra se convierten en extranjeros con el tiempo, ¿no le parece? Qué habilidad la suya! Y para el arte, qué excelente cumplido! La hace sumamente cosmopolita, ¿verdad? ¿No ha estado usted nunca en alguna de mis fiestas, señor Gray? Tiene que venir. No puedo permitirme orquídeas, pero no reparo en gastos con extranjeros. Hacen que la casa parezca tan pintoresca! Pero aquí está Harry! Harry, vine buscándote para preguntarte algo, no recuerdo qué, y encontré al señor Gray. Hemos tenido una conversación muy agradable sobre música. Tenemos exactamente las mismas ideas. No; creo que nuestras ideas son completamente distintas. Pero ha sido la simpatía personificada. Y me alegro mucho de haberlo conocido.

–Espléndido, amor mío, espléndido –dijo lord Henry, alzando la doble media luna oscura de las cejas y contemplando a ambos con una sonrisa divertida.

–Siento llegar tarde, Dorian. Fui en busca de una pieza de brocado antiguo en Wardour Street, y he tenido que regatear durante horas para conseguirla. En los días que corren la gente sabe el precio de todo y el valor de nada.

–Me temo que he de irme –exclamó lady Wotton, rompiendo un silencio embarazoso con su repentina risa sin sentido–. He prometido salir en coche con la duquesa. Hasta la vista, señor Gray. Hasta luego, Harry.

Imagino que cenas fuera. Yo también. Quizá te vea en casa de lady Thornbury.

–Imagino que sí, querida mía –lord Henry cerró la puerta tras ella, cuando, con el aspecto de un ave del paraíso que se hubiera pasado toda la noche bajo la lluvia, salió revoloteando de la habitación, dejando un leve olor a tarta de almendras; luego encendió un cigarrillo y se dejó caer en el sofá.

–Nunca te cases con una mujer con el pelo de color pajizo, Dorian –dijo después de lanzar unas cuantas bocanadas de humo.

–¿Por qué, Harry?

–Porque son muy sentimentales.

–Pero a mí me gusta la gente sentimental.

–No te cases, Dorian. Los hombres se casan porque están cansados; las mujeres, porque sienten curiosidad: unos y otras acaban decepcionados.

–Creo que no es probable que me case, Harry. Estoy demasiado enamorado. Ése es uno de tus aforismos. Lo estoy poniendo en práctica, y hago todo lo que recomiendas.

–¿De quién te has enamorado? –preguntó lord Henry, después de una pausa.

–De una actriz –dijo Dorian Gray, ruborizándose. Lord Henry se encogió de hombros.

–Es un debut bastante corriente.

–No dirías eso si la vieras, Harry.

–¿Quién es?

–Se llama Sibyl Vane.

–Nunca he oído hablar de ella.

–Nadie ha oído. Pero todo el mundo oirá algún día. Es un genio.

–Mi querido muchacho, ninguna mujer es un genio. Las mujeres son un sexo decorativo. Nunca tienen nada que decir, pero lo dicen encantadoramente. Representan el triunfo de la materia sobre la mente, de la misma manera que los hombres representan el triunfo de la mente sobre la moral.

–¿Cómo puedes decir una cosa así, Harry?

–Mi querido Dorian, no es más que la verdad. Estoy analizando a las mujeres en el momento actual, de manera que debo saberlo. No es un tema tan abstruso como yo pensaba. Descubro que, en último extremo, sólo hay dos clases de mujeres, las corrientes y las que se pintan. Las primeras son muy útiles. Si quieres conseguir una reputación de persona respetable, basta con invitarlas a cenar. Las otras mujeres son sumamente encantadoras. Pero cometen un error. Se pintan con el fin de parecer

jóvenes. Nuestras abuelas se pintaban para tratar de hablar con brillantez. Rouge y esprit solían ir juntos. Ahora eso se ha acabado. Siempre que una mujer pueda parecer diez años más joven que sus hijas, estará perfectamente satisfecha. En cuanto a conversación, sólo hay cinco mujeres en Londres con las que merece la pena hablar, y a dos de ellas no las recibe la buena sociedad. De todos modos, háblame de tu genio. ¿Cuánto hace que la conoces?

– Harry, Harry! Tus opiniones me aterran.

–No te preocupes por eso. ¿Cuánto hace que la conoces?

–Unas tres semanas.

–Y, ¿cómo te tropezaste con ella?

–Te lo voy a contar, Harry; pero tienes que ser comprensivo. Después de todo, no me habría pasado si no te hubiera conocido. Hiciste que sintiera un tremendo deseo de saberlo todo acerca de la vida. Durante varios días, después de conocerte, algo especial me latía en las venas. Mientras estaba en el parque o me paseaba por Picadilly, miraba a todas las personas con las que me cruzaba, preguntándome con tremenda curiosidad cómo era su vida. Algunas personas me fascinaban. Otras me llenaban de horror. Venenos exquisitos flotaban en el aire. Sentía pasión por las sensaciones… Bien, una tarde, hacia las siete, decidí salir en busca de alguna aventura. Sentía que este Londres nuestro, tan gris y tan monstruoso, con sus miríadas de personas, sus sórdidos pecadores y sus espléndidos pecados, tal como tú dijiste una vez, me reservaba algo. Me imaginé mil cosas. La simple sensación de peligro me llenaba de gozo. Recordé lo que me habías dicho en aquella maravillosa velada cuando cenamos juntos por vez primera, sobre el hecho de que la búsqueda de la belleza es el verdadero secreto de la vida. No sé qué esperaba, pero salí a la calle y me dirigí hacia el este, perdiéndome muy pronto en un laberinto de calles mugrientas y plazas oscuras y sin hierba. A eso de las ocho y media pasé por delante de un absurdo teatrillo, con luces brillantes y carteles chillones. En la entrada había un judío horroroso, con el chaleco más exótico que he visto en mi vida y fumando un cigarro apestoso. El cabello le caía en bucles grasientos y en mitad de una sucia camisa resplandecía un enorme diamante. «¿Un palco, milord?», dijo al verme, y se quitó el sombrero con un aire fascinantemente servil. Había algo en él que me divirtió, Harry. Era tan monstruoso! Te vas a reír de mí, lo sé, pero entré y pagué nada menos que una guinea por un palco junto al escenario. Todavía hoy sigo sin saber por qué lo hice; pero si no lo hubiera hecho, mi querido Harry, me hubiera perdido la gran historia de amor de mi vida. Veo que te estás riendo. Qué mal me parece!

–No me río, Dorian; al menos, no me río de ti. Pero no debes decir la gran historia de amor de tu vida. Debes decir la primera. Siempre te querrán, y tú siempre estarás enamorado del amor. Una *grande passion* es el privilegio de quienes no tienen nada que hacer. Ésa es la única utilidad de las clases ociosas de un país. No tengas miedo. Te están reservadas aventuras exquisitas. Esto no es más que el principio.

–¿Tan superficial me consideras? –exclamó Dorian Gray, muy dolido.

–No; te creo muy profundo.

–¿Qué quieres decir?

–Mi querido muchacho, las personas que sólo aman una vez en la vida son realmente las personas superficiales. A lo que ellos llaman su lealtad, y su fidelidad, yo lo llamo sopor de rutina o falta de imaginación. La fidelidad es a la vida de las emociones lo que la coherencia a la vida del intelecto: simplemente una confesión de fracaso. Fidelidad! Tengo que analizarla algún día. La pasión de la propiedad está en ella. Hay muchas cosas de las que nos desprenderíamos si no tuviéramos miedo de que otros las recogieran. Pero no te quiero interrumpir. Sigue con tu historia.

–Bueno, me encontré sentado en un palquito espantoso, con un telón de lo más vulgar delante de los ojos. Desde mi discreto escondite me dediqué a examinar la sala. Era un lugar perfectamente chabacano, todo él cupidos y cornucopias, como una tarta nupcial de cuarta categoría. El paraíso y la platea estaban bastante llenos, pero las dos primeras filas de descoloridas butacas se hallaban completamente vacías y apenas había nadie en las mejores entradas del anfiteatro. Había mujeres vendiendo naranjas y refrescos y se consumían grandes cantidades de frutos secos.

–Debía de ser como en los días gloriosos del drama británico.

–Precisamente, creo yo, y muy deprimente. Empezaba a preguntarme qué demonios estaba haciendo allí, cuando me fijé en el programa. ¿Qué obra crees que representaban, Harry?

–Imagino que El *joven idiota o Mudo pero inocente.* A nuestros padres les gustaba ese tipo de obras, según creo. Cuantos más años tengo, Dorian, más convencido estoy de que lo que era suficientemente bueno para nuestros padres no lo es para nosotros. En arte, como en política, *les grand–péres ont toujours tort.*

–La obra era suficientemente buena para nosotros, Harry. Se trataba de *Romeo y Julieta.* He de reconocer que no me hizo mucha gracia la idea de ver representar a Shakespeare en un antro como aquél. Pero sentí interés, de todos modos. Decidí presenciar al menos el primer acto. Había una orquesta detestable, presidida por un hebreo joven sentado ante un piano desafinado que casi me echó del teatro; pero finalmente se alzó el

telón y comenzó la obra. Romeo era un caballero corpulento y con muchos años a sus espaldas, cejas pintadas con negro de corcho, ronca voz de tragedia y silueta cíe barril de cerveza. Mercutio era casi igual de siniestro. Lo interpretaba un cómico de la legua que había añadido al texto chistes de su cosecha y mantenía relaciones sumamente amistosas con la platea. Los dos eran tan grotescos como el decorado, que parecía salido de una barraca de feria. Pero, Julieta! Imagínate una muchachita de apenas diecisiete años, con un rostro como de flor, una cabecita griega con cabellos de color castaño oscuro recogidos en trenzas, ojos que eran pozos violeta de pasión, labios como pétalos de rosa. La criatura más encantadora que había visto nunca! Una vez me dijiste que el patetismo no te conmovía en absoluto, pero que la belleza, la simple belleza, podía llenarte los ojos de lágrimas. Te lo aseguro, Harry, apenas veía a esa muchacha porque siempre tenía los ojos nublados por las lágrimas. Y su voz! No he oído nunca una voz semejante. Sólo un hilo al principio, con notas bajas y melodiosas, que parecían caer una a una en el oído. Luego creció en volumen, y sonaba como una flauta o un lejano oboe. En la escena del jardín tuvo todo el júbilo estremecido de los ruiseñores cuando cantan poco antes del amanecer. Hubo momentos, más adelante, en los que alcanzó la desenfrenada pasión de los violines. Sabes perfectamente cuánto puede afectarnos una voz. Tu voz y la de Sibyl Vane son dos cosas que nunca olvidaré. Cuando cierro los ojos las oigo, y cada una dice algo diferente. No sé a cuál seguir. ¿Por qué tendría que no amarla? La quiero, Harry. Para mí lo es todo. Voy a verla actuar día tras día. Una noche es Rosalinda y la siguiente Imogen. La he visto morir en la penumbra de un sepulcro italiano, recogiendo el veneno de labios de su amante. La he contemplado atravesando el bosque de las Ardenas, disfrazada de muchacho, con calzas, jubón y un gorro delicioso. Ha sido la loca que se presenta ante un rey culpable, dándole ruda para llevar y hierbas amargas que gustar. Ha sido inocente, y las negras manos de los celos han aplastado su cuello de junco. La he visto en todas las épocas y con todos los trajes. Las mujeres ordinarias no hacen volar nuestra imaginación. Están ancladas en su siglo. La fascinación nunca las transfigura. Se sabe lo que tienen en la cabeza con la misma facilidad que si se tratara del sombrero. Siempre se las encuentra. No hay misterio en ninguna de ellas. Van a pasear al parque por la mañana y charlan por la tarde en reuniones donde toman el té. Tienen una sonrisa estereotipada y los modales del momento. Son transparentes. Pero una actriz! Qué diferente es una actriz, Harry! ¿Por qué no me dijiste que la única cosa merecedora de amor es una actriz?

–Porque he querido a demasiadas, Dorian.

–Sí, claro; gente horrible con el pelo teñido y el rostro pintado.

–No desprecies el pelo teñido y los rostros pintados. En ocasiones tienen un encanto extraordinario –dijo lord Henry.

–Ahora quisiera no haberte contado nada sobre Sybil Vane.

–No hubieras podido evitarlo, Dorian. A lo largo de tu vida me contarás todo lo que hagas.

–Tienes razón, Harry; creo que estás en lo cierto. No puedo dejar de contarte las cosas. Tienes una curiosa influencia sobre mí. Si alguna vez cometiera un delito, vendría a confesártelo. Tú lo entenderías.

–Personas como tú, los caprichosos rayos de sol de la vida, no delinquen. Pero, de todos modos, te quedo muy agradecido por ese cumplido. Y ahora dime… , alcánzame las cerillas, como un buen chico, gracias… ¿Cuáles son tus relaciones actuales con Sybil Vane?

Dorian Gray se puso en pie de un salto, las mejillas encendidas y los ojos echando fuego.

– Harry! Sybil Vane es sagrada!

–Sólo las cosas sagradas merecen ser tocadas, Dorian –dijo lord Henry, con una extraña nota de patetismo en la voz–. Pero, ¿por qué tienes que enfadarte? Supongo que será tuya algún día. Cuando se está enamorado, empiezas por engañarte a ti mismo y acabas engañando a los demás. Eso es lo que el mundo llama una historia de amor. Al menos, la conoces personalmente, imagino.

–Claro que la conozco. La primera noche que estuve en el teatro, el horrible judío viejo se presentó en el palco después de que terminara la representación y se ofreció a llevarme entre bastidores y presentármela. Consiguió enfurecerme, y le dije que Julieta llevaba muerta cientos de años y que su cuerpo yacía en Verona, en una tumba de mármol. Por la mirada de asombro que me lanzó, creo que tuvo la impresión de que había bebido demasiado champán o algo parecido.

–No me sorprende.

–Luego me preguntó si escribía para algún periódico. Le dije que nunca los leía. Pareció terriblemente decepcionado al oírlo, y me confesó que todos los críticos teatrales le eran hostiles y que a todos se los podía comprar.

–No me extrañaría que tuviera razón en eso. Pero, por otra parte, a juzgar por el aspecto que tiene la mayoría, no deben de ser demasiado caros.

–Bien; pero él parece pensar que están por encima de sus posibilidades –rió Dorian–. Para entonces, sin embargo, ya estaban apagando las luces

del teatro y tuve que irme. El judío quiso que probara unos cigarros de los que hizo grandes alabanzas. Pero decliné su ofrecimiento. A la noche siguiente, volví, por supuesto. Al verme, me hizo una profunda reverencia y me aseguró que yo era un munificente protector del arte. Es un ser insufrible, pero Shakespeare le apasiona. Ya me ha dicho, visiblemente orgulloso, que sus cinco bancarrotas se debieron enteramente a «el Bardo», como insiste en llamarlo. Parece considerarlo un timbre de gloria.

–Lo es, mi querido Dorian; un verdadero timbre de gloria. La mayoría de la gente se arruina por invertir demasiado en la prosa de la vida. Arruinarse por la poesía es un honor. ¿Cuándo hablaste por vez primera con la señorita Sybil Vane?

–La tercera noche. Había interpretado a Rosalinda. Me fue imposible no ir a verla. Le había lanzado unas flores y ella me miró; al menos, imaginé que lo había hecho. El viejo judío insistió. Estaba decidido a llevarme entre bastidores, de manera que acepté. Es curioso que no deseara conocerla, ¿no te parece?

–No; no me parece curioso.

–¿Por qué, mi querido Harry?

–Te lo diré en alguna otra ocasión. Ahora quiero saber más sobre esa chica.

–¿Sybil? Tan tímida y tan amable! Hay algo infantil en ella. Abrió mucho los ojos con el más sincero de los asombros cuando le dije lo que pensaba de su interpretación, y pareció no tener conciencia de su talento. Creo que los dos estábamos bastante nerviosos. El judío viejo sonreía desde la puerta del polvoriento camerino, diciendo frases rebuscadas sobre los dos, mientras Sibyl y yo nos mirábamos como niños. El viejo insistía en llamarme «mylord», y tuve que explicar a Sybil que no era nada parecido. Ella me dijo: «Más bien parece usted un príncipe. Le llamaré Príncipe Azul».

–A fe mía, Dorian, la señorita Sybil sabe cómo hacer cumplidos.

–No la entiendes, Harry. Me veía sólo como un personaje en una obra de teatro. No sabe nada de la vida. Vive con su madre, una mujer apagada y fatigada que, con una túnica más o menos carmesí, interpretó la primera noche a la señora Capuleto; una mujer con aspecto de haber conocido días mejores.

–Conozco ese aspecto. Me deprime –murmuró lord Henry, examinando sus sortijas.

–El judío me quería contar su historia, pero le dije que no me interesaba.

–Tuviste toda la razón. Siempre hay algo infinitamente mezquino en las tragedias de los demás.

–Sybil es lo único que me interesa. ¿Qué más me da de dónde haya salido? Desde la cabecita a los piececitos es absoluta y enteramente divina. Noche tras noche voy a verla actuar, y cada noche lo hace mejor que la anterior.

–Imagino que ésa es la razón de que ya nunca cenes conmigo. Pensaba, y estaba en lo cierto, que quizá tuvieras entre manos alguna curiosa historia de amor. Pero no se trata exactamente de lo que yo imaginaba.

–Mi querido Harry, tú y yo almorzamos o cenamos juntos todos los días; y he ido varias veces a la ópera contigo –dijo Dorian, abriendo mucho los ojos para manifestar su asombro.

–Siempre llegas terriblemente tarde.

–No puedo dejar de ver actuar a Sybil –exclamó–, aunque sólo presencie el primer acto. Siento necesidad de su presencia; y cuando pienso en el alma maravillosa escondida en ese cuerpecito de marfil, me lleno de asombro.

–Esta noche cenas conmigo, ¿no es cierto? Dorian Gray hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Hoy hace de Imogen –respondió–, y mañana por la noche será Julieta.

–¿Cuándo es Sybil Vane?

–Nunca.

–Te felicito.

– Qué malvado eres! Sybil es todas las grandes heroínas del mundo en una sola. Es más que una sola persona. Te ríes, pero yo te repito que es maravillosa. La quiero, y he de hacer que me quiera. Tú, que conoces todos los secretos de la vida, dime cómo hechizar a Sybil Vane para que me quiera. Deseo dar celos a Romeo. Quiero que todos los amantes muertos oigan nuestras risas y se entristezcan. Quiero que un soplo de nuestra pasión remueva su polvo, despierte sus cenizas y los haga sufrir. Cielos, Harry, cómo la adoro! –iba de un lado a otro de la habitación mientras hablaba. Manchas rojas, como de fiebre, le encendían las mejillas. Estaba terriblemente exaltado.

Lord Henry sentía un secreto placer contemplándolo. Qué diferente era ya del muchachito tímido y asustado que había conocido en el estudio de Basil Hallward! Había madurado, produciendo flores de fuego escarlata. Desde su secreto escondite, el alma se le había salido al mundo, y el Deseo había acudido a reunirse con ella por el camino.

–Y, ¿qué es lo que te propones hacer? –dijo finalmente lord Henry.

–Quiero que Basil y tú vengáis conmigo alguna noche para verla actuar. No tengo el menor temor al resultado. Sin duda, reconoceréis su genio. Luego hemos de arrancarla de las manos de ese viejo judío. Está atada a él por tres años, al menos dos años y ocho meses, desde el momento presente. Tendré que pagarle algo, por supuesto. Cuando todo esté arreglado, la traeré a algún teatro del West End y la presentaré como es debido. Enloquecerá al mundo como me ha enloquecido a mí.

– Eso es imposible, amigo mío!

–Lo hará. No sólo hay en ella arte, arte e instinto consumados; también tiene personalidad; y tú me has dicho a menudo que son las personalidades, no los principios, lo que mueve nuestra época.

–Bien; ¿qué noche iremos?

–Déjame ver. Hoy es martes. Quedemos para mañana. Mañana interpreta a Julieta.

–De acuerdo. En el Bristol alas ocho; yo llevaré a Basil. –A las ocho no, Harry, te lo ruego. A las seis y media. Hemos de estar allí antes de que se levante el telón. Has de verla en el primer acto, cuando conoce a Romeo.

– Seis y media! Qué horas! Sería como tomar una merienda–cena o leer una novela inglesa. Tiene que ser a las siete. Ningún caballero cena antes de las siete. ¿He de ver a Basil de aquí a mañana? ¿O bastará con que le escriba?

– El bueno de Basil! Hace una semana que no le pongo la vista encima. Me da muchísima vergüenza, porque me ha enviado el cuadro con un magnífico marco, especialmente diseñado por él y, aunque estoy un poco celoso del retrato por ser un mes más joven que yo, debo admitir que me maravilla verlo. Quizá sea mejor que le escribas, no quiero estar a solas con él. Dice cosas que me fastidian. Se empeña en darme buenos consejos.

Lord Henry sonrió.

–A la gente le encanta regalar lo que más necesita. Es lo que yo llamo el insondable abismo de la generosidad.

–No, no; Basil es la mejor de las personas, pero un tanto prosaico. Lo he descubierto a raíz de conocerte, Harry. –Basil, mi querido muchacho, pone en el trabajo todas sus mejores cualidades. La consecuencia es que para la vida sólo le quedan los prejuicios, los principios y el sentido común. Los únicos artistas encantadores que conozco son malos artistas. Los buenos sólo existen en lo que hacen y, en consecuencia, carecen por completo de interés como personas. Un gran poeta, un poeta verdaderamente grande, es la menos poética de todas las criaturas. Pero los poetas de poca monta son absolutamente fascinantes. Cuanto peores son sus

rimas, más pintoresco es su aspecto. El simple hecho de haber publicado un libro de sonetos de segunda categoría hace a un hombre absolutamente irresistible. Vive la poesía que es incapaz de escribir. Los otros escriben la poesía que no se atreven a poner por obra.

–Me pregunto si es realmente así, Harry –dijo Dorian Gray, derramando sobre su pañuelo un poco de perfume de un gran frasco con tapón dorado que estaba sobre la mesa–. Debe de ser, si tú lo dices. Y ahora tengo que marcharme. Imogen me espera. No te olvides de mañana. Hasta la vista.

Cuando Dorian Gray salió de la habitación, lord Henry cerró los ojos y empezó a pensar. Ciertamente, pocas personas le habían interesado tanto como Dorian Gray, si bien la desmedida adoración del muchacho por otra persona no le producía la menor punzada de fastidio ni de celos. Le agradaba, por el contrario. Lo convertía en un objeto de estudio más interesante. Siempre le habían cautivado los métodos de las ciencias naturales, pero no su materia habitual, que le parecía trivial y sin importancia. De manera que había empezado por hacer vivisección consigo mismo y había terminado haciéndosela a otros. La vida humana era lo único que le parecía digno de investigar. Comparado con eso, no había nada que tuviera el menor valor. Aunque si se contemplaba la vida en su curioso crisol de dolor y placer, no era posible cubrir el propio rostro con una máscara de cristal, ni evitar que los vapores sulfúricos alterasen el cerebro y enturbiaran la imaginación con monstruosas fantasías y sueños deformes. Existían venenos tan sutiles que para conocer sus propiedades había que enfermar con ellos. Y enfermedades tan extrañas que era necesario padecerlas para entender su naturaleza. Qué grande, sin embargo, la recompensa recibida! Qué cosa tan maravillosa llegaba a ser el mundo entero! Percibir la peculiar lógica inflexible de la pasión, y la vida del intelecto emocionalmente coloreada; observar dónde se encontraban y dónde se separaban, en qué punto funcionaban al unísono y en qué punto surgían las discordancias: qué gran placer el así obtenido! ¿Qué importancia tenía el precio? Nunca se pagaba demasiado por las sensaciones.

Sabía perfectamente –y la idea produjo un brillo de placer en sus ojos de ágata– que gracias a determinadas palabras suyas, palabras musicales dichas de manera musical, el alma de Dorian Gray se había vuelto hacia aquella blanca jovencita y se había inclinado en adoración ante ella. En gran medida aquel muchacho era una creación suya. Había acelerado su madurez, lo que no carecía de importancia. La gente ordinaria esperaba a que la vida les desvelase sus secretos, pero para unos pocos, para los

elegidos, la vida revelaba sus misterios antes de apartar el velo. Esto era a veces consecuencia del arte, y sobre todo del arte de la literatura, que se ocupa de manera inmediata de las pasiones y de la inteligencia. Pero de cuando en cuando una personalidad compleja ocupaba su sitio y asumía las funciones del arte, y era, de hecho, a su manera, una verdadera obra de arte, porque, al igual que la poesía, la escultura o la pintura, la vida cuenta con refinadas obras maestras.

Sí; el adolescente era precoz. Estaba recogiendo la cosecha todavía en primavera. Tenía dentro de sí el latido y la pasión de la juventud, pero empezaba a reflexionar sobre todo ello. Era delicioso contemplarlo. Con su hermoso rostro y su alma igualmente hermosa, era un motivo de asombro. Daba lo mismo cómo terminara todo o cómo estuviese destinado a terminar. Era como una de esas figuras llenas de encanto en una cabalgata o en una obra de teatro, cuyas alegrías nos parecen muy lejanas, pero cuyos pesares despiertan nuestro sentido de la belleza, y cuyas heridas son como rosas rojas.

Alma y cuerpo, cuerpo y alma, qué misteriosos eran! Había animalismo en el alma, y el cuerpo tenía sus momentos de espiritualidad. Los sentidos podían refinarse y la inteligencia degradarse. ¿Quién podía decir dónde cesaba el impulso carnal o empezaba el psíquico? Qué superficiales eran las arbitrarias definiciones de los psicólogos ordinarios! Y, sin embargo, qué dificil pronunciarse entre las afirmaciones de las distintas escuelas! ¿Era el alma un fantasma que habitaba en la casa del pecado? ¿O el cuerpo se funde realmente con el alma, como pensaba Giordano Bruno? La separación entre espíritu y materia era un misterio, y la unión del espíritu con la materia también lo era.

Empezó a preguntarse si alguna vez se conseguiría hacer de la psicología una ciencia tan exacta que fuese capaz de revelarnos hasta el último manantial de la vida. Mientras tanto, siempre nos equivocamos sobre nosotros mismos y raras veces entendemos a los demás. La experiencia carece de valor ético. Es sencillamente el nombre que dan los hombres a sus errores. Por regla general los moralistas la consideran una advertencia, reclaman para ella cierta eficacia ética en la formación del carácter, la alaban como algo que nos enseña qué camino hemos de seguir y qué abismos evitar. Pero la experiencia carece de fuerza determinante. Tiene tan poco de causa activa como la misma conciencia. Lo único que realmente demuestra es que nuestro futuro será igual a nuestro pasado, y que el pecado que hemos cometido una vez, y con amargura, lo repetiremos muchas veces, y con alegría.

Consideraba evidente que el método experimental era el único que le llevaría al análisis científico de las pasiones; Dorian Gray, por su parte, era el sujeto soñado, y parecía prometer abundantes y preciosos resultados. Su repentino e insensato amor por Sybil Vane era un fenómeno psicológico de interés nada desdeñable. Sin duda, la curiosidad tenía mucho que ver con ello; la curiosidad y el deseo de nuevas experiencias; no se trataba, sin embargo, de una pasión simple sino muy complicada. Lo que había en ella de instinto adolescente puramente sensual había sido transformado gracias a la actividad de la imaginación, transformado en algo que al muchacho mismo le parecía alejado de los sentidos y que era, por esa misma razón, mucho más peligroso. Las pasiones sobre cuyo origen uno se engaña son las que más tiranizan. Los motivos que mejor se conocen tienen mucha menos fuerza. Cuántas veces sucedía que, al creer que se experimenta sobre otros, experimentamos en realidad sobre nosotros mismos.

Un golpe en la puerta sacó a lord Henry de aquella larga ensoñación. Su ayuda de cámara le recordó que tenía que vestirse para cenar. Se levantó y miró hacia la calle. El ocaso había deshecho en dorados escarlatas las ventanas altas de las casas de enfrente. Los cristales brillaban como láminas de metal al rojo vivo. Arriba, el cielo era como una rosa marchita. Lord Henry pensó en su amigo, en aquella vida coloreada por todos los fuegos de la juventud, y se preguntó cómo terminaría todo.

Cuando regresó a su casa, a eso de las doce y media, vio un telegrama sobre la mesa del vestíbulo. Al abrirlo descubrió que era de Dorian Gray. Le anunciaba que se había prometido con la señorita Sibyl Vane.

Capítulo 5

–Qué feliz soy, madre! –susurró la muchacha, escondiendo el rostro en el regazo de la marchita mujer, de aspecto cansado, que, vuelta de espaldas a la luz demasiado estridente de la ventana, estaba sentada en el único sillón que contenía su sórdida sala de estar–. Soy muy feliz –repitió–, y tú también debes serlo!

La señora Vane hizo una mueca de dolor y puso las delgadas manos, con la blancura de los afeites, sobre la cabeza de su hija.

– Feliz! –repitió como un eco–. Sólo soy feliz cuando te veo actuar. Sólo debes pensar en tu carrera. El señor Isaacs ha sido muy bueno con nosotras, y le debemos dinero.

La muchacha alzó la cabeza e hizo un puchero.

–¿Dinero, madre? –exclamó–, ¿qué importancia tiene el dinero? El amor es más que el dinero.

–El señor Isaacs nos ha adelantado cincuenta libras para pagar nuestras deudas, y para vestir a James como es debido. No debes olvidarlo, Sibyl. Cincuenta libras es mucho. El señor Isaacs ha tenido muchas consideraciones con nosotras.

–No es un caballero, madre, y me desagrada mucho la manera que tiene de hablarme –dijo la muchacha, poniéndose en pie y acercándose a la ventana.

–No sé cómo podríamos arreglárnoslas sin él –respondió la mujer de más edad con tono quejumbroso.

Sibyl movió la cabeza y se echó a reír.

–Ya no nos hace falta, madre. El príncipe azul gobierna ahora nuestras vidas –luego hizo una pausa. Una rosa se agitó en su sangre, encendiéndole las mejillas. La respiración, acelerada, abrió los pétalos de sus labios, que temblaron. Un viento meridional de pasión sopló sobre ella, moviendo los delicados pliegues del vestido–. Le quiero –añadió con sencillez.

– Estúpida niña!, estúpida niña! –fue la frase cotorril que recibió como respuesta. El movimiento de unos dedos deformados, cubiertos de falsas joyas, dio un carácter grotesco a aquellas palabras.

La muchacha volvió a reírse. Su voz reflejaba la alegría de un pájaro enjaulado. Sus ojos retomaron la melodía y le hicieron eco con su brillo: luego se cerraron por un momento, como para ocultar su secreto. Cuando se volvieron a abrir, los velaba la niebla de un sueño.

La sabiduría de unos labios demasiado finos le habló desde el sillón desgastado, aconsejando prudencia, con citas de ese libro sobre la

cobardía cuyo autor se disfraza con el nombre de sentido común. No la escuchó. Era libre en la cárcel de su pasión. Su príncipe, el príncipe azul, estaba con ella. Había llamado a la memoria para reconstruirlo. Envió a su alma a buscarlo, y su alma volvió con él. Su beso le quemaba de nuevo la boca. Su aliento le entibiaba los párpados.

La sabiduría cambió entonces de método y habló de espiar y descubrir. Aquel joven podía ser rico. En caso afirmativo, había que pensar en el matrimonio. Contra la concha del oído de Sibyl se estrellaban las olas de la prudencia mundana. Las flechas de la astucia pasaban sin tocarla. Vio que los finos labios se movían, y sonrió.

De repente sintió la necesidad de hablar. El silencio lleno de palabras la desazonaba.

–Madre, madre –exclamó–, ¿por qué me quiere tanto? Sé que yo le quiero. Le quiero porque es la imagen de lo que el mismo Amor debe ser. Pero, ¿qué ve él en mí? No soy digna de él. Y sin embargo, aunque me veo tan por debajo de él, no siento humildad: siento orgullo, un orgullo terrible, pero no sé explicar por qué. Madre, ¿querías a mi padre como yo quiero al príncipe azul? –la mujer de más edad palideció bajo los polvos demasiado visibles que le embadurnaban las mejillas, y sus labios secos se estremecieron en un espasmo de dolor. Sibyl corrió hacia ella, se abrazó a su cuello y la besó–. Perdóname, madre. Ya sé que hablar de mi padre te hace sufrir. Pero sufres porque lo querías muchísimo. No te entristezcas. Soy tan feliz hoy como lo eras tú hace veinte años. Ah, déjame que sea feliz para siempre!

–Hijita mía, eres demasiado joven para pensar en enamorarte. Además, ¿qué sabes de ese joven? Ni siquiera su nombre. Todo esto es muy poco conveniente y, a decir verdad, cuando lames está a punto de irse a Australia y yo tengo tantas preocupaciones, he de decir que podrías haber mostrado un poco más de consideración. Sin embargo, como ya he dicho antes, en el caso de que sea rico… – Madre, madre! Permíteme ser feliz!

La señora Vane se la quedó mirando y, con uno de esos falsos gestos teatrales que con tanta frecuencia se convierten casi en segunda naturaleza para un actor, la estrechó entre sus brazos. En aquel momento se abrió la puerta, y un joven de áspero pelo castaño entró en la habitación. Era más bien corpulento, tenía grandes los pies y las manos y se movía con cierta torpeza. No poseía la delicadeza de su hermana y era difícil adivinar el estrecho parentesco que existía entre los dos. La señora Vane fijó sus ojos en él, y su sonrisa se intensificó. Mentalmente elevaba a su hijo a la categoría de público. Estaba segura de que el *tableau* era interesante.

–Podrías guardar algunos de tus besos para mí, Sibyl, pienso yo –dijo el muchacho con tono de amable reproche.

– Pero si no te gusta que te besen! –exclamó su hermana–. Siempre has sido un cardo borriquero.

Y cruzó corriendo la habitación para abrazarlo.

James Vane contempló con ternura el rostro de su hermana.

–Ven conmigo a dar un paseo, Sibyl. No creo que vuelva a ver nunca este horrible Londres. Estoy seguro de que no lo echaré de menos.

–No digas esas cosas tan horribles, hijo mío –murmuró la señora Vane, retomando, con un suspiro, una chabacana pieza de vestuario teatral que empezó a remendar. La apenaba un tanto que James no se hubiera incorporado a la compañía, lo que hubiera aumentado el pintoresquismo teatral de la situación.

–¿Por qué no, madre? Es lo que siento.

–Me duele que digas eso, hijo mío. No pierdo la esperanza de que regreses de Australia después de hacer fortuna. Creo que la buena sociedad no existe en las colonias; al menos, nada de lo que yo considero buena sociedad; de manera que cuando hayas triunfado deberás volver a Londres y convertirte aquí en una persona conocida.

– Buena sociedad! –murmuró el muchacho–. No me interesa nada la buena sociedad. Me gustaría ganar algún dinero para sacaros a ti y a Sibyl de los escenarios. Aborrezco la vida del teatro.

– Jim! –exclamó Sibyl, riendo–, qué poco amable por tu parte! ¿De verdad quieres dar un paseo conmigo? Eso está bien! Temía que fueses a despedirte de algunos de tus amigos… , de Tom Hardy, que te regaló esa pipa espantosa, o de Ned Langton, que te toma el pelo fumando en ella. Me conmueve que me concedas tu última tarde. ¿Qué hacemos? ¿Vamos al parque?

–No tengo ropa adecuada –respondió su hermano, frunciendo el ceño–. Al parque sólo va gente elegante. –Tonterías, Jim –susurró Sibyl, acariciándole la manga de la chaqueta.

James vaciló un momento.

–De acuerdo –dijo por fin–, pero no tardes demasiado en vestirte.

Sibyl dio unos pasos de baile hasta la puerta. Se la oyó cantar mientras subía corriendo las escaleras y luego el ruido de sus pies en el piso superior.

Su hermano recorrió la habitación dos o tres veces antes de volverse hacia la figura inmóvil en el sillón.

–¿Están listas mis cosas, madre? –preguntó.

–Todo está preparado, James –respondió la señora Vane sin levantar los ojos de su labor. Desde hacía varios meses se sentía incómoda cuando se quedaba a solas con aquel hijo suyo tan tosco y tan severo. Temía revelar su secreta frivolidad cada vez que sus miradas se cruzaban. Y se preguntaba con frecuencia si James sospechaba algo. El silencio, porque su hijo no hizo ya ninguna otra observación, llegó a resultarle intolerable y empezó a quejarse. Las mujeres se defienden atacando, como también atacan mediante repentinas y extrañas rendiciones–. Espero que estés satisfecho con tu vida en el mar –dijo–. Recuerda que eres tú quien la ha elegido. Podrías haber entrado en el bufete de un abogado. Los abogados son personas muy respetables, y en provincias comen a menudo con las mejores familias.

–Aborrezco los despachos y los oficinistas –replicó su hijo–. Pero tienes toda la razón. Soy yo quien ha elegido vivir así. Sólo te pido que cuides de Sibyl. No permitas que le suceda nada malo. Tienes que cuidarla, madre.

–Hablas de una manera muy extraña, James. Claro está que cuidaré de Sibyl.

–Me han dicho que hay un caballero que va todas las noches al teatro y luego charla con ella entre bastidores. ¿Es cierto? ¿Qué hay de eso?

–Hablas de cosas que no entiendes, James. En nuestra profesión estamos acostumbradas a recibir atenciones. Hubo un tiempo en que yo misma recibía muchos ramos de flores. Entonces sí que se entendía el trabajo de los actores. En cuanto a Sibyl, ignoro si en el momento actual su interés es serio o no. Pero no hay duda de que el joven que mencionas es un perfecto caballero. A mí me trata con extraordinaria corrección. Por otra parte, da la sensación de ser rico, y las flores que manda son muy bonitas.

–Pero no sabes cómo se llama –dijo el muchacho con aspereza.

–No –respondió la señora Vane con una plácida expresión en el rostro–. No ha revelado aún su verdadero nombre. Y me parece muy romántico. Probablemente se trata de un aristócrata.

James Vane se mordió los labios.

–Cuida de Sibyl, madre –exclamó–. Cuídala!

–Hijo mío, me duelen mucho tus palabras. Siempre cuido de Sibyl de manera muy especial. Por supuesto, si ese caballero es rico, no hay razón para que no se case con él. Estoy segura de que se trata de un aristócrata. Tiene todo el aspecto, no hay la menor duda. Sería un matrimonio brillantísimo para Sibyl. Harían una pareja encantadora. Es un muchacho muy apuesto, todo el mundo lo advierte.

El joven murmuró algo para sus adentros y tableteó sobre el cristal de la ventana con sus dedos de trabajador. Acababa de volverse para decir algo cuando se abrió la puerta y entró Sibyl.

– Qué serios estáis! –exclamó–. ¿Qué sucede?

–Nada –respondió su hermano–. Supongo que a veces hay que ponerse serio. Hasta luego, madre; cenaré a las cinco. El equipaje está hecho, a excepción de las camisas, así que no tienes que preocuparte.

–Hasta luego, hijo mío –respondió ella, con una inclinación resentidamente majestuosa.

Estaba muy molesta con el tono que su hijo había adoptado con ella, y había algo en su mirada que le hacía sentir miedo.

–Bésame, madre –dijo Sibyl. Sus labios florales tocaron la marchita mejilla, entibiando su escarcha.

– Hija mía, hija mía! –exclamó la señora Vane, alzando los ojos al techo en busca de un imaginario anfiteatro. –Vamos, Sibyl –dijo su hermano con impaciencia. Le irritaba la teatralidad de su madre.

Salieron a una luz de reflejos agitados por el viento y empezaron a caminar por la deprimente Euston Road. Los viandantes miraban con asombro al joven corpulento y hosco que, con ropa basta y nada favorecedora, iba acompañado de una joven tan atractiva y de aspecto refinado. Era como un vulgar jardinero paseando con una rosa.

Jim fruncía el ceño de cuando en cuando al sorprender la mirada inquisitiva de algún desconocido. Sentía, ante las miradas insistentes, el desagrado que los genios sólo conocen ya tarde en la vida, y que siempre acompaña a las personas corrientes. Sibyl, sin embargo, no se daba cuenta en absoluto del efecto que causaba. El amor le temblaba en los labios en forma de risa. Pensaba en el príncipe azul y, para poder hacerlo con mayor libertad, se lanzó a parlotear sobre el barco en el que Jim iba a hacerse a la mar, sobre el oro que sin duda encontraría, sobre la maravillosa heredera cuya vida salvaría de los malvados bandidos de camisa roja. Porque no seguiría siendo marinero, o sobrecargo, o lo que fuese que hiciera a bordo. No, no! La existencia de un marinero era espantosa. Qué absurdo encerrarse en un horrible barco que las grupas monstruosas de las olas trataban de invadir, mientras un viento aciago derribaba mástiles y rasgaba velas hasta convertirlas en largos colgajos desmelenados y rugientes. Sin duda, Jim abandonaría la nave en Melbourne, se despediría cortésmente del capitán y se pondría en camino hacia las explotaciones auríferas. Antes de que transcurriese una semana habría encontrado una enorme pepita, la mayor jamás descubierta, y la transportaría hasta la costa en una carreta protegida por seis policías a caballo. Los salteadores

los atacarían tres veces, y serían rechazados con inmensas pérdidas. O mejor, no. No iría a las explotaciones auríferas, que eran unos sitios horribles, donde los hombres se emborrachaban y se peleaban a tiros en los bares y decían palabras malsonantes. Se dedicaría a criar ovejas y, una noche, cuando regresara a su casa a caballo, al ver a la bella heredera, raptada por un ladrón con un caballo negro, los daría caza y la rescataría. Por supuesto la muchacha se enamoraría de él, y él de ella, se casarían, volverían a Inglaterra y vivirían en una inmensa casa londinense. Sí, le esperaban aventuras maravillosas. Pero tenía que ser muy bueno, y no enfadarse, ni gastarse el dinero tontamente. Sibyl sólo era un año mayor que Jim, pero sabía mucho más sobre la vida. También tenía que escribirle siempre que hubiera correo, y decir sus oraciones todas las noches antes de acostarse. Dios era muy bueno y cuidaría de él. También ella rezaría por él, y al cabo de muy pocos años regresaría, muy rico ya y muy feliz.

El muchacho la escuchó hoscamente y no hizo ningún comentario. Se le partía el corazón al pensar en abandonar su hogar.

Pero no era sólo eso lo que le deprimía y ponía de mal humor. Pese a su falta de experiencia, se daba cuenta con toda claridad de los peligros de la situación de Sibyl. Aquel joven dandi que le hacía la corte no le traería la felicidad. Era un caballero y lo aborrecía por eso, con una extraña repugnancia instintiva que no sabía explicar y que, por esa misma razón, resultaba aún más imperiosa. Tampoco se le ocultaba la superficialidad y vanidad de su madre, y advertía en ello un peligro infinito para Sibyl y para su felicidad. Los hijos comienzan la vida amando a sus padres; al hacerse mayores, los juzgan, y en ocasiones los perdonan.

Su madre! Había algo que quería preguntarle y que le obsesionaba, algo sobre lo que llevaba muchos meses cavilando en silencio. Una frase casual que había oído en el teatro, un susurro burlón, que llegó una noche hasta sus oídos mientras esperaba junto a la salida de artistas, habían puesto en marcha una horrible cadena de pensamientos. Lo recordaba como un golpe de fusta en pleno rostro. Frunció el ceño formando un surco muy profundo y con un estremecimiento doloroso se mordió los labios.

–No escuchas una sola palabra de lo que digo, Jim –exclamó Sibyl–, a pesar de que hago los planes más maravillosos para tu futuro. Haz el favor de hablarme.

–¿Qué quieres que diga?

–Pues que vas a ser un buen chico y que no te olvidarás de nosotras –respondió su hermana, sonriéndole.

Jim se encogió de hombros.

–Será más fácil que tú te olvides de mí que yo de ti. Sibyl se ruborizó.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

–Tienes un nuevo amigo, según he oído. ¿Quién es? ¿Por qué no me has hablado de él? No te hará ningún bien.

– No sigas, Jim! –exclamó–. No digas nada contra él. Lo quiero.

– Cómo es posible! Ni siquiera sabes su nombre –respondió el muchacho–. ¿Quién es? Tengo derecho a saberlo.

–Se llama príncipe azul. ¿No te gusta? Vamos, no seas tonto! No debes olvidarlo nunca. Si lo vieras, te darías cuenta de que es la persona más maravillosa del mundo. Algún día lo conocerás, cuando vuelvas de Australia. Te gustará mucho. Le gusta a todo el mundo; y yo… . yo lo quiero. Ojalá pudieras venir esta noche al teatro. Estará allí, y yo voy a hacer de Julieta. Ah, cómo interpretaré mi papel! Imagínate, Jim! Estar enamorada e interpretar a Julieta! Tenerlo allí, viéndome! Interpretar para darle gusto! Tengo miedo de asustar a la compañía, de asustarlos o de cautivarlos. Amar es superarse. Ese pobre y terrible señor Isaacs se hará lenguas de mi talento ante los holgazanes de su bar. Me ha predicado como un dogma; esta noche me anunciará como una revelación. Lo adivino. Y es todo suyo, únicamente suyo, de mi príncipe azul, mi enamorado maravilloso, mi dador divino de todas las gracias. Pero soy pobre a su lado. ¿Pobre? ¿Qué importa eso? Si la pobreza llama humildemente a la puerta, el amor entra por la ventana. Hay que volver a escribir nuestros refranes. Se hicieron en invierno, y ahora estamos en verano; primavera para mí, creo yo, un baile de botones de rosa en un cielo azul.

–Es un caballero –dijo el muchacho con resentimiento.

– Un príncipe! –exclamó ella, su voz llena de música–. ¿Qué más se necesita?

–Quiere esclavizarte.

–Me estremece la idea de ser libre.

–Ten cuidado, te lo ruego.

–Verlo es adorarlo, conocerlo es confiar en él.

–Has perdido la cabeza, Sibyl.

Su hermana se echó a reír y lo tomó del brazo.

–Mi querido y maduro Jim, hablas como si tuvieras cien años. Algún día también tú te enamorarás. Entonces sabrás de qué se trata. No pongas ese gesto tan enfurruñado. Debe alegrarte pensar que, aunque tú te vayas, me dejas más feliz que nunca. La vida ha sido dura para nosotros dos, terriblemente dura y difícil. Pero a partir de ahora será diferente. Tú

te vas a un mundo nuevo, y yo he descubierto uno. Aquí hay dos sillas libres; vamos a sentarnos y a ver pasar a la gente elegante.

Se sentaron en medio de una multitud de ociosos. Los macizos de tulipanes al otro lado de la avenida ardían, convertidos en palpitantes anillos de fuego. Un polvo blanco, se diría una trémula nube de polvo de lirios, flotaba en el aire jadeante. Los parasoles de colores brillantes subían y bajaban como mariposas gigantes.

Sibyl hizo hablar a su hermano de sí mismo, de sus esperanzas, de sus proyectos. Jim se expresaba lentamente y con dificultad. Fueron pasándose palabras como los jugadores se pasan fichas. Sibyl empezó a deprimirse. No lograba comunicar su alegría. Todos sus esfuerzos no conseguían otro eco que una débil sonrisa en las comisuras de aquella boca adusta. Después de algún tiempo dejó de hablar. De repente vislumbró unos cabellos dorados y unos labios que reían: Dorian Gray pasaba en un coche abierto con dos damas.

Sibyl se puso en pie de un salto.

– Ahí está! –exclamó.

–¿Quién?

–Mi príncipe azul –respondió ella, siguiendo la victoria con la vista.

También su hermano se puso en pie y la agarró bruscamente por el brazo.

–Enséñamelo. ¿Quién es? Señálamelo. Tengo que verlo! –exclamó; pero en aquel momento se interpuso el coche del duque de Berwick, tirado por cuatro caballos, y cuando de nuevo se despejó el horizonte, el otro vehículo había abandonado el parque.

–Se ha ido –murmuró Sibyl, entristecida–. Me gustaría que lo hubieras visto.

–A mí también me hubiera gustado, porque tan cierto como que hay un Dios en el cielo, si alguna vez te hace daño, lo mataré.

Su hermana lo miró horrorizada. Jim repitió lo que había dicho, y sus palabras cortaron el aire como un puñal. La gente a su alrededor se quedó boquiabierta. Una señora que estaba muy cerca rió nerviosamente.

–Vámonos, Jim, vámonos –susurró Sibyl. Él la siguió, sin dejarse intimidar, a través de la multitud. Se alegraba de haber dicho lo que había dicho.

Cuando llegaron a la estatua de Aquiles, Sibyl se volvió hacia su hermano. La piedad de sus ojos se transformó en risa al llegar a los labios.

–Estás loco, Jim, completamente loco –le dijo, moviendo la cabeza–; un chico con muy mal genio, eso es todo. ¿Cómo puedes imaginar cosas tan horribles? No sabes lo que dices. Sencillamente tienes celos y eres muy

poco amable. Ojalá te enamorases! El amor hace buenas a las personas, y eso que has dicho ha sido una maldad.

–Tengo dieciséis años –respondió Jim–, y sé lo que me digo. Nuestra madre no te ayuda en absoluto. No sabe cómo hay que cuidarte. Preferiría no tener que irme a Australia. Estoy por mandarlo todo a paseo. Lo haría si no hubiera firmado el contrato.

–No te pongas tan serio, Jim. Eres como uno de los héroes de esos melodramas estúpidos que a nuestra madre tanto le gustaba representar. No me voy a pelear contigo. Lo he visto y verlo es la felicidad perfecta. No reñiremos. Sé que nunca harás daño a alguien a quien yo ame, ¿verdad que no?

–No, mientras todavía lo quieras, imagino –fue su hosca respuesta.

– Le querré siempre! –exclamó Sibyl.

–¿Y él?

– También siempre!

–Más le vale.

Sibyl se apartó ligeramente de él. Luego se echó a reír y le puso la mano en el brazo. No era más que un niño.

En Marble Arch tomaron un ómnibus que los dejó cerca de su modesto hogar. Eran más de las cinco, y Sibyl tenía que descansar echada un par de horas antes de la representación. Jim insistió en que lo hiciera. Dijo que prefería despedirse de ella cuando su madre no estuviera presente. Con toda seguridad haría una escena, y Jim detestaba cualquier clase de escena.

Se separaron en la habitación de Sibyl. El corazón del muchacho estaba dominado por los celos, y sentía un odio feroz, asesino, contra aquel extraño que, en su opinión, se había interpuesto entre ellos. Sin embargo, cuando Sibyl le echó los brazos al cuello y le acarició el cabello con los dedos, Jim se ablandó y la besó con sincero afecto. Tenía los ojos llenos de lágrimas mientras bajaba las escaleras.

Su madre lo esperaba abajo. Se quejó de su falta de puntualidad al verlo entrar. Jim no respondió, pero se sentó para consumir su modesta cena. Las moscas zumbaban en torno a la mesa y corrían sobre el mantel poco limpio. Entre el ruido sordo de los ómnibus y el alboroto de los coches de punto, oía la voz monótona que devoraba cada uno de los minutos que le quedaban.

Al cabo de algún tiempo apartó el plato y ocultó la cabeza entre las manos. Estaba convencido de que tenía derecho a saber. Tendrían que habérselo dicho antes, si todo había sucedido como él sospechaba. Su madre lo observaba dominada por el miedo. Las palabras salían

maquinalmente de sus labios. Con los dedos retorcía un pañuelo de encaje hecho jirones. Al darlas seis el reloj de pared, Jim se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Luego se volvió y sus miradas se encontraron. En los ojos maternos descubrió una desesperada solicitud de compasión que lo llenó de cólera.

–Madre, hay algo que tengo que pedirte –dijo. Los ojos de la señora Vane deambularon sin rumbo por el cuarto, pero no contestó–. Dime la verdad. Tengo derecho a saber. ¿Estabas casada con mi padre?

La señora Vane dejó escapar un hondo suspiro, un suspiro de alivio. El terrible momento, el momento que había temido de día y de noche, durante semanas y meses, había llegado al fin, pero no sentía terror. En cierta medida, de hecho, fue más bien una desilusión. Una pregunta tan vulgarmente directa exigía una respuesta igualmente directa. No era una situación a la que se hubiera llegado poco a poco. Era tosca. A la señora Vane le hizo pensar en un ensayo poco satisfactorio.

–No –respondió, maravillada de la dura simplicidad de la vida.

– En ese caso mi padre era un sinvergüenza! –exclamó el muchacho, apretando los puños.

Su madre negó con la cabeza.

–Yo sabía que no estaba libre. Nos queríamos mucho. Si hubiera vivido, habría atendido a nuestras necesidades. No lo condenes, hijo mío. Era tu padre y un caballero. Pertenecía a una excelente familia.

A Jim se le escapó un juramento.

–A mí no me importa –exclamó–, pero no permitas que a Sibyl… Es un caballero, no es eso, el tipo que está enamorado de ella, ¿o dice que lo está? De una familia excelente, también, imagino.

Por un instante, la señora Vane se sintió terriblemente humillada. Inclinó la cabeza. Se limpió los ojos con manos temblorosas.

–Sibyl tiene madre –murmuró–; yo no la tenía.

El muchacho se conmovió. Fue hacia ella, se inclinó y la besó.

–Siento haberte apenado, preguntándote por mi padre –dijo–, pero no he podido evitarlo. He de irme ya. Adiós.

No olvides que ahora sólo tienes que cuidar de Sibyl, y créeme cuando te digo que si ese hombre engaña a mi hermana, descubriré quién es, lo encontraré y lo mataré como a un perro, lo juro.

Lo desmedido de la amenaza, el gesto apasionado que la acompañó, las palabras melodramáticas, hicieron que por un momento la vida recuperase algo de su brillo para la actriz. Todo aquello recreaba un ambiente con el que estaba familiarizada. Respiró con mayor libertad y por primera vez en muchos meses sintió verdadera admiración por su hijo. Le

hubiera gustado continuar la escena en el mismo nivel emocional, pero Jim se lo impidió. Había que bajar baúles, localizar alguna prenda de abrigo. El criado para todo de la pensión entraba y salía sin cesar. Era necesario ajustar el precio con el cochero. La intensidad del momento se perdió en detalles vulgares. Desde la ventana, la señora Vane agitó su maltrecho pañuelo de encaje con un renovado sentimiento de decepción mientras su hijo se alejaba. Se daba cuenta de que se había perdido una gran oportunidad. Se consoló diciendo a Sibyl cuán desolada sería su vida ahora que sólo tenía a una hija a quien cuidar. Recordaba la frase de Jim, que le había gustado. De sus amenazas no dijo nada. La manera de expresarla había sido vigorosa y dramática. La señora Vane tenía la impresión de que algún día todos la recordarían riendo.

Capítulo 6

–¿Has oído las noticias? –preguntó lord Henry aquella noche a Hallward cuando un camarero lo hizo entrar en el pequeño reservado del Bristol donde estaba preparada una cena para tres.

–No –respondió el artista, entregando sombrero y abrigo al camarero, quien procedió a hacerle una reverencia–. ¿De qué se trata? Nada que tenga que ver con la política, espero. No me interesa. Apenas hay una sola persona en la Cámara de los Comunes que se merezca un retrato, aunque muchos de ellos mejorarían blanqueándolos un poco.

–Dorian Gray se ha prometido –dijo lord Henry, examinando atentamente a su amigo mientras hablaba.

Hallward se sobresaltó y luego frunció el entrecejo.

– Dorian prometido! –exclamó–. Imposible!

–Es absolutamente cierto.

–¿Con quién?

–Con una actricilla de poco más o menos.

–No me lo puedo creer. Dorian es demasiado sensato. –Dorian es demasiado prudente para no hacer alguna tontería de cuando en cuando, mi querido Basil.

–Casarse es una cosa que difícilmente se puede hacer de cuando en cuando, Harry.

–Excepto en los Estados Unidos –replicó lánguidamente lord Henry–. Pero yo no he dicho que se haya casado. He dicho que se ha prometido. Hay una gran diferencia. Recuerdo con mucha claridad estar casado, pero no tengo recuerdo alguno de estar prometido. Me inclino a creer que nunca estuve prometido.

–Pero piensa en la cuna de Dorian, en su posición, en su riqueza. Sería absurdo que se casara tan por debajo de sus posibilidades.

–Si de verdad quieres que se case con la chica, dile precisamente eso. Puedes estar seguro de que lo hará. Siempre que un hombre hace algo perfectamente estúpido, lo hace por el más noble de los motivos.

–Espero que la chica sea buena. No quisiera ver a Dorian atado a alguna horrenda criatura que pueda envilecer su cuerpo y destruir su inteligencia.

–No, no; la chica es mejor que buena… , es hermosa –murmuró lord Henry, saboreando un vaso de vermut con zumo de naranjas amargas–. Dorian dice que es hermosa, y no suele equivocarse en ese tipo de cuestiones. Tu retrato ha afinado su apreciación de las personas. Ése ha sido,

entre otros, uno de sus excelentes resultados. Vamos a conocerla esta noche, si es que ese muchacho no olvida su cita con nosotros.

–¿Hablas en serio?

–Completamente en serio. Me sentiría terriblemente mal si creyera que alguna vez llegaré a hablar más seriamente que en este momento.

–Pero, ¿tú lo apruebas, Harry? –preguntó el pintor, paseando por el reservado y mordiéndose los labios–. Es imposible que lo apruebes. Se trata sólo de un capricho.

–Yo ya no apruebo ni desapruebo nada. Es una actitud absurda ante la vida. No se nos pone en el mundo para airear nuestros prejuicios morales. Nunca doy la menor importancia a lo que dice la gente vulgar, y nunca interfiero con lo que hacen las personas encantadoras. Si una personalidad me fascina, cualquier modo de expresión que elija me parecerá delicioso. Dorian Gray se enamora de una hermosa muchacha que interpreta a Julieta y se propone casarse con ella. ¿Por qué no? Si contrajera matrimonio con Mesalina no me parecería menos interesante. Sabes perfectamente que no soy defensor del matrimonio. El verdadero inconveniente del matrimonio es que mata el egoísmo. Y las personas sin egoísmo son incoloras. Carecen de individualidad. De todos modos, hay algunos temperamentos que se hacen más complejos con el matrimonio. Conservan su egoísmo y le añaden otros muchos. Se ven forzados a vivir más de una vida. Se convierten en personas sumamente organizadas, y organizarse muy bien la vida, creo yo, es el objeto de la existencia humana. Además, toda experiencia tiene valor y, se diga lo que se quiera contra el matrimonio, no cabe duda de que es una experiencia. Espero que Dorian Gray haga de esa muchacha su esposa, que la adore apasionadamente por espacio de seis meses y que luego, de repente, quede fascinado por otra persona. Será un maravilloso tema de estudio.

–No crees ni una sola palabra de lo que dices; sabes perfectamente que no. Si Dorian Gray echara a perder su vida, nadie lo sentiría más que tú. Eres mucho mejor persona de lo que finges.

Lord Henry se echó a reír.

–La razón de que nos guste pensar bien de los demás es que tenemos miedo a lo que pueda sucedernos. La base del optimismo es el terror. Pensamos que somos generosos porque atribuimos a nuestro vecino las virtudes que más pueden beneficiarnos. Alabamos al banquero para que no nos penalice por estar en números rojos y encontramos buenas cualidades en el salteador de caminos con la esperanza de que respete nuestra bolsa. Creo todo lo que he dicho. Desprecio profundamente el optimismo. En cuanto a echar a perder una vida, una vida sólo se echa a perder

cuando se detiene su crecimiento. Si quieres estropear una personalidad, basta reformarla. Por lo que hace al matrimonio, por supuesto que sería una estupidez, pero hay otros vínculos, mucho más interesantes, entre hombres y mujeres. Estoy desde luego dispuesto a alentarlos. Tienen el encanto de estar de moda. Pero aquí llega Dorian, que te lo contará todo mejor que yo.

–Basil, Harry, los dos tenéis que felicitarme! –dijo el muchacho, desprendiéndose impaciente de la capa con forro de satén y procediendo a estrechar la mano de sus dos amigos–. No he sido nunca tan feliz. Ya sé que es repentino; todo lo realmente delicioso lo es. Y, sin embargo, me parece que no he buscado otra cosa en toda mi vida –tenía la tez encendida a causa de la alegría y la emoción, y parecía singularmente apuesto.

–Espero que seas siempre muy feliz, Dorian –dijo Hallward–, pero no te perdono del todo que no me hayas informado de tu compromiso. A Harry sí se lo has dicho.

–Y yo no te perdono que llegues tarde a cenar –intervino lord Henry, poniendo una mano en el hombro del muchacho y sonriendo mientras hablaba–. Vamos a sentarnos y a enterarnos de qué tal es el nuevo *chef, y* luego nos explicarás cómo ha sucedido todo.

–En realidad no hay mucho que contar –exclamó Dorian mientras los tres ocupaban sus sitios en torno a la reducida mesa redonda–. Ayer, sencillamente, después de dejarte; Harry, me vestí, cené en el pequeño restaurante italiano de Rupert Street que tú me hiciste conocer, y a las ocho estaba en el teatro. Sibyl interpretaba a Rosalinda. Por supuesto, el decorado era horroroso y el actor que hacía de Orlando absurdo. Sibyl, en cambio! Tendrías que haberla visto! Cuando apareció vestida de muchacho estaba absolutamente maravillosa. Llevaba un jubón de terciopelo color musgo con mangas de color canela, calzas marrones, un precioso sombrerito verde con una pluma de halcón sujeta por una joya, y un gabán con capucha forrado de rojo mate. Nunca me había parecido tan exquisita. Tenía la gracia delicada de esa figurilla de Tanagra que tienes en tu estudio, Basil. Los cabellos rodeándole la cara como hojas oscuras en torno a una pálida rosa. En cuanto a su interpretación… , bueno, vais a verla esta noche. Es, ni más ni menos, una artista nata. Me quedé completamente embobado en mi palco cochambroso. Me olvidé de que estaba en Londres y en el siglo XIX. Me había ido con mi amada a un bosque que nadie había visto nunca. Cuando terminó la representación, pasé entre bastidores y hablé con ella. Mientras estábamos sentados uno al lado del otro, apareció de repente en sus ojos una mirada que yo no había visto nunca. Mis labios se movieron hacia los suyos. Nos besamos. No soy

capaz de describiros lo que sentí en aquel momento. Me pareció que la vida entera se concentraba en un punto perfecto de alegría color rosa. Sibyl se puso a temblar de pies a cabeza, estremeciéndose como un narciso blanco. Luego se arrodilló y me besó las manos. Comprendo que no debería contaros todo esto, pero no puedo evitarlo. Por supuesto, nuestro compromiso es un secreto total. Sibyl ni siquiera se lo ha dicho a su madre. No sé lo que dirán mis tutores. Lord Radley montará sin duda en cólera. Me da igual. Seré mayor de edad en menos de un año, y entonces podré hacer lo que quiera. ¿No es cierto que he hecho bien sacando a mi amor de la poesía y encontrando a mi esposa en las obras de Shakespeare? Labios a los que Shakespeare enseñó a hablar han susurrado su secreto en mi oído. Me han rodeado los brazos de Rosalinda y he besado a Julieta en la boca.

–Sí, Dorian –dijo Hallward, hablando muy despacio–; supongo que has hecho bien.

–¿La has visto hoy? –preguntó lord Henry.

Dorian Gray negó con la cabeza.

–La dejé en el bosque de Arden y hoy la encontraré en un huerto de Verona.

Lord Henry saboreó su champán con aire meditabundo.

–¿En qué punto mencionaste la palabra matrimonio, Dorian? ¿Y qué respondió ella? Quizá lo hayas olvidado por completo.

–Mi querido Harry, no me comporté como si fuera un trato comercial, y no le hice explícitamente una propuesta de matrimonio. Le dije que la amaba y ella respondió que no era digna de ser mi esposa. Que no era digna! Cuando el mundo entero no es nada para mí comparado con ella!

–Las mujeres son maravillosamente prácticas –murmuró lord Henry–; mucho más prácticas que nosotros. En situaciones como ésa, olvidamos con frecuencia mencionar la palabra matrimonio, pero ellas nos lo recuerdan siempre.

Hallward le puso una mano en el brazo.

–No, Harry. Has disgustado a Dorian, que no es como otros hombres. Dorian nunca haría desgraciada a otra persona. Tiene demasiada delicadeza para una cosa así. Lord Henry miró por encima de la mesa.

–Dorian no está nunca disgustado conmigo –respondió–. He hecho la pregunta por la mejor de las razones, por la única razón, a decir verdad, que disculpa de hacer cualquier pregunta: la simple curiosidad. Mantengo la teoría de que son siempre las mujeres quienes nos proponen el matrimonio y no nosotros a ellas. Excepto, por supuesto, las personas de la clase media. Pero lo cierto es que las clases medias no son modernas.

Dorian Gray se echó a reír y movió la cabeza.

–Eres completamente incorregible, Harry; pero no me importa. Es imposible enfadarse contigo. Cuando veas a Sibyl Vane comprenderás que el hombre que la tratara mal sería un desalmado, un ser sin corazón. No entiendo que nadie quiera avergonzar al ser que ama. Y yo amo a Sibyl Vane. Quiero colocarla sobre un pedestal de oro, y ver cómo el mundo venera a la mujer que es mía. ¿Qué es el matrimonio? Una promesa irrevocable. Por eso te burlas de él. No lo hagas! Es una promesa irrevocable la que yo quiero hacer. La confianza de Sibyl me hace fiel, su fe me hace bueno. Cuando estoy con ella, reniego de todo lo que me has enseñado. Me convierto en alguien diferente del que has conocido. He cambiado y el simple hecho de tocar la mano de Sibyl Vane hace que te olvide y que olvide tus falsas teorías, tan fascinantes, tan emponzoñadas, tan deliciosas.

–¿Mis teorías… ? –preguntó lord Henry, sirviéndose un poco de ensalada.

–Tus teorías sobre la vida, tus teorías sobre el amor, tus teorías sobre el placer. Todas tus teorías, de hecho.

–El placer es la única cosa sobre la que merece la pena elaborar una teoría –respondió lord Henry separando bien las palabras con su voz melodiosa–. Pero mucho me temo que no me puedo atribuir esa teoría como propia. No me pertenece a mí, pertenece a la Naturaleza. El placer es la prueba de fuego de la Naturaleza. Cuando somos felices siempre somos buenos, pero cuando somos buenos no siempre somos felices.

–Sí, pero, ¿qué quieres decir con bueno? –exclamó Basil Hallward.

–Sí –asintió Dorian, recostándose en el asiento, y mirando a lord Henry sobre el tupido ramo de iris morados que ocupaba el centro de la mesa–, ¿qué quieres decir con bueno?

–Ser bueno es estar en armonía con uno mismo –replicó lord Henry, tocando el delicado pie de la copa con dedos muy blancos y finos–. Hay disonancia cuando uno se ve forzado a estar en armonía con otros. La propia vida… , eso es lo importante. En cuanto a la vida de nuestros vecinos, si uno quiere ser un hipócrita o un puritano, podemos hacer alarde de nuestras ideas sobre moral, pero en realidad esas personas no son asunto nuestro. Por otra parte, las metas del individualismo son las más elevadas. La moralidad moderna consiste en aceptar las normas de la propia época. Pero yo considero que, para un hombre culto, aceptar las normas de su época es la peor inmoralidad.

–Pero, por supuesto, si uno vive tan sólo para uno mismo, ha de pagar un precio terrible por hacerlo, ¿no es cierto, Harry? –preguntó el pintor.

–Sí, en los tiempos que corren se nos cobra excesivamente por todo. Tengo la impresión de que la verdadera tragedia de los pobres es que no pueden permitirse nada excepto renunciar a sí mismos. Los pecados hermosos, como los objetos hermosos, son el privilegio de los ricos.

–Hay que pagar de otras maneras además de con dinero.

–¿De qué maneras, Basil?

–Imagino que con remordimientos, sufriendo… , bueno, dándose cuenta de la degradación.

Lord Henry se encogió de hombros.

–Amigo mío, el arte medieval es encantador, pero las emociones medievales están anticuadas. Se las puede utilizar en las novelas, por supuesto. Pero las cosas que se pueden utilizar en la narrativa son las que han dejado de usarse en la vida real. Créeme, ningún hombre civilizado se arrepiente nunca de un placer, y los no civilizados nunca llegan a saber qué es un placer.

–Yo sé lo que es el placer –exclamó Dorian Gray–. Adorar a alguien.

–Sin duda eso es mejor que ser adorado –respondió lord Henry, jugueteando con una fruta–. Ser adorado es muy molesto. Las mujeres nos tratan como la humanidad trata a sus dioses. Nos rinden culto y están siempre molestándonos para que hagamos algo por ellas.

–Yo diría que cualquier cosa que piden nos la han dado antes –murmuró el muchacho con mucha seriedad–. Crean el amor en nuestra alma. Tienen derecho a pedir correspondencia.

–Eso es completamente cierto –exclamó Hallward.

–Nada es completamente cierto –dijo lord Henry.

–Esto sí –le interrumpió Dorian–. Has de admitir, Harry, que las mujeres entregan a los hombres el oro mismo de sus vidas.

–Es posible –suspiró el otro–,pero inevitablemente lo reclaman en calderilla. Ése es el problema. Las mujeres, como dijo en cierta ocasión un francés con mucho ingenio, despiertan en nosotros el deseo de producir obras maestras, pero luego nos impiden siempre llevarlas a cabo.

– Eres horrible, Harry! No sé por qué te tengo tanto afecto.

–Me lo tendrás siempre –replicó lord Henry–. ¿Tomaréis café? Camarero, traiga café, *fine champagne y* cigarrillos. No, olvídese de los cigarrillos; tengo algunos yo. Basil, no te permito que fumes puros. Enciende un cigarrillo. El cigarrillo es el perfecto ejemplo de placer perfecto. Es exquisito y deja insatisfecho. ¿Qué más se puede pedir? Sí, Dorian, siempre me tendrás afecto. Represento para ti todos los pecados que nunca has tenido el valor de cometer.

– Qué cosas tan absurdas dices! –exclamó el muchacho, utilizando el encendedor de plata con forma de dragón que el camarero había dejado sobre la mesa.

–Vámonos al teatro. Cuando Sibyl salga a escena, encontrarás un nuevo ideal de vida. Significará para ti algo que nunca has conocido.

–Lo he conocido todo –dijo lord Henry, en sus ojos una expresión de cansancio–, pero siempre estoy dispuesto a experimentar una nueva emoción. Mucho me temo, sin embargo, que, al menos para mí, eso es algo que no existe. De todos modos, quizá tu maravillosa chica me subyugue. Me encanta el teatro. Es mucho más real que la vida. Vamos, Dorian. Tú vendrás conmigo. Lo siento, Basil, pero sólo hay sitio para dos en la berlina. Tendrás que seguirnos en un coche de punto.

Se levantaron para ponerse los abrigos, tomándose el café de pie. El pintor, preocupado, había enmudecido. Le había invadido la melancolía. Le desagradaba mucho aquel matrimonio, aunque en realidad le parecía mejor que otras muchas cosas que podrían haber sucedido. Muy poco después salían a la calle. Hallward se dirigió solo hacia el teatro, como habían convenido, y estuvo contemplando las luces parpadeantes de la berlina que le precedía. Tuvo la extraña sensación de haber perdido algo. Sintió que Dorian Gray ya no sería nunca para él lo que había sido en el pasado. La vida se había interpuesto entre los dos… Los ojos se le llenaron de oscuridad y vio las calles, abarrotadas y centelleantes, a través de una niebla. Cuando el coche de punto se detuvo ante el teatro tuvo la sensación de haber envejecido varios años.

Capítulo 7

Aquella noche, por alguna razón, el teatro estaba abarrotado, y el gordo empresario judío que los recibió en la puerta, sonriendo trémulamente de oreja a oreja con expresión untuosa, procedió a escoltarlos hasta el palco con pomposa humildad, agitando sus gruesas manos enjoyadas y hablando a voz en grito. Dorian Gray sintió que le desagradaba más que nunca. Le pareció que viniendo en busca de Miranda se había encontrado con Calibán. A lord Henry, por el contrario, más bien le gustó. Al menos eso fue lo que dijo, e insistió en estrecharle la mano, asegurándole que estaba orgulloso de conocer al hombre que había descubierto a una joya de la interpretación y que se había arruinado a causa de un poeta. Hallward se divirtió con los rostros del patio de butacas. El calor era insoportable, y la enorme lámpara ardía como una dalia monstruosa con pétalos de fuego amarillo. Los jóvenes del paraíso se habían quitado chaquetas y chalecos, colgándolos de las barandillas. Hablaban entre sí de un lado a otro del teatro y compartían sus naranjas con las llamativas chicas que los acompañaban. Algunas mujeres reían en el patio de butacas, con voces chillonas y discordantes. Desde el bar llegaba el ruido del descorchar de las botellas.

– Qué lugar para encontrar a una diosa! –dijo lord Henry.

– Es cierto! –respondió Dorian Gray–. Pero fue aquí donde la encontré, y Sibyl es la encarnación de la divinidad. Cuando actúe, te olvidarás de todo. Esas gentes vulgares y toscas, de rostros primitivos y gestos brutales, se transforman cuando Sibyl está en el escenario. Callan y escuchan. Lloran y ríen cuando Sibyl quiere que lo hagan. Consigue que respondan como las cuerdas de un violín. Los espiritualiza, y se siente que están hechos de la misma carne y sangre que nosotros.

– La misma carne y sangre que nosotros! Espero que no! –exclamó lord Henry, que observaba a los ocupantes del paraíso con sus gemelos de teatro.

–No le hagas caso, Dorian –dijo el pintor–. Yo sí entiendo lo que quieres decir y estoy convencido de que esa chica es como dices. La mujer a quien tú ames ha de ser maravillosa, y cualquier muchacha que consigue el efecto que describes ha de ser espléndida y noble. Espiritualizar a la propia época… , eso es algo que merece la pena. Si Sibyl es capaz de dar un alma a quienes han vivido sin ella, si crea un sentimiento de belleza en personas cuyas vidas han sido sórdidas y miserables, si los libera de su egoísmo y les presta lágrimas por sufrimientos que no son suyos, se merece toda tu adoración, se merece la adoración del mundo entero. Tu

matrimonio con ella es un acierto. Al principio no lo creía así, pero ahora lo veo de otra manera. Los dioses han hecho a Sibyl Vane para ti. Sin ella hubieras quedado incompleto.

–Gracias, Basil –respondió Dorian Gray, dándole un apretón de manos–. Sabía que me entenderías. Harry es tan cínico que me aterra. Pero aquí llega la orquesta. Aunque espantosa, sólo toca unos cinco minutos aproximadamente. Luego se levanta el telón, y veréis a la muchacha a quien voy a dar toda mi vida, y a la que ya he dado todo lo bueno que hay en mí.

Un cuarto de hora después, acompañada de unos aplausos estruendosos, Sibyl Vane apareció en el escenario. Sí, no había duda de su encanto; era, pensó lord Henry, una de las criaturas más encantadoras que había visto nunca. Había algo de gacela en su gracia tímida y en sus ojos sorprendidos. Un ligero arrebol, como la sombra de una rosa en un espejo de plata, se asomó a sus mejillas cuando vio el teatro abarrotado y entusiasta. Retrocedió unos pasos y pareció que le temblaban los labios. Basil Hallward se puso en pie y empezó a aplaudir. Inmóvil, como en un sueño, Dorian Gray siguió sentado, mirándola fijamente. Lord Henry la examinó con sus gemelos y murmuró: «Encantadora, encantadora».

La acción transcurría en el vestíbulo de la casa de los Capuleto, y Romeo, vestido de peregrino, había entrado con Mercutio y sus amigos. Los músicos tocaron unos compases de acuerdo con sus posibilidades y comenzó la danza. Entre la multitud de actores desangelados y pobremente vestidos, Sibyl Vane se movía como una criatura de un mundo superior. Su cuerpo se agitaba, al bailar, como se mueve una planta dentro del agua. Las ondulaciones de su garganta eran las ondulaciones de un lirio blanco. Sus manos parecían hechas de sereno marfil.

Y, sin embargo, resultaba curiosamente apática. No manifestó signo alguno de alegría cuando sus ojos se posaron sobre Romeo. Las pocas palabras que tenía que decir:

Buen peregrino, no reproches tanto
a tu mano un fervor tan verdadero:
si juntan manos peregrino y santo,
palma con palma es beso de palmero…

junto con el breve diálogo que sigue, fueron pronunciadas de manera completamente artificial. La voz era exquisita, pero desde el punto de vista de tono, absolutamente falsa. La coloración era equivocada. Privaba de vida a los versos. Hacía que la pasión resultase irreal.

Dorian Gray fue palideciendo mientras la contemplaba. Estaba desconcertado y lleno de ansiedad. Ninguno de sus dos amigos se atrevía a decir nada. Sibyl les parecía absolutamente incompetente. Se sentían horriblemente decepcionados.

De todos modos, comprendían que la verdadera prueba de cualquier Julieta es la escena del balcón en el segundo acto. Esperarían a que llegara. Si fallaba allí, todo habría acabado.

De nuevo estaba encantadora cuando reapareció al claro de luna. Eso no se podía negar. Pero lo forzado de su interpretación resultaba insoportable, y fue empeorando con el paso del tiempo. Sus gestos se hicieron absurdamente artificiales. Subrayaba excesivamente todo lo que tenía que decir. El hermoso pasaje:

La noche me oculta con su velo;
si no, el rubor teñiría mis mejillas
por lo que antes me has oído decir.

fue declamado con la penosa precisión de una colegiala a quien ha enseñado a recitar un profesor de elocución de tercera categoría. Y cuando se asomó al balcón y llegó a los maravillosos versos:

Aunque seas mi alegría,
no me alegra nuestro acuerdo de esta noche:
demasiado brusco, imprudente, repentino,
igual que el relámpago, que cesa
antes de poder nombrarlo. Amor, buenas noches.
Con el aliento del verano, este brote amoroso
puede dar bella flor cuando volvamos a vernos…

dijo las palabras como si carecieran por completo de sentido. No era nerviosismo. De hecho, lejos de estar nerviosa, parecía absolutamente dueña de sí misma. Era sencillamente una mala interpretación, y Sibyl un completo desastre.

Incluso el público del patio de butacas y del paraíso, vulgar y sin educación, había perdido interés por la obra. Incómodos, empezaban a hablar en voz alta y a silbar. El empresario judío, de pie tras los asientos del primer anfiteatro, golpeaba el suelo con los pies y protestaba indignado. Tan sólo Sibyl permanecía indiferente.

Al término del segundo acto se produjo una tormenta de silbidos. Lord Henry se levantó de su asiento y se puso el gabán.

–Es muy hermosa, Dorian –dijo–, pero incapaz de interpretar. Vámonos.

–Voy a quedarme hasta el final –respondió el joven, con una voz crispada y llena de amargura–. Siento mucho baberos hecho perder la velada. Os pido disculpas a los dos.

–Mi querido Dorian, a mí me parece que la señorita Vane está enferma –interrumpió Hallward–. Vendremos otra noche.

–Ojalá estuviera enferma –replicó Dorian Gray–. Pero a mí me ha parecido sencillamente insensible y fría. Ha cambiado por completo. Anoche era una gran artista. Hoy es una actriz vulgar, mediocre.

–No hables así de alguien a quien amas, Dorian. El amor es más maravilloso que el arte.

–Los dos son formas de imitación –señaló lord Henry–. Pero será mejor que nos vayamos. No debes seguir aquí por más tiempo, Dorian. No es bueno para la moral ver una mala interpretación. Además, supongo que no querrás que tu esposa actúe en el teatro. En ese caso, ¿qué importa si interpreta Julieta como una muñeca de madera? Es encantadora, y si sabe tan poco de la vida como de actuar en el teatro, será una experiencia deliciosa. Sólo hay dos clases de personas realmente fascinantes: las que lo saben absolutamente todo y las que no saben absolutamente nada. Santo cielo, muchacho, no pongas esa expresión tan trágica! El secreto para conservar la juventud es no permitirse ninguna emoción impropia. Ven al club con Basil y conmigo. Fumaremos cigarrillos y beberemos para celebrar la belleza de Sibyl Vane, que es muy hermosa. ¿Qué más puedes querer?

–Vete, Harry –exclamó el joven–. Quiero estar solo. Y tú también, Basil. ¿Es que no veis que se me está rompiendo el corazón?

Lágrimas ardientes le asomaron a los ojos. Le temblaban los labios y, dirigiéndose al fondo del palco, se apoyó contra la pared, escondiendo la cara entre las manos.

–Vámonos, Basil –dijo lord Henry, con una extraña ternura en la voz. Un instante después habían desaparecido.

Casi enseguida se encendieron las candilejas y se alzó el telón para el tercer acto. Dorian Gray volvió a su asiento. Estaba pálido, pero orgulloso e indiferente. La obra se fue arrastrando, interminable. La mitad del público abandonó la sala, haciendo ruido con sus pesadas botas y riéndose. La representación había sido un fiasco total. El último acto se interpretó ante una sala casi vacía. Una risa contenida y algunas protestas saludaron la caída del último telón.

Nada más terminar la obra, Dorian pasó entre bastidores, para dirigirse al camerino de la actriz. Encontró allí a Sibyl, con una expresión triunfal en el rostro y los ojos llenos de fuego. Estaba radiante. Sonreía, los labios ligeramente abiertos, a causa de un secreto muy personal.

Al entrar Dorian, la muchacha lo miró y apareció en su rostro una expresión de infinita alegría.

– Qué mal he actuado esta noche, Dorian! –exclamó. – Horriblemente mal! –respondió él, contemplándola asombrado–. Espantoso! Ha sido terrible. ¿Estás enferma? No puedes hacerte idea de lo que ha sido. No te imaginas cómo he sufrido.

La muchacha sonrió.

–Dorian –respondió, acariciando el nombre del amado con la prolongada música de su voz, como si fuera más dulce que miel para los rojos pétalos de su boca–. Dorian, deberías haberlo entendido. Pero ahora lo entiendes ya, ¿no es cierto?

–¿Entender qué? –preguntó él, colérico.

–El porqué de que lo haya hecho tan mal esta noche. El porqué de que de ahora en adelante lo haga siempre mal. El porqué de que no vuelva nunca a actuar bien.

Dorian se encogió de hombros.

–Supongo que estás enferma. Cuando estés enferma no deberías actuar. Te pones en ridículo. Mis amigos se han aburrido. Yo me he aburrido.

Sibyl parecía no escucharlo. Estaba transfigurada por la alegría. Dominada por un éxtasis de felicidad. –Dorian, Dorian –exclamó–, antes de conocerte, actuar era la única realidad de mi vida. Sólo vivía para el teatro. Creía que todo lo que pasaba en el teatro era verdad. Era Rosalinda una noche y Porcia otra. La alegría de Beatriz era mi alegría, e igualmente mías las penas de Cordelia. Lo creía todo. La gente vulgar que trabajaba conmigo me parecía tocada de divinidad. Los decorados eran mi mundo. Sólo sabía de sombras, pero me parecían reales. Luego llegaste tú, mi maravilloso amor!, y sacaste a mi alma de su prisión. Me enseñaste qué es la realidad. Esta noche, por primera vez en mi vida, he visto el vacío, la impostura, la estupidez del espectáculo sin sentido en el que participaba. Hoy, por vez primera, me he dado cuenta de que Romeo era horroroso, viejo, y de que iba maquillado; que la luna sobre el huerto era mentira, que los decorados eran vulgares y que las palabras que decía eran irreales, que no eran mías, no eran lo que yo quería decir. Tú me has traído algo más elevado, algo de lo que todo el arte no es más que un reflejo. Me has hecho entender lo que es de verdad el amor. Amor mío! Mi

príncipe azul! Príncipe de mi vida! Me he cansado de las sombras. Eres para mí más de lo que pueda ser nunca el arte. ¿Qué tengo yo que ver con las marionetas de una obra? Cuando he salido a escena esta noche, no entendía cómo era posible que me hubiera quedado sin nada. Pensaba hacer una interpretación maravillosa y de pronto he descubierto que era incapaz de actuar. De repente he comprendido lo que significa amarte. Saberlo me ha hecho feliz. He sonreído al oír protestar a los espectadores. ¿Qué saben ellos de un amor como el nuestro? Llévame lejos, Dorian; llévame contigo a donde podamos estar completamente solos. Aborrezco el teatro. Sé imitar una pasión que no siento, pero no la que arde dentro de mí como un fuego. Dorian, Dorian, ¿no entiendes lo que significa? Incluso aunque pudiera hacerlo, sería para mí una profanación representar que estoy enamorada. Tú me has hecho verlo.

Dorian se dejó caer en el sofá y evitó mirarla.

–Has matado mi amor –murmuró.

Sibyl lo miró asombrada y se echó a reír. El muchacho no respondió. Ella se acercó, y con una mano le acarició el pelo. A continuación se arrodilló y se apoderó de sus manos, besándoselas. Dorian las retiró, estremecido por un escalofrío.

Luego se puso en pie de un salto, dirigiéndose hacia la puerta.

–Sí –exclamó–; has matado mi amor. Eras un estímulo para mi imaginación. Ahora ni siquiera despiertas mi curiosidad. No tienes ningún efecto sobre mí. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías genio e inteligencia, porque hacías reales los sueños de los grandes poetas y dabas forma y contenido a las sombras del arte. Has tirado todo eso por la ventana. Eres superficial y estúpida. Cielo santo! Qué loco estaba al quererte! Qué imbécil he sido! Ya no significas nada para mí. Nunca volveré a verte. Nunca pensaré en ti. Nunca mencionaré tu nombre. No te das cuenta de lo que representabas para mí. Pensarlo me resulta intolerable. Quisiera no haberte visto nunca! Has destruido la poesía de mi vida. Qué poco sabes del amor si dices que ahoga el arte! Sin el arte no eres nada. Yo te hubiera hecho famosa, espléndida, deslumbrante. El mundo te hubiera adorado, y habrías llevado mi nombre. Pero, ahora, ¿qué eres? Una actriz de tercera categoría con una cara bonita.

Sibyl palideció y empezó a temblar. Juntó las manos, apretándolas mucho, y dijo, con una voz que se le perdía en la garganta:

–No hablas en serio, ¿verdad, Dorian? –murmuró–. Estás actuando.

–¿Actuando? Eso lo dejo para ti, que lo haces tan bien –respondió él con amargura.

Alzándose de donde se había arrodillado y, con una penosa expresión de dolor en el rostro, la muchacha cruzó la habitación para acercarse a él. Le puso la mano en el brazo, mirándole a los ojos. Dorian la apartó con violencia.

– No me toques! –gritó.

A Sibyl se le escapó un gemido apenas audible mientras se arrojaba a sus pies, quedándose allí como una flor pisoteada.

– No me dejes, Dorian! –susurró–. Siento no haber interpretado bien mi papel. Pensaba en ti todo el tiempo. Pero lo intentaré, claro que lo intentaré. Se me presentó tan de repente… , mi amor por ti. Creo que nunca lo habría sabido si no me hubieras besado, si no nos hubiéramos besado. Bésame otra vez, amor mío. No te alejes de mí. No lo soportaría. No me dejes. Mi hermano… No; es igual. No sabía lo que decía. Era una broma… Pero tú, ¿no me puedes perdonar lo que ha pasado esta noche? Trabajaré muchísimo y me esforzaré por mejorar. No seas cruel conmigo, porque te amo más que a nada en el mundo. Después de todo, sólo he dejado de complacerte en una ocasión. Pero tienes toda la razón, Dorian, tendría que haber demostrado que soy una artista. Qué cosa tan absurda; aunque, en realidad, no he podido evitarlo. No me dejes, por favor –un ataque de apasionados sollozos la atenazó. Se encogió en el suelo como una criatura herida, y los labios bellamente dibujados de Dorian Gray, mirándola desde lo alto, se curvaron en un gesto de consumado desdén. Las emociones de las personas que se ha dejado de amar siempre tienen algo de ridículo. Sibyl Vane le resultaba absurdamente melodramática. Sus lágrimas y sus sollozos le importunaban.

–Me voy –dijo por fin, con voz clara y tranquila–. No quiero parecer descortés, pero me será imposible volver a verte. Me has decepcionado.

Sibyl lloraba en silencio, pero no respondió; tan sólo se arrastró, para acercarse más a Dorian. Extendió las manos ciegamente, dando la impresión de buscarlo. El muchacho se dio la vuelta y salió de la habitación. Unos instantes después había abandonado el teatro.

Apenas supo dónde iba. Más tarde recordó haber vagado por calles mal iluminadas, de haber atravesado lúgubres pasadizos, poblados de sombras negras y casas inquietantes. Mujeres de voces roncas y risas ásperas lo habían llamado. Borrachos de paso inseguro habían pasado a su lado entre maldiciones, charloteando consigo mismos como monstruosos antropoides. Había visto niños grotescos apiñados en umbrales y oído chillidos y juramentos que salían de patios melancólicos.

Al rayar el alba se encontró cerca de Covent Garden. Al alzarse el velo de la oscuridad, el cielo, enrojecido por débiles resplandores, se vació

hasta convertirse en una perla perfecta. Grandes carros, llenos de lirios balanceantes, recorrían lentamente la calle resplandeciente y vacía. El aire se llenó con el perfume de las flores, y su belleza pareció proporcionarle un analgésico para su dolor. Siguió caminando hasta el mercado, y contempló cómo descargaban los vehículos. Un carrero de blusa blanca le ofreció unas cerezas. Dorian le dio las gracias y, preguntándose por qué el otro se había negado a aceptar dinero a cambio, empezó a comérselas distraídamente. Las habían recogido a media noche, y tenían la frialdad de la luna. Una larga hilera de muchachos que transportaban cajones de tulipanes y de rosas amarillas y rojas desfilaron ante él, abriéndose camino entre enormes montones, verde jade, de hortalizas. Bajo el gran pórtico, de columnas grises desteñidas por el sol, una bandada de chicas desarrapadas, con la cabeza descubierta, esperaban, ociosas, a que terminara la subasta. Otras se amontonaban alrededor de las puertas batientes del café de la Piazza. Los pesados percherones se resbalaban y golpeaban con fuerza los ásperos adoquines, agitando sus arneses con campanillas. Algunos de los cocheros dormían sobre montones de sacos. Con sus cuellos metálicos y sus patas rosadas, las palomas corrían de acá para allá picoteando semillas.

Después de algún tiempo, Dorian Gray paró un coche de punto que lo llevó a su casa. Una vez allí, se detuvo unos instantes en el umbral, recorriendo con la mirada la plaza silenciosa, con sus ventanas vacías, sus contraventanas, y los estores de mirada fija. El cielo se había convertido en un puro ópalo, y los tejados de las casas brillaban como plata bajo él. De alguna chimenea al otro lado de la plaza empezaba a alzarse una delgada columna de humo que pronto curvó en el aire nacarado sus volutas moradas.

En la enorme linterna veneciana –botín dorado de alguna góndola ducal– que colgaba del techo del gran vestíbulo revestido de madera de roble, aún ardían las luces de tres mecheros, semejantes a delgados pétalos azules con un borde de fuego blanco. Los apagó y, después de arrojar capa y sombrero sobre la mesa, cruzó la biblioteca en dirección a la puerta de su dormitorio, una amplia habitación octogonal en el piso bajo que, dada su reciente pasión por el lujo, acababa de hacer decorar a su gusto, colgando de las paredes curiosas tapicerías renacentistas que habían aparecido almacenadas en un ático olvidado de Selby Royal. Mientras giraba la manecilla de la puerta, su mirada se posó sobre el retrato pintado por Basil Hallward. La sorpresa le obligó a detenerse. Luego entró en su cuarto sin perder la expresión de perplejidad. Después de quitarse la flor que llevaba en el ojal de la chaqueta, pareció vacilar. Finalmente regresó

a la biblioteca, se acercó al cuadro y lo examinó con detenimiento. Iluminado por la escasa luz que empezaba a atravesar los estores de seda de color crema, le pareció que el rostro había cambiado ligeramente. La expresión parecía distinta. Se diría que había aparecido un toque de crueldad en la boca. Era, sin duda, algo bien extraño.

Dándose la vuelta, se dirigió hacia la ventana y alzó el estor. El resplandor del alba inundó la habitación y barrió hacia los rincones oscuros las sombras fantásticas, que se inmovilizaron, temblorosas. Pero la extraña expresión que Dorian Gray había advertido en el rostro del retrato siguió presente, más intensa si cabe. La temblorosa y ardiente luz del sol le mostró los pliegues crueles en torno a la boca con la misma claridad que si se hubiera mirado en un espejo después de cometer alguna acción abominable.

Estremecido, tomó de la mesa un espejo oval, encuadrado por cupidos de marfil, uno de los muchos regalos que lord Henry le había hecho, y lanzó una mirada rápida a sus brillantes profundidades. Ninguna arruga parecida había deformado sus labios rojos. ¿Qué significaba aquello?

Después de frotarse los ojos, se acercó al cuadro y lo examinó de nuevo. No había ninguna señal de cambio cuando miraba el lienzo y, sin embargo, no cabía la menor duda de que la expresión del retrato era distinta. No se lo había inventado. Se trataba de una realidad atrozmente visible.

Dejándose caer sobre una silla empezó a pensar. De repente, como en un relámpago, se acordó de lo que dijera en el estudio de Basil Hallward el día en que el pintor concluyó el retrato. Sí; lo recordaba perfectamente. Había expresado un deseo insensato: que el retrato envejeciera y que él se conservara joven; que la perfección de sus rasgos permaneciera intacta, y que el rostro del lienzo cargara con el peso de sus pasiones y de sus pecados; que en la imagen pintada aparecieran las arrugas del sufrimiento y de la meditación, pero que él conservara todo el brillo delicado y el atractivo de una adolescencia que acababa de tomar conciencia de sí misma. No era posible que su deseo hubiera sido escuchado. Cosas así no sucedían, eran imposibles. Parecía monstruoso incluso pensar en ello. Y, sin embargo, allí estaba el retrato, con un toque de crueldad en la boca.

Crueldad! ¿Había sido cruel? Sibyl era la culpable y no él. La había soñado gran artista, y por creerla grande le había entregado su amor. Pero Sibyl le había decepcionado, demostrando ser superficial e indigna. Y, sin embargo, un sentimiento de infinito pesar se apoderó de él, al recordarla acurrucada a sus pies y sollozando como una niñita. Rememoró con cuánta indiferencia la había contemplado. ¿Por qué la naturaleza le

había hecho así? ¿Por qué se le había dado un alma como aquélla? Pero también él había sufrido. Durante las tres terribles horas de la representación había vivido siglos de dolor, eternidades de tortura. Su vida bien valía la de Sibyl. Ella lo había maltratado, aunque Dorian le hubiera infligido una herida duradera. Las mujeres, además, estaban mejor preparadas para el dolor. Vivían de sus emociones. Sólo pensaban en sus emociones. Cuando tomaban un amante, no tenían otro objetivo que disponer de alguien a quien hacer escenas. Lord Henry se lo había explicado, y lord Henry sabía cómo eran las mujeres. ¿Qué razón había para preocuparse por Sibyl Vane? Ya no significaba nada para él.

Pero, ¿y el retrato? ¿Qué iba a decir del retrato? El lienzo de Basil Hallward contenía el secreto de su vida, narraba su historia. Le había enseñado a amar su propia belleza. ¿Le enseñaría también a aborrecer su propia alma? ¿Volvería alguna vez a mirarlo?

No; se trataba simplemente de una ilusión que se aprovechaba de sus sentidos desorientados. La horrible noche pasada había engendrado fantasmas. De repente, esa minúscula mancha escarlata que vuelve locos a los hombres se había desplomado sobre su cerebro. El cuadro no había cambiado. Era locura pensarlo.

Sin embargo, el retrato seguía contemplándolo, con el hermoso rostro deformado por una cruel sonrisa. Sus cabellos resplandecían, brillantes, bajo el sol matinal. Los ojos azules del lienzo se clavaban en los suyos. Un indecible sentimiento de compasión le invadió, pero no por él, sino por aquella imagen pintada. Ya había cambiado y aún cambiaría más. El oro se marchitaría en gris. Las rosas, rojas y blancas, morirían. Por cada pecado que cometiera, una mancha vendría a ensuciar y a destruir su belleza. Pero no volvería a pecar. El cuadro, igual o distinto, sería el emblema visible de su conciencia. Resistiría a la tentación. Nunca volvería a ver a lord Henry: no volvería a escuchar, al menos, aquellas teorías sutilmente ponzoñosas que, en el jardín de Basil Hallward, habían despertado en él por vez primera el deseo de cosas imposibles. Volvería junto a Sibyl Vane, le pediría perdón, se casaría con ella, se esforzaría por amarla de nuevo. Sí; era su deber hacerlo. Sin duda había sufrido más que él. Pobre chiquilla! Qué cruel y egoísta había sido! La fascinación que provocara en él renacería. Serían felices juntos. Su vida con ella sería hermosa y pura.

Se levantó de la silla y colocó un biombo de grandes dimensiones delante del retrato, estremeciéndose mientras lo contemplaba. « Qué horror!», murmuró, y, acercándose a la puerta que daba al jardín, la abrió. Al pisar la hierba, respiró hondo. El frescor del aire matutino pareció

ahuyentar todas sus sombrías pasiones. Pensaba sólo en Sibyl. Un débil eco del antiguo amor reapareció en su pecho. Repitió muchas veces su nombre. Los pájaros que cantaban en el jardín empapado de rocío parecían hablar de ella a las flores.

Capítulo 8

Era más de mediodía cuando se despertó. Su ayuda de cámara había entrado varias veces de puntillas en la habitación, preguntándose qué hacía dormir hasta tan tarde a su amo. Dorian tocó finalmente la campanilla, y Víctor apareció sin hacer ruido con una taza de té y un montón de cartas en una bandejita de porcelana de Sévres. Luego descorrió las cortinas de satén color oliva, con forro azul irisado, que cubrían las tres altas ventanas de la alcoba.

–El señor ha dormido muy bien esta noche –dijo, sonriendo.

–¿Qué hora es, Víctor? –preguntó Dorian, todavía medio despierto.

–La una y cuarto, señor.

Qué tarde ya! Se sentó en la cama y, después de tomar unos sorbos de té, se ocupó del correo. Una de las cartas era de lord Henry, y la habían traído a mano por la mañana. Dorian vaciló un momento y luego terminó por apartarla. Las demás las abrió distraídamente. Contenían la usual colección de tarjetas, invitaciones para cenar, entradas para exposiciones privadas, programas de conciertos con fines benéficos y otras cosas parecidas que llueven todas las mañanas sobre los jóvenes de la buena sociedad durante la temporada. Había también una factura considerable por un juego de utensilios de aseo Luis XV de plata repujada, factura que Dorian no se había atrevido aún a reexpedir a sus tutores, personas extraordinariamente chapadas a la antigua, incapaces de comprender que vivimos en una época en la que ciertas cosas innecesarias son nuestras únicas necesidades; también encontró varias comunicaciones, redactadas en términos muy corteses, de los prestamistas de Jermyn Street, ofreciéndose a adelantarle cualquier cantidad de dinero sin molestas esperas y a unas tasas de interés sumamente razonables.

Al cabo de unos diez minutos Dorian se levantó y, echándose por los hombros una lujosa bata de lana de Cachemira con bordados en seda, entró en el cuarto de baño con suelo de ónice. El agua fresca lo despejó después de las muchas horas de sueño. Parecía haber olvidado lo sucedido el día anterior. Una vaga sensación de haber participado en alguna extraña tragedia se le pasó por la cabeza una o dos veces, pero con la irrealidad de un sueño.

En cuanto se hubo vestido, entró en la biblioteca y se sentó a tomar un ligero desayuno francés, servido sobre una mesita redonda, próxima a la ventana abierta. Hacía un día maravilloso. El aire tibio parecía cargado de especias. Una abeja entró por la ventana y zumbó alrededor del

cuenco color azul con motivos de dragones que, lleno de rosas amarillas, tenía delante. Dorian se sintió perfectamente feliz.

De repente, su mirada se posó sobre el biombo situado delante del retrato y se estremeció.

–¿El señor tiene frío? –preguntó el ayuda de cámara, colocando una tortilla sobre la mesita–. ¿Cierro la ventana?

Dorian negó con un movimiento de cabeza.

–No tengo frío –murmuró.

¿Era cierto todo lo que recordaba? ¿Había cambiado de verdad el retrato? ¿O le había hecho ver su imaginación una expresión malvada donde sólo había un gesto alegre? Era imposible que un lienzo cambiara. Absurdo. Sería una excelente historia que contarle a Basil algún día. Le haría sonreír.

Sin embargo, qué preciso era el recuerdo! Primero en la confusa penumbra y luego en el luminoso amanecer, había visto el toque de crueldad en los labios contraídos. Casi temió que llegara el momento en que el criado abandonase la biblioteca. Sabía que cuando se quedara solo tendría que examinar el retrato. Le daba miedo enfrentarse con la certeza. Cuando, después de traer el café y los cigarrillos, Víctor se volvió para marcharse, Dorian sintió un absurdo deseo de decirle que se quedara. Mientras la puerta se cerraba tras él, lo llamó. Víctor se detuvo, esperando instrucciones. Dorian se lo quedó mirando unos instantes.

–No estoy para nadie –dijo, acompañando las palabras con un suspiro.

Víctor hizo una inclinación de cabeza y desapareció.

Dorian se alzó entonces de la mesa, encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre un diván extraordinariamente cómodo, situado delante del biombo. El biombo era antiguo, de cuero español dorado, estampado con un dibujo Luis XIV demasiado florido. Dorian lo examinó con curiosidad, preguntándose si habría ocultado ya alguna vez el secreto de una vida.

¿Debía realmente apartarlo, después de todo? ¿Por qué no dejarlo donde estaba? ¿De qué servía conocer la verdad? Si resultaba cierto, era terrible. Si no, ¿por qué preocuparse? Pero, ¿y si, por alguna fatalidad o una casualidad aún más terrible, otros ojos hubieran mirado detrás del biombo, comprobando el horrible cambio? ¿Qué haría si se presentara Basil Hallward y pidiese contemplar el cuadro? Era seguro que Basil acabaría por hacer una cosa así. No; tenía que examinar el retrato, y hacerlo de inmediato. Cualquier cosa mejor que aquella espantosa duda.

Se levantó y cerró las dos puertas con llave. Al menos estaría solo mientras contemplaba la máscara de su vergüenza. Luego apartó el

biombo y se vio cara a cara. Era totalmente cierto. El retrato había cambiado.

Como después recordaría con frecuencia, y siempre con notable asombro, se encontró mirando al retrato con un sentimiento que era casi de curiosidad científica. Que aquel cambio hubiera podido producirse le resultaba increíble. Y, sin embargo, era un hecho. ¿Existía alguna sutil afinidad entre los átomos químicos, que se convertían en forma y color sobre el lienzo, y el alma que habitaba en el interior de su cuerpo? ¿Podría ser que lo que el alma pensaba, lo hicieran realidad? ¿Que dieran consistencia a lo que él soñaba? ¿O había alguna otra razón, más terrible? Se estremeció, sintió miedo y, volviendo al diván, se tumbó en él, contemplando el retrato sobrecogido de horror.

Comprendió, sin embargo, que el cuadro había hecho algo por él. Le había permitido comprender lo injusto, lo cruel que había sido con Sibyl Vane. No era demasiado tarde para reparar aquel mal. Aún podía ser su esposa. El amor egoísta e irreal que había sentido daría paso a un sentimiento más elevado, se transformaría en una pasión más noble, y el retrato pintado por Basil Hallward sería su guía para toda la vida, sería para él lo que la santidad es para algunos, la conciencia para otros y el temor de Dios para todos. Existían narcóticos para el remordimiento, drogas que acallaban el sentido moral y lo hacían dormir. Pero allí delante tenía un símbolo visible de la degradación del pecado. Una prueba incontestable de la ruina que los hombres provocan en su alma.

Sonaron las tres de la tarde, las cuatro, y la media hora dejó oír su doble carillón, pero Dorian Gray no se movió. Trataba de reunir los hilos escarlata de la vida y de tejerlos siguiendo un modelo; encontrar un camino, perdido como estaba en un laberinto de pasiones desatadas. No sabía qué hacer, ni qué pensar. Finalmente, volvió a la mesa y escribió una carta ardiente a la muchacha a la que había amado, implorando su perdón y acusándose de demencia. Llenó cuartilla tras cuartilla con atormentadas palabras de pesar y otras aún más patéticas de dolor. Existe la voluptuosidad del autorreproche. Cuando nos culpamos sentimos que nadie más tiene derecho a hacerlo. Es la confesión, no el sacerdote, lo que nos da la absolución. Cuando Dorian terminó la carta sintió que había sido perdonado.

De repente, llamaron a la puerta, y oyó la voz de lord Henry en el exterior.

–Dorian, amigo mío. He de verte. Déjame entrar ahora mismo. Es inaceptable que te encierres de esta manera. Al principio no contestó, inmovilizado por completo. Pero los golpes en la puerta continuaron,

haciéndose más insistentes. Sí, era mejor dejar entrar a lord Henry y explicarle la nueva vida que había decidido llevar, reñir con él si era necesario hacerlo, alejarse de él si la separación era inevitable. Poniéndose en pie de un salto, se apresuró a correr el biombo para que ocultara el cuadro, y luego procedió a abrir la puerta.

–Siento mucho todo lo que ha pasado, Dorian –dijo lord Henry al entrar–. Pero no debes pensar demasiado en ello.

–¿Te refieres a Sibyl Vane? –preguntó el joven.

–Sí, por supuesto –respondió lord Henry, dejándose caer en una silla y quitándose lentamente los guantes amarillos–. Es horrible, desde cierto punto de vista, pero tú no tienes la culpa. Dime, ¿fuiste a verla después de que terminara la obra?

–Sí.

–Estaba convencido de que había sido así. ¿Le hiciste una escena?

–Fui brutal, Harry, terriblemente brutal. Pero ahora todo está resuelto. No siento lo que ha sucedido. Me ha enseñado a conocerme mejor.

– Ah, Dorian, cómo me alegro que te lo tomes de esa manera! Temía encontrarte hundido en el remordimiento y mesándote esos cabellos tuyos tan agradables.

–He superado todo eso –dijo Dorian, moviendo la cabeza y sonriendo–. Ahora soy totalmente feliz. Sé lo que es la conciencia, para empezar. No es lo que me dijiste que era. Es lo más divino que hay en nosotros. No te burles, Harry, no vuelvas a hacerlo… , al menos, delante de mí. Quiero ser bueno. No soporto la idea de la fealdad de mi alma.

– Una encantadora base artística para la ética, Dorian! Te felicito por ello. Pero, ¿cómo te propones empezar?

–Casándome con Sibyl Vane.

– Casándote con Sibyl Vane! –exclamó lord Henry, poniéndose en pie y contemplándolo con infinito asombro–. Pero, mi querido Dorian…

–Sí, Harry, sé lo que me vas a decir. Algo terrible sobre el matrimonio. No lo digas. No me vuelvas a decir cosas como ésas. Hace dos días le pedí a Sibyl que se casara conmigo. No voy a faltar a mi palabra. Será mi esposa! –¿Tu esposa… ? ¿No has recibido mi carta? Te he escrito esta mañana, y te envié la nota con mi criado.

–¿Tu carta? Ah, sí, ya recuerdo. No la he leído aún, Harry. Temía que hubiera en ella algo que me disgustara. Cortas la vida en pedazos con tus epigramas.

–Entonces, ¿no sabes nada?

–¿Qué quieres decir?

Lord Henry cruzó la habitación y, sentándose junto a Dorian Gray, le tomó las dos manos, apretándoselas mucho.

–Dorian… –dijo–, mi carta… , no te asustes… , era para decirte que Sibyl Vane ha muerto.

Un grito de dolor escapó de los labios del muchacho, que se puso en pie bruscamente, liberando sus manos de la presión de lord Henry.

– Muerta! Sibyl muerta! No es verdad! Es una mentira espantosa! ¿Cómo te atreves a decir una cosa así?

–Es completamente cierto, Dorian –dijo lord Henry, con gran seriedad–. Lo encontrarás en todos los periódicos de la mañana. Te he escrito para pedirte que no recibieras a nadie hasta que yo llegara. Habrá una investigación, por supuesto, pero no debes verte mezclado en ella. En París, cosas como ésa ponen de moda a un hombre. Pero en Londres la gente tiene muchos prejuicios. Aquí es impensable debutar con un escándalo. Eso hay que reservarlo para dar interés a la vejez. Imagino que en el teatro no saben cómo te llamas. Si es así no hay ningún problema. ¿Te vio alguien dirigirte hacia su camerino? Eso es importante.

Dorian tardó unos instantes en contestar. Estaba aturdido por el horror.

–¿Has hablado de una investigación? –tartamudeó finalmente con voz ahogada–. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso Sibyl… ? Es superior a mis fuerzas, Harry! Pero habla pronto. Cuéntamelo todo inmediatamente.

–Estoy convencido de que no ha sido un accidente, aunque hay que conseguir qué la opinión pública lo vea de esa manera. Parece que cuando salía del teatro con su madre, alrededor de las doce y media más o menos, dijo que había olvidado algo en el piso de arriba. Esperaron algún tiempo por ella, pero no regresó. Finalmente la encontraron muerta, tumbada en el suelo de su camerino. Había tragado algo por equivocación, alguna cosa terrible que usan en los teatros. No sé qué era, pero tenía ácido prúsico o carbonato de plomo. Imagino que era ácido prúsico, porque parece haber muerto instantáneamente.

– Qué cosa tan atroz, Harry! –exclamó el muchacho. –Sí, verdaderamente trágica, desde luego, pero tú no debes verte mezclado en ello. He visto en el *Standard* que tenía diecisiete años. Yo la hubiera creído aún más joven. Tenía tal aspecto de niña y parecía una actriz con tan poca experiencia! Dorian, no debes permitir que este asunto te altere los nervios. Cenarás conmigo y luego nos pasaremos por la ópera. Esta noche canta la Patti y estará allí todo el mundo. Puedes venir al palco de mi hermana. Irá con unas amigas muy elegantes.

–De manera que he asesinado a Sibyl Vane –dijo Dorian Gray, hablando a medias consigo mismo–; como si le hubiera cortado el cuello con un cuchillo. Pero no por ello las rosas son menos hermosas. Ni los pájaros cantan con menos alegría en mi jardín. Y esta noche cenaré contigo, y luego iremos a la ópera y supongo que acabaremos la velada en algún otro sitio. Qué extraordinariamente dramática es la vida! Si todo esto lo hubiera leído en un libro, Harry, creo que me habría hecho llorar. Sin embargo, ahora que ha sucedido de verdad, y que me ha sucedido a mí, parece demasiado prodigioso para derramar lágrimas. Aquí está la primera carta de amor apasionada que he escrito en mi vida. Es bien extraño que mi primera carta de amor esté dirigida a una muchacha muerta. ¿Tienen sentimientos, me pregunto, esos blancos seres silenciosos a los que llamamos los muertos? ¿Puede Sibyl sentir, entender o escuchar? Ah, Harry, cómo la amaba hace muy poco! Pero ahora me parece que han pasado años. Lo era todo para mí. Luego llegó aquella noche horrible, ¿ayer?, en la que actuó tan espantosamente mal y en la que casi se me rompió el corazón. Me lo explicó todo. Era terriblemente patético. Pero no me conmovió en lo más mínimo. Me pareció una persona superficial. Aunque luego ha sucedido algo que me ha dado miedo. No puedo decirte qué, pero ha sido terrible. Y decidí volver con Sibyl. Comprendí que me había portado mal con ella. Y ahora está muerta. Dios del cielo, Harry! ¿Qué voy a hacer? No sabes en qué peligro me encuentro, y no hay nada que pueda mantenerme en el camino recto. Sibyl lo hubiera conseguido. No tenía derecho a quitarse la vida. Se ha portado de una manera muy egoísta.

–Mi querido Dorian –respondió lord Henry, sacando un cigarrillo de la pitillera y luego un estuche para cerillas con baño de oro–, la única manera de que una mujer reforme a un hombre es aburriéndolo tan completamente que pierda todo interés por la vida. Si te hubieras casado con esa chica, habrías sido muy desgraciado. Por supuesto la hubieras tratado amablemente. Siempre se puede ser amable con las personas que no nos importan nada. Pero habría descubierto enseguida que sólo sentías indiferencia por ella. Y cuando una mujer descubre eso de su marido, o empieza a vestirse muy mal o lleva sombreros muy elegantes que tiene que pagar el marido de otra mujer. Y no hablo del faux pas social, que habría sido lamentable, y que, por supuesto, yo no hubiera permitido, pero te aseguro que, de todos modos, el asunto habría sido un fracaso de principio a fin.

–Imagino que sí –murmuró el muchacho, paseando por la habitación, horriblemente pálido–. Pero pensaba que era mi deber. No es culpa mía

que esta espantosa tragedia me impida actuar correctamente. Recuerdo que en una ocasión dijiste que existe una fatalidad ligada a las buenas resoluciones, y es que siempre se hacen demasiado tarde. Las mías desde luego.

–Las buenas resoluciones son intentos inútiles de modificar leyes científicas. No tienen otro origen que la vanidad. Y el resultado es absolutamente nulo. De cuando en cuando nos proporcionan algunas de esas suntuosas emociones estériles que tienen cierto encanto para los débiles. Eso es lo mejor que se puede decir de ellas. Son cheques que hay que cobrar en una cuenta sin fondos.

–Harry –exclamó Dorian Gray, acercándose y sentándose a su lado–, ¿por qué no siento esta tragedia con la intensidad que quisiera? No creo que me falte corazón. ¿Qué opinas tú?

–Has hecho demasiadas tonterías durante los últimos quince días para que se te pueda acusar de eso, Dorian –respondió lord Henry, con su dulce sonrisa melancólica.

El muchacho frunció el ceño.

–No me gusta esa explicación, Harry –replicó–, pero me alegra que no me juzgues sin corazón. No es verdad. Sé que lo tengo. Y sin embargo he de reconocer que lo que ha sucedido no me afecta como debiera. Me parece sencillamente un final estupendo para una obra maravillosa. Tiene la belleza terrible de una tragedia griega, una tragedia en la que he tenido un papel muy destacado, pero que no me ha dejado heridas.

–Es un caso interesante –dijo lord Henry, que encontraba un placer sutil enjugar con el egoísmo inconsciente de su joven amigo–; un caso sumamente interesante. Creo que la verdadera explicación es ésta: sucede con frecuencia que las tragedias reales de la vida ocurren de una manera tan poco artística que nos hieren por lo crudo de su violencia, por su absoluta incoherencia, su absurda ausencia de significado, su completa falta de estilo. Nos afectan como lo hace la vulgaridad. Sólo nos producen una impresión de fuerza bruta, y nos rebelamos contra eso. A veces, sin embargo, cruza nuestras vidas una tragedia que posee elementos de belleza artística. Si esos elementos de belleza son reales, todo el conjunto apela a nuestro sentido del efecto dramático. De repente descubrimos que ya no somos los actores, sino los espectadores de la obra. O que somos más bien las dos cosas. Nos observamos, y el mero asombro del espectáculo nos seduce. En el caso presente, ¿qué es lo que ha sucedido en realidad? Alguien se ha matado por amor tuyo. Me gustaría haber tenido alguna vez una experiencia semejante. Me hubiera hecho enamorarme del amor para el resto de mi vida. Las personas que me han adorado (no

han sido muchas, pero sí algunas), siempre han insistido en seguir viviendo después de que yo dejase de quererlas y ellas dejaran de quererme a mí. Se han vuelto corpulentas y tediosas, y cuando me encuentro con ellas se lanzan inmediatamente a los recuerdos. Ah, esa terrible memoria de las mujeres! Qué cosa más espantosa! Y qué total estancamiento intelectual revela! Se deben absorberlos colores de la vida, pero nunca recordar los detalles. Los detalles siempre son vulgares.

–He de sembrar amapolas en el jardín –suspiró Dorian.

–No hace falta –replicó su amigo–. La vida siempre distribuye amapolas a manos llenas. Por supuesto, de cuando en cuando las cosas se alargan. En una ocasión no llevé más que violetas durante toda una temporada, a manera de luto artístico por una historia de amor que no acababa de morir. A la larga, terminó por hacerlo. No recuerdo ya qué fue lo que la mató. Probablemente, su propuesta de sacrificar por mí el mundo entero. Ése es siempre un momento terrible. Le llena a uno con el terror de la eternidad. Pues bien, ¿querrás creerlo?, la semana pasada, en casa de lady Hampshire, me encontré cenando junto a la dama de quien te hablo, e insistió en revisar toda la historia, en desenterrar el pasado y en remover el futuro. Yo había sepultado mi amor bajo un lecho de asfódelos. Ella lo sacó de nuevo a la luz, asegurándome que había destrozado su vida. Me veo obligado a señalar que procedió a devorar una cena copiosísima, de manera que no sentí la menor ansiedad. Pero, qué falta de buen gusto la suya! El único encanto del pasado es que es el pasado. Pero las mujeres nunca se enteran de que ha caído el telón. Siempre quieren un sexto acto, y tan pronto como la obra pierde interés, sugieren continuarla. Si se las dejara salirse con la suya, todas las comedias tendrían un final trágico, y todas las tragedias culminarían en farsa. Son encantadoramente artificiales, pero carecen de sentido artístico. Tú has tenido más suerte que yo. Te aseguro que ninguna de las mujeres que he conocido hubiera hecho por mí lo que Sibyl Vane ha hecho por ti. Las mujeres ordinarias se consuelan siempre. Algunas se lanzan a los colores sentimentales. Nunca te fíes de una mujer que se viste de malva, cualquiera que sea su edad, o de una mujer de más de treinta y cinco aficionada a las cintas de color rosa. Eso siempre quiere decir que tienen un pasado. Otras se consuelan descubriendo de repente las excelentes cualidades de sus maridos. Hacen ostentación en tus narices de su felicidad conyugal, como si fuera el más fascinante de los pecados. Algunas se consuelan con la religión, cuyos misterios tienen todo el encanto de un coqueteo, según me dijo una mujer en cierta ocasión; y lo comprendo perfectamente. Además, nada le hace a uno tan vanidoso como que lo acusen de pecador. La

conciencia nos vuelve egoístas a todos. Sí; son innumerables los consuelos que las mujeres encuentran en la vida moderna. Y, de hecho, no he mencionado aún el más importante.

–¿Cuál es, Harry? –preguntó el muchacho distraídamente.

–Oh, el consuelo más evidente. El que consiste en apoderarse del admirador de otra cuando se pierde al propio. En la buena sociedad eso siempre rehabilita a una mujer. Pero, realmente, Dorian, qué diferente debía de ser Sibyl Vane de las mujeres que conocemos de ordinario! Hay algo que me parece muy hermoso acerca de su muerte. Me alegro de vivir en un siglo en el que ocurren tales maravillas. Le hacen creer a uno en la realidad de cosas con las que todos jugamos, como romanticismo, pasión y amor.

–Yo he sido horriblemente cruel con ella. Lo estás olvidando.

–Mucho me temo que las mujeres aprecian la crueldad, la crueldad pura y simple, más que ninguna otra cosa. Tienen instintos maravillosamente primitivos. Las hemos emancipado, pero siguen siendo esclavas en busca de dueño. Les encanta que las dominen. Estoy seguro de que estuviste espléndido. No te he visto nunca enfadado de verdad, aunque me imagino el aspecto tan delicioso que tenías. Y, después de todo, anteayer me dijiste algo que me pareció entonces puramente caprichoso, pero que ahora considero absolutamente cierto y que encierra la clave de todo lo sucedido.

–¿Qué fue eso, Harry?

–Me dijiste que para ti Sibyl Vane representaba a todas las heroínas novelescas; que una noche era Desdémona y otra Julieta; que si moría como Julieta, volvía a la vida como Imogen.

–Nunca resucitará ya –murmuró el muchacho, escondiendo la cara entre las manos.

–No, nunca más. Ha interpretado su último papel. Pero debes pensar en esa muerte solitaria en un camerino de oropel como un extraño pasaje espeluznante de una tragedia jacobea, como una maravillosa escena de Webster, de Ford, o de Cyril Tourneur. Esa muchacha nunca ha vivido realmente, de manera que tampoco ha muerto de verdad. Para ti, al menos, siempre ha sido un sueño, un fantasma que revoloteaba por las obras de Shakespeare y las hacía más encantadoras con su presencia, un caramillo con el que la música de Shakespeare sonaba mejor y más alegre. En el momento en que tocó la vida real, desapareció el encanto, la vida la echó a perder, y Sibyl murió. Lleva duelo por Ofelia, si quieres. Cúbrete la cabeza con cenizas porque Cordelia ha sido estrangulada. Clama

contra el cielo porque ha muerto la hija de Brabantio. Pero no malgastes tus lágrimas por Sibyl Vane. Era menos real que todas ellas.

Hubo un momento de silencio. La tarde se oscurecía en la biblioteca. Mudas, y con pies de plata, las sombras del jardín entraron en la casa. Los colores desaparecieron cansadamente de los objetos.

Después de algún tiempo Dorian Gray alzó los ojos. –Me has explicado a mí mismo, Harry –murmuró, con algo parecido a un suspiro de alivio–. Aunque sentía lo que has dicho, me daba miedo, y no era capaz de decírmelo. Qué bien me conoces! Pero no vamos a hablar más de lo sucedido. Ha sido una experiencia maravillosa. Eso es todo. Me pregunto si la vida aún me reserva alguna otra cosa tan extraordinaria.

–La vida te lo reserva todo, Dorian. No hay nada que no seas capaz de hacer, con tu maravillosa belleza.

–Pero supongamos, Harry, que me volviera ojeroso y viejo y me llenara de arrugas. ¿Qué sucedería entonces?

–Ah –dijo lord Henry, poniéndose en pie para marcharse–, en ese caso, mi querido Dorian, tendrías que luchar por tus victorias. De momento, se te arrojan a los pies. No; tienes que seguir siendo como eres. Vivimos en una época que lee demasiado para ser sabia y que piensa demasiado para ser hermosa. No podemos pasarnos sin ti. Y ahora más vale que te vistas y vayamos en coche al club. Ya nos hemos retrasado bastante.

–Creo que me reuniré contigo en la ópera. Estoy demasiado cansado para comer nada. ¿Cuál es el número del palco de tu hermana?

–Veintisiete, me parece. Está en el primer piso. Encontrarás su nombre en la puerta. Pero lamento que no cenes conmigo.

–No me siento capaz –dijo Dorian distraídamente–, aunque te estoy terriblemente agradecido por todo lo que me has dicho. Eres sin duda mi mejor amigo. Nadie me ha entendido nunca como tú.

–Sólo estamos al comienzo de nuestra amistad –respondió lord Henry, estrechándole la mano–. Hasta luego. Te veré antes de las nueve y media, espero. No te olvides de que canta la Patti.

Cuando se cerró la puerta de la biblioteca, Dorian Gray tocó la campanilla y pocos minutos después apareció Víctor con las lámparas y bajó los estores. Dorian esperó con impaciencia a que se fuera. Tuvo la impresión de que tardaba un tiempo infinito en cada gesto.

Tan pronto como se hubo marchado, corrió hacia el biombo, retirándolo. No; no se había producido ningún nuevo cambio. El retrato había recibido antes que él la noticia de la muerte de Sibyl. Era consciente de los sucesos de la vida a medida que se producían. La disoluta crueldad que desfiguraba las delicadas líneas de la boca había aparecido, sin duda, en

el momento mismo en que la muchacha bebió el veneno, fuera el que fuese. ¿O era indiferente a los resultados? ¿Simplemente se enteraba de lo que sucedía en el interior del alma? No sabría decirlo, pero no perdía la esperanza de que algún día pudiera ver cómo el cambio tenía lugar delante de sus ojos, estremeciéndose al tiempo que lo deseaba.

Pobre Sibyl! Qué romántico había sido todo! Cuántas veces había fingido en el escenario la muerte que había terminado por tocarla, llevándosela consigo! ¿Cómo habría interpretado aquella última y terrible escena? ¿Lo habría maldecido mientras moría? No; había muerto de amor por él, y el amor sería su sacramento a partir de entonces. Sibyl lo había expiado todo con el sacrificio de su vida. No pensaría más en lo que le había hecho sufrir, en aquella horrible noche en el teatro. Cuando pensara en ella, la vería como una maravillosa figura trágica enviada al escenario del mundo para mostrar la suprema realidad del amor. ¿Una maravillosa figura trágica? Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar su aspecto infantil, su atractiva y fantasiosa manera de ser y su tímida gracia palpitante. Apartó apresuradamente aquellos recuerdos y volvió a mirar el cuadro.

Comprendió que había llegado de verdad el momento de elegir. ¿O acaso la elección ya estaba hecha? Sí; la vida había decidido por él; la vida y su infinita curiosidad personal sobre la vida. Eterna juventud, pasión infinita, sutiles y secretos placeres, violentas alegrías y pecados aún más violentos; no quería prescindir de nada. El retrato cargaría con el peso de la vergüenza; eso era todo.

Un sentimiento de dolor le invadió al pensar en la profanación que aguardaba al hermoso rostro del retrato. En una ocasión, en adolescente burla de Narciso, había besado, o fingido besar, aquellos labios pintados que ahora le sonreían tan cruelmente. Día tras día había permanecido delante del retrato, maravillándose de su belleza, casi –le parecía a veces– enamorado de él. ¿Cambiaría ahora cada vez que cediera a algún capricho? ¿Iba a convertirse en un objeto monstruoso y repugnante, que habría de esconderse en una habitación cerrada con llave, lejos de la luz del sol que con tanta frecuencia había convertido en oro deslumbrante la ondulada maravilla de sus cabellos? Qué perspectiva tan terrible!

Por un momento pensó en rezar para que cesara la espantosa comunión que existía entre el cuadro y él. El cambio se había producido en respuesta a una plegaria; quizás en respuesta a otra volviese a quedar inalterable. Y, sin embargo, ¿quién, que supiera algo sobre la Vida, renunciaría al privilegio de permanecer siempre joven, por fantástica que esa posibilidad pudiera ser o por fatídicas que resultaran las

consecuencias? Además, ¿estaba realmente en su mano controlarlo? ¿Había sido una oración la causa del cambio? ¿Podía existir quizá alguna razón científica? Si el pensamiento influía sobre un organismo vivo, ¿no cabía también que ejerciera esa influencia sobre cosas muertas e inorgánicas? Más aún, ¿no era posible que, sin pensamientos ni deseos conscientes, cosas externas a nosotros vibraran en unión con nuestros estados de ánimo y pasiones, átomo llamando a átomo en un secreto amor de extraña afinidad? Pero poco importaba la razón. Nunca volvería a tentar con una plegaria a ningún terrible poder. Si el retrato tenía que cambiar, cambiaría. Eso era todo. ¿Qué necesidad había de profundizar más?

Porque sería un verdadero placer examinar el retrato. Podría así penetrar hasta en los repliegues más secretos de su alma. El retrato se convertiría en el más mágico de los espejos. De la misma manera que le había descubierto su cuerpo, también le revelaría el alma. Y cuando a ese alma le llegara el invierno, él permanecería aún en donde la primavera tiembla, a punto de convertirse en verano. Cuando la sangre desapareciera de su rostro, para dejar una pálida máscara de yeso con ojos de plomo, él conservaría el atractivo de la adolescencia. Ni un átomo de su belleza se marchitaría nunca. Jamás se debilitaría el ritmo de su vida. Como los dioses de los griegos, sería siempre fuerte, veloz y alegre. ¿Qué importaba lo que le sucediera a la imagen coloreada del lienzo? Él estaría a salvo. Eso era lo único que importaba.

Volvió a colocar el biombo en su posición anterior, delante del retrato, sonriendo al hacerlo, y entró en el dormitorio, donde ya le esperaba su ayuda de cámara. Una hora después se encontraba en la ópera, y lord Henry se inclinaba sobre su silla.

Capítulo 9

Cuando estaba desayunando a la mañana siguiente, el criado hizo entrar a Basil Hallward.

–Me alegro de haberte encontrado, Dorian –dijo el pintor con entonación solemne–. Vine a verte anoche, y me dijeron que estabas en la ópera. Comprendí que no era posible. Pero siento que no dijeras adónde ibas en realidad. Pasé una velada horrible, temiendo a medias que a una primera tragedia pudiera seguirle otra. Creo que deberías haberme telegrafiado cuando te enteraste de lo sucedido. Lo leí casi por casualidad en la última edición del *Globe,* que encontré en el club. Vine aquí de inmediato, y sentí mucho no verte. No sé cómo explicarte cuánto lamento lo sucedido. Me hago cargo de lo mucho que sufres. Pero, ¿dónde estabas? ¿Fuiste a ver a la madre de esa muchacha? Por un momento pensé en seguirte hasta allí. Daban la dirección en el periódico. Un lugar en Euston Road, ¿no es eso? Pero tuve miedo de avivar un dolor que no me era posible aliviar. Pobre mujer! En qué estado debe encontrarse! Y su única hija! ¿Qué ha dicho sobre lo sucedido?

–Mi querido Basil, ¿cómo quieres que lo sepa? –murmuró Dorian Gray, bebiendo un sorbo de pálido vino blanco de una delicada copa de cristal veneciano, adornada con perlas de oro, con aire de aburrirse muchísimo–. Estaba en la ópera. Deberías haber ido allí. Conocí a lady Gwendolen, la hermana de Harry. Estuvimos en su palco. Es absolutamente encantadora; y la Patti cantó divinamente. No hables de cosas horribles. Basta con no hablar de algo para que no haya sucedido nunca. Como dice Harry, el hecho de expresarlas es lo que da realidad a las cosas. Aunque quizá deba mencionar que no era hija única. Existe un varón, un muchacho excelente, según creo. Pero no se dedica al teatro. Es marinero o algo parecido. Y ahora háblame de ti y de lo que estás pintando.

–Fuiste a la ópera –exclamó Hallward, hablando muy despacio, la voz estremecida por el dolor–. ¿Fuiste a la ópera mientras el cadáver de Sibyl Vane yacía en algún sórdido lugar? ¿Eres capaz de hablarme de lo encantadoras que son otras mujeres y de la maravillosa voz de la Patti, antes de que la muchacha a la que amabas disponga siquiera de la paz de un sepulcro donde descansar? ¿Acaso no sabes los horrores que aguardan a ese cuerpo suyo todavía tan blanco?

– Basta! No estoy dispuesto a escucharlo! –exclamó Dorian, poniéndose en pie con brusquedad–. No me hables de esas cosas. Lo que está hecho, está hecho. Lo pasado, pasado está.

–¿Al día de ayer le llamas el pasado?

–¿Qué tiene que ver el lapso de tiempo transcurrido? Sólo las personas superficiales necesitan años para desechar una emoción. Un hombre que es dueño de sí mismo pone fin a un pesar tan fácilmente como inventa un placer. No quiero estar a merced de mis emociones. Quiero usarlas, disfrutarlas, dominarlas.

– Eso que dices es horrible, Dorian! Algo te ha cambiado completamente. Sigues teniendo el mismo aspecto que el maravilloso muchacho que, día tras día, venía a mi estudio para posar. Pero entonces eras una persona sencilla, espontánea y afectuosa. Eras la criatura más íntegra de la tierra. Ahora, no sé qué es lo que te ha sucedido. Hablas como si no tuvieras corazón, como si fueras incapaz de compadecerte. Es la influencia de Harry. Lo veo con toda claridad.

El muchacho enrojeció y, llegándose hasta la ventana, contempló durante unos instantes el verdor fulgurante del jardín, bañado de sol.

–Es mucho lo que le debo a Harry–dijo por fin–; más de lo que te debo a ti. Tú sólo me enseñaste a ser vanidoso.

–Sin duda estoy siendo castigado por ello; o lo seré algún día.

–No entiendo lo que dices, Basil –exclamó Dorian Gray, volviéndose–. Tampoco sé lo que quieres. ¿Qué es lo que quieres?

–Quiero al Dorian Gray cuyo retrato pinté en otro tiempo –dijo el artista con tristeza.

–Basil –dijo el muchacho, acercándose a él, y poniéndole la mano en el hombro–, has llegado demasiado tarde. Ayer, cuando oí que Sibyl Vane se había quitado la vida…

– Quitado la vida! Cielo santo! ¿Se sabe a ciencia cierta? –exclamó Hallward, mirando horrorizado a su amigo.

– Mi querido Basil! ¿No pensarás que ha sido un vulgar accidente? Por supuesto que se ha suicidado.

El hombre de más edad se cubrió la cara con las manos.

–Qué cosa tan terrible –murmuró, el cuerpo entero sacudido por un estremecimiento.

–No –dijo Dorian Gray–; no tiene nada de terrible. Es una de las grandes tragedias románticas de nuestra época. Por regla general, los actores llevan una vida bien corriente. Son buenos maridos, o esposas fieles, o algo igualmente tedioso. Ya sabes a qué me refiero, virtudes de la clase media y todas esas cosas. Qué diferente era Sibyl, que ha vivido su mejor tragedia! Fue siempre una heroína. La última noche que actuó, la noche en que tú la viste, su interpretación fue mala porque había conocido la realidad del amor. Cuando conoció su irrealidad, murió, como podría

haber muerto Julieta. Volvió de nuevo a la esfera del arte. Había algo de mártir en ella. Su muerte tiene toda la patética inutilidad del martirio, toda su belleza desperdiciada. Pero, como iba diciendo, no debes pensar que no he sufrido. Si hubieras venido ayer en cierto momento, hacia las cinco y media, quizá, o las seis menos cuarto, me habrías encontrado llorando. Incluso Harry, que estaba aquí y fue quien me trajo la noticia, no se dio cuenta de lo que me sucedía. Sufrí inmensamente. Luego el sufrimiento acabó. No puedo repetir una emoción. Nadie puede, excepto las personas sentimentales. Y tú eres terriblemente injusto, Basil. Vienes aquí a consolarme. Es muy de agradecer. Me encuentras consolado y te enfureces. Bien por las personas compasivas! Me haces pensar en una historia que me contó Harry acerca de cierto filántropo que se pasó veinte años tratando de rectificar un agravio o de cambiar una ley injusta, no recuerdo exactamente de qué se trataba. Finalmente lo consiguió, y su decepción fue inmensa. Como no tenía absolutamente nada que hacer, casi se murió de *ennui*, convirtiéndose en un perfecto misántropo. Y además, mi querido Basil, si realmente quieres consolarme, enséñame más bien a olvidar lo que ha sucedido o a verlo desde el ángulo artístico más conveniente. ¿No era Gautier quien hablaba sobre *la consolafon des arts?* Recuerdo haber encontrado un día en tu estudio un librito con tapas de vitela en el que descubrí por casualidad esa frase deliciosa. Bien, no soy como el joven de quien me hablaste cuando estuvimos juntos en Marlow, el joven para quien el satén amarillo podía consolar a cualquiera de todas las tristezas de la vida. Me gustan las cosas hermosas que se pueden tocar y utilizar. Brocados antiguos, bronces con cardenillo, objetos lacados, marfiles tallados, ambientes exquisitos, lujo, pompa: es mucho lo que se puede disfrutar con todas esas cosas. Pero el temperamento artístico que crean, o que al menos revelan, tiene todavía más importancia para mí. Convertirse en el espectador de la propia vida, como dice Harry, es escapar a sus sufrimientos. Ya sé que te sorprende que te hable de esta manera. No te has dado cuenta de cómo he madurado. No era más que un colegial cuando me conociste. Soy un hombre ya. Tengo nuevas pasiones, nuevos pensamientos, nuevas ideas. Soy diferente, pero no debes tenerme menos afecto. He cambiado, pero tú serás siempre mi amigo. Es cierto que a Harry le tengo mucho cariño. Pero sé que tú eres mejor. Menos fuerte, porque le tienes demasiado miedo a la vida, pero mejor. Y, qué felices éramos cuando estábamos juntos! No me dejes, Basil, ni te pelees conmigo. Soy lo que soy. No hay nada más que decir.

El pintor se sintió extrañamente emocionado. Apreciaba infinitamente a Dorian, y gracias a su personalidad su arte había dado un paso

decisivo. No cabía seguir pensando en hacerle reproches. Tal vez su indiferencia fuese un estado de ánimo pasajero. Había tanta bondad en él, tanta nobleza!

–Bien, Dorian –dijo, finalmente, con una triste sonrisa–; a partir de hoy no volveré a hablarte de ese suceso tan terrible. Sólo deseo que tu nombre no se vea mezclado en un escándalo. La investigación judicial se celebra esta tarde. ¿Te han convocado?

Dorian negó con la cabeza; y una expresión de fastidio pasó por su rostro al oír mencionar la palabra «investigación». Todo aquel asunto tenía algo de vulgar y de tosco.

–No saben cómo me llamo –respondió.

–¿Tampoco ella?

–Sólo mi nombre de pila, y estoy seguro de que nunca se lo dijo a nadie. En una ocasión me contó que todos tenían una gran curiosidad por saber quién era yo, pero siempre les decía que era el Príncipe Azul. Una delicadeza por su parte. Has de hacerme un dibujo de Sibyl, Basil. Me gustaría tener algo más que el recuerdo de algunos besos y unas palabras entrecortadas llenas de patetismo.

–Trataré de hacer algo, Dorian, si eso te agrada. Pero tienes que venir y posar para mí de nuevo. Sin ti no hago nada que merezca la pena.

–Nunca volveré a posar para ti. Es imposible! –exclamó Dorian, retrocediendo.

El pintor lo miró fijamente.

– Mi querido Dorian, eso es una tontería! –exclamó–. ¿Quieres decir que no te gusta el retrato tuyo que pinté? ¿Dónde está? ¿Por qué has colocado ese biombo delante? Déjamelo ver. Es lo mejor que he hecho. Haz el favor de retirar el biombo, Dorian. Me parece vergonzoso que tu criado esconda mi retrato de esa manera. Ahora comprendo por qué la habitación me ha parecido distinta al entrar.

–Mi criado no tiene nada que ver con eso. ¿No imaginarás que le dejo arreglar la biblioteca por mí? A veces coloca las flores… , eso es todo. No; soy yo quien lo ha hecho. La luz era demasiado fuerte para el retrato.

– Demasiado fuerte! No puede ser. Es un sitio admirable para ese cuadro. Déjamelo ver.

Un grito de terror escapó de la boca de Dorian Gray, que corrió a situarse entre el pintor y el biombo.

–Basil –dijo, sumamente pálido–, no debes verlo. No quiero que lo veas.

– Que no vea mi propia obra! No hablas en serio. ¿Por qué tendría que no verlo? –preguntó Hallward, riendo.

–Si tratas de verlo, te juro por mi honor que nunca volveré a dirigirte la palabra mientras viva. Hablo completamente en serio. No te doy ninguna explicación, ni te permito que me la pidas. Pero, recuérdalo, si tocas ese biombo, nuestra amistad se habrá terminado para siempre.

Hallward quedó anonadado. Miró a Dorian Gray con infinito asombro. Nunca lo había visto así. El muchacho estaba lívido de rabia. Apretaba los puños y sus pupilas eran como discos de fuego azul. Temblaba de pies a cabeza.

– Dorian!

– No digas nada!

–Pero, ¿qué es lo que te pasa? Por supuesto que no voy a mirarlo si tú no quieres –dijo, con bastante frialdad, girando sobre los talones y acercándose a la ventana–. Pero me parece bastante absurdo que no pueda ver mi propia obra, sobre todo cuando me dispongo a exponerla en París en otoño. Probablemente tendré que darle otra mano de barniz antes, de manera que tendré que verlo algún día, y ¿por qué no hoy?

–¿Exponerlo? ¿Quieres exponerlo? –exclamó Dorian Gray, sintiendo que le invadía un extraño terror. ¿Iba a ser el mundo testigo de su secreto? ¿Se quedaría la gente con la boca abierta ante el misterio de su vida? Imposible. Había que hacer algo, no sabía aún qué, y hacerlo de inmediato.

–Sí; espero que no te opongas. George Petit va a reunir mis mejores obras para una exposición personal en la rue de Séze que se inaugurará la primera semana de octubre. El retrato sólo estará fuera un mes. Creo que podrás pasarte sin él ese tiempo. De hecho es seguro que no estarás en Londres. Y si lo tienes detrás de un biombo, quiere decir que no te importa demasiado.

Dorian Gray se pasó la mano por la frente, donde habían aparecido gotitas de sudor. Se sentía al borde de un espantoso abismo.

–Hace un mes me dijiste que no lo expondrías nunca –exclamó–. ¿Por qué has cambiado de idea? Las personas que presumís de coherentes sois tan caprichosas como todo el mundo. La única diferencia es que vuestros caprichos carecen de sentido. No es posible que lo hayas olvidado: me aseguraste con toda la solemnidad del mundo que nada te impulsaría a mandarlo a ninguna exposición. Y a Harry le dijiste exactamente lo mismo.

Se detuvo de repente y apareció en sus ojos un brillo especial. Recordó que lord Henry le había dicho en una ocasión, medio en serio medio en broma: «Si quieres pasar un cuarto de hora insólito, haz que Basil te cuente por qué no quiere exponer tu retrato. A mí me lo contó, y fue toda

una revelación». Sí; quizá también Basil tuviera su secreto. ¿Y si tratara de interrogarlo?

–Basil –le dijo, acercándose mucho y mirándolo fijamente a los ojos–, los dos tenemos un secreto. Hazme saber el tuyo y yo te contaré el mío. ¿Qué razón tenías para negarte a exponer el retrato?

El pintor se estremeció a su pesar.

–Si te lo dijera, quizá disminuyera el aprecio que me tienes, y sin duda alguna te reirías de mí. Me resulta insoportable que suceda cualquiera de esas dos cosas. Si no quieres que vuelva a ver el cuadro, lo acepto. Siempre puedo mirarte a ti. Si quieres que mi mejor obra permanezca oculta para el mundo, me doy por satisfecho. Tu amistad es más importante para mí que la fama o la reputación.

–No, Basil; me lo tienes que contar –insistió Dorian Gray–. Creo que tengo derecho a saberlo –el sentimiento de terror había desaparecido, sustituido por la curiosidad. Estaba decidido a descubrir el misterio de Basil Hafward.

–Vamos a sentarnos, Dorian –dijo el pintor con gesto preocupado–. Siéntate y respóndeme a una sola pregunta. ¿Has notado algo peculiar en el cuadro? ¿Algo que probablemente no advertiste en un primer momento, pero que se te ha revelado de repente?

– Basil! –exclamó el muchacho, agarrándose a los brazos del sillón con manos temblorosas, y mirándolo con ojos más llenos de miedo que de sorpresa.

–Ya veo que sí. No digas nada. Espera a escuchar lo que tengo que decir. Desde el momento en que te conocí, tu personalidad ha tenido sobre mí la más extraordinaria de las influencias. Has dominado mi alma, mi cerebro, mis energías. Te convertiste en la encarnación tangible de ese ideal nunca visto cuyo recuerdo obsesiona a los artistas como un sueño inefable. Te idolatraba. Sentía celos de todas las personas con las que hablabas. Te quería para mí solo. Sólo era feliz cuando estaba contigo. Y cuando te alejabas de mí seguías presente en mi arte… Por supuesto nunca te hice saber nada de todo eso. Hubiera sido imposible. No lo habrías entendido. Apenas lo entendía yo. Sólo sabía que había visto la perfección cara a cara, y que, ante mis ojos, el mundo se había convertido en algo maravilloso; demasiado maravilloso, quizá, porque en una adoración tan desmesurada existe un peligro, el peligro de perderla, no menos grave que el de conservarla… Pasaron semanas y semanas, y yo estaba cada día más absorto en ti. Luego sucedió algo nuevo. Te había dibujado como Paris con una primorosa armadura, y como Adonis con capa de cazador y lanza bruñida. Coronado con flores de loto en la proa de la falúa

de Adriano, mirando hacia la otra orilla sobre las verdes aguas turbias del Nilo. Inclinado sobre un estanque inmóvil en algún bosque griego, habías visto en la plata silenciosa del agua la maravilla de tu propio rostro. Y todo había sido, como conviene al arte, inconsciente, ideal y remoto. Un día, un día fatídico, pienso a veces, decidí pintar un maravilloso retrato tuyo tal como eres, no con vestiduras de edades muertas, sino con tu ropa y en tu época. No sé si fue el realismo del método o la maravilla misma de tu personalidad, que se me presentó entonces sin intermediarios, sin niebla ni velo. Pero sé que mientras trabajaba en él, con cada pincelada, con cada toque de color me parecía estar revelando mi secreto. Sentí miedo de que otros advirtieran mi idolatría. Comprendí que había dicho demasiado, que había puesto demasiado de mí en aquel cuadro. Decidí entonces no permitir que el retrato se expusiera nunca en público. Tú te molestaste un poco; pero no te diste cuenta de todo lo que significaba para mí. Harry, a quien le hablé de ello, se rió de mí. Pero no me importó. Cuando el cuadro estuvo terminado, y me quedé a solas con él, sentí que yo tenía razón… Luego, a los pocos días, el lienzo abandonó mi estudio, y tan pronto como me libré de la intolerable fascinación de su presencia, me pareció absurdo imaginar que hubiera algo especial en él, aparte del hecho de que tú eras muy bien parecido y de que yo era capaz de pintar. Incluso ahora no puedo por menos de pensar que es un error creer que la pasión que se siente durante la creación aparece de verdad en la obra creada. El arte es siempre más abstracto de lo que imaginamos. La forma y el color sólo nos hablan de sí mismos… , eso es todo. Con frecuencia me parece que el arte esconde al artista mucho más de lo que lo revela. De manera que cuando recibí la invitación de París decidí hacer de tu retrato la pieza principal de mi exposición. Nunca se me ocurrió que te negaras. Ahora comprendo que tenías razón. El retrato no se puede mostrar. No te enfades conmigo por lo que te he contado, Dorian. Como le dije a Harry en una ocasión, estás hecho para ser adorado.

Dorian Gray respiró hondo. Sus mejillas recobraron el color y sus labios juguetearon con una sonrisa. Había pasado el peligro. De momento estaba a salvo. Pero no podía dejar de sentir una piedad infinita por el pintor que acababa de hacerle aquella extraña confesión, al tiempo que se preguntaba si alguna vez llegaría a sentirse tan dominado por la personalidad de un amigo. Lord Henry tenía el encanto de ser muy peligroso. Pero nada más. Era demasiado inteligente y demasiado cínico para que nadie sintiera por él un afecto apasionado. ¿Habría alguna vez alguien que suscitara en él, en Dorian Gray, tan extraña idolatría? ¿Era ésa una de las cosas que le reservaba la vida?

–Me parece extraordinario, Dorian –prosiguió Hallward–, que hayas descubierto mi secreto en el retrato. ¿Lo has visto de verdad?

–Vi algo en él –respondió el joven–; algo que me pareció sumamente curioso.

–Bien; ahora ya no te importará que lo vea, ¿no es cierto?

Dorian negó con un movimiento de cabeza.

–No me pidas eso, Basil. No puedo permitir que veas ese cuadro cara a cara.

–Pero llegará algún día en que sí.

–Nunca.

–Bien; quizás estés en lo cierto. Me despido de ti. Has sido la única persona que de verdad ha influido en mi arte. Si he hecho algo que merezca la pena, te lo debo a ti. Ah! No sabes lo que me ha costado decirte todo lo que te he dicho.

–Mi querido Basil –respondió Dorian–, ¿qué es lo que me has contado? Simplemente, que te parecía que me admirabas demasiado. Eso ni siquiera llega a ser un cumplido.

–No era mi intención hacerte un cumplido. Ha sido una confesión. Ahora que ya la he hecho, tengo la impresión de haber perdido algo de mí mismo. Quizá nunca se deba traducir en palabras un sentimiento de adoración.

–Ha sido una confesión muy decepcionante.

–¿Qué esperabas, Dorian? No has visto ninguna otra cosa en el cuadro, ¿no es cierto? ¿Había algo más que ver?

–No, no había nada más. ¿Por qué lo preguntas? Pero no debes hablar de adoración. No tiene sentido. Tú y yo somos amigos, y hemos de seguir siéndolo siempre.

–Tienes a Harry–dijo el pintor con tristeza.

– Ah, Harry! –exclamó el muchacho con una carcajada–. Harry se pasa los días diciendo cosas increíbles y las veladas haciendo cosas improbables. Exactamente la clase de vida que me gustaría llevar. Pero de todos modos no creo que fuese en busca de Harry cuando tuviera problemas. Creo que iría antes a verte a ti.

–¿Volverás a posar para mí?

– Imposible!

–Destrozas mi vida de artista negándote. Nadie se tropieza dos veces con el ideal. Y son muy pocos los que lo encuentran siquiera una.

–No te lo puedo explicar, pero no puedo volver a posar para ti. Hay algo fatal en un retrato. Tiene vida propia. Iré a tomar el té contigo. Será igual de placentero.

–Placentero para ti, mucho me temo –murmuró Hallward, pesaroso–. Y ahora, adiós. Siento que no me dejes ver el cuadro una vez más. Pero qué se le va a hacer. Entiendo perfectamente tus sentimientos.

Mientras lo veía salir de la habitación, Dorian Gray no pudo evitar una sonrisa. Pobre Basil! Qué lejos estaba de saber la verdadera razón! Y qué extraño era que, en lugar de verse forzado a revelar su propio secreto, hubiera logrado, casi por casualidad, arrancar a su amigo el suyo! Cuántas cosas le había explicado aquella extraña confesión! Los absurdos ataques de celos del pintor, su desmedida devoción, sus extravagantes alabanzas, sus curiosas reticencias… , ahora lo entendía todo, y sintió pena. Le pareció que había algo trágico en una amistad tan cercana al amor.

Suspiró y tocó la campanilla. Tenía que ocultar el retrato a toda costa. No podía correr de nuevo el riesgo de verse descubierto. Había sido una locura permitir que continuara, ni siquiera por una hora, en una habitación donde entraban sus amigos.

Capítulo 10

Cuando entró el criado, lo miró fijamente, preguntándose si se le habría ocurrido curiosear detrás del biombo. Absolutamente impasible, Víctor esperaba sus órdenes. Dorian encendió un cigarrillo y se acercó al espejo. En él vio reflejado con toda claridad el rostro del ayuda de cámara, máscara perfecta de servilismo. No había nada que temer por aquel lado. Pero enseguida pensó que más le valía estar en guardia.

Con voz reposada, le encargó decirle al ama de llaves que quería verla, y que después fuese a la tienda del marquista y le pidiese que enviara a dos de sus hombres al instante. Le pareció que mientras salía de la habitación, la mirada de Víctor se desviaba hacia el biombo. ¿O era imaginación suya?

Al cabo de un momento, con su vestido negro de seda, y mitones de hilo a la vieja usanza cubriéndole las manos, la señora Leaf entró, apresurada, en la biblioteca. Dorian le pidió la llave del aula.

–¿La antigua aula, señor Dorian? –exclamó el ama de llaves–. Pero si está llena de polvo! Tengo que limpiar y poner orden antes de dejarle entrar. No se la puede ver tal como está, no señor.

–No quiero que ponga usted orden, Leaf. Sólo quiero la llave.

–Lo que usted diga, señor, pero se llenará de telarañas. Hace casi cinco años que no se abre, desde que murió su señoría.

Dorian puso mala cara al oír hablar de su abuelo. Tenía muy malos recuerdos suyos.

–No importa –dijo–. Sólo quiero verla, eso es todo. Déme la llave.

–Y aquí la tiene –dijo la anciana, repasando el contenido de su manojo de llaves con manos trémulamente inseguras.

Ésta es. La sacaré enseguida. ¿No pensará usted vivir allí, tan cómodo como está aquí?

–No, no –exclamó Dorian, algo irritado–. Muchas gracias, Leaf. Eso es todo.

El ama de llaves tardó aún unos momentos en retirarse, extendiéndose sobre algún detalle del gobierno de la casa. Dorian suspiró, y le dijo que lo administrara todo como mejor le pareciera. Finalmente se marchó, deshaciéndose en sonrisas.

Al cerrarse la puerta, Dorian se guardó la llave en el bolsillo y recorrió la biblioteca con la mirada. Sus ojos se detuvieron en un amplio cubrecama de satén morado con bordados en oro que su abuelo había encontrado en un convento próximo a Bolonia. Sí; serviría para envolver el horrible lienzo. Quizás se había utilizado más de una vez como mortaja.

Ahora tendría que ocultar algo con una corrupción peculiar, peor que la de los muertos: algo que engendraría horrores sin por ello morir nunca. Lo que los gusanos eran para el cadáver, serían sus pecados para la imagen pintada en el lienzo, destruyendo su apostura y devorando su gracia. Lo mancharían, convirtiéndolo en algo vergonzoso. Y sin embargo aquella cosa seguiría viva, viviría siempre.

Dorian se estremeció y durante unos instantes lamentó no haberle contado a Basil la verdadera razón para esconder el retrato. El pintor le hubiera ayudado a resistir la influencia de lord Henry, y otra, todavía más venenosa, que procedía de su propio temperamento. En el amor que Basil le profesaba –porque se trataba de verdadero amor– no había nada que no fuera noble e intelectual. No era la simple admiración de la belleza que nace de los sentidos y que muere cuando los sentidos se cansan. Era un amor como el que habían conocido Miguel Ángel, y Montaigne, y Winckelmann, y el mismo Shakespeare. Sí, Basil podría haberlo salvado. Pero ya era demasiado tarde. El pasado siempre se podía aniquilar. Arrepentimiento, rechazo u olvido podían hacerlo. Pero el futuro era inevitable. Había en él pasiones que encontrarían su terrible encarnación, sueños que harían real la sombra de su perversidad.

Dorian retiró del sofá la gran tela morada y oro que lo cubría y, con ella en las manos, pasó detrás del biombo. ¿Se había degradado aún más el rostro del lienzo? Le pareció que no había cambiado; la repugnancia que le inspiraba, sin embargo, iba en aumento. Cabellos de oro, ojos azules, labios encendidos: todo estaba allí. Tan sólo la expresión era distinta. Le asustó su crueldad. Comparado con lo que él descubría allí de censura y de condena, cuán superficiales los reproches de Basil acerca de Sibyl Vane! Superficiales y anodinos. Su alma misma lo miraba desde el lienzo llamándolo a juicio. Dolorosamente afectado, Dorian arrojó la lujosa mortaja sobre el cuadro. Mientras lo hacía, llamaron a la puerta. Salió de detrás del biombo cuando entraba el criado.

–Señor, han llegado esas personas.

Dorian sintió que tenía que deshacerse de Víctor lo antes posible. No debía saber adónde se llevaba el cuadro. Había algo malicioso en él, y en sus ojos brillaba el cálculo y la traición. Sentándose en el escritorio, redactó velozmente una nota para lord Henry, pidiéndole que le mandara alguna lectura y recordándole que habían quedado en verse a las ocho y cuarto.

–Espere la respuesta –le dijo al ayuda de cámara al tenderle la misiva–, y haga pasar aquí a esos hombres.

Dos o tres minutos después se oyó de nuevo llamar a la puerta, y el señor Hubbard en persona, el famoso marquista de South Audley Street, entró con un joven ayudante de aspecto más bien tosco. El señor Hubbard era un hombrecillo de tez colorada y patillas rojas, cuyo entusiasmo por el arte quedaba atemperado por la persistente falta de recursos de la mayoría de los artistas que con él se relacionaban. En principio nunca abandonaba su tienda. Esperaba a que los clientes fuesen a verlo. Pero siempre hacía una excepción en favor del señor Gray. Había algo en Dorian que seducía a todo el mundo. Verlo ya era un placer.

–¿Qué puedo hacer por usted, señor Gray? –dijo, frotándose las manos, rollizas y pecosas–. He pensado que sería para mí un honor venir en persona. Acabo de adquirir un marco que es una joya. En una subasta. Florentino antiguo. Creo que viene de Fonthill. Maravillosamente adecuado para un tema religioso, señor Gray.

–Siento mucho que se haya tomado tantas molestias, señor Hubbard. Iré desde luego a su establecimiento para ver el marco, aunque últimamente no me interesa demasiado la pintura religiosa, pero en el día de hoy sólo se trata de subir un cuadro a lo más alto de la casa. Pesa bastante, y por eso he pensado en pedirle que me prestara a un par de hombres.

–No es ninguna molestia, señor Gray. Es una alegría para mí serle de utilidad. ¿Cuál es la obra de arte?

–Ésta –replicó Dorian Gray, apartando el biombo–. ¿Podrá usted moverlo, con la tela que lo cubre, tal como está? No quiero que se roce por las escaleras.

–No hay ninguna dificultad –dijo el afable marquista, empezando, con la ayuda de su subordinado, a descolgar el cuadro de las largas cadenas de bronce de las que estaba suspendido–. Y ahora, señor Gray, ¿dónde tenemos que llevarlo?

–Le mostraré el camino, señor Hubbard, si es tan amable de seguirme. O quizá sea mejor que vaya usted delante. Mucho me temo que la habitación está en lo más alto de la casa. Iremos por la escalera principal, que es más ancha.

Mantuvo la puerta abierta para dejarlos pasar, salieron al vestíbulo e iniciaron la ascensión por la escalera. La barroca ornamentación del marco había hecho que el retrato resultase muy voluminoso y, de cuando en cuando, pese a las obsequiosas protestas del señor Hubbard, a quien horrorizaba, como les sucede a todos los verdaderos comerciantes, la idea de que un caballero haga algo útil, Dorian intentaba echarles una mano.

–No se puede decir que sea demasiado ligero –dijo el marquista con voz entrecortada cuando llegaron al último descansillo, procediendo a secarse la frente.

–Me temo que pesa bastante –murmuró Dorian, mientras, con la llave que le había entregado la señora Leaf, abría la puerta de la estancia que iba a guardar el extraño secreto de su vida y a ocultar su alma a los ojos de los hombres.

Hacía más de cuatro años que no entraba allí, aunque en otro tiempo la hubiera utilizado como cuarto de juegos primero y más adelante como sala de estudio. Habitación amplia y bien proporcionada, el difunto lord Kelso la había construido especialmente para el nieto al que siempre había detestado por el notable parecido con su madre –y también por otras razones–, y al que quería mantener lo más lejos posible. A Dorian le pareció que había cambiado muy poco. Allí estaba el enorme *cassone* italiano, con sus paneles cubiertos de fantásticas pinturas y sus deslustradas molduras doradas, en cuyo interior se había escondido de pequeño con tanta frecuencia. Allí estaba la librería de madera de satín, llena de sus libros escolares, con signos evidentes de haber sido muy usados. De la pared de detrás aún colgaba el mismo tapiz flamenco muy gastado, donde unos descoloridos rey y reina jugaban al ajedrez en un jardín, mientras un grupo de cetreros pasaba a caballo, con aves encapuchadas en las muñecas enguantadas. Qué bien se acordaba de todo! Los recuerdos de su solitaria infancia se le agolparon en la memoria mientras miraba a su alrededor. Recordó la pureza inmaculada de su vida adolescente, y le pareció horrible que fuese allí donde tuviera que esconder el fatídico retrato. Qué poco había imaginado, en aquellos días muertos para siempre, lo que el destino le reservaba!

Pero no había en toda la casa un lugar donde fuese a estar mejor protegido contra miradas inquisitivas. Con la llave en su poder, nadie más podría entrar allí. Bajo su mortaja morada, el rostro pintado en el lienzo podía hacerse bestial, deforme, inmundo. ¿Qué más daba? Nadie lo vería. Ni siquiera él. ¿Por qué tendría que contemplar la odiosa corrupción de su alma? Conservaría la juventud: eso bastaba. Y, además, ¿no cabía la posibilidad de que algún día nacieran en él sentimientos más nobles? No había razón para pensar en un futuro vergonzoso. Quizá el amor pudiera cruzarse en su vida, purificándolo y protegiéndolo de aquellos pecados que ya parecían agitársele en la carne y el espíritu: aquellos curiosos pecados todavía informes cuya indeterminación misma les prestaba sutileza y atractivo. Tal vez, algún día, el rictus de crueldad habría

desaparecido de la delicada boca y él estaría en condiciones de mostrar al mundo la obra maestra de Basil Hallward.

No; eso era imposible. Hora a hora, semana a semana, la criatura del lienzo envejecería. Quizá evitara la fealdad del pecado, pero no la de la edad. Las mejillas se descarnarían y se harían fláccidas. Amarillas patas de gallo aparecerían en torno a ojos apagados. El cabello perdería su brillo, la boca se abriría o se le caerían las comisuras, dando al rostro una expresión estúpida o grosera, como sucede con las bocas de los ancianos. Y la garganta se le llenaría de arrugas, las manos de venas azuladas, el cuerpo se le torcería, como sucediera con el de su abuelo, tan severo con él en su adolescencia. Había que esconder el cuadro. No cabía otra solución.

–Haga el favor de traerlo aquí, señor Hubbard –dijo con voz cansada, volviéndose–. Siento haberle hecho esperar tanto. Estaba pensando en otra cosa.

–Siempre es bueno descansar un poco, señor Gray –respondió el marquista, que aún respiraba con cierta agitación–. ¿Dónde tenemos que ponerlo?

–Oh, en cualquier sitio. Aquí mismo; aquí estará bien. No lo quiero colgar. Apóyelo contra la pared. Gracias.

–¿Se puede contemplar la obra de arte, señor Gray?

Dorian se sobresaltó.

–No le interesaría, señor Hubbard –dijo, mirándolo fijamente. Se sentía dispuesto a abalanzarse sobre él y arrojarlo al suelo si se atrevía a alzar la lujosa tela que ocultaba el secreto de su vida–. No deseo molestarle más. Le estoy muy agradecido por su amabilidad al venir en persona.

–Nada de eso, en absoluto, señor Gray. Siempre estaré encantado de hacer cualquier cosa por usted –y el señor Hubbard bajó ruidosamente las escaleras seguido por su ayudante, que se volvió a mirar a Dorian con una expresión de tímido asombro en sus toscas facciones. Nunca había visto a nadie tan maravilloso.

Cuando se perdió el ruido de sus pisadas, Dorian cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo. Ahora se sentía seguro. Nadie volvería a contemplar a aquella horrible criatura. Ninguna mirada que no fuera la suya vería su vergüenza.

Al entrar en la biblioteca se dio cuenta de que acababan de dar las cinco y de que ya le habían traído el té. Sobre una mesita de oscura madera fragante con abundantes incrustaciones de nácar, regalo de lady Radley, la esposa de su tutor, una enferma profesional de gustos delicados, que había pasado en El Cairo el invierno anterior, se hallaba una nota de lord

Henry y, a su lado, un libro de cubierta amarilla, ligeramente rasgada y con los bordes estropeados. En la bandeja del té descansaba también un ejemplar de la tercera edición de *The St James's Gazette.* Era evidente que Víctor había regresado. Se preguntó si se habría cruzado en el vestíbulo con el señor Hubbard cuando se marchaba, interrogándolo discretamente para saber qué habían hecho él y su ayudante. Sin duda echaría de menos el cuadro; lo habría echado ya de menos mientras colocaba el servicio del té. El biombo no había vuelto a ocupar su sitio y el hueco en la pared resultaba perfectamente visible. Quizás alguna noche encontrara a su criado subiendo sigilosamente las escaleras e intentando forzar la puerta de la antigua sala de estudio. Era horrible tener a un espía en la propia casa. Había oído historias sobre personas con mucho dinero, chantajeadas toda su vida por un criado que había leído una carta, u oído casualmente una conversación, o que se había guardado una tarjeta con una dirección, o que había encontrado bajo una almohada una flor marchita o un arrugado jirón de encaje.

Suspiró y, después de servirse una taza de té, leyó la nota de lord Henry. Sólo le decía que le enviaba el periódico de la tarde y un libro que quizá le interesase; y que estaría en el club a las ocho y cuarto. Dorian abrió lánguidamente *The Gazette* para echarle una ojeada. En la página cinco, un párrafo marcado con lápiz rojo atrajo su atención:

«INVESTIGACIÓN JUDICIAL SOBRE UNA ACTRIZ. Esta mañana, en Bell Tavern, Hoxton Road, el señor Danby, coro*ner* del distrito, ha llevado a cabo una investigación acerca de la muerte de Sibyl Vane, joven actriz recientemente contratada por el Royal Theatre de Holberon. El veredicto ha sido de muerte accidental. Son muchas las muestras de condolencia que ha recibido la madre de la desaparecida, que se ha mostrado muy afectada por los hechos durante su testimonio personal, al que ha seguido el del doctor Birrell, autor del examen post–mortem de la fallecida».

Dorian frunció el entrecejo y, rasgando el periódico en dos, cruzó la habitación y se deshizo de los trozos. Qué desagradable era todo ello! Y cómo la fealdad contribuía a hacer más reales las cosas! Se sintió un tanto molesto con lord Henry por haberle enviado aquella noticia. Y desde luego era un estupidez que la hubiera señalado con lápiz rojo. Víctor podía haberla leído. Sabía inglés más que suficiente para hacerlo.

Quizá lo había hecho, y empezaba a sospechar algo. ¿Qué más daba, de todos modos? ¿Qué tenía que ver Dorian Gray con la muerte de Sibyl Vane? No había nada que temer. Él no la había matado.

Contempló el libro que lord Henry le enviaba. Se preguntó qué sería. Fue hacia la mesita octogonal de color perla, que siempre le había parecido obra de unas extrañas abejas egipcias que trabajasen la plata, tomó el volumen, se dejó caer en un sillón y empezó a pasar las páginas. A los pocos minutos le había capturado por completo. Se trataba del libro más extraño que había leído nunca. Se diría que los pecados del mundo, exquisitamente vestidos, y acompañados por el delicado sonar de las flautas, pasaban ante sus ojos como una sucesión de cuadros vivos. Cosas que había soñado confusamente se hicieron realidad de repente. Cosas que nunca había soñado empezaron a revelársele poco a poco.

Era una novela sin argumento y con un solo personaje, ya que se trataba, en realidad, de un estudio psicológico de cierto joven parisino que empleó la vida tratando de experimentar en el siglo XIX todas las pasiones y maneras de pensar pertenecientes a los siglos anteriores al suyo, resumiendo en sí mismo, por así decirlo, los diferentes estados de ánimo por los que había pasado el espíritu del mundo, y que amó, por su misma artificialidad, esos renunciamientos a los que los hombres llaman erróneamente virtudes, al igual que las rebeldías naturales a las que los prudentes llaman pecados. El libro estaba escrito en un estilo curiosamente ornamental, gráfico y oscuro al mismo tiempo, lleno de *argot* y de arcaísmos, de expresiones técnicas y de las complicadas perífrasis que caracterizan la obra de algunos de los mejores artistas de la escuela simbolista francesa. Había en él metáforas tan monstruosas como orquídeas, y con la misma sutileza de color. Se describía la vida de los sentidos con el lenguaje de la filosofía mística. A veces era difícil saber si se estaba leyendo la descripción de los éxtasis de algún santo medieval o las morbosas confesiones de un pecador moderno. Era un libro venenoso. El denso olor del incienso parecía desprenderse de sus páginas y turbar el cerebro. La cadencia misma de las frases, la sutil monotonía de su música, tan lleno como estaba de complejos estribillos y de movimientos elaboradamente repetidos, produjo en la mente de Dorian Gray, al pasar de capítulo en capítulo, algo semejante a una ensoñación, una enfermedad del sueño que le hizo no darse cuenta de que iba cayendo el día y creciendo las sombras.

Limpio de nubes y atravesado por una estrella solitaria, un cielo de color cobre verdoso resplandecía del otro lado de las ventanas. Dorian siguió leyendo con su pálida luz hasta que ya no pudo seguir. Luego,

después de que el ayuda de cámara le hubiera recordado varias veces que se estaba haciendo tarde, se puso en pie y, trasladándose a la habitación vecina, dejó el libro en la mesa florentina que siempre estaba junto a su cama, y empezó a vestirse para la cena.

Casi eran las nueve cuando llegó al club, donde encontró a lord Henry, solo, en una habitación que se utilizaba por las mañanas como sala de estar, con aire de infinito aburrimiento.

–Lo siento, Harry –exclamó el muchacho–, pero en realidad has tenido tú la culpa. El libro que me has prestado es tan fascinante que se me ha pasado el tiempo volando.

–Sí; me pareció que te gustaría –replicó su anfitrión, levantándose del asiento.

–No he dicho que me guste, Harry. He dicho que me fascina. Hay una gran diferencia.

–Ah, ¿ya has hecho ese descubrimiento? –murmuró lord Henry, mientras se dirigían hacia el comedor.

Capítulo 11

Durante años, Dorian Gray no pudo librarse de la influencia de aquel libro. O quizá sea más exacto decir que nunca trató de hacerlo. Encargó que le trajeran de París al menos nueve ejemplares de la primera edición en papel de gran tamaño, con márgenes muy amplios, y los hizo encuadernar en colores diferentes, de manera que se acomodaran a sus distintos estados de ánimo y a los cambiantes caprichos de una sensibilidad sobre la que, a veces, parecía haber perdido casi por completo el control. El protagonista, el asombroso joven parisino cuyos temperamentos romántico y científico estaban tan extrañamente combinados, se convirtió en prefiguración de sí mismo. Y, de hecho, el libro entero le parecía contener la historia de su vida, escrita antes de que él la hubiera vivido.

Había, sin embargo, un punto en el que era más afortunado que el fantástico protagonista de la novela. Nunca padeció el terror, un tanto grotesco –nunca, de hecho, tuvo razón alguna para ello–, que inspiraban los espejos, las brillantes superficies de los metales y el agua inmóvil al joven parisino desde una temprana edad, terror ocasionado por la repentina desaparición de una belleza que en otro tiempo, al parecer, había sido extraordinariamente llamativa. Dorian Gray solía leer, con un júbilo casi cruel –y quizá en casi todas las alegrías, como sin duda en todos los placeres, la crueldad tiene su lugar– la última parte del libro, con su relato verdaderamente trágico, aunque hasta cierto punto demasiado subrayado, del dolor y la desesperación de alguien que había perdido lo que apreciaba, por encima de todo, en otras personas y en el mundo.

Porque la singular belleza que tanto había fascinado a Basil Hallward y a otros muchos nunca parecía abandonarlo. Incluso quienes habían oído de él las mayores vilezas –y periódicamente extraños rumores sobre su manera de vivir corrían por Londres y se convertían en la comidilla de los clubs–, no les daban crédito si llegaban a conocerlo personalmente. Dorian Gray conservaba el aspecto de alguien que se ha mantenido lejos de la vileza del mundo. Las conversaciones groseras se interrumpían cuando entraba en una habitación. Había una pureza en su rostro que tenía todo el valor de un reproche. Su mera presencia parecía despertar el recuerdo de una inocencia mancillada. Todo el mundo se preguntaba cómo alguien tan atractivo y puro había escapado a la corrupción de una época sórdida a la vez que sensual.

Con frecuencia, al regresar a su casa de una de aquellas misteriosas y prolongadas ausencias que daban pie a tan extrañas conjeturas entre quienes eran, o creían ser, sus amigos, Dorian Gray se deslizaba escaleras

arriba hasta la habitación cerrada del ático, abría la puerta con la llave que nunca se separaba de su persona, y se colocaba, con un espejo, delante del retrato pintado por Basil Hallward, mirando unas veces al rostro malvado y envejecido del lienzo y otras las facciones siempre jóvenes y bien parecidas que se reían de él desde la brillante superficie de cristal. La nitidez misma del contraste aumentaba su placer. Se fue enamorando cada vez más de la belleza de su cuerpo e interesándose más y más por la corrupción de su alma. Examinaba con minucioso cuidado, y a veces con un júbilo monstruoso y terrible, los espantosos surcos que cortaban su arrugada frente y que se arrastraban en torno ala boca sensual, perdido todo su encanto, preguntándose a veces qué era lo más horrible, si las huellas del pecado o las de la edad. También colocaba las manos, nacaradas, junto a las manos rugosas e hinchadas del cuadro, y sonreía. Se burlaba del cuerpo deforme y de las extremidades claudicantes.

De noche, insomne en su dormitorio, siempre perfumado por delicados aromas, o en la sórdida habitación de una taberna de pésima reputación cerca de los muelles, que tenía por costumbre frecuentar disfrazado y con nombre falso, había momentos, efectivamente, en los que pensaba en la destrucción de su alma con una compasión que era especialmente patética por puramente egoísta. Pero aquellos momentos no se prodigaban. La curiosidad acerca de la vida, que lord Henry despertara por vez primera en él cuando estaban en el jardín de su amigo Basil, parecía crecer a medida que se satisfacía. Cuanto más sabía, más quería saber. Padecía hambres locas que se hacían más devoradoras cuanto mejor las alimentaba.

No se dejaba ir por completo, sin embargo, al menos en sus relaciones con la buena sociedad. Una o dos veces al mes durante el invierno, y los miércoles por la tarde durante la temporada, abría al mundo las puertas de su magnífica casa y contrataba a los músicos más celebrados del momento para que deleitaran a sus invitados con las maravillas de su arte. Sus cenas íntimas, en cuya organización siempre colaboraba lord Henry, eran famosas por la cuidadosa selección y distribución de los invitados, así como por el gusto exquisito en la decoración de la mesa, con su sutil arreglo sinfónico de flores exóticas, manteles bordados y antigua vajilla de oro y plata. Abundaban de hecho, especialmente entre los más jóvenes, quienes veían, o imaginaban ver, en Dorian Gray, la verdadera encarnación de un modelo con el que habían soñado a menudo en sus días de Eton y de Oxford, una persona que conjugaba en cierto modo la cultura del erudito con el encanto, la distinción y los perfectos modales de un ciudadano del mundo. Les parecía que formaba parte del grupo de

aquellos a los que Dante describe porque tratan de «hacerse perfectos mediante el culto rendido a la belleza». Como Gautier, era alguien para quien «existía el mundo visible».

Para él, ciertamente, la Vida era la primera y la más grande de las artes, y todas las demás no eran más que una preparación para ella. La moda, por medio de la cual lo puramente fantástico se hace por un momento universal, y el dandismo que, a su manera, trata de afirmar la modernidad absoluta de la belleza, le fascinaban. Su manera de vestir y los estilos peculiares, que de cuando en cuando propugnaba, tenían una marcada influencia en los jóvenes elegantes que se dejaban ver en los bailes de Mayfair o detrás de los ventanales de los clubs de Pall Mall, y que copiaban todo lo que Dorian Gray hacía, esforzándose por reproducir el encanto pasajero de sus graciosas coqueterías, que, para él, nunca llegaban a ser del todo serias.

Porque, si bien estaba totalmente dispuesto a aceptar la posición privilegiada que se le ofreció casi de inmediato al alcanzar la mayoría de edad, y hallaba un placer sutil en la idea de que podía verdaderamente convertirse para el Londres de su época en lo que el autor del *Satiricón* había sido en otro tiempo para la Roma imperial de Nerón, en lo más íntimo de su alma deseaba ser algo más que un simple *arbiter elegantiarum*, a quien se consulta sobre la manera de llevar una joya, de cómo anudar una corbata o sobre cómo manejar un bastón. Dorian Gray trataba de inventar una nueva manera de vivir que descansara en una filosofía razonada y en unos principios bien organizados, y que hallara en la espiritualización de los sentidos su meta más elevada.

El culto de los sentidos ha sido censurado con frecuencia y con mucha justicia, porque al ser humano su naturaleza le hace sentir un terror instintivo ante pasiones y sensaciones que le parecen más fuertes que él, y que es consciente de compartir con formas inferiores del mundo orgánico. Pero Dorian Gray consideraba que nunca se había entendido bien la verdadera naturaleza de los sentidos, que habían permanecido en un estado salvaje y animal sencillamente porque el mundo había tratado de someterlos por el hambre y matarlos por el dolor, en lugar de proponerse convertirlos en elementos de una nueva espiritualidad, en la que el rasgo dominante sería un admirable instinto para captar la belleza. Al contemplar el camino recorrido por el ser humano desde los albores de la historia, le dominaba un sentimiento de pesar. Eran tantas las capitulaciones! Y con tan escasos resultados! Se habían producido rechazos insensatos, formas monstruosas de mortificación, de autotortura, cuyo origen era el miedo y su resultado una degradación infinitamente más

terrible que la degradación imaginaria de la que el ser humano, en su ignorancia, había tratado de escapar. La naturaleza, utilizando su maravillosa ironía, empujaba al anacoreta a alimentarse con los animales salvajes del desierto y al ermitaño le daba por compañeros a las bestias del campo.

Sí; tenía que haber, como lord Henry había profetizado, un nuevo hedonismo que recreara la vida, que la salvara de ese puritanismo tosco y violento que está teniendo en nuestra época un extraño renacimiento. Un hedonismo que utilizaría sin duda los servicios de la inteligencia, pero sin aceptar teoría o sistema alguno que implicara el sacrificio de cualquier modalidad de experiencia apasionada. Su objetivo, efectivamente, era la experiencia misma y no los frutos de la experiencia, tanto dulces como amargos. Prescindiría del ascetismo que sofoca los sentidos y de la vulgar desvergüenza que los embota. Pero enseñaría al ser humano a concentrarse en los instantes singulares de una vida que no es en sí misma más que un instante.

Son muy pocos aquellos de entre nosotros que no se han despertado a veces antes del alba, o después de una de esas noches sin sueños que casi nos hacen amar la muerte, o de una de esas noches de horror y de alegría monstruosa, cuando se agitan en las cámaras del cerebro fantasmas más terribles que la misma realidad, rebosantes de esa vida intensa, inseparable de todo lo grotesco, que da al arte gótico su imperecedera vitalidad, puesto que ese arte bien parece pertenecer sobre todo a los espíritus atormentados por la enfermedad del ensueño. Poco a poco, dedos exangües surgen de detrás de las cortinas y parecen temblar. Adoptando fantásticas formas oscuras, sombras silenciosas se apoderan, reptando, de los rincones de la habitación para agazaparse allí. Fuera, se oye el agitarse de pájaros entre las hojas, o los ruidos que hacen los hombres al dirigirse al trabajo, o los suspiros y sollozos del viento que desciende de las montañas y vaga alrededor de la casa silenciosa, como si temiera despertar a los que duermen, aunque está obligado a sacar a toda costa al sueño de su cueva de color morado. Uno tras otro se alzan los velos de delicada gasa negra, las cosas recuperan poco a poco forma y color y vemos cómo la aurora vuelve a dar al mundo su prístino aspecto. Los lívidos espejos recuperan su imitación de la vida. Las velas apagadas siguen estando donde las dejamos, y a su lado descansa el libro a medio abrir que nos proponíamos estudiar, o la flor preparada que hemos lucido en el baile, o la carta que no nos hemos atrevido a leer o que hemos leído demasiadas veces. Nada nos parece que haya cambiado. De las sombras irreales de la noche renace la vida real que conocíamos. Hemos de continuar allí

donde nos habíamos visto interrumpidos, y en ese momento nos domina una terrible sensación, la de la necesidad de continuar, enérgicamente, el mismo ciclo agotador de costumbres estereotipadas, o quizá, a veces, el loco deseo de que nuestras pupilas se abran una mañana a un mundo remodelado durante la noche para agradarnos, un mundo en el que las cosas poseerían formas y colores recién inventados, y serían distintas, o esconderían otros secretos, un mundo en el que el pasado tendría muy poco o ningún valor, o sobreviviría, en cualquier caso, sin forma consciente de obligación o de remordimiento, dado que incluso el recuerdo de una alegría tiene su amargura, y la memoria de un placer, su dolor.

A Dorian Gray le parecía que la creación de mundos como aquéllos era la verdadera meta o, al menos, una de las verdaderas metas de la vida; y en su búsqueda de sensaciones que fuesen al mismo tiempo nuevas y placenteras, y poseyeran ese componente de lo desconocido que es tan esencial para el ensueño, adoptaba con frecuencia ciertos modos de pensamiento que sabía eran realmente ajenos a su naturaleza, abandonándose a su sutil influencia, y luego, después de impregnarse, por así decirlo, de su color, y una vez satisfecha su natural curiosidad, los abandonaba con esa curiosa indiferencia que no es incompatible con un temperamento verdaderamente ardiente, y que, de hecho, según ciertos psicólogos modernos, es frecuentemente su condición indispensable.

En una ocasión se rumoreó que se disponía a convertirse al catolicismo; y, desde luego, el ritual romano siempre le había atraído mucho. El diario sacrificio de la misa, más terriblemente real que todos los sacrificios del mundo antiguo, le conmovía tanto por su supremo desprecio del testimonio de los sentidos como por la primitiva simplicidad de sus elementos y el eterno patetismo de la tragedia humana que trataba de simbolizar. Le gustaba arrodillarse sobre el frío suelo de mármol, y contemplar al sacerdote, con su tiesa casulla floreada, apartar lentamente con sus manos marfileñas el velo del tabernáculo, y alzar la custodia con la pálida hostia que a veces, a uno le gustaría creer, es realmente el *panis caelestis,* el alimento de los ángeles; o, revestido con los atributos de la pasión de Cristo, partir la sagrada forma y golpearse el pecho para pedir la remisión de todos los pecados. Los humeantes incensarios, que los serios monaguillos, con sus encajes y sus sotanas rojo escarlata, lanzaban al aire como grandes flores doradas, ejercían sobre Dorian Gray una sutil fascinación. Al salir de la iglesia, miraba con asombro los negros confesionarios, y le hubiera gustado sentarse en el interior de uno de ellos para escuchar cómo hombres y mujeres susurraban a través de la gastada rejilla la verdadera historia de su vida.

Pero nunca cometió el error de detener su desarrollo intelectual aceptando de manera oficial credo o sistema alguno, ni convirtiendo en morada permanente una posada que sólo es conveniente para pasar un día, o unas pocas horas de una noche sin estrellas y en la que la luna esté de parto. El misticismo, con su maravilloso poder para convertir en extrañas las cosas corrientes, y el sutil antinomismo que siempre parece acompañarlo, le conmovió durante una temporada; y durante otra se inclinó hacia las doctrinas materialistas del movimiento darwinista alemán y encontró un curioso placer en retrotraer los pensamientos y las pasiones de los hombres a alguna célula nacarada de su cerebro, o a algún nervio blanquecino de su cuerpo, encantado con la idea de que el espíritu dependiera absolutamente de ciertas condiciones físicas, morbosas o sanas, normales o patológicas. Sin embargo, como ya se ha dicho de él, ninguna teoría sobre la vida le parecía importante comparada con la vida misma. Era muy consciente de la esterilidad de toda especulación intelectual si se separa de la acción y de la experiencia. Sabía que los sentidos, no menos que el alma, tenían misterios espirituales que revelar.

Por ello se entregó durante algún tiempo al estudio de los perfumes y a los secretos de su fabricación, destilando aceites intensamente aromáticos, y quemando gomas odoríferas del Oriente, lo que le permitió darse cuenta de que no había estado de ánimo que no tuviera correspondencia en la vida de los sentidos, consagrándose a descubrir sus verdaderas relaciones, preguntándose por qué el incienso empuja a la mística, por qué el ámbar gris desata las pasiones, por qué la violeta despierta el recuerdo de amores muertos y por qué el almizcle perturba el cerebro y el *champac* la imaginación, tratando en repetidas ocasiones de elaborar una verdadera psicología de los perfumes, y de calcular las diversas influencias de las raíces poseedoras de olores suaves, de las flores cargadas de polen, o de los bálsamos aromáticos, de las maderas oscuras y fragantes, del espicanardo que provoca la náusea, de la *hovenia* que enloquece y de los áloes de los que se dice que logran expulsar del alma la melancolía.

En otra época se dedicó por entero a la música, y en una amplia habitación con celosías, techo bermellón y oro y paredes lacadas en verde oliva, daba curiosos conciertos en los que cíngaros frenéticos arrancaban músicas salvajes de cítaras diminutas, o serios tunecinos vestidos de amarillo pulsaban las tensas cuerdas de monstruosos laúdes, mientras negros sonrientes golpeaban monótonamente tambores de cobre y esbeltos indios enturbanados, cruzados de piernas sobre esteras de color escarlata, tañían largas flautas de caña o de bronce y encantaban, o fingían encantar, a grandes cobras y horribles víboras cornudas. Los ritmos

sincopados y las estridentes disonancias de aquellas músicas bárbaras le conmovían en momentos en que el encanto de Schubert, los hermosos pesares de Chopin y hasta las majestuosas armonías del mismo Beethoven no conseguían hacer mella en su oído. Reunió, procedentes de todas las partes del mundo, los instrumentos más extraños que pueden encontrarse, tanto en los sepulcros de pueblos desaparecidos como entre las escasas tribus salvajes que han sobrevivido al contacto con las civilizaciones occidentales, y disfrutaba tocándolos y probándolos. Poseía los misteriosos *juruparis* de los indios de Río Negro, instrumentos que no se permite mirar a las mujeres y que incluso los jóvenes sólo pueden ver después de someterse al ayuno y al cilicio; las vasijas de barro de los peruanos de los que extraen gritos agudos como de pájaros, y flautas fabricadas con huesos humanos, como las que Alfonso de Ovalle escuchó en Chile, y los sonoros jaspes verdes que se encuentran cerca de Cuzco y que producen notas de singular dulzura. Dorian Gray poseía calabazas pintadas, llenas de guijarros, que resonaban cuando se las agitaba; el largo *clarín* de los mexicanos, en el que el intérprete no sopla, sino que a través de él aspira el aire; el tosco *ture* de las tribus amazónicas, que hacen sonar los centinelas que permanecen todo el día en árboles altísimos y a los que se puede oír, según cuentan, a una distancia de tres leguas; el *teponaztli,* compuesto de dos láminas vibrantes de madera, y que se golpea con palillos recubiertos de la goma elástica que se obtiene de la savia lechosa de algunas plantas; las campanas *yotl* de los aztecas, que se cuelgan en racimos, como si fuesen uvas; y un enorme tambor cilíndrico, cubierto con las pieles de grandes serpientes, como el que Bernal Díaz del Castillo vio cuando entró con Cortés en el templo mexicano, y de cuyo sonido quejumbroso nos ha dejado una descripción tan gráfica.

El carácter fantástico de aquellos instrumentos le fascinaba, y le producía un curioso placer la idea de que el arte, como la naturaleza, tiene sus monstruos, criaturas de forma bestial y voces odiosas. Sin embargo, al cabo de algún tiempo se cansaba de ellos, y regresaba a su palco en la ópera, ya fuese solo o en compañía de lord Henry, para escuchar con profundo placer *Tannhäuser,* viendo en el preludio de esa gran obra una interpretación de la tragedia de su alma.

En otra ocasión emprendió el estudio de las joyas, y se presentó en un baile de disfraces como Anne de Joyeuse, almirante de Francia, con un traje recubierto de quinientas sesenta perlas. Esta afición lo cautivó durante años y puede decirse, de hecho, que nunca le abandonó. Con frecuencia empleaba un día entero colocando y volviendo a colocar en sus estuches las diferentes piedras que había coleccionado, como el

crisoberilo verde oliva que se enrojece a la luz de una lámpara, la cimofana, atravesada por una línea de plata, el peridoto, de color verde pistacho, topacios rosados o dorados como el vino, carbunclos ferozmente escarlata con trémulas estrellas de cuatro puntas, granates de Ceilán rojo fuego, las espinelas naranja y violeta, y las amatistas, con sus capas alternas de rubí y zafiro. Le encantaba el rojo dorado de la piedra solar y la blancura de perla de la piedra lunar, así como el arco iris roto del ópalo lechoso. Consiguió en Amsterdam tres esmeraldas de extraordinario tamaño y riqueza de color, y poseía una turquesa *de la vieille roche* que era la envidia de todos los entendidos.

Descubrió igualmente historias maravillosas sobre joyas. En su *Disciplina Clericales,* Pedro Alfonso menciona una serpiente con ojos de auténtico jacinto, y en la vida novelada de Alejandro se dice del conquistador de Ematia que encontró en el valle del Jordán serpientes «en cuyas espaldas crecían collares de verdaderas esmeraldas». Existe, nos dice Filóstrato, una piedra preciosa en el cerebro del dragón y «si se le muestran letras doradas y una túnica escarlata» el monstruo se sume en un sueño mágico y es posible matarlo. Según el gran alquimista Pierre de Boniface, el diamante proporciona invisibilidad, y el ágata de la India, elocuencia. La cornalina calma la cólera, el jacinto invita al sueño y la amatista disipa los vapores del vino. El granate ahuyenta a los demonios, y el *hidropicus* priva a la luna de su color. La selenita crece y mengua con la luna, y al *meloceo,* descubridor de ladrones, sólo le afecta la sangre del cabrito. Leonardus Camillus había visto extraer de un sapo recién muerto una piedra blanca, antídoto infalible contra el veneno. El bezoar, que se encuentra en el corazón del ciervo de Arabia, es un hechizo que puede curar la peste. En los nidos de los pájaros de Arabia se halla el aspilates que, según Demócrito, evita a quien lo lleva todo peligro de fuego.

El rey de Ceilán, en la ceremonia de su coronación, atravesó su capital a caballo con un gran rubí en la mano. Las puertas del palacio del Preste Juan «estaban hechas de sardónice, incrustado de cuernecillos de cerasta o víbora cornuda, de manera que nadie pudiera introducir venenos en su interior». Sobre el gablete había «dos manzanas de oro con dos carbunclos», de manera que el oro brillara de día y los carbunclos de noche. En la extraña novela de Lodge, A *Margarite of America,* se afirma que en la cámara de la reina podía verse a «todas las damas castas del mundo, en relicarios de plata, que miraban a quienes las contemplaban a través de hermosos espejos de crisolitas, carbunclos, zafiros y verdes esmeraldas». Marco Polo había visto a los habitantes de Cipango colocar perlas rosadas en la boca de los difuntos. Un monstruo marino estaba enamorado

de la perla que el buceador llevó al rey Peroz, por lo que mató al ladrón y guardó luto durante siete lunas en razón de su pérdida. Cuando los hunos lograron atraer al rey a una gran fosa, el monarca la arrojó lejos –así lo relata Procopio– y nunca se la volvió a encontrar, pese a que el emperador Anastasio ofreció como recompensa quinientos quintales de piezas de oro. El rey de Malabar había mostrado a cierto veneciano un rosario de trescientas cuatro perlas, una por cada dios al que rendía culto.

Cuando el duque de Valentinois, hijo de Alejandro VI, visitó a Luis XII, su caballo, nos cuenta Brantóme, iba cargado de hojas de oro, y su gorro estaba adornado con dos hileras de deslumbrantes rubíes. Carlos de Inglaterra, cuando montaba a caballo, llevaba unas espuelas adornadas con cuatrocientos veintiún diamantes. Ricardo II tenía un gabán, valorado en treinta mil marcos, que estaba recubierto de balajes, rubíes de color morado. Hall describía a Enrique VIII, de camino hacia la Torre de Londres antes de su coronación, con «una veste recamada en oro, el jubón bordado con diamantes y otras piedras preciosas y, en torno al cuello, un gran collar de grandes balajes». Los favoritos de Jacobo I llevaban pendientes hechos de esmeraldas montadas en filigrana de oro. Eduardo II dio a Piers Gaveston una armadura de oro rojo tachonada de jacintos, un collar de rosas de oro con turquesas y un gorro *parsemé* de perlas. Enrique II utilizaba guantes enjoyados que le llegaban hasta el codo, y poseía un guante de cetrería adornado de doce rubíes y cincuenta y dos grandes perlas de Oriente. Del sombrero ducal de Carlos el Temerario, último duque de Borgoña de su estirpe, tachonado de zafiros, colgaban perlas con forma de pera.

Cuán exquisita era la vida en otros tiempos! Qué magnificencia en la pompa y en la ornamentación! La simple lectura de lo que fue el lujo de antaño maravillaba.

Dorian Gray se interesó más adelante por los bordados y los tapices que hacían oficio de frescos en las frías salas de las naciones septentrionales de Europa. Mientras investigaba el tema –y siempre tuvo la extraordinaria facultad de sumergirse por completo, llegado el momento, en el tema que abordaba– casi le entristeció reflexionar sobre los destrozos que el Tiempo causa en todo lo que es hermoso y extraordinario. Él, al menos, había escapado a aquella condena. Los veranos se sucedían, los junquillos dorados habían florecido y muerto muchas veces, y noches de horror repetían la historia de su infamia, pero Dorian seguía siempre igual. El invierno no estropeaba su tez ni marchitaba el esplendor de su juventud. Bien distinto era lo que sucedía con las cosas materiales! ¿Qué

se había hecho de ellas? ¿Dónde estaba el gran manto, de color azafrán, tejido por morenas doncellas para complacer a Atenea, por el que los dioses habían luchado contra los gigantes? ¿Dónde estaba el inmenso *velarium* que Nerón extendiera sobre el Coliseo romano, aquella titánica vela morada en la que estaba representado el cielo estrellado, y Apolo conduciendo un carro tirado por blancos corceles con riendas de oro? Dorian anhelaba ver las curiosas servilletas confeccionadas para el Sacerdote dei Sol, en las que se habían representado todas las golosinas y viandas que pudieran desearse para un festín; el paño mortuorio del rey Chilperico, con sus trescientas abejas doradas; las extravagantes túnicas que despertaron la indignación del obispo del Ponto, donde estaban representados «leones; panteras, osos, perros, bosques, rocas, cazadores: todo lo que, de hecho, un pintor puede copiar de la naturaleza»; y el jubón que vistiera en cierta ocasión Carlos de Orleans, en cuyas mangas se había bordado la letra de una canción que empezaba con *«Madame, je suis tout joyeux»*, en hilo de oro el acompañamiento musical de las palabras, y cada nota, de forma cuadrada en aquellos tiempos, formada por cuatro perlas. También supo Dorian Gray de la habitación que se preparó en el palacio de Reims para albergar a la reina Juana de Borgoña, decorada con «mil trescientos veintiún loros adornados con las armas reales, y quinientas sesenta y una mariposas, cuyas alas lucían, de manera similar, las armas de la reina, todo el conjunto trabajado en oro». Catalina de Médicis se hizo preparar un lecho fúnebre de terciopelo negro tachonado de medias lunas y soles. Sus cortinas eran de damasco, adornadas con frondosas coronas y guirnaldas sobre un fondo de oro y plata, los bordes decorados con bordados de perlas, que se colocó en una estancia de cuyo techo colgaban hileras de divisas de la reina en terciopelo negro sobre paño de plata. Luis XIV tenía, en sus apartamentos, cariátides bordadas en oro de quince pies de altura. El lecho de gala de Juan III Sobieski, rey de Polonia, estaba hecho de brocado de oro de Esmirna en el que se habían escrito con turquesas versículos del Corán. Los apoyos eran de plata dorada, bellamente cincelados, y profusamente adornados con medallones esmaltados y enjoyados. Se trataba de un botín de guerra, tomado del campamento turco durante el sitio de Viena, y el estandarte de Mahoma había flotado al viento bajo los vibrantes dorados de su baldaquín.

Y así, durante todo un año, Dorian se esforzó por acumular los ejemplares más exquisitos de tejidos y bordados: delicadas muselinas de Delhi, exquisitamente trabajadas con adornos de palmas en hilo de oro y tachonadas con alas de escarabajos irisados; gasas de Dacca, a las que, dada su transparencia, se conocen en Oriente como «aire tejido» y «agua

corriente», y también como «rocío nocturno»; telas de Java con extrañas figuras; tapices amarillos muy refinados procedentes de China; libros encuadernados en satén leonado o bellas sedas azules, y adornados con flores de lis, pájaros e imágenes; velos de *lacis* tejidos con punto de Hungría; brocados sicilianos y tiesos terciopelos españoles; telas georgianas con sus monedas doradas, y *fukusas* japonesas con sus dorados de tonos verdes y sus aves de maravilloso plumaje.

También sentía una especial pasión por las vestiduras eclesiásticas, como de hecho por todo lo referente al servicio de la Iglesia. En los largos baúles de cedro, dispuestos a lo largo de la galería oeste de su casa, había almacenado gran número de ejemplares raros y soberbios de lo que es realmente el aderezo de la Esposa de Cristo, que debe adornarse con la púrpura, las joyas y el lino de mejor calidad para ocultar su pálido cuerpo, mortificado, gastado por el sufrimiento que ella misma busca y herido por los dolores que se inflige. Dorian poseía una suntuosa capa pluvial de seda carmesí y damasco con hilo de oro, en la que las granadas repetían un motivo estilizado de flores de seis pétalos, a cuyos lados se reproducía en perlas finas el emblema de la piña. Los orifrés estaban divididos en paneles representando escenas de la vida de la Virgen, y bordada su coronación en sedas de colores sobre la capucha. Se trataba de un trabajo italiano del siglo XV. Otra capa pluvial era de terciopelo verde, bordado con grupos de hojas de acanto en forma de corazón, de los que surgían flores blancas de largo tallo, trabajadas en hilo de plata y cristales de colores. El broche lucía una cabeza de serafín bordada en relieve con hilo de oro. Los orifrés estaban tejidos en un adamascado de seda roja y oro, y constelados con medallones de muchos mártires y santos, entre los que se hallaba san Sebastián. También se hizo con casullas de seda color ámbar, y seda azul y brocado de oro, y de seda adamascada amarilla y paño de oro, con representaciones de la Pasión y la Crucifixión de Cristo, y bordadas con leones y pavos reales y otros emblemas; dalmáticas de satén blanco y de damasco de seda rosa, decoradas con tulipanes y delfines y flores de lis; frontales de altar de terciopelo carmesí y lino azul; y muchos corporales, velos de cáliz y sudarios. En la utilización mística asignada a aquellos objetos había algo que estimulaba su imaginación.

Porque aquellos tesoros y todo lo que coleccionaba en su hermosa mansión estaba destinado a servirle de medio para el olvido, eran una manera de escapar, durante una temporada, al miedo que a veces le parecía casi demasiado intenso para poder soportarlo. En una pared de la solitaria habitación, siempre cerrada con llave, donde transcurriera una

parte tan considerable de su infancia y adolescencia, había colgado con sus propias manos el terrible retrato cuyos rasgos cambiantes le mostraban la verdadera degradación de su vida, y delante, a modo de cortina, había colocado el paño mortuorio de color morado y oro. Pasaba semanas sin subir, olvidándose de aquella espantosa pintura, recuperando la ligereza de espíritu, la maravillosa alegría de vivir, dejándose absorber apasionadamente por la existencia misma. Luego, de repente, una noche cualquiera, salía furtivamente de su casa, bajaba hasta alguno de los terribles lugares próximos a Blue Gate Fields, y allí se quedaba, por espacio de varios días, hasta que lo echaban. Al regresar a su casa, se sentaba delante del retrato, a veces aborreciéndolo y aborreciéndose, pero dejándose dominar, en otras ocasiones, por ese orgulloso individualismo que supone buena parte de la fascinación del pecado, y sonreía, secretamente complacido, a la imagen deforme, condenada a soportar el peso que debiera haber caído sobre sus espaldas.

Al cabo de algunos años empezó a resultarle imposible pasar mucho tiempo fuera de Inglaterra, y renunció a la villa que había compartido en Trouville con lord Henry, así como a la blanca casita de Argel, aislada por un alto muro, donde ambos habían pasado más de una vez el invierno. No podía vivir lejos del retrato que era un elemento tan imprescindible de su vida, y temía, además, que, durante su ausencia, alguien entrara en la habitación, a pesar de los complicados cerrojos que había hecho instalar.

Se daba cuenta, por otra parte, con toda claridad, de que el retrato nada revelaría. Era cierto que todavía conservaba, bajo la vileza y fealdad del rostro, un considerable parecido con el original; pero, ¿qué consecuencias se podían extraer de ello? Dorian Gray se reiría de cualquiera que intentase utilizarlo en su contra. No lo había pintado él. ¿Qué le importaba lo vil y abyecto de su apariencia? Aunque revelase la verdad, ¿quién la creería?

Pero eso no impedía que sintiera miedo. A veces, cuando se hallaba en la gran mansión familiar de Nottinghamshire, donde recibía a los jóvenes elegantes de su misma posición social que eran sus compañeros habituales, y donde asombraba a todo el condado por el lujo gratuito y la suntuosidad desmedida de su manera de vivir, abandonaba de repente a sus invitados para regresar precipitadamente a la capital y comprobar que nadie había forzado la puerta y que el retrato seguía en su sitio. ¿Qué sucedería si alguien lo robara? La mera posibilidad le helaba de horror. Sin duda el mundo llegaría entonces a conocer su secreto. Quizá el mundo lo sospechaba ya.

Porque, si bien era cierto que fascinaba a muchos, había ya bastantes personas que desconfiaban de él. Casi estuvieron a punto de negarle la admisión en un club del West End, pese a que su cuna y su posición social justificaban plenamente que se le diera una respuesta afirmativa; también se contaba que, en una ocasión, al llevarle uno de sus amigos al salón para fumadores del Churchill, el duque de Berwick y otro caballero se pusieron en pie de manera muy ostensible y se retiraron. Curiosas historias acerca de su persona empezaron a hacerse frecuentes una vez que cumplió los veinticinco años. Se rumoreaba que se le había visto peleándose con marineros extranjeros en un local de pésima reputación en las profundidades de Whitechapel, e igualmente que se relacionaba con ladrones y monederos falsos y que conocía todos los misterios de sus oficios. Sus sorprendentes ausencias se hicieron famosas, y cuando reaparecía entre la buena sociedad, la gente cuchicheaba en los rincones, o dejaba escapar una risa burlona al pasar a su lado, o lo miraba con fríos ojos interrogadores, como si estuvieran decididos a descubrir su secreto.

Dorian Gray, por supuesto, no prestaba la menor atención a tales insolencias y desprecios deliberados y, en opinión de la mayoría, su naturalidad y su aire jovial, su encantadora sonrisa adolescente y la gracia infinita de la maravillosa juventud que parecía no abandonarle nunca, eran por sí solas respuesta suficiente a las calumnias, porque así las calificaba la mayoría, que circulaban acerca de él. Se señalaba, de todos modos, que algunas de las personas con las que había tenido un trato más íntimo parecían, al cabo de algún tiempo, evitarlo. Mujeres que manifestaron hacia él una adoración sin limites, que desafiaron por él la censuró de la sociedad y que prescindieron de todas las convenciones, palidecían de vergüenza y horror si Dorian Gray entraba en el salón donde se encontraban.

Aquellos escándalos susurrados sólo servían, sin embargo, a ojos de muchos, para acrecentar su extraño y peligroso encanto. Su gran fortuna era, indudablemente, un elemento de seguridad. La sociedad, la sociedad civilizada al menos, nunca está muy dispuesta a creer nada en detrimento de quienes son, al mismo tiempo, ricos y fascinantes. Siente, de manera instintiva, que los modales tienen más importancia que la moral y, en su opinión, la respetabilidad más acrisolada vale muchísimo menos que la posesión de un buen *chef.* Y, a decir verdad, consuela muy poco saber que la persona que te invita a una cena execrable o que te sirve un vino de mala calidad es irreprochable en su vida privada. Ni siquiera las virtudes cardinales justifican unas *entrées* semifrías, como señaló en una ocasión lord Henry en un debate sobre aquel tema; y existen sin duda

excelentes razones para sostener ese punto de vista. Porque los cánones de la buena sociedad son, o deberían ser, los mismos que los cánones del arte. La forma es absolutamente esencial. La vida social debe tener la dignidad de una ceremonia, y también su irrealidad, y combinar la insinceridad de una comedia romántica con el ingenio y la belleza que la dotan de encanto para nosotros. ¿Acaso la insinceridad es una cosa tan terrible? No lo creo. Es, sencillamente, un método que nos permite multiplicar nuestras personalidades.

Tal era, al menos, la opinión de Dorian Gray, que se asombraba de la superficialidad de esos psicólogos para quienes el Yo es algo sencillo, permanente, fiable y único. Para él, el hombre era un ser dotado de innumerables vidas y sensaciones, una criatura compleja y multiforme que albergaba curiosas herencias de pensamientos y pasiones, y cuya carne misma estaba infectada por las monstruosas dolencias de los muertos. Disfrutaba paseando por el frío corredor de su casa solariega donde se almacenaban los cuadros familiares, para contemplar los diferentes retratos de aquellos cuya sangre corría por sus venas. Allí estaba Philip Herbert, de quien Francis Osborne, en su *Memoires on the Reigns of Queen Elizabeth and King James*, nos dice que era «mimado por la corte debido a su apostura, aunque su bello rostro no lo acompañó durante mucho tiempo». ¿Acaso la vida que él llevaba era semejante a la del joven Herbert? ¿Acaso algún extraño germen venenoso había ido pasando de organismo en organismo hasta alcanzar finalmente el suyo? ¿Era el sentimiento confuso de aquella gracia perdida lo que le había lanzado, tan de repente y casi sin motivo, a pronunciar, en el estudio de Basil Hallward, la plegaria insensata que había cambiado su vida? Y allí, con su jubón rojo bordado en oro, gabán enjoyado, gorguera y puños con bordes dorados, se hallaba sir Anthony Sherard, con la armadura negra y plata a los pies. ¿Qué había heredado Dorian de aquel hombre? El amante de Giovanna de Nápoles, ¿le había legado algún pecado, alguna infamia? ¿No eran sus acciones otra cosa que los sueños que los muertos no se habían atrevido a poner por obra? Allí, desde el lienzo de colores apagados, sonreía lady Elizabeth Devereux, con su capucha de gasa, peto de perlas y mangas rosas acuchilladas. Una flor en la mano derecha, y en la izquierda un collar esmaltado de rosas blancas y damasquinadas. Sobre una mesa, a su lado, descansaban una mandolina y una manzana. Y grandes rosetas sobre sus puntiagudos zapatitos. Dorian sabía de su vida, y las extrañas historias que se contaban sobre sus amantes. ¿Había en él algo de su temperamento? Sus ojos almendrados de pesados párpados parecían mirarlo con curiosidad. ¿Y qué decir de George Willoughby, con su peluca empolvada y

sus lunares extravagantes? Qué perverso parecía! El rostro taciturno y moreno, y los labios sensuales en los que se dibujaba una mueca de desdén. Delicados puños de encaje caían sobre las largas manos amarillentas demasiado cargadas de sortijas. Había sido un pisaverde del siglo XVIII, y amigo, en su juventud, de lord Ferrars. ¿Y del segundo lord Beckenham, compañero del Príncipe Regente en sus años más locos, y uno de los testigos de su matrimonio secreto con la señora Fitzherbert? Qué orgulloso y apuesto, con sus bucles de color castaño y su pose de perdonavidas! ¿Qué pasiones le había legado? El mundo le atribuyó todas las infamias. Había dirigido sin duda las orgías de Carlton House. Pero sobre su pecho brillaba la estrella de la jarretera. Junto al suyo podía verse el retrato de su esposa, una pálida mujer vestida de negro, de labios muy finos. También aquella sangre corría por las venas de Dorian. Qué curioso parecía todo! Y su madre, con el rostro a lo lady Hamilton y los labios frescos, humedecidos por el vino: Dorian sabía lo que había recibido de ella. Le había transmitido su belleza, y la pasión por la belleza de otros. Se reía de él con su holgado vestido de bacante. Había hojas de viña en sus cabellos. La copa que sostenía derramaba púrpura. Los claveles del cuadro se habían marchitado, pero los ojos seguían siendo maravillosos por su profundidad y la magia de su color. Y parecían seguirlo dondequiera que fuese.

Pero también se tienen antepasados literarios, además de los de la propia estirpe, muchos de ellos quizá más próximos por la constitución y el temperamento, y con una influencia de la que se era consciente con mucha mayor claridad. Había ocasiones en que a Dorian Gray le parecía que la totalidad de la historia no era más que el relato de su propia vida, no como la había vivido en sus acciones y detalles, sino como su imaginación la había creado para él, como había existido en su cerebro y en sus pasiones. Tenía la sensación de haberlas conocido a todas, a aquellas extrañas y terribles figuras que habían atravesado el gran teatro del mundo, haciendo del pecado algo tan maravilloso y del mal algo tan sutil. Le parecía que, de algún modo misterioso, sus vidas habían sido también la suya.

El protagonista mismo de la maravillosa novela que tanto había influido en su vida tuvo aquella curiosa impresión. En el capítulo séptimo cuenta cómo, coronado de laurel para evitar ser herido por el rayo, había sido Tiberio, que leía, en un jardín de Capri, las obras escandalosas de la autora griega Elefantis, mientras enanos y pavos reales se paseaban a su alrededor, y el flautista imitaba el ir y venir del incensario; había sido Calígula, de francachela en los establos con palafreneros de casaca verde

antes de cenar en un pesebre de marfil junto a un caballo con la frente cubierta de joyas; y Domiciano, vagabundo por un corredor con espejos de mármol, buscando por todas partes, con ojos enfebrecidos, el reflejo de una daga destinada a poner fin a sus días, y enfermo de ese *ennui,* de ese terrible *taedium vitae,* destino común de todos aquellos a quienes la vida no ha negado nada; más adelante, también había presenciado, a través de una transparente esmeralda, las sangrientas carnicerías del Circo para luego, en una litera de perlas y púrpura, tirada por mulas con herraduras de plata, regresar, por la calle de las Granadas, a la Casa Dorada, mientras que, a su paso, los habitantes de Roma aclamaban al César Nerón; había sido Heliogábalo, el rostro pintado de colores, que trabajaba en la rueca entre las mujeres, y que trajo de Cartago a la Luna, para dársela al Sol en matrimonio místico.

Dorian leía una y otra vez tan fantástico capítulo, y los dos siguientes, que presentaban, como lo hacen ciertos tapices singulares o ciertos esmaltes extraños hábilmente trabajados, las formas estremecedoras y espléndidas de aquellos a quienes el Vicio y la Sangre y el Tedio convirtieron en monstruos o en locos: Filippo, duque de Milán, que asesinó a su esposa y le pintó los labios con un veneno escarlata para que su amante sorbiera la destrucción de la criatura muerta que acariciaba; Pietro Barbi, el veneciano, conocido con el nombre de Paulo II, quien, en su vanidad, quiso reclamar el título de Fermosus, y cuya tiara, valorada en doscientos mil florines, se compró al precio de un pecado abominable; Gian Maria Visconti, que utilizaba sabuesos para cazar hombres, y cuyo cuerpo, al morir asesinado, cubrió de rosas una hetaira que lo había amado; el Borgia sobre su corcel blanco, y el Fratricida cabalgando a su lado, con el manto manchado por la sangre de Perotto; Pietro Riario, el joven cardenal arzobispo de Florencia, hijo y favorito de Sixto IV, de belleza sólo igualada por su libertinaje, que recibió a Leonor de Aragón en un pabellón de seda blanca y carmesí, lleno de ninfas y de centauros, y que recubrió a un jovencito de panes de oro para que hiciera las veces, con motivo de la fiesta, de Ganímedes o de Hilas; Ezzelino, cuya melancolía sólo se curaba con el espectáculo de la muerte y que sentía pasión por la sangre, como otros hombres la tienen por el vino tinto; hijo del Maligno, se decía, que había hecho trampas a su infernal padre cuando se jugaba el alma a los dados; Giambattista Cibo, que, por burla, tomó el nombre de Inocente, y en cuyas venas aletargadas un doctor judío inyectó la sangre de tres jóvenes; Segismundo Malatesta, el amante de Isotta y señor de Rímini, cuya efigie fue quemada en Roma como enemigo de Dios y de los hombres, que estranguló a Polyssena con una servilleta, dio a Ginebra de este

veneno en una copa de esmeralda y, queriendo honrar una pasión vergonzosa, construyó una iglesia pagana para el culto cristiano; Carlos VI, tan terriblemente enamorado de la esposa de su hermano que un leproso le advirtió de la locura que se le avecinaba y que, cuando su cerebro enfermó y empezó a desvariar, sólo era posible calmarlo con naipes sarracenos, ilustrados con imágenes del Amor, de la Muerte y de la Locura; y, con su elegante jubón, gorro enjoyado y rizos como hojas de acanto, Grifonetto Baglioni, que dio muerte a Astorre junto con su prometida, y Simonetto con su paje, cuyo atractivo era tal que, mientras agonizaba, tendido en la plaza amarilla de Perusa, quienes lo habían odiado se sintieron conmovidos hasta las lágrimas, y a quien Atalanta, que lo había maldecido, lo bendijo.

Todos despertaban en Dorian una horrible fascinación. Los veía de noche y le perturbaban durante el día. El Renacimiento conoció extrañas maneras de envenenar: por medio de un casco y una antorcha encendida; de un guante bordado y un abanico enjoyado; de una almohadilla perfumada y un collar de ámbar. A Dorian Gray lo había envenenado un libro. En determinados momentos veía el mal únicamente como un medio que le permitía poner por obra su concepción de lo bello.

Capítulo 12

Fue el nueve de noviembre, la víspera de su trigésimo octavo cumpleaños, como Dorian recordaría después con frecuencia.

Regresaba de casa de lord Henry, donde había cenado, a eso de las once, bien envuelto en un abrigo de piel, porque la noche era fría y neblinosa. En la esquina de Grosvenor Square y South Audley Street, un individuo que caminaba muy deprisa, alzado el cuello del abrigo, se cruzó con él entre la niebla. En la mano llevaba un maletín. Dorian lo reconoció. Era Basil Hallward. Una extraña sensación de miedo, inexplicable, lo dominó. No hizo gesto alguno de reconocimiento y siguió caminando a buen paso en dirección a su casa.

Pero Hallward lo había visto. Dorian le oyó primero detenerse y luego apresurar el paso tras él. Al cabo de unos instantes sintió su mano en el brazo.

– Dorian! Qué suerte la mía! Llevo desde las nueve esperándote en la biblioteca de tu casa. Finalmente me he compadecido de tu criado, que parecía muy cansado, y, mientras me acompañaba hasta la puerta, le he dicho que se fuera a la cama. Salgo para París en el tren de medianoche, y tenía mucho interés en verte antes. Me ha parecido que eras tú o, más bien, tu abrigo de pieles, cuando te has cruzado conmigo. Pero no estaba seguro. ¿No me has reconocido?

–¿Con esta niebla, mi querido Basil? Soy incapaz de reconocer Grosvenor Square! Creo que mi casa está por aquí cerca, pero tampoco estoy demasiado seguro. Siento que te vayas, porque llevo siglos sin verte. Pero supongo que volverás pronto.

–No; voy a estar ausente seis meses. Me propongo alquilar un estudio en París, y encerrarme hasta que acabe un cuadro muy importante que tengo en la cabeza. Pero no quiero hablarte de mí. Ya estamos delante de tu casa. Permíteme entrar un momento. Tengo algo que decirte.

–Encantado. Pero, ¿no perderás el tren? –preguntó Dorian Gray lánguidamente, mientras subía los escalones de la entrada y abría la puerta con su llave.

La luz del farol más cercano se esforzaba por atravesar la niebla, y Hallward consultó su reloj.

–Tengo tiempo de sobra –respondió–. El tren no sale hasta las doce y cuarto y sólo son las once. De hecho me dirigía al club, para ver si te encontraba allí, cuando nos hemos cruzado. No tendré que esperar por el equipaje, porque ya he facturado los baúles. Todo lo que llevo conmigo es este maletín, y no tardaré más de veinte minutos en llegar a Victoria.

Dorian sonrió, mirándolo.

– Qué manera de viajar para un pintor célebre! Un maletín y un abrigo cualquiera! Entra, o la niebla se nos meterá en casa. Y hazme el favor de no hablar sobre nada serio. Nada es serio en los tiempos que corren. Por lo menos, no debería serlo.

Hallward movió la cabeza mientras entraba, y siguió a Dorian hasta la biblioteca. En la gran chimenea ardía un alegre fuego de leña. Las lámparas estaban encendidas y, encima de una mesita de marquetería, descansaba, abierto, un armarito holandés de plata para licores, con algunos sifones y altos vasos de cristal tallado.

–Como ves, tu criado no ha podido tratarme mejor. Me ha dado todo lo que quería, incluidos tus mejores cigarrillos de boquilla dorada. Es una persona muy hospitalaria. Me gusta mucho más que aquel francés que tenías antes. Por cierto, ¿qué se ha hecho de él?

Dorian se encogió de hombros.

–Creo que se casó con la doncella de lady Radley, y la ha instalado en París como modista inglesa. La *anglomanie* está ahora muy de moda allí, según me dicen. Parece un poco tonto por parte de los franceses, ¿no crees? En realidad no era en absoluto un mal criado. Nunca me gustó, pero no tengo motivos de queja. A veces uno se imagina cosas muy absurdas. Me tenía cariño y, según tengo entendido, sintió mucho marcharse. ¿Quieres otro coñac? ¿O prefieres vino del Rin con agua de Seltz? Eso es lo que yo tomo siempre. Seguramente habrá una botella en la habitación de al lado.

–Gracias, no quiero nada más –dijo el pintor, quitándose la gorra y el abrigo, y arrojándolos sobre el maletín que había dejado en un rincón–. Y ahora, mi querido Dorian, tenemos que hablar seriamente. No frunzas el ceño. Me lo pones mucho más difícil.

–¿De qué se trata? –exclamó Dorian, sin esconder su irritación, dejándose caer en el sofá–. Espero que no tenga nada que ver conmigo. Esta noche estoy cansado de mí mismo. Me gustaría ser otra persona.

–Se trata de ti –respondió Hallward con voz seria y resonante–, y no tengo más remedio que decírtelo. Sólo necesito media hora.

Dorian suspiró y encendió un cigarrillo. – Media hora! –murmuró.

–No es demasiado lo que te pido, y hablo únicamente en interés tuyo. Creo que es justo que sepas que en Londres se dicen de ti las cosas más espantosas.

–No quiero saber nada de eso. Me encantan los escándalos acerca de otras personas, pero las habladurías que me conciernen no me interesan. Carecen del encanto de la novedad.

–Deben interesarte, Dorian. Todo caballero está interesado en su buen nombre. No puedes querer que la gente hable de ti como de alguien vil y depravado. Disfrutas, por supuesto, de tu posición, y de tu fortuna, y todo lo que llevan consigo. Pero posición y fortuna no lo son todo. Yo no doy ningún crédito a esos rumores. Al menos, no los creo cuando te veo. El pecado es algo que los hombres llevan escrito en la cara. No se puede ocultar. La gente habla a veces de vicios secretos. No existe tal cosa. Si un pobre desgraciado tiene un vicio, lo denuncian las arrugas de la boca, la caída de los párpados, incluso la forma de las manos. Alguien, no voy a decir su nombre, pero a quien tú conoces, vino a mí el año pasado para que pintara su retrato. Nunca lo había visto antes, ni tampoco había oído nada acerca de él por aquel entonces, aunque después sí he sabido muchas cosas. Me ofreció una cantidad exorbitante. Me negué a retratarlo. Había algo en la forma de sus dedos que me pareció detestable. Ahora sé que la impresión que me produjo no era equivocada. Su vida es un horror. Pero tú, Dorian, con ese rostro tuyo, inocente, luminoso, con esa maravillosa juventud tuya que permanece siempre igual, ¿cómo voy a creer nada malo de ti? Y sin embargo te veo muy pocas veces, nunca vienes al estudio, y cuando estoy lejos de ti y oigo todas esas cosas odiosas que la gente susurra, no sé qué decir. ¿Por qué, Dorian, una persona como el duque de Berwick abandona el salón de un club cuando tú entras en él? ¿Por qué hay en Londres tantos caballeros que no van a tu casa ni te invitan a la suya? Eras muy amigo de lord Staveley. Coincidí con él en una cena la semana pasada. Tu nombre salió en la conversación, con motivo de las miniaturas que has prestado para la exposición en la galería Dudley. Staveley hizo un gesto de desagrado, y dijo que quizá tuvieras unos gustos muy artísticos, pero que no debía permitirse que conocieras a ninguna joven pura; y que ninguna mujer casta debía sentarse contigo en la misma habitación. Le recordé que yo era amigo tuyo y le pedí que explicara lo que quería decir. Lo hizo. Lo hizo delante de todo el mundo. Fue horrible! ¿Por qué tu amistad es tan desastrosa para los jóvenes? Está el caso de ese desgraciado muchacho de la Guardia que se suicidó. Eras su amigo íntimo. Pienso en sir Henry Ashton, que tuvo que abandonar Inglaterra, su reputación manchada para siempre. Erais inseparables. ¿Y qué decir de Adrian Singleton, que terminó de una manera tan terrible? ¿Y el hijo único de lord Kent y su carrera? Ayer me tropecé con su padre en St. James Street. Parecía deshecho por la vergüenza y la pena. ¿Y el joven duque de Perth? ¿Qué vida lleva en la actualidad? ¿Qué caballero querrá que se le vea con él?

–Ya basta, Basil. Estás hablando de cosas de las que nada sabes –dijo Dorian Gray mordiéndose los labios y con un tono de infinito desprecio en la voz–. Me preguntas porqué Berwick se marcha de una habitación cuando yo entro. Se debe a todo lo que yo sé acerca de su vida, no a lo que él sabe acerca de la mía. Con la sangre que lleva en las venas, ¿cómo podría ser una persona sin mancha? Me preguntas por Henry Ashton y el joven Perth. ¿Acaso soy yo quien les ha enseñado sus vicios a uno y al otro su libertinaje? Si el tonto del hijo de Kent va a buscar a su mujer en el arroyo, ¿qué tiene eso que ver conmigo? Si Adrian Singleton reconoce una deuda firmando el pagaré con el nombre de uno de sus amigos, ¿acaso soy yo su guardián? Sé muy bien hasta qué punto les gusta hablar a los ingleses. Las clases medias airean sus prejuicios morales en sus vulgares comedores, y murmuran sobre lo que ellos llaman la depravación de las clases superiores con el objeto de hacer creer que pertenecen a la buena sociedad y son íntimos de las personas a las que calumnian. En este país basta que un hombre sea distinguido e inteligente para que todas las lenguas vulgares se desaten contra él. Dime tú, ¿qué vida llevan todas esas personas que presumen de ser los guardianes de la moralidad? Mi querido amigo, olvidas que vivimos en el país de la hipocresía.

–Dorian –exclamó Hallward–, no es ése el problema. Inglaterra no está libre de pecado, lo sé, y la sociedad inglesa tiene mucho de qué arrepentirse. Ésa es precisamente la razón de que a ti te quiera yo intachable. Pero no lo has sido. Se puede juzgar a una persona por el efecto que tiene sobre sus amigos. Los tuyos parecen perder por completo el sentimiento del honor, de la bondad, de la pureza. Lo único que les transmites es una sed desenfrenada de placer, y no, se detienen hasta llegar al fondo del abismo. Pero eres tú quien los ha llevado hasta allí. Sí, has sido tú, y sin embargo aún eres capaz de sonreír, como lo estás haciendo ahora. Pero todavía hay más. Sé que Harry y tú sois inseparables. Por esa misma razón, si no por otra, no deberías haber permitido que su hermana se convirtiera en la comidilla de toda la ciudad.

–Cuidado, Basil. Estás yendo demasiado lejos.

–He de hablar y tú tienes que escucharme. Cuando conociste a lady Gwendolen no la había rozado aún ni la más leve sombra de escándalo. ¿Pero hay una sola mujer decente en Londres que esté ahora dispuesta a pasear en coche con ella por el parque? Ni siquiera a sus hijos se les permite vivir con ella! Y luego hay otros rumores… , rumores según los cuales se te ha visto salir sigilosamente al amanecer de casas espantosas e introducirte disfrazado en las madrigueras más infames de Londres. ¿Son ciertos esos rumores? ¿Pueden ser verdad? Cuando los oí por vez

primera me eché a reír. Ahora, cuando los oigo, hacen que me estremezca. ¿Qué decir de tu casa en el campo y de la vida que allí se hace? No sabes lo que se cuenta de ti, Dorian. No te voy a decir que no quiero sermonearte. Recuerdo cómo Harry afirmó en una ocasión que todo hombre que, en un momento determinado, decide desempeñar el papel de sacerdote, empieza diciendo eso, y acto seguido procede a faltar a su palabra. Quiero sermonearte. Deseo que tu vida haga que el mundo te respete. Que tengas un nombre sin tacha y una reputación por encima de toda sospecha. Que te libres de esas terribles personas con las que te tratas. No te encojas de hombros una vez más. No te muestres tan indiferente. Es mucha la influencia que tienes. Que sea para el bien, no para el mal. Dicen que corrompes a todas las personas con las que intimas, y que cuando entras en una casa, llega, pisándote los talones, la vergüenza de una u otra especie. No sé si es cierto o no. ¿Cómo podría saberlo? Pero eso es lo que dicen de ti. Me han contado cosas que parece imposible poner en duda. Lord Gloucester era uno de mis mejores amigos en Oxford. Me mostró una carta que le escribió su esposa cuando moría, sola, en su villa de Mentone. Tu nombre aparecía en ella, mezclado con la más terrible confesión que he leído nunca. A él le dije que era absurdo; que te conocía perfectamente, y que eras incapaz de nada parecido. ¿Te conozco? Me pregunto si es verdad que te conozco. Antes de contestar tendría que ver tu alma.

– Ver mi alma! –murmuró Dorian Gray, alzándose del sofá y palideciendo de miedo.

–Sí –respondió Hallward con mucha seriedad y un tono profundamente pesaroso–; ver tu alma. Pero eso sólo lo puede hacer Dios.

Una amarga risotada de burla salió de los labios de su interlocutor.

– Vas a tener ocasión de verla esta misma noche! –exclamó, tomando una lámpara de la mesa–. Ven: es obra tuya. ¿Por qué tendría que ocultártela? Después se lo podrás contar al mundo, si así lo decides. Nadie te creerá. Si de verdad te creyeran, aún me tendrían en mayor aprecio. Conozco la época en que vivimos mejor que tú, aunque perores sobre ella tan tediosamente como lo haces. Ven, te digo. Ya has hablado bastante de corrupción. Ahora vas a tener ocasión de verla cara a cara.

La locura del orgullo estaba presente en cada palabra. Dorian Gray golpeó el suelo con el pie con insolencia de niño. La idea de que alguien compartiera su secreto le producía una espantosa alegría, y más aún que el hombre que había pintado el retrato que era el origen de toda su vergüenza cargara para el resto de su vida con el horrible recuerdo de lo que había hecho.

–Sí –continuó, acercándosele más, y mirando sin pestañear los ojos severos de su amigo–. Voy a mostrarte mi alma. Voy a mostrarte esa cosa que, según imaginas, sólo Dios puede ver.

Hallward retrocedió instintivamente.

– Eso es una blasfemia, Dorian! –exclamó–. No debes decir esas cosas. Son horribles, y no significan nada. –¿Es eso lo que crees? –le replicó Dorian Gray, riendo de nuevo.

–Lo sé. En cuanto a lo que te he dicho esta noche, lo he hecho por tu bien. Sabes que he sido siempre un amigo fiel.

–No me toques. Termina lo que tengas que decir.

El dolor crispó por un instante las facciones del pintor. Quedó mudo, invadido por un sentimiento de compasión infinita. Después de todo, ¿qué derecho tenía él a inmiscuirse en la vida de Dorian? Aunque no hubiera hecho más que una décima parte de lo que de él se contaba, cuánto tenía que haber sufrido! Pero enseguida se irguió, dirigiéndose hacia la chimenea, y allí se quedó, contemplando los leños, que ardían con cenizas semejantes a la escarcha y corazones palpitantes hechos de llamas.

–Estoy esperando, Basil –dijo el joven, con voz clara y dura.

El pintor se volvió.

–Lo que tengo que decir es esto –exclamó–. Has de darme alguna respuesta a las terribles acusaciones que se hacen contra ti. Si me dices que son absolutamente falsas de principio a fin, te creeré. Niégalas, Dorian, hazme el favor de negarlas! ¿No ves lo mucho que estoy sufriendo? Dios del cielo! No me digas que eres un malvado, un corrupto, un infame.

Dorian Gray sonrió. Un gesto de desprecio le curvó los labios.

–Sube conmigo, Basil –dijo con calma–. Llevo un diario de mi vida que no sale nunca de la habitación donde se escribe. Te lo enseñaré si me acompañas.

–Subiré contigo, Dorian, si así lo deseas. Veo que ya he perdido el tren. Da lo mismo. Saldré mañana. Pero no me pidas que lea nada esta noche. Todo lo que quiero es una respuesta directa a mi pregunta.

–Te será dada en el último piso. No te la puedo dar aquí. No será necesario que leas mucho rato.

Capítulo 13

Dorian salió de la habitación y empezó a subir, seguido muy de cerca por Basil Hallward. Caminaban sin hacer ruido, como se hace instintivamente de noche. La lámpara arrojaba sombras fantásticas sobre la pared y la escalera. El viento, que empezaba a levantarse, hacía tabletear algunas ventanas.

Cuando alcanzaron el descansillo del ático, Dorian dejó la lámpara en el suelo y, sacando la llave, la introdujo en la cerradura.

–¿De verdad quieres saberlo, Basil? –le preguntó en voz baja.

–Sí.

–No te imaginas cuánto me alegro –respondió, sonriendo. Luego añadió, con cierta violencia–: eres la única persona en el mundo que tiene derecho a saberlo todo de mí. Estás más estrechamente ligado a mi vida de lo que crees –luego, recogiendo la lámpara, abrió la puerta y entró en la antigua sala de juegos. Una corriente de aire frío los asaltó, y la lámpara emitió por unos instantes una llama de turbio color naranja. Dorian Gray se estremeció–. Cierra la puerta –le susurró a Basil, mientras colocaba la lámpara sobre la mesa.

Hallward miró a su alrededor, desconcertado. Se diría que aquella habitación llevaba años sin usarse. Un descolorido tapiz flamenco, un cuadro detrás de una cortina, un antiguo *cassone* italiano, y una librería casi vacía era todo lo que parecía encerrar, además de una silla y una mesa. Mientras Dorian Gray encendía una vela medio consumida que descansaba sobre la repisa de la chimenea, Basil advirtió que todo estaba cubierto de polvo y que la alfombra tenía muchos agujeros. Un ratón corrió a esconderse tras el revestimiento de madera. La habitación entera olía a moho y a humedad.

–De manera que, según tú, sólo Dios ve el alma, ¿no es eso? Descorre la cortina y verás la mía.

La voz que hablaba era fría y cruel.

–Estás loco, Dorian, o representas un papel –murmuró Hallward, frunciendo el ceño.

–¿No te atreves? En ese caso lo haré yo –dijo el joven, arrancando la cortina de la barra que la sostenía y arrojándola al suelo.

De los labios del pintor escapó una exclamación de horror al ver, en la penumbra, el espantoso rostro que le sonreía desde el lienzo. Había algo en su expresión que le produjo de inmediato repugnancia y aborrecimiento. Dios del cielo! Era el rostro de Dorian Gray lo que estaba viendo! La misteriosa abominación aún no había destruido por completo su

extraordinaria belleza. Quedaban restos de oro en los cabellos que clareaban y una sombra de color en la boca sensual. Los ojos hinchados conservaban algo de la pureza de su azul, las nobles curvas no habían desaparecido por completo de la cincelada nariz ni del cuello bien modelado. Sí, se trataba de Dorian. Pero, ¿quién lo había hecho? Le pareció reconocer sus propias pinceladas y, en cuanto al marco, también el diseño era suyo. La idea era monstruosa, pero, de todos modos, sintió miedo. Apoderándose de la vela encendida, se acercó al cuadro. Abajo, a la izquierda, halló su nombre, trazado con largas letras de brillante bermellón.

Se trataba de una parodia repugnante, de una infame e innoble caricatura. Aquel lienzo no era obra suya. Y, sin embargo, era su retrato. No cabía la menor duda, y sintió como si, en un momento, la sangre que le corría por las venas hubiera pasado del fuego al hielo inerte. Su cuadro! ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué había cambiado? Volviéndose, miró a Dorian Gray con ojos de enfermo. La boca se le contrajo y la lengua, completamente seca, fue incapaz de articular el menor sonido. Se pasó la mano por la frente, recogiendo un sudor pegajoso.

Su joven amigo, apoyado contra la repisa de la chimenea, lo contemplaba con la extraña expresión que se descubre en quienes contemplan absortos una representación teatral cuando actúa algún gran intérprete. No era ni de verdadero dolor ni de verdadera alegría. Se trataba simplemente de la pasión del espectador, quizá con un pasajero resplandor de triunfo en los ojos. Dorian Gray se había quitado la flor que llevaba en el ojal, y la estaba oliendo o fingía olerla.

–¿Qué significa esto? –exclamó Hallward, finalmente. Su propia voz le resultó discordante y extraña.

–Hace años, cuando no era más que un adolescente –dijo Dorian Gray, aplastando la flor con la mano–, me conociste, me halagaste la vanidad y me enseñaste a sentirme orgulloso de mi belleza. Un día me presentaste a uno de tus amigos, que me explicó la maravilla de la juventud, mientras tú terminabas el retrato que me reveló el milagro de la belleza. En un momento de locura del que, incluso ahora, ignoro aún si lamento o no, formulé un deseo, aunque quizá tú lo llamaras una plegaria…

– Lo recuerdo! Sí, lo recuerdo perfectamente! No! Eso es imposible. Esta habitación está llena de humedad. El moho ha atacado el lienzo. Los colores que utilicé contenían algún desafortunado veneno mineral. Te aseguro que es imposible.

–¿Qué es imposible? –murmuró Dorian, acercándose al balcón y apoyando la frente contra el frío cristal empañado por la niebla.

–Me dijiste que lo habías destruido.

–Estaba equivocado. El retrato me ha destruido a mí.

–No creo que sea mi cuadro.

–¿No descubres en él a tu ideal? –preguntó Dorian con amargura.

–Mi ideal, como tú lo llamas…

–Como tú lo llamaste.

–No había maldad en él, no tenía nada de qué avergonzarse. Fuiste para mí el ideal que nunca volveré a encontrar. Y ése es el rostro de un sátiro.

–Es el rostro de mi alma.

– Cielo santo! Qué criatura elegí para adorar! Tiene los ojos de un demonio.

–Todos llevamos dentro el cielo y el infierno, Basil –exclamó Dorian con un desmedido gesto de desesperación. Hallward se volvió de nuevo hacia el retrato y lo contempló fijamente.

– Dios mío! Si es cierto –exclamó–, y esto es lo que has hecho con tu vida, eres todavía peor de lo que imaginan quienes te atacan! –acercó de nuevo la vela al lienzo para examinarlo. La superficie parecía seguir exactamente como él la dejara. La corrupción y el horror surgían, al parecer, de las entrañas del cuadro. La vida interior del retratado se manifestaba misteriosamente, y la lepra del pecado devoraba lentamente el cuadro. La descomposición de un cadáver en un sepulcro lleno de humedades no sería un espectáculo tan espantoso.

Le tembló la mano; la vela cayó de la palmatoria al suelo y empezó a chisporrotear. Hallward la apagó con el pie. Luego se dejó caer en la desvencijada silla cercana a la mesa y escondió el rostro entre las manos.

– Cielo santo, Dorian, qué lección! Qué terrible lección! –no recibió respuesta, pero oía sollozara su amigo junto a la ventana–. Reza, Dorian, reza –murmuró–. ¿Qué era lo que nos enseñaban a decir cuando éramos niños? «No nos dejes caer en la tentación. Perdona nuestros pecados. Borra nuestras iniquidades.» Vamos a repetirlo juntos. La plegaria de tu orgullo encontró respuesta. La plegaria de tu arrepentimiento también será escuchada. Te admiré en exceso. Ambos hemos sido castigados.

Dorian Gray se volvió lentamente, mirándolo con ojos enturbiados por las lágrimas.

–Es demasiado tarde –balbució.

–Nunca es demasiado tarde. Arrodillémonos y tratemos juntos de recordar una oración. ¿No hay un versículo que dice: «Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve»?

–Esas palabras ya nada significan para mí.

– Calla! No digas eso. Ya has hecho suficientes maldades en tu vida. Dios bendito! ¿No ves cómo esa odiosa criatura se ríe de nosotros?

Dorian Gray lanzó una ojeada al cuadro y, de repente, un odio incontrolable hacia Basil Hallward se apoderó de él, como si se lo hubiera sugerido la imagen del lienzo, como si se lo hubieran susurrado al oído aquellos labios burlones. Las pasiones salvajes de un animal acorralado se encendieron en su interior, y odió al hombre que estaba sentado a la mesa más de lo que había odiado a nada ni a nadie en toda su vida. Lanzó a su alrededor miradas extraviadas. Algo brillaba en lo alto de la cómoda pintada que tenía enfrente. Sus ojos se detuvieron sobre aquel objeto. Sabía de qué se trataba. Era un cuchillo que había traído unos días antes para cortar un trozo de cuerda y luego había olvidado llevarse. Se movió lentamente en su dirección, pasando junto a Hallward. Cuando estuvo tras él, lo empuñó y se dio la vuelta. Hallward se movió en la silla, como disponiéndose a levantarse. Arrojándose sobre él, le hundió el cuchillo en la gran vena que se halla detrás del oído, golpeándole la cabeza contra la mesa, y apuñalándolo después repetidas veces.

Sólo se oyó un gemido sofocado, y el horrible ruido de alguien a quien ahoga su propia sangre. Tres veces los brazos extendidos se alzaron, convulsos, agitando en el aire grotescas manos de dedos rígidos. Dorian Gray aún clavó el cuchillo dos veces más, pero Basil no se movió. Algo empezó a gotear sobre el suelo. Dorian Gray esperó un momento, apretando todavía la cabeza contra la mesa. Luego soltó el arma y escuchó.

Sólo se oía el golpear de las gotas de sangre que caían sobre la raída alfombra. Abrió la puerta y salió al descansillo. La casa estaba en absoluto silencio. Nadie se había levantado. Durante unos segundos permaneció inclinado sobre la barandilla, intentando penetrar con la mirada el negro pozo de atormentada oscuridad. Luego se sacó la llave del bolsillo y regresó a la habitación del retrato, encerrándose dentro.

El cuerpo seguía sentado en la silla, tumbado en parte sobre la mesa, la cabeza inclinada, la espalda doblada y los brazo caídos, extrañamente largos. De no ser por el irregular desgarrón rojo en el cuello, y el charco oscuro casi coagulado que se ensanchaba lentamente sobre la mesa, se podría haber pensado que la figura recostada no hacía otra cosa que dormir.

Qué deprisa había sucedido todo! Sintió una extraña tranquilidad y, acercándose al balcón, lo abrió para salir al exterior. El viento se había llevado la niebla, y el cielo era como la rueda de un monstruoso pavo real, tachonado de innumerables ojos dorados. Al mirar hacia la calle vio al policía del barrio haciendo su ronda y dirigiendo el largo rayo de su

linterna sorda hacia puertas de casas silenciosas. La mancha carmesí de un coche de punto brilló en la esquina para desaparecer un instante después. Una mujer con un chal agitado por el viento avanzaba despacio, con paso inseguro, apoyándose en las rejas de los jardines. De cuando en cuando se detenía y volvía la vista atrás. En una ocasión empezó a cantar con voz ronca. El policía se le acercó y le dijo algo. La mujer se alejó a trompicones, riendo. Una ráfaga de viento muy frío azotó la plaza. Las luces de gas parpadearon, azuleando, y los árboles desnudos agitaron sus negras ramas de hierro. Dorian Gray se estremeció y regresó a la habitación, cerrando el balcón.

Al llegar a la puerta hizo girar la llave y la abrió. Ni siquiera se volvió para lanzar una ojeada al cadáver. Comprendía que el secreto del éxito consistía en no darse cuenta de lo sucedido. El amigo que había pintado el retrato fatal, causante de todos sus sufrimientos, había desaparecido de su vida. Eso era suficiente.

Fue entonces cuando se acordó de la lámpara. Era un ejemplo más bien curioso de artesanía musulmana, labrada en plata mate con incrustaciones de arabescos de acero bruñido, tachonada de turquesas sin pulimentar. Quizás su criado la echara de menos e hiciera preguntas. Vaciló un momento, pero acabó entrando de nuevo y recuperándola. Esta vez no pudo por menos que ver el cadáver. Qué inmóvil estaba! Qué horriblemente blancas y largas parecían las manos! Era como una espantosa figura de cera.

Después de cerrar nuevamente la puerta con llave, Dorian Gray bajó en silencio la escalera. Los crujidos de algunos escalones le parecieron ayes de dolor. Se detuvo varias veces y esperó. No: todo estaba en silencio. Era tan sólo el ruido de sus pasos.

Al llegar a la biblioteca, vio en un rincón el abrigo, la gorra y el maletín. Había que esconderlos en algún sitio. Abrió un ropero secreto, oculto en el revestimiento de madera, donde ocultaba sus curiosos disfraces, y los dejó allí. Podría quemarlos sin problemas más adelante. Luego sacó el reloj. Eran las dos menos veinte.

Se sentó y empezó a pensar. Todos los años –todos los meses casi– se ahorcaba a alguien en Inglaterra por un crimen similar al que acababa de cometer. Se diría que había surgido en el aire una locura asesina. Alguna roja estrella se había acercado demasiado a la Tierra… Si bien, ¿qué pruebas había en contra suya? Basil Hallward abandonó la casa a las once. Nadie lo había visto entrar de nuevo. La mayoría de los criados estaban en Selby Royal. Su ayuda de cámara se había acostado… París! Sí. Basil se había marchado a París en el tren de medianoche, tal como se

proponía hacer. Habida cuenta de la curiosa reserva que lo caracterizaba, pasarían meses antes de que surgieran las primeras sospechas. Meses! Todo podía estar destruido mucho antes.

Una idea se le pasó de repente por la cabeza. Se puso el abrigo de piel y el sombrero y salió al vestíbulo. Luego se detuvo, al oír en la acera los pasos lentos y pesados del policía y ver en la ventana el reflejo de la linterna sorda. Esperó, conteniendo la respiración.

Al cabo de unos momentos descorrió el cerrojo y salió sigilosamente, cerrando después la puerta con gran suavidad. Luego empezó a tocar la campanilla de la entrada. Unos cinco minutos después apareció su ayuda de cámara, vestido a medias y con aire somnoliento.

–Siento haber tenido que despertarle, Francis –dijo Dorian Gray, entrando en la casa–, pero me olvidé de las llaves. ¿Qué hora es?

–Las dos y diez –respondió el criado, mirando el reloj y parpadeando.

–¿Las dos y diez? Horriblemente tarde! Despiérteme mañana a las nueve. Tengo que hacer un trabajo urgente.

–Sí, señor.

–¿Ha venido alguna visita esta tarde?

–El señor Hallward. Estuvo aquí hasta las once, y luego se marchó para tomar el tren.

– Ah! Siento no haberlo visto. ¿Dejó algún mensaje? –No, señor, excepto que le escribiría desde París, si no lo encontraba en el club.

–Nada más, Francis. No se olvide de llamarme mañana a las nueve.

–Sí, señor.

El criado se alejó por el corredor, arrastrando ligeramente las zapatillas.

Dorian Gray arrojó sombrero y abrigo sobre la mesa y entró en la biblioteca. Durante un cuarto de hora estuvo paseando, mordiéndose los labios y pensando. Luego tomó un anuario de una de las estanterías y empezó a pasar páginas. «Alan Campbell, 152 Hertford Street, Mayfair». Sí; era el hombre que necesitaba.

Capítulo 14

A las nueve de la mañana del día siguiente, el criado entró con una taza de chocolate en una bandeja y abrió las contraventanas. Dorian dormía apaciblemente, tumbado sobre el lado derecho, con una mano bajo la mejilla. Parecía un adolescente agotado por el juego o el estudio.

El ayuda de cámara tuvo que tocarle dos veces en el hombro para despertarlo, y mientras abría los ojos la sombra de una sonrisa cruzó por sus labios, como si hubiera estado perdido en algún sueño placentero. En realidad no había soñado en absoluto. Ninguna imagen, ni agradable ni dolorosa, había turbado su descanso. Pero la juventud sonríe sin motivo. Es uno de sus mayores encantos.

Volviéndose, Dorian Gray empezó a tomar a sorbos el chocolate, apoyándose en el codo. El dulce sol de noviembre entraba a raudales en el cuarto. El cielo resplandecía y había en el aire una tibieza reconfortante. Era casi como una mañana de mayo.

Poco a poco, los acontecimientos de la noche anterior penetraron en su cerebro, avanzando a pasos furtivos con los pies manchados de sangre, hasta recobrar su forma con terrible claridad. En su rostro apareció una mueca de dolor al recordar todo lo que había sufrido y, por un momento, volvió a apoderarse de él, llenándolo de una cólera glacial, el extraño sentimiento de odio que le había obligado a matar a Basil Hallward. El muerto seguía sin duda sentado en la silla, iluminado ahora por el sol. Qué horrible imagen! Cosas tan espantosas como aquélla eran para la oscuridad de la noche, no para la luz del día.

Sintió que si meditaba sobre lo que le había sucedido se exponía a enfermar o a volverse loco. Había pecados cuya fascinación residía más en la memoria que en su misma realización; extraños triunfos más gratificantes para el orgullo que para las pasiones, y que daban a la inteligencia un sentimiento de alegría más vivo, superior al gozo que procuran o podrían jamás procurar a los sentidos. Pero este último no pertenecía a esa categoría. Se trataba de algo que era necesario expulsar de la mente, adormecerlo con opio, estrangularlo antes de que pudiera estrangularlo a uno.

Cuando el reloj dio la media, Dorian Gray se pasó la mano por la frente, se levantó con decisión, y se vistió con más cuidado incluso del habitual, prestando gran atención a la elección de la corbata y del alfiler, y cambiando más de una vez de sortijas. También dedicó mucho tiempo al desayuno, probando los diferentes platos, hablando con su ayuda de

cámara sobre las nuevas libreas que estaba pensando encargar para los criados de Selby, y revisando la correspondencia. Algunas de las cartas le hicieron sonreír. Tres le aburrieron. Una la leyó varias veces y luego la rasgó con un ligero gesto de irritación en el rostro. « Qué calamidad, los recuerdos de una mujer!», como lord Henry había dicho en una ocasión.

Después de beber la taza de café solo, se limpió lentamente los labios con la servilleta, hizo un gesto a su cría¯do para que esperase y, dirigiéndose hacia su escritorio, se sentó y redactó dos cartas. Guardó una en el bolsillo y tendió la otra al criado.

–Llévela al 152 de Hertford Street, Francis, y si el señor Campbell ha salido de Londres, pida que le den su dirección.

Cuando se quedó solo encendió un cigarrillo y empezó a hacer dibujos en un trozo de papel: primero flores, luego detalles arquitectónicos y, finalmente, rostros. De repente advirtió que todas las caras que dibujaba parecían tener un extraño parecido con Basil Hallward. Frunció el ceño y, poniéndose en pie, se acercó a una estantería y tomó un volumen al azar. Estaba decidido a no pensar en lo que había sucedido hasta que fuese absolutamente necesario hacerlo.

Después de tumbarse en el sofá miró el título del libro. Se trataba de *Émaux et Camées,* la edición de Charpentier en papel japón, con un grabado de Jacquemart. La encuadernación era de cuero verde limón, con un enrejado en oro, salpicado de granadas. Se lo había regalado Adrian Singleton. Al pasar las páginas, sus ojos se detuvieron en un poema sobre la mano de Lacenaire, la helada mano amarillenta *«du supplice encore mal lavée»,* con su vello rojo y sus *«doigts de faune».* Dorian Gray se miró los dedos, blancos como la cera, tuvo un estremecimiento a su pesar, y siguió adelante, hasta que llegó a las espléndidas estrofas dedicadas a Venecia:

Sur une gamme chromatique,
Le sein de perles ruisselant,
La Vénus de l'Adriatique
Sort de feau son corps rose et blanc.

Les dómes, sur I'azur des ondes
Suivant la phrase au pur contour,
S'enflentcomme des gorges rondes
Que souléve un soupir d'amour.

L'esquif aborde et me dépose
Jetantson amarre au pilfer,

Devant une facade rose,
Sur le marbre d'un escalier.

Qué versos exquisitos! Al leerlos se tenía la impresión de estar flotando por los verdes canales de la ciudad de color rosa y gris perla, sentado en una góndola negra con la proa de plata y unos cendales arrastrados por la brisa. Los versos mismos le parecían las rectas estelas azul turquesa que siguen al visitante cuando navega hacia el Lido. Los repentinos estallidos de color le recordaban los destellos de las palomas –la garganta de color ópalo e iris– que revolotean en torno al esbelto *campanile* acolmenado, o que pasean, con tranquila elegancia, entre los polvorientos arcos en penumbra. Recostándose, con los ojos semicerrados, Dorian repitió una y otra vez los versos:

«Devant une facade rose,
Sur le marbre d'un escalier».

Toda Venecia estaba contenida allí. Recordó el otoño que había pasado en la ciudad, y el maravilloso amor que le empujó a desenfrenadas y deliciosas locuras. Había poesía por doquier. Porque Venecia, como Oxford, conservaba el adecuado ambiente poético y, para el verdadero romántico, el ambiente lo era todo, o casi todo. Basil pasó con él algún tiempo durante aquella estancia, y se había entusiasmado con Tintoreto. Pobre Basil! Qué muerte tan horrible la suya!

Dorian Gray suspiró, abrió de nuevo el libro de Gautier, y se esforzó por olvidar. Leyó los versos dedicados al pequeño café de Esmirna donde los hayis pasan sus cuentas de ámbar, y los mercaderes enturbantados fuman sus largas pipas adornadas con borlas, al tiempo que conversan sobre temas profundos mientras las golondrinas entran y salen haciendo rápidos quiebros; leyó sobre el obelisco de la Place de la Concorde que llora lágrimas de granito en su solitario exilio sin sol y anhela volver al ardiente Nilo cubierto de flores de loto, donde hay esfinges e ibis rosados y buitres blancos de garras doradas y cocodrilos con ojillos de berilo que se arrastran por el humeante cieno verde; y empezó a soñar con las estrofas que, extrayendo música del mármol manchado de besos, hablan de la curiosa estatua que Gautier compara con una voz de contralto, el *«monstre charmant»* tumbado en el Louvre en la sala de los pórfidos. Pero al cabo de algún tiempo el libro se le cayó de las manos. Le fue dominando el nerviosismo, que culminó con un tremendo ataque de terror. ¿Qué sucedería si Alan Campbell no estaba en Inglaterra? Tendrían que pasar

días y días antes de que regresara. Quizás se negara a volver. ¿Qué hacer entonces? Cada minuto contaba; era de importancia vital. Habían sido grandes amigos en otro tiempo, cinco años atrás; casi inseparables, a decir verdad. Luego su intimidad terminó bruscamente. Cuando se encontraban en público, era Dorian Gray quien sonreía, nunca Alan Campbell.

Se trataba de un joven extraordinariamente inteligente, aunque sin verdadero aprecio por las artes plásticas y que, si en algo había llegado a captar la belleza de la poesía, se lo debía por completo a Dorian. Su pasión intelectual dominante era la ciencia. En Cambridge pasaba gran parte del tiempo trabajando en el laboratorio, y había obtenido una buena calificación en el examen final de ciencias naturales. De hecho, aún seguía dedicado al estudio de la química, y tenía laboratorio propio, donde solía encerrarse el día entero, lo que irritaba mucho a su madre, que tendía a confundir a los químicos con los boticarios, y a quien ilusionaba sobre todo que consiguiese un escaño en el Parlamento. Campbell era, por otra parte, un músico excelente, y tocaba el violín y el piano mejor que la mayoría de los aficionados. La música había sido, de hecho, el lazo de unión entre Dorian Gray y él: la música y la indefinible capacidad de atracción que Dorian podía utilizar a voluntad y que de hecho utilizaba con frecuencia sin. ser consciente de ello. Se habían conocido en casa de lady Berkshire la noche en que tocó allí Rubinstein, y después se los veía con frecuencia juntos en la ópera y dondequiera que se interpretara buena música. Su intimidad había durado dieciocho meses. Campbell estaba siempre en Selby Royal o en Grosvenor Square. Para él, como para muchos otros, Dorian Gray representaba el modelo de todo lo que la vida tiene de maravilloso y fascinante.

Nadie sabía si habían llegado a pelearse. Pero, de repente, otras personas se dieron cuenta de que apenas hablaban cuando se veían, y de que Campbell se marchaba pronto de las fiestas a las que asistía Dorian Gray. Había cambiado, por otra parte: se mostraba extrañamente melancólico a veces, casi parecía que la música le desagradase, y no tocaba nunca, dando como excusa, cuando se le pedía que interpretase algo, estar tan absorto en la ciencia que le faltaba tiempo para practicar. Y era sin duda cierto. Cada día que pasaba daba la impresión de estar más interesado por la biología, y su nombre había aparecido una o dos veces en algunas dulas revistas científicas, en relación con ciertos curiosos experimentos.

Tal era el hombre que Dorian Gray esperaba. Su mirada se volvía hacia el reloj a cada momento. A medida que pasaban los minutos aumentaba su agitación. Finalmente se levantó y empezó a pasear por la estancia, con el aspecto de un bello animal enjaulado. Caminaba a grandes

zancadas que tenían algo de furtivo. Y las manos se le habían quedado extrañamente frías.

La incertidumbre se hizo insoportable. Tuvo la impresión de que el tiempo se arrastraba con pies de plomo, mientras él, empujado por monstruosos huracanes, avanzaba hacia el borde dentado de un negro precipicio. Dorian sabía lo que le esperaba allí abajo; lo veía, incluso, y, estremecido, se aplastó con manos húmedas los párpados ardientes como si quisiera robarle la vista al cerebro mismo, empujando los globos de los ojos hasta el fondo de las órbitas. Pero era inútil. El cerebro disponía de su propio alimento, en el que se cebaba, y la imaginación, lanzada a grotescos excesos por el terror, se retorcía y deformaba como un ser vivo a causa del dolor, bailaba como una horrible marioneta sobre un escenario, y hacía muecas detrás de máscaras animadas. Luego, de repente, el Tiempo se detuvo para él. Sí; aquella dimensión ciega, de lentísima respiración, dejó de arrastrarse, y horribles pensamientos, puesto que el Tiempo había muerto, emprendieron una veloz carrera y desenterraron el espantoso futuro de su tumba para mostrárselo. Dorian lo contempló fijamente. Y el horror que sintió lo dejó petrificado.

Finalmente la puerta se abrió, dando paso al ayuda de cámara. Dorian Gray lo miró con ojos vidriosos.

–El señor Campbell –anunció.

Un suspiro de alivio escapó entonces de los labios resecos de Dorian Gray el color regresó a sus mejillas.

–Hágalo pasar ahora mismo, Francis –sintió que volvía a ser el de siempre. Había superado el momento de cobardía.

El criado hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Instantes después entró Alan Campbell, con aspecto severo y bastante pálido, la palidez intensificada por los cabellos y las cejas de color negro azabache.

– Atan! Cuánta amabilidad por tu parte! Te agradezco mucho que hayas venido.

–Me había propuesto no volver a pisar tu casa, Gray. Pero se me ha dicho que era una cuestión de vida o muerte –su voz era dura y fría y hablaba con estudiada lentitud. Había una expresión de desprecio en la mirada insistente con que procedió a estudiar el rostro de Dorian. Mantenía las manos en los bolsillos de su abrigo de astracán y dio la impresión de no haberse percatado del gesto con el que había sido recibido.

–Sí; se trata de una cuestión de vida o muerte, Alan, y para más de una persona. Haz el favor de sentarte.

Campbell ocupó una silla junto a la mesa, y Dorian se sentó frente a él. Los dos hombres se miraron a los ojos. En los de Dorian había una infinita compasión. Sabía que lo que se disponía a hacer era espantoso.

Después de un tenso momento de silencio, se inclinó hacia adelante y dijo, con mucha calma, pero atento al efecto de cada palabra sobre el rostro de su visitante:

–Alan, en una habitación cerrada con llave en el ático de esta casa, en una habitación a la que nadie, excepto yo mismo, tiene acceso, hay un muerto sentado ante una mesa. Hace ya diez horas que falleció. No te muevas, ni me mires de esa manera. Quién es esa persona, por qué ha muerto, cómo ha muerto, son cuestiones que no te conciernen. Lo que tienes que hacer es esto…

–Basta, Gray. No quiero saber nada más. Ignoro si lo que me acabas de contar es mentira o verdad. No me importa. Me niego por completo a verme mezclado en tu vida. Guarda para ti solo tus horribles secretos. Han dejado de interesarme.

–Tienen que interesarte, Alan. Éste, en concreto, va a tener que interesarte. Lo siento muchísimo por ti, pero no puedo evitarlo. Eres la única persona que me puede salvar. Estoy obligado a forzar tu intervención. No tengo alternativa. Eres un hombre de ciencia, Alan. Sabes química y otras cosas relacionadas con ella. Has hecho experimentos. Se trata de que destruyas el cuerpo sin vida que está ahí arriba; de destruirlo de manera que no quede el menor rastro. Nadie vio entrar a esa persona en esta casa. Se piensa, de hecho, que se encuentra actualmente en París. Pasarán meses antes de que se le eche de menos. Cuando eso suceda, es preciso que no quede aquí traza alguna suya. Tú, Alan, debes encargarte de convertirlos, a él y a todas sus pertenencias, en un puñado de cenizas que puedan esparcirse al viento.

–Estás loco, Dorian.

– Ah! Esperaba anhelante a que me llamaras Dorian. –Estás loco, te lo repito… Loco por imaginar que vaya a alzar un dedo por ayudarte, loco por hacer esa confesión monstruosa. No quiero tener nada que ver con ese asunto, se trate de lo que se trate. ¿Me crees dispuesto a poner en peligro mi reputación por ti? ¿Qué me importa en qué tarea diabólica te hayas metido?

–Se trata de un suicidio, Alan.

–Me alegro de saberlo. Pero, ¿quién lo ha empujado al suicidio? Estoy seguro de que has sido tú.

–¿Sigues negándote a hacer lo que te pido?

–Claro que me niego. No quiero tener nada que ver con ello. No me importa lo que te acarree. Mereces todo lo que te suceda. No me entristecerá verte deshonrado, públicamente deshonrado. ¿Cómo te atreves a pedirme, a mí especialmente, que tome parte en ese horror? Hubiera creído que entendías mejor la manera de ser de las personas. Quizá tu amigo lord Henry Wotton no te ha enseñado tanto sobre psicología, aunque te haya enseñado mucho sobre otras cosas. Nada me llevará a dar un paso por ayudarte. Te has equivocado de persona. Acude a alguno de tus amigos. No a mí.

–Ha sido un asesinato, Alan. Lo he matado. No sabes lo que me ha hecho sufrir. Se piense lo que se quiera de mi vida, él ha contribuido más a destrozarla que el pobre Harry. Quizá no fuera su intención, pero el resultado ha sido el mismo.

– Asesinato! Cielo santo, Dorian! ¿A eso has llegado finalmente? No te denunciaré. No es asunto mío. Además, sin necesidad de que yo mueva un dedo acabarán por detenerte. Nadie comete nunca un delito sin hacer algo estúpido. Pero me niego a intervenir.

–Tendrás que hacerlo. Espera, espera un momento; escúchame. Sólo tienes que oírme. Todo lo que te pido es que lleves a cabo un determinado experimento científico. Vas a los hospitales y a los depósitos de cadáveres y los horrores que ves allí no te afectan. Si en una espantosa sala de disección o en un laboratorio maloliente encontraras a un ser humano sobre una mesa de plomo al que se han hecho unas incisiones rojas para permitir que salga la sangre, lo mirarías como una cosa admirable. No te inmutarías. No pensarías que estabas haciendo nada reprobable. Considerarías, por el contrario, que trabajabas en beneficio de la raza humana, o que aumentabas su caudal de conocimientos, o satisfacías su curiosidad intelectual, o algo por el estilo. Lo que quiero que hagas es, sencillamente, algo que ya has hecho muchas veces. A decir verdad, destruir un cadáver debe de ser mucho menos horrible que lo que estás acostumbrado a hacer. Y recuerda que es la única prueba contra mí. Si se descubre, estoy perdido; y se sabrá sin duda, a menos que tú me ayudes.

–No tengo el menor deseo de ayudarte. Eso es algo que olvidas. Lo único que me inspira todo este asunto es indiferencia. No tiene nada que ver conmigo.

–Alan, te lo suplico. Piensa en qué situación me encuentro. Unos instantes antes de que llegaras el terror casi ha hecho que me desmayara. Quizá tú también conozcas el terror algún día. No! No pienses en eso. Míralo desde una perspectiva estrictamente científica. Tú no preguntas de dónde proceden los cadáveres con los que experimentas. Tampoco es

necesario que lo investigues ahora. Ya te he contado demasiado. Pero te suplico que lo hagas. Fuimos amigos en otro tiempo, Alan.

–No hables de eso. Aquellos días están muertos.

–A veces lo que está muerto perdura. El individuo del ático no desaparecerá. Está sentado en la mesa con la cabeza caída y los brazos colgando. Alan, por favor! Si no vienes en mi ayuda, estoy perdido. Me ahorcarán! ¿Es que no lo entiendes? Me ahorcarán por lo que he hecho. –No sirve de nada que prolongues esta escena. Me niego categóricamente a intervenir en este asunto. Tienes que estar loco para pedirme una cosa así.

–¿Te niegas?

–Sí.

–Te lo suplico, Alan.

–Es inútil.

La misma expresión compasiva apareció de nuevo en los ojos de Dorian Gray. Luego extendió el brazo, tomó un trozo de papel y escribió algo en él. Lo releyó dos veces, lo dobló cuidadosamente y lo empujó hasta el otro lado de la mesa. Después se levantó, acercándose a la ventana.

Campbell le miró sorprendido, y luego recogió el papel y lo abrió. Mientras lo leía su rostro adquirió una palidez cenicienta y tuvo que recostarse en el respaldo de la silla. Le invadió una sensación de náusea infinita. Sintió que el corazón le latía en una vacía premonición de muerte.

Al cabo de dos o tres minutos de terrible silencio, Dorian, abandonando la ventana, se situó tras él y le puso una mano en el hombro.

–Lo siento por ti, Alan –murmuró–, pero no me has dado otra opción. La carta está escrita. La tengo aquí. Ya ves a quién va dirigida. Si no me ayudas, la enviaré. Sabes cuáles serán las consecuencias. Pero me vas a ayudar. Es imposible que te niegues. He tratado de evitártelo. Has de reconocerlo. Te has mostrado inflexible, duro, ofensivo. Me has tratado como nadie se ha atrevido a tratarme nunca; nadie que esté vivo, al menos. Lo he soportado todo. Pero ahora soy yo quien impone las condiciones.

Campbell ocultó el rostro entre las manos, recorrido el cuerpo por un estremecimiento.

–Sí; soy yo quien pone las condiciones, Alan. Ya sabes cuáles son. Se trata de hacer algo muy sencillo. Vamos, no te desesperes. Es inevitable. Acéptalo, y haz lo que tienes que hacer.

A Campbell se le escapó un gemido, y empezó a temblar de pies a cabeza. Le pareció que el tictac del reloj situado en la repisa de la chimenea dividía el tiempo en átomos de dolor, cada uno de ellos demasiado terrible para soportarlo. Sentía como si un anillo de hierro, lentamente, se

estrechara en torno a su frente, como si el deshonor con que se le amenazaba hubiera descendido ya sobre él. La mano posada sobre su hombro parecía hecha de plomo.

–Vamos, Alan; tienes que decidirte ya.

–No lo puedo hacer –dijo maquinalmente, como si las palabras pudieran alterar la realidad.

–Has de hacerlo. No tienes elección. No te empeñes en retrasarlo.

Campbell vaciló un momento.

–¿Hay un fuego en la habitación del ático? –Sí; una toma de gas con placas de amianto.

–Tendré que ir a mi casa y recoger algunas cosas del laboratorio.

–No, Alan; no puedes salir de esta casa. Escribe en un papel lo que quieres y mi criado irá en un coche a buscarlo. Campbell garrapateó unas líneas, secó la tinta, y escribió en un sobre el nombre de su ayudante. Dorian tomó la nota y la leyó cuidadosamente. Luego tocó la campanilla y entregó la carta a su ayuda de cámara, ordenándole que volviera cuanto antes con las cosas solicitadas.

Al cerrarse la puerta principal, Campbell tuvo un sobresalto y, levantándose de la silla, se acercó a la chimenea. Temblaba como atacado por la fiebre. Durante cerca de veinte minutos nadie habló. Una mosca zumbó ruidosamente por el cuarto y el tictac del reloj era como el golpear de un martillo.

Cuando el carillón dio la una, Campbell se volvió y, al mirar a Dorian Gray, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Había algo en la pureza y el refinamiento de aquel rostro lleno de tristeza que pareció enfurecerlo.

– Eres un infame! Un ser absolutamente repugnante! –murmuró.

–Calla, Alan: me has salvado la vida –dijo Dorian Gray. –¿La vida? Cielo santo! ¿Qué vida es ésa? Has ido de corrupción en corrupción y ahora has coronado tus hazañas con un asesinato. Al hacer lo que voy a hacer, lo que me obligas a hacer, no es en tu vida en lo que estoy pensando.

–Atan, Alan –murmuró Dorian Gray con un suspiro–, quisiera que sintieras por mí una milésima parte de la compasión que me inspiras –se volvió mientras hablaba y se quedó mirando el jardín.

Campbell no respondió.

Al cabo de unos diez minutos se oyó llamar a la puerta, y entró el criado con una gran caja de caoba llena de productos químicos, junto con un rollo de hilo de acero y platino, así como dos pinzas de hierro de forma bastante extraña.

–¿He de dejar aquí estas cosas? –le preguntó a Campbell.

–Sí –respondió Dorian–. Y mucho me temo, Francis, que aún tengo otro encargo para usted. ¿Cómo se llama esa persona de Richmond que lleva orquídeas a Selby? –Harden, señor.

–Eso es, Harden. Tiene usted que ir a Richmond de inmediato, ver a Harden en persona y decirle que mande el doble de orquídeas de las que había encargado, y que de las blancas ponga el menor número posible. De hecho, dígale que no quiero ninguna blanca. Hace muy buen día, Francis, y Richmond es un sitio muy bonito, de lo contrario no le diría que fuese.

–No es ninguna molestia, señor. ¿A qué hora debo estar de vuelta?

Dorian miró a Campbell.

–¿Cuánto durará tu experimento, Alan? –preguntó con voz tranquila, indiferente. La presencia de una tercera persona en la habitación parecía darle un valor extraordinario.

Campbell frunció el entrecejo y se mordió los labios. –Unas cinco horas –respondió.

–Bastará, entonces, con que esté de vuelta para las siete y media. Mejor, quédese allí: deje las cosas preparadas para que pueda vestirme. Tómese la tarde libre. No cenaré en casa, de manera que no voy a necesitarlo.

–Muchas gracias, señor –dijo el ayuda de cámara, abandonando la habitación.

–Bien, Alan, no hay un momento que perder. Cuánto pesa esta caja! Yo te la llevaré. Encárgate tú de lo demás –hablaba rápidamente y con acento autoritario. Campbell se sintió dominado por él. Juntos salieron de la habitación.

Cuando llegaron al descansillo del ático, Dorian sacó la llave y la hizo girar en la cerradura. Luego se detuvo, una mirada de incertidumbre en los ojos. Se estremeció.

–Me parece que no soy capaz de entrar –murmuró.

–No importa. No te necesito para nada –respondió Campbell con frialdad.

Dorian Gray abrió a medias la puerta. Al hacerlo, vio el rostro del retrato, mirándolo, socarrón, iluminado por la luz del sol. En el suelo, delante, se hallaba la cortina rasgada. Recordó que la noche anterior había olvidado, por primera vez en su vida, esconder el lienzo maldito, y se disponía a abalanzarse, cuando retrocedió, estremecido.

¿Qué era aquel repugnante rocío rojo que brillaba, reluciente y húmedo, sobre una de sus manos, como si el lienzo hubiera sudado sangre? Qué cosa tan espantosa! Por un momento le pareció más espantosa aún

que la presencia silenciosa derrumbada sobre la mesa, la presencia cuya grotesca sombra en la alfombra manchada de sangre le indicaba que seguía sin moverse, que seguía allí, en el mismo sitio donde él la había dejado.

Respiró hondo, abrió un poco más la puerta y, con los ojos medio cerrados y la cabeza vuelta, entró rápidamente, decidido a no mirar ni siquiera una vez al muerto. Luego, agachándose, recogió la tela morada y oro y la arrojó directamente sobre el cuadro.

A continuación se inmovilizó, temiendo volverse, y sus ojos se concentraron en las complejidades del motivo decorativo que tenía delante. Oyó cómo Campbell entraba en el cuarto con la pesada caja de caoba, así como con los hierros y las otras cosas que había pedido para su espantoso trabajo. Empezó a preguntarse si Basil Hallward y Alan se habrían visto alguna vez y, en ese caso, qué habrían pensado el uno del otro.

–Ahora déjame –dijo tras él una voz severa.

Dorian Gray dio media vuelta y salió precipitadamente, no sin advertir que el muerto había vuelto a apoyar la espalda contra la silla y que Campbell contemplaba un rostro amarillento que brillaba. Mientras descendía las escaleras oyó cómo la llave giraba por dentro en la cerradura.

Hacía tiempo que habían dado las siete cuando Campbell se presentó de nuevo en la biblioteca. Estaba pálido, pero muy tranquilo.

–He hecho lo que me habías pedido que hiciera –murmuró–. Y ahora, adiós. Espero que no volvamos a vernos nunca.

–Me has salvado del desastre, Alan. Eso no lo puedo olvidar–dijo Dorian Gray con sencillez.

Tan pronto como Campbell salió de la casa, subió al ático. En la habitación había un horrible olor a ácido nítrico. Pero la cosa sentada ante la mesa había desaparecido.

Capítulo 15

A las ocho y media, unos criados que prodigaban reverencias hicieron entrar en el salón de lady Narborough a Dorian Gray, vestido de punta en blanco y con un ramillete de violetas de Parma en el ojal de la chaqueta. Le latían las sienes con violencia, y se sentía presa de una extraordinaria agitación nerviosa, pero sus modales, cuando se inclinó sobre la mano de su anfitriona, tenían la misma elegancia y naturalidad de siempre. Quizá uno nunca se muestra tan natural como cuando representa un papel. Desde luego, nadie que observara aquella noche a Dorian Gray podría haber creído que acababa de vivir una tragedia comparable a las más horribles de nuestra época. Imposible que aquellos dedos tan delicadamente cincelados hubieran empuñado un cuchillo con intención pecaminosa o que aquellos labios sonrientes hubieran podido blasfemar y burlarse de la bondad. Él mismo no podía por menos de asombrarse ante su propia calma y, por unos momentos, sintió intensamente el terrible júbilo de quien lleva con éxito una doble vida.

Se trataba de una cena con pocos invitados, reunidos de manera más bien precipitada por lady Narborough, mujer muy inteligente, poseedora de lo que lord Henry solía describir como restos de una fealdad realmente notable, que había resultado ser una excelente esposa para uno de los más tediosos embajadores de la corona británica, y que, después de enterrar a su marido con todos los honores en un mausoleo de mármol, diseñado por ella misma, y de casar a sus hijas con hombres ricos y de edad más bien avanzada, se había dedicado a los placeres de la narrativa francesa, de la cocina francesa e incluso del esprit francés cuando se ponía a su alcance.

Dorian era uno de sus invitados preferidos, y siempre le decía que se alegraba muchísimo de no haberlo conocido de joven. «Sé, querido mío, que me hubiera enamorado perdidamente de usted», solía decir, «y que me habría liado la manta a la cabeza por su causa. Es una suerte que nadie hubiera pensado en usted por entonces. Cabe, de todos modos, que la idea de la manta no me atrajera demasiado, porque nunca llegué a coquetear con nadie. Aunque creo que la culpa fue más bien de Narborough. Era terriblemente miope, y se obtiene muy poco placer engañando a un marido que no ve absolutamente nada».

Sus invitados de aquella noche eran personas más bien aburridas. La verdad, le explicó la anfitriona a Dorian Gray desde detrás de un abanico bastante venido a menos, era que una de sus hijas casadas se había

presentado de repente para pasar una temporada con ella y, para empeorar las cosas, lo había hecho acompañada por su marido.

–Creo que ha sido una crueldad por su parte, querido mío –le susurró–. Es cierto que yo los visito todos los veranos al regresar de Homburg, pero una anciana como yo necesita aire fresco a veces y, además, consigo despertarlos. No se puede imaginar la existencia que llevan. Vida rural en estado puro. Se levantan pronto porque tienen mucho que hacer, y también se acuestan pronto porque apenas tienen nada en qué pensar. No ha habido un escándalo por los alrededores desde los tiempos de la reina Isabel, y en consecuencia todos se quedan dormidos después de cenar. Haga el favor de no sentarse junto a ninguno de los dos. Siéntese a mi lado.

Dorian murmuró el adecuado cumplido y recorrió el salón con la vista. Sí; no era mucho lo que cabía esperar de aquellos comensales. A dos de los invitados no los había visto nunca, y los restantes eran: Ernest Harrowden, una de las mediocridades de mediana edad que tanto abundan en los clubs londinenses y que carecen de enemigos pero a quienes sus amigos aborrecen cordialmente; lady Ruxton, una mujer de cuarenta y siete años y de nariz ganchuda, que se vestía con exageración y trataba siempre de colocarse en situaciones comprometidas, si bien, para gran desencanto suyo, nadie estaba nunca dispuesto a creer nada en contra suya, dada su extrema fealdad; la señora Erlynne, una arrivista que no era nadie, con un ceceo delicioso y cabellos de color rojo veneciano; lady Alice Chapman, la hija de la anfitriona, una aburrida joven sin la menor elegancia, con uno de esos característicos rostros británicos que, una vez vistos, jamás se recuerdan; y su marido, criatura de mejillas rubicundas y patillas canas que, como tantos de su clase, vivía convencido de que una desmedida jovialidad es disculpa suficiente para la absoluta falta de ideas.

Estaba ya bastante arrepentido de haber aceptado la invitación cuando lady Narborough, mirando al gran reloj dorado que dilataba sus llamativas curvas sobre la repisa de la chimenea, cubierta de tela malva, exclamó

– Qué mal me parece que Henry Wottom llegue tan tarde! Esta mañana, al azar, he mandado a un propio a su casa, y ha prometido con gran seriedad no defraudarme.

Era un consuelo contar con la compañía de Harry, y cuando se abrió la puerta y Dorian oyó su voz, lenta y melodiosa, que prestaba encanto a una disculpa poco sincera por su retraso, le abandonó el aburrimiento.

Durante la cena, sin embargo, fue incapaz de comer. Los criados le fueron retirando plato tras plato sin que probase nada. Lady Narborough no cesó de reprenderlo por lo que ella calificaba de «insulto al pobre Adolphe, que ha inventado el menú especialmente para usted», y alguna vez lord Henry lo miró desde el otro lado de la mesa, sorprendido de su silencio y su aire distante. De cuando en cuando el mayordomo le llenaba la copa de champán. Dorian Gray bebía con avidez, pero su sed iba en aumento.

–Dorian –dijo finalmente lord Henry, mientras se servía el *chaud froíd*–, ¿qué te pasa esta noche? Pareces abatido.

–Creo que está enamorado –exclamó lady Narborough–, y no se atreve a decírmelo por temor a que sienta celos. Y tiene toda la razón, porque los sentiría.

–Mi querida lady Narborough –murmuró Dorian Gray sonriendo–. Llevo sin enamorarme toda una semana; exactamente desde que madame de Ferroll abandonó Londres.

– Cómo es posible que los hombres se enamoren de esa mujer! –exclamó la anciana señora–. Es algo que no consigo entender.

–Se debe sencillamente a que madame de Ferroll se acuerda de la época en que usted no era más que una niña, lady Narborough –dijo lord Henry–. Es el único eslabón entre nosotros y los trajes cortos de usted.

–No se acuerda en absoluto de mis trajes cortos, lord Henry. Pero yo la recuerdo perfectamente en Viena hace treinta años, así como los escotes que llevaba por entonces.

–Sigue siendo partidaria de los escotes –respondió lord Henry, cogiendo una aceituna con los dedos–, y cuando lleva un vestido muy elegante parece una *édítion de luxe* de una mala novela francesa. Es realmente maravillosa y siempre depara sorpresas. Su capacidad para el afecto familiar es extraordinaria. Al morir su tercer esposo, el cabello se le puso completamente dorado de la pena.

– Harry, cómo te atreves! –protestó Dorian.

–Es una explicación sumamente romántica –rió la anfitriona–. Pero, su tercer marido, lord Henry! ¿No querrá usted decir que Ferroll es el cuarto?

–Efectivamente, lady Narborough.

–No creo una sola palabra.

–Bien, pregunte al señor Gray. Es uno de sus amigos más íntimos.

–¿Es cierto, señor Gray?

–Eso es lo que ella me ha asegurado, lady Narborough –respondió Dorian–. Le pregunté si, al igual que Margarita de Navarra, había

embalsamado los corazones de los difuntos para colgárselos de la cintura. Me dijo que no, porque ninguno de ellos tenía corazón.

– Cuatro maridos! A fe mía que eso es *trop de zéle. –Trop d'audace,* le dije yo –comentó Dorian Gray.

–No es audacia lo que le falta, querido mío. Y, ¿cómo es Ferroll? No lo conozco.

–Los maridos de mujeres muy hermosas pertenecen a la clase delictiva –dijo lord Henry, saboreando el vino. Lady Narborough le golpeó con su abanico.

–Lord Henry, no me sorprende en absoluto que el mundo diga de usted que es extraordinariamente malvado. –Pero, ¿qué mundo dice eso? –preguntó lord Henry, alzando las cejas–. Sólo puede ser el mundo venidero. Este mundo y yo mantenemos excelentes relaciones.

–Todas las personas que conozco dicen que es usted de lo más perverso –exclamó la anciana señora, moviendo la cabeza.

Lord Henry adoptó por unos instantes un aire serio. –Es perfectamente intolerable –dijo, finalmente– la manera en que la gente va por ahí diciendo, a espaldas de uno, cosas que son absoluta y completamente ciertas. –¿Verdad que es incorregible? –exclamó Dorian, inclinándose hacia adelante en el asiento.

–Eso espero –dijo, riendo, la anfitriona–. Pero si todos ustedes adoran a madame de Ferroll de esa manera tan ridícula, tendré que volver a casarme para estar a la moda.

–Nunca volverá usted a casarse, lady Narborough –intervino lord Henry–. Era usted demasiado feliz. Cuando una mujer vuelve a casarse es porque detestaba a su primer marido. Cuando un hombre vuelve a casarse es porque adoraba a su primera mujer. Las mujeres prueban suerte. Los hombres arriesgan la suya.

–Narborough no era perfecto –exclamó la anciana señora.

–Si lo hubiera sido, no lo hubiera usted amado, mi querida señora –fue la respuesta de lord Henry–. Las mujeres nos aman por nuestros defectos. Si tenemos los suficientes nos lo perdonan todo, incluida la inteligencia. Mucho me temo que después de esto nunca volverá usted a invitarme a cenar, lady Narborough, pero es completamente cierto.

–Claro que es cierto, lord Henry. Si las mujeres no amaran a los hombres por sus defectos, ¿dónde estarían todos ustedes? Ninguno se habría casado. Serían una colección de solteros infelices. Aunque tampoco eso los habría cambiado mucho. En los días que corren todos los hombres casados viven como solteros, y todos los solteros como casados.

–Fin de siécle –murmuró lord Henry. *–Fin de globe* –respondió su anfitriona.

–Sí que me gustaría que fuese *fin de globe* –dijo Dorian con un suspiro–. La vida es una gran desilusión.

–Ah, querido mío –exclamó lady Narborough calzándose los guantes–, no me diga que ya ha agotado la vida. Cuando un hombre dice eso, ya se sabe que es la vida la que lo ha agotado a él. Lord Henry es muy perverso, y a mí a veces me gustaría haberlo sido; pero usted está hecho para ser bueno: parece tan bueno que he de encontrarle una esposa encantadora. ¿No le parece, lord Henry, que el señor Gray debería casarse?

–Es lo que yo le digo siempre, lady Narborough –respondió lord Henry con una inclinación de cabeza.

–De acuerdo; en ese caso debemos buscarle un buen partido. Esta noche examinaré cuidadosamente el Debrett y prepararé una lista con las jóvenes más adecuadas.

–¿Sin olvidar la edad de las candidatas, lady Narborough? –preguntó Dorian.

–Sin olvidar la edad, por supuesto, aunque ligeramente revisada. Pero no debe hacerse nada con prisas. Quiero que sea lo que *The Morning Post* llama un enlace conveniente, y que los dos sean felices.

– Qué cosas tan absurdas dice la gente sobre los matrimonios felices! –exclamó lord Henry–. Un hombre puede ser feliz con una mujer siempre que no la quiera.

– Ah! Qué cinismo el suyo! –dijo la anciana señora, empujando la silla hacia atrás y haciendo un gesto con la cabeza a lady Ruxton–. Tiene que volver muy pronto a cenar conmigo. Es usted realmente un tónico admirable, mucho mejor que lo que sir Andrew me receta. Ha de decirme con qué personas le gustaría encontrarse. Deseo que sea una velada absolutamente deliciosa.

–Me gustan los hombres con futuro y las mujeres con pasado –respondió lord Henry–. ¿O cree que sería demasiado grande el desequilibrio?

–Mucho me temo –dijo ella riendo, mientras se ponía en pie–. Mil perdones, mi querida lady Ruxton –añadió al instante–. Veo que no ha terminado usted su cigarrillo.

–No se preocupe, lady Narborough. Fumo demasiado. Tengo intención de hacerlo menos en el futuro.

–No lo haga, se lo ruego, lady Ruxton –intervino lord Henry–. La moderación es una virtud muy perniciosa. Bastante es tan malo como una comida. Demasiado, tan bueno como un festín.

Lady Ruxton lo miró con curiosidad.

–Tendrá usted que venir y explicármelo alguna tarde, lord Henry. Parece una teoría fascinante –murmuró mientras abandonaba la habitación.

–Por favor, caballeros, no se queden ustedes demasiado tiempo hablando de política y de escándalos –exclamó lady Narborough desde la puerta–. Si lo hacen, acabaremos peleándonos en el piso de arriba.

Los varones rieron, y el señor Chapman se levantó solemnemente del fondo de la mesa y pasó a ocupar la cabecera. Dorian Gray también cambió de sitio y fue a colocarse junto a lord Henry. El señor Chapman empezó a hablar, alzando mucho la voz, sobre la situación en la Cámara de los Comunes, riéndose de sus adversarios. La palabra *doctrinaire (un* vocablo que inspira terror a las mentes británicas) reaparecía de cuando en cuando entre sus explosiones de carcajadas. Un prefijo aliterativo servía como ornamento a su elocuencia, mientras alzaba la bandera del Imperio sobre los pináculos del Pensamiento. La estupidez innata de la raza (él lo llamaba jovialmente el buen sentido común inglés) se ofreció a los presentes como el baluarte que la Sociedad necesitaba.

Una sonrisa curvó los labios de lord Henry, quien, volviéndose, miró a Dorian.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó–. Parecías un poco perdido durante la cena.

–Estoy perfectamente, Harry. Un poco cansado. Eso es todo.

–Anoche te superaste a ti mismo. La duquesita sólo ve por tus ojos. Me ha dicho que irá a Selby.

–Ha prometido estar allí para el día veinte. –¿También irá Monmouth?

–Sí, Harry.

–Me aburre terriblemente, casi tanto como la aburre a ella. Mi prima es muy inteligente, demasiado inteligente para una mujer. Le falta el encanto indefinible de la debilidad. Los pies de barro dan todo su valor a la imagen de oro. Tiene unos pies preciosos, pero no son de barro. Blancos pies de porcelana, si quieres. Han pasado por el fuego, y lo que el fuego no destruye, lo endurece. Ha tenido experiencias.

–¿Cuánto tiempo lleva casada? –preguntó Dorian. –Una eternidad, me dice. Según el libro nobiliario, creo que diez años, pero diez años con Monmouth pueden ser una eternidad e incluso un poco más. ¿Quiénes son los otros invitados?

–Los Willoughby, lord Rugby y su esposa, nuestra anfitriona, Geoffrey Clouston, los habituales. Le he pedido a lord Grotrian que vaya.

–Me gusta –dijo lord Henry–. Hay mucha gente que no está de acuerdo, pero yo lo encuentro encantador. Compensa sus ocasionales excesos

en el vestir con una educación siempre ultrarrefinada. Es una persona muy moderna.

–No sé si podrá formar parte del grupo, Harry. Quizá tenga que ir a Montecarlo con su padre.

– Ah! Qué molestas son las familias! Procura que vaya. Por cierto, Dorian, anoche desapareciste muy pronto. ¿Qué hiciste después? ¿Volver directamente a casa?

Dorian lo miró un momento y frunció el entrecejo. –No, Harry –dijo finalmente–. No volví a casa hasta cerca de las tres.

–¿Fuiste al club?

–Sí –respondió. Luego se mordió los labios–. No; no era eso lo que quería decir. No fui al club. Estuve paseando. No recuerdo lo que hice… Qué inquisitivo eres, Harry! Siempre quieres saber lo que uno hace. Yo siempre quiero olvidarlo. Regresé a casa a las dos y media, si quieres saber la hora exacta. Me había dejado la llave, y Francis tuvo que abrirme la puerta. Si necesitas confirmación sobre ese punto, puedes preguntárselo.

Lord Henry se encogió de hombros.

– Mi querido amigo, como si a mí me importara! Subamos al salón. No, muchas gracias, señor Chapman, no quiero jerez. A ti te ha sucedido algo, Dorian. Dime qué ha sido. Te encuentro distinto esta noche.

–No lo tomes a mal, Harry. Estoy nervioso y de mal humor. Iré mañana o pasado mañana a verte. Presenta mis excusas a lady Narborough. No voy a subir a reunirme con las señoras. Tengo que ir a casa. Debo ir a casa.

–Muy bien. Espero verte mañana a la hora del té. Vendrá la duquesa.

–Procuraré estar allí –dijo Dorian Gray, abandonando la habitación. Mientras regresaba a su casa se dio cuenta de que el sentimiento de terror que creía haber sofocado volvía a hacer acto de presencia. Las preguntas intrascendentes de lord Henry le habían hecho perder la calma unos instantes, y debía conservarla a toda costa. Había que destruir objetos peligrosos. Su rostro se crispó. Aborrecía hasta la idea de tocarlos.

Pero había que hacerlo. Lo comprendía perfectamente y, después de cerrar con llave la puerta de la biblioteca, abrió el armario secreto en cuyo interior arrojara el abrigo y el maletín de Basil. En la chimenea ardía un fuego muy vivo. Añadió un tronco más. El olor de la ropa y del cuero al quemarse era horrible. Fueron necesarios tres cuartos de hora para que todo se consumiera. Al acabar se sentía débil y mareado y, después de quemar algunas pastillas argelinas en un pebetero de cobre, se mojó las manos y la frente con vinagre aromatizado al almizcle.

De repente tuvo un sobresalto. Sus ojos se iluminaron extrañamente y empezó a mordisquearse el labio inferior. Entre dos de las ventanas de la biblioteca había un voluminoso bargueño florentino de caoba, con incrustaciones de marfil y lapislázuli. Lo contempló como si fuera algo terrible y fascinante al mismo tiempo, como si contuviera algo que anhelaba y que, sin embargo, casi aborrecía. Su respiración se aceleró. Un deseo furioso se apoderó de él. Encendió un cigarrillo que tiró instantes después. Dejó caer los párpados hasta que las largas pestañas casi le tocaban la mejilla. Pero seguía mirando al bargueño. Finalmente se levantó del sofá donde había estado tumbado, se acercó a él y, después de descorrer el pestillo, tocó un resorte escondido. Lentamente apareció un cajón triangular. Sus dedos se movieron instintivamente hacia su interior y se apoderaron de algo. Era una cajita china de laca negra recubierta de polvo de oro, delicadamente trabajada; sus paredes estaban decoradas con sinuosas ondulaciones, y de los cordoncillos de seda colgaban cristales redondos y borlas tejidas con hilos metálicos. Dorian Gray la abrió. Dentro había una pasta verde que tenía el brillo de la cera y que desprendía un olor peculiar, denso y persistente.

Vaciló unos momentos, con una extraña sonrisa inmóvil en el rostro. Luego, tiritando, aunque en la biblioteca hacía muchísimo calor, se irguió y miró el reloj. Faltaban veinte minutos para las doce. Devolvió la cajita china al bargueño, cerró la puerta y pasó a su dormitorio.

Cuando la medianoche desgranaba doce golpes de bronce en la oscuridad, Dorian Gray, vestido con ropa nada llamativa y una bufanda enrollada al cuello, salió sigilosamente de su casa. En Bond Street encontró un coche de punto con un buen caballo. Lo llamó, pero al dar en voz baja una dirección, el cochero movió la cabeza.

–Es demasiado lejos para mí –murmuró.

–Aquí tiene un soberano –le dijo Dorian Gray–. Le daré otro si va deprisa.

–De acuerdo, señor –respondió el cochero–; estaremos allí dentro de una hora –y después de que su pasajero subiera al vehículo, hizo dar la vuelta al caballo y se dirigió rápidamente hacia el río.

Capítulo 16

Empezó a caer una lluvia fría, y los faroles desdibujados no lanzaban ya, entre la niebla, más que un resplandor descolorido. Era el momento en que cerraban los establecimientos públicos, y hombres y mujeres todavía reunidos delante de sus puertas empezaban a desperdigarse. Del interior de algunas de las tabernas brotaban aún horribles carcajadas. En otras, los borrachos discutían y gritaban.

Casi tumbado en el coche de punto, el sombrero calado sobre la frente, Dorian Gray contemplaba con indiferencia la sórdida abyección de la gran ciudad, y de cuando en cuando se repetía las palabras que lord Henry le había dicho el día que se conocieron: «Curar el alma por medio de los sentidos, y los sentidos por medio del alma». Sí, ése era el secreto. Dorian Gray lo había probado con frecuencia y se disponía a volver a hacerlo. Había fumaderos de opio donde se podía comprar el olvido, antros espantables donde se podía destruir el recuerdo de los antiguos pecados con el frenesí de los recién cometidos.

La luna, cerca del horizonte, parecía un cráneo amarillo. De cuando en cuando una enorme nube deforme extendía un largo brazo y la ocultaba por completo. Los faroles de gas se fueron distanciando, y las calles se hicieron más estrechas y sombrías. En una ocasión el cochero se equivocó de camino, y tuvo que volver sobre sus pasos casi un kilómetro. El caballo quedaba envuelto en nubes de vapor cuando pisoteaba los charcos. Las ventanas del coche de punto se fueron cubriendo de una película de cieno semejante a franela gris.

« Curar el alma por medio de los sentidos y los sentidos por medio del alma!» Cómo resonaban aquellas palabras en sus oídos! Su alma, desde luego, tenía una enfermedad mortal. ¿Sería verdad que los sentidos podían curarla? Se había derramado sangre inocente. ¿Cómo expiarlo? No; no había expiación posible; pero aunque el perdón fuera imposible, el olvido no lo era, y Dorian Gray estaba decidido a olvidar, a pisotear aquel recuerdo, a aplastarlo como aplastamos a la víbora que nos ha inyectado su ponzoña. Después de todo, ¿qué derecho tenía Basil a hablarle como lo había hecho? ¿Quién le había otorgado la potestad de juzgar a otros? Había dicho cosas espantosas, horribles, insoportables.

El coche de punto avanzaba laboriosamente, disminuyendo la velocidad, le parecía a Dorian Gray, con cada paso. Abrió con violencia la trampilla del techo y ordenó al cochero que acelerase la marcha. La terrible ansia del opio empezaba a devorarlo. Le ardía la garganta y sus delicadas manos se habían contagiado de un temblor nervioso. Sacando un

brazo por la ventanilla golpeó ferozmente al caballo con su bastón. El cochero se echó a reír y también él utilizó su látigo. Dorian Gray respondió riendo a su vez y el otro guardó silencio.

El trayecto parecía interminable, y las calles se asemejaban a los negros hilos de una inmensa telaraña. La monotonía se hizo insoportable y, al espesarse la niebla, Dorian Gray sintió miedo.

Luego pasaron junto a las solitarias fábricas de ladrillos. La niebla era allí menos densa, y pudo ver los extraños hornos con forma de botella y sus lenguas de fuego anaranjado que se extendían como abanicos. Un perro ladró cuando pasaban y a lo lejos, en la oscuridad, chilló una gaviota vagabunda. El caballo tropezó en un bache del camino, dio un bandazo y empezó a galopar.

Después de algún tiempo dejaron el camino de tierra y volvieron a traquetear por calles mal pavimentadas. La mayoría de las ventanas estaba a oscuras pero, a veces, sombras fantásticas se dibujaban sobre los estores iluminados por alguna lámpara. Dorian Gray las contemplaba con curiosidad. Se movían como marionetas monstruosas y hacían gestos de criaturas vivas. Sintió que las aborrecía. Tenía el corazón dominado por una rabia sorda. Al torcer una esquina, una mujer les gritó algo desde una puerta abierta, y dos hombres corrieron tras el coche de punto por espacio de unos cien metros. El cochero los golpeó con el látigo.

Se dice que la pasión hace que se piense en círculos. Y, ciertamente, los labios que Dorian Gray no cesaba de morderse formaban y volvían a formar, en espantosa repetición, las sutiles palabras que se ocupaban del alma y de los sentidos, hasta encontrar en ellas la plena expresión, por así decirlo, de su estado de ánimo, y justificar así, aprobándolas intelectualmente, pasiones que sin esa justificación habrían dominado su voluntad. De célula en célula aquella idea única se apoderaba de su cerebro; y el arrebatado deseo de vivir, el más terrible de los apetitos humanos, redoblaba el vigor de cada nervio y músculo temblorosos. La fealdad que en otro tiempo le había parecido odiosa porque hacía las cosas reales, le resultaba ahora amable por esa misma razón. La fealdad era la única realidad. La trifulca vulgar, el antro repugnante, la violencia brutal de una vida desordenada, la vileza misma del ladrón y del fuera de la ley, tenían más vida, creaban una impresión de realidad más intensa que todas las elegantes formas del Arte, que las sombras soñadoras de la Canción. Eran lo que necesitaba para alcanzar el olvido. En el espacio de tres días quedaría libre.

De repente, el cochero se detuvo con un movimiento brusco al comienzo de una callejuela en sombras. Sobre los bajos tejados, erizados de

chimeneas, se alzaban las negras arboladuras de los barcos. Espirales de niebla blanca se aferraban a las vergas como velas fantasmales.

–Está en algún sitio por estos alrededores, ¿no es cierto, señor? –preguntó el cochero con voz ronca a través de la trampilla.

Dorian, sobresaltado, miró a su alrededor.

–Déjeme aquí –respondió y, después de apearse precipitadamente y de entregar el dinero prometido, se alejó a toda prisa en dirección al muelle. Aquí y allá una linterna brillaba en la proa de algún gigantesco barco mercante. La luz temblaba y se descomponía en los charcos. De un vapor a punto de partir que avivaba el fuego para aumentar la presión de la caldera salía un resplandor rojo. El suelo resbaladizo parecía un impermeable húmedo.

Dorian Gray apresuró el paso hacia la izquierda, volviendo la cabeza de cuando en cuando para comprobar si alguien lo seguía. Siete u ocho minutos después llegó a una casita destartalada, encajonada entre dos lúgubres fábricas. En una de las ventanas del piso superior brillaba una luz. Se detuvo ante la puerta y llamó de una manera peculiar.

Al cabo de algún tiempo oyó pasos en el corredor y luego el deslizarse de un cerrojo. La puerta se abrió sin ruido y Dorian Gray entró sin decir una sola palabra a la deforme criatura rechoncha que se aplastó contra la pared en sombra para darle paso. Al final del vestíbulo colgaba una andrajosa cortina verde, agitada y estremecida por el golpe de viento que siguió a Dorian Gray desde la calle. Apartándola, penetró en una habitación alargada y de techo bajo que daba la impresión de haber sido en otro tiempo una sala de baile de tercera categoría. Sobre las paredes ardían, sibilantes, mecheros de gas, cuya imagen, apagada y deforme, reproducían otros tantos espejos, negros de manchas de moscas. Los reflectores grasientos de estaño ondulado, colocados detrás, los convertían en temblorosos discos de luz. El suelo estaba cubierto de serrín ocre, que, a fuerza de pisarlo, se había transformado en barro, manchado, además, por oscuros redondeles de bebidas derramadas. Algunos malayos, acurrucados junto a una pequeña estufa de carbón de leña, jugaban con fichas de hueso y enseñaban unos dientes muy blancos al hablar. En un rincón, la cabeza escondida entre los brazos, un marinero se había derrumbado sobre una mesa, y junto al bar chillonamente pintado, que ocupaba uno de los laterales de la habitación, dos mujeres ojerosas se burlaban de un anciano que se sacudía las mangas de la chaqueta con expresión de repugnancia.

–Cree que le atacan hormigas rojas –rió una de ellas cuando Dorian Gray pasó a su lado.

El anciano la miró aterrorizado y empezó a gemir.

Al fondo de la habitación, una escalerita conducía a una habitación oscura. Mientras Dorian se apresuraba a ascender los tres desvencijados escalones, el denso olor del opio le asaltó. Respiró hondo y las aletas de la nariz se le estremecieron de placer. Al entrar, un joven de lisos cabellos rubios que, inclinado sobre una lámpara, encendía una larga pipa muy fina, miró en su dirección y le saludó, titubeante, con una inclinación de cabeza.

–¿Tú aquí, Adrian? –murmuró Dorian.

–¿Dónde quieres que esté? –respondió el otro apáticamente–. Todos mis amigos me han retirado el saludo. –Creía que habías dejado Inglaterra.

–Darlington no hará nada contra mí. Mi hermano acabó por pagar la deuda. George tampoco me dirige la palabra… Me tiene sin cuidado –añadió con un suspiro–. Mientras esto no falte no se necesitan amigos. Creo que tenía demasiados.

El rostro de Dorian Gray se crispó un instante; luego contempló las grotescas figuras que yacían sobre los mugrientos colchones en extrañas posturas. Los miembros contorsionados, las bocas abiertas, las miradas perdidas y los ojos vidriosos le fascinaban. Sabía en qué extraños paraísos se dedicaban al sufrimiento y qué tristes infiernos les enseñaban el secreto de alguna nueva alegría. Eran más afortunados que él, prisionero de sus pensamientos. La memoria, como una horrible enfermedad, le devoraba el alma. De cuando en cuando le parecía ver los ojos de Basil Hallward que lo miraban. Comprendió, sin embargo, que no podía quedarse allí. La presencia de Adrian Singleton le perturbaba. Quería estar en un lugar donde nadie supiera quién era. Quería huir de sí mismo.

–Me voy al otro sitio –dijo, después de una pausa.

–¿En el muelle?

–Sí.

–Esa gata loca estará allí con toda seguridad. Aquí ya no la admiten.

Dorian se encogió de hombros.

–Estoy harto de mujeres que me quieren. Las mujeres que odian son mucho más interesantes. Además, la mercancía es allí mejor.

–Más o menos la misma cosa.

–Yo la prefiero. Ven a beber algo. Necesito una copa.

–No quiero nada –murmuró el joven.

–Da lo mismo.

Adrian Singleton se levantó con aire cansado y siguió a Dorian Gray hasta el bar. Un mulato, con un turbante hecho jirones y un largo abrigo

mugriento, les obsequió con una mueca espantosa a manera de saludo mientras colocaba ante ellos una botella de brandy y dos vasos. Las mujeres se acercaron y empezaron a parlotear. Dorian les volvió la espalda y dijo algo en voz baja a su acompañante.

Una sonrisa tan retorcida como un cris malayo se paseó por el rostro de una de las mujeres.

– Qué orgullosos estamos esta noche! –fueron sus burlonas palabras.

–Por el amor de Dios, no me dirijas la palabra –exclamó Dorian, golpeando el suelo con el pie–. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Aquí lo tienes. Pero no vuelvas a dirigirme la palabra.

En los ojos de la mujer, embrutecidos por el alcohol, aparecieron por un momento dos destellos rojos, pero volvieron a apagarse enseguida, dejándolos otra vez muertos y vidriosos. Luego sacudió la cabeza y con dedos avarientos recogió las monedas del mostrador. Su compañera la contempló con envidia.

–Es inútil –suspiró Adrian Singleton–. No tengo ganas de volver. ¿Qué más da? Estoy muy bien aquí.

–Me escribirás si necesitas algo, ¿de acuerdo? –dijo Dorian después de una pausa.

–Quizá.

–Buenas noches, entonces.

–Buenas noches –respondió el joven, volviendo a subir los escalones mientras se limpiaba la boca reseca con un pañuelo.

Dorian se dirigió hacia la puerta con una expresión dolorida en el rostro. Cuando apartaba la cortina verde, una risa espantosa salió de los labios pintados de la mujer que había recogido las monedas.

– Ahí va el protegido del diablo! –exclamó con voz ronca entre dos ataques de hipo.

– Maldita seas! –respondió Dorian–, no me llames eso!

La mujer chasqueó los dedos.

–Príncipe azul es lo que te gusta que te llamen, ¿no es eso? –le gritó mientras salía.

El marinero adormilado se levantó de un salto al oír a la mujer, y miró con ojos enloquecidos a su alrededor. El sonido de la puerta al cerrarse llegó hasta sus oídos, y salió precipitadamente, como en persecución de alguien.

Dorian Gray avanzaba a buen paso por el muelle sin importarle la lluvia. Su encuentro con Adrian Singleton le había emocionado extrañamente, y se preguntaba si aquel desastre era responsabilidad suya, tal como Basil Hallward le había dicho de manera tan insultante. Se mordió

los labios y por unos instantes sus ojos se llenaron de tristeza. Aunque, después de todo, ¿a él qué más le daba? La vida es demasiado corta para cargar con el peso de los errores ajenos. Cada persona gastaba su propia vida y pagaba su precio por vivirla. Lo único lamentable era que por una sola falta hubiera que pagar tantas veces. Que hubiera, efectivamente, que pagar y volver a pagar y seguir pagando. En sus tratos con los seres humanos, el Destino nunca cerraba las cuentas.

Hay momentos, nos dicen los psicólogos, en los que la pasión por el pecado, o por lo que el mundo llama pecado, domina hasta tal punto nuestro ser, que todas las fibras del cuerpo, al igual que las células del cerebro, no son más que instinto con espantosos impulsos. En tales momentos hombres y mujeres dejan de ser libres. Se dirigen hacia su terrible objetivo como autómatas. Pierden la capacidad de elección, y la conciencia queda aplastada o, si vive, lo hace para llenar de fascinación la rebeldía y dar encanto a la desobediencia. Cuando aquel espíritu poderoso, aquella perversa estrella de la mañana cayó del cielo, lo hizo como rebelde.

Insensible, sin otra meta que el mal, contaminado el espíritu y el alma hambrienta de rebeldía, Dorian Gray se apresuró, acelerando el paso a medida que avanzaba. Pero en el momento en que se desviaba con el fin de penetrar por un pasaje oscuro que con frecuencia le había servido de atajo para llegar al lugar adonde se dirigía, sintió que lo sujetaban por detrás y, antes de que tuviera tiempo para defenderse, se vio arrojado contra el muro, con una mano brutal apretándole la garganta.

Luchó desesperadamente y, con un terrible esfuerzo, logró librarse de la creciente presión de los dedos. Pero un segundo después oyó el chasquido de un revólver y vio el brillo de un cañón que le apuntaba directamente a la cabeza, así como la silueta imprecisa del individuo bajo y robusto que le hacía frente.

–¿Qué quiere? –jadeó.

–Estese quieto –dijo el otro–. Si se mueve, disparo. –Ha perdido el juicio. ¿Qué tiene contra mí?

–Usted destrozó la vida de Sibyl Vane –fue la respuesta–. Y Sibyl Vane era mi hermana. Se suicidó. Lo sé. Usted es el responsable. Juré matarlo. Llevo años buscándolo. No tenía ninguna pista ni el menor rastro. Las dos personas que podían darme una descripción suya han muerto. Sólo sabía el nombre cariñoso que Sibyl utilizaba. Hace un momento lo he oído por casualidad. Póngase a bien con Dios, porque va a morir esta noche.

Dorian Gray se sintió enfermar de miedo.

–No sé de qué me habla –tartamudeó–. Nunca he oído ese nombre. Está usted loco.

–Más le vale confesar su pecado, porque va a morir, tan cierto como que me llamo James Vane.

Durante un terrible momento, Dorian no supo qué hacer ni qué decir.

– De rodillas! –gruñó su agresor–. Le doy un minuto para que se arrepienta, nada más. Me embarco para la India, pero antes he de cumplir mi promesa. Un minuto. Eso es todo.

Dorian dejó caer los brazos. Paralizado por el terror, no sabía qué hacer. De repente sé le pasó por la cabeza una loca esperanza.

–Espere –exclamó–. ¿Cuánto hace que murió su hermana? Deprisa, dígamelo!

–Dieciocho años –respondió el marinero–. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué importancia tiene?

–Dieciocho años –rió Dorian Gray, con acento triunfal en la voz–. Dieciocho años! Lléveme bajo la luz y míreme la cara!

James Vane vaciló un momento, sin entender de qué se trataba. Luego sujetó a Dorian Gray para sacarlo de los soportales.

Si bien la luz, por la violencia del viento, era débil y temblorosa, le permitió de todos modos comprobar el espantoso error que, al parecer, había cometido, porque el rostro de su víctima poseía todo el frescor de la adolescencia, la pureza sin mancha de la juventud. Apenas parecía superar las veinte primaveras; la edad que tenía su hermana, si es que llegaba, cuando él se embarcó por vez primera, hacía ya tantos años. Sin duda no era aquél el hombre que había destrozado la vida de Sibyl.

James Vane aflojó la presión de la mano y dio un paso atrás.

– Dios mío! –exclamó–. Y me disponía a matarlo! Dorian Gray respiró hondamente.

–Ha estado usted a punto de cometer una terrible equivocación –dijo, mirándolo con severidad–. Que le sirva de escarmiento para no tomarse la justicia por su mano.

–Perdóneme –murmuró el otro–. Estaba equivocado. Una palabra oída en ese maldito antro ha hecho que me confundiera.

–Será mejor que vuelva a casa y abandone esa arma. De lo contrario, tendrá problemas –dijo Dorian Gray, dándose la vuelta y alejándose lentamente calle abajo.

James Vane, horrorizado, inmóvil en mitad de la calzada, empezó a temblar de pies a cabeza. Poco después, una sombra oscura que se había ido acercando sigilosamente pegada a la pared, salió a la luz y se le

acercó con pasos furtivos. El marinero sintió una mano en el brazo y se volvió a mirar sobresaltado. Era una de las mujeres que bebían en el bar.

–¿Por qué no lo has matado? –le susurró, acercando mucho el rostro ojeroso al de James–. Me di cuenta de que lo seguías cuando saliste corriendo de casa de Daly. Pobre imbécil! Tendrías que haberlo matado. Tiene mucho dinero y es lo peor de lo peor.

–No es el hombre que busco –respondió James Vane–, y no me interesa el dinero de nadie. Quiero una vida. Quien yo busco anda cerca de los cuarenta. Ese que he dejado ir es poco más que un niño. Gracias a Dios no me he manchado las manos con su sangre.

La mujer dejó escapar una risa amarga.

– Poco más que un niño! –repitió con voz burlona–. Pobrecito mío, hace casi dieciocho años que el Príncipe Azul hizo de mí lo que soy.

– Mientes! –exclamó el marinero.

La mujer levantó los brazos al cielo.

– Juro ante Dios que te digo la verdad! –exclamó.

–¿Ante Dios?

–Que me quede muda si no es cierto. Es el peor de toda la canalla que viene por aquí. Dicen que vendió el alma al diablo por una cara bonita. Hace casi dieciocho años que lo conozco. No ha cambiado mucho desde entonces. Yo, en cambio, sí –añadió con una horrible mueca.

–¿Me juras que es cierto?

–Lo juro –las dos palabras salieron como un eco ronco de su boca hundida–. Pero no le digas que lo he denunciado –gimió–. Le tengo miedo. Dame algo para pagarme una cama esta noche.

James Vane se apartó de ella con una imprecación y corrió hasta la esquina de la calle, pero Dorian Gray había desaparecido. Cuando volvió la vista, tampoco encontró a la mujer.

Capítulo 17

Una semana después, Dorian Gray, en el invernadero de Selby Royal, hablaba con la duquesa de Monmouth, una mujer muy hermosa que, junto con su marido, sexagenario de aspecto fatigado, figuraba entre sus invitados. Era la hora del té y, sobre la mesa, la suave luz de la gran lámpara cubierta de encaje iluminaba la delicada porcelana y la plata repujada del servicio. La duquesa hacía los honores: sus manos blancas se movían armoniosamente entre las tazas, y sus encendidos labios sensuales sonreían escuchando las palabras que Dorian le susurraba al oído. Lord Henry, recostado en un sillón de mimbre cubierto con un paño de seda, los contemplaba. Sentada en un diván color melocotón, lady Narborough fingía escuchar la descripción que le hacía el duque del último escarabajo brasileño que acababa de añadir a su colección. Tres jóvenes elegantemente vestidos de esmoquin ofrecían pastas para el té a algunas de las señoras. Los invitados formaban un grupo de doce personas, y se esperaba que llegaran algunos más al día siguiente.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó lord Henry, acercándose a la mesa y dejando la taza–. Confío en que Dorian te haya hablado de mi plan para rebautizarlo todo, Gladys. Es una idea deliciosa.

–Pero yo no quiero cambiar de nombre, Harry –replicó la duquesa, obsequiándole con una maravillosa mirada de reproche–. Me gusta mucho el que tengo, y estoy seguro de que al señor Gray también le satisface el suyo.

–Mi querida Gladys, no os cambiaría el nombre por nada del mundo a ninguno de los dos. Ambos son perfectos. Pensaba sobre todo en las flores. Ayer corté una orquídea para ponérmela en el ojal. Era una pequeña maravilla jaspeada, tan eficaz como los siete pecados capitales. En un momento de inconsciencia le pregunté a uno de los jardineros cómo se llamaba. Me dijo que era un hermoso ejemplar de *Robinsoniana o* algún otro espanto parecido. Es una triste verdad, pero hemos perdido la capacidad de poner nombres agradables a las cosas. Los nombres lo son todo. Nunca me quejo de las acciones, sólo de las palabras. Ése es el motivo de que aborrezca el realismo vulgar en literatura. A la persona capaz de llamar pala a una pala se la debería forzar a usarla. Es la única cosa para la que sirve.

–Y a ti, Harry, ¿cómo deberíamos llamarte? –preguntó la duquesa.

–Se llama Príncipe Paradoja –dijo Dorian.

– No cabe duda de que es él! –exclamó la duquesa.

–De ninguna de las maneras –rió lord Henry, dejándose caer en una silla–. No hay forma de escapar a una etiqueta! Rechazo ese título.

–La realeza no debe abdicar –fue la advertencia que lanzaron unos hermosos labios.

–¿Deseas, entonces, que defienda mi trono?

–Sí.

–Ofrezco las verdades de mañana.

–Prefiero las equivocaciones de hoy –respondió ella. –Me desarmas, Gladys –exclamó lord Henry, advirtiendo lo obstinado de su actitud.

–De tu escudo, pero no de tu lanza.

–Nunca arremeto contra la belleza –dijo él, haciendo un gesto de sumisión con la mano.

–Ése es tu error, Harry, créeme. Valoras demasiado la belleza.

–¿Cómo puedes decir eso? Reconozco que, en mi opinión, es mejor ser hermoso que bueno. Pero, por otra parte, nadie está más dispuesto que yo a admitir que es mejor ser bueno que feo.

–En ese caso, ¿la fealdad es uno de los siete pecados capitales? –exclamó la duquesa–. ¿Y qué sucede con tu metáfora sobre la orquídea?

–La fealdad es una de las siete virtudes capitales, Gladys. Tú, como buena tory, no debes subestimarlas. La cerveza, la Biblia y las siete virtudes capitales han hecho de nuestra Inglaterra lo que es.

–¿Quiere eso decir que no te gusta tu país? –preguntó la duquesa.

–Vivo en él.

–Para poder censurarlo mejor.

–¿Prefieres que acepte el veredicto de Europa? –quiso saber lord Henry.

–¿Qué dicen de nosotros?

–Que Tartufo ha emigrado a Inglaterra y ha abierto una tienda.

–¿Es eso de tu cosecha, Harry?

–Te lo regalo.

–No podría utilizarlo. Es demasiado cierto.

–No tienes por qué asustarte. Nuestros compatriotas nunca reconocen una descripción.

–Son gente práctica.

–Son más astutos que prácticos. A la hora de la contabilidad, compensan estupidez con riqueza y vicio con hipocresía.

–Hemos hecho grandes cosas, de todos modos.

–Grandes cosas se nos han venido encima, Gladys.

–Hemos cargado con su peso.

–Sólo hasta el edificio de la Bolsa.

La duquesa movió la cabeza.
–Creo en la raza –exclamó.
–La raza representa el triunfo de los arribistas.
–Eso significa progreso.
–La decadencia me fascina más.
–¿Y dónde dejas el arte? –preguntó ella.
–Es una enfermedad.
–¿El amor?
–Una ilusión.
–¿La religión?
–El sucedáneo elegante de la fe.
–Eres un escéptico.
– Jamás! El escepticismo es el comienzo de la fe.
–¿Qué eres entonces?
–Definir es limitar.
–Dame una pista.
–Los hilos se rompen. Te perderías en el laberinto.
–Me desconciertas. Hablemos de otras personas.
–Nuestro anfitrión es un tema inmejorable. Hace años le pusieron el nombre de Príncipe Azul.
– Ah! No me lo recuerdes –exclamó Dorian Gray.
–Nuestro anfitrión no está hoy demasiado amable ¯respondió la duquesa, ruborizándose–. En mi opinión, cree que Monmouth se casó conmigo por razones puramente científicas, por ser el mejor ejemplar disponible de la mariposa moderna.
–Espero que no la retenga clavándole alfileres, duquesa –rió Dorian.
–Eso ya lo hace mi doncella, señor Gray, cuando está enfadada conmigo.
–Y, ¿qué motivos tiene para enfadarse con usted, duquesa?
–Las cosas más triviales, señor Gray, se lo aseguro. De ordinario me presento a las nueve menos diez y le digo que debo estar vestida para las ocho y media.
– Qué poco razonable por su parte! Debería usted despedirla.
–No me atrevo, señor Gray. Inventa sombreros para mí, sin ir más lejos. ¿Recuerda el que me puse para la fiesta al aire libre de lady Hilstone? Claro que no, pero es usted muy amable fingiendo lo contrario. Bien: me lo hizo ella de nada. Todos los buenos sombreros están hechos de nada.
–Como todas las buenas reputaciones, Gladys –le interrumpió lord Henry–. Cada efecto que uno produce le crea un enemigo. Para conseguir la popularidad hay que ser mediocre.

–No en el caso de las mujeres –dijo la duquesa agitando la cabeza–; y las mujeres gobiernan el mundo. Te aseguro que no soportan a los mediocres. Nosotras las mujeres, como dice alguien, amamos con los oídos, igual que vosotros, los hombres, amáis con los ojos, si es que amáis alguna vez.

–Yo diría que apenas hacemos otra cosa –murmuró Dorian.

–En ese caso, señor Gray, usted nunca ama de verdad –dijo la duquesa con fingida tristeza.

– Mi querida Gladys! –exclamó lord Henry–. ¿Cómo puedes decir eso? El sentimiento romántico se alimenta de la repetición, y la repetición convierte un apetito en arte. Además, cada vez que se ama es la única vez que se ha amado nunca. La diversidad del objeto no altera la unicidad de la pasión. Tan sólo la intensifica. En el mejor de los casos, sólo podemos tener una experiencia en la vida, y el secreto es reproducirla con la mayor frecuencia posible.

–¿Incluso cuando se ha quedado herido por ella, Harry? –preguntó la duquesa después de una pausa. –Sobre todo cuando uno ha quedado herido –respondió lord Henry.

La duquesa se volvió a mirar a Dorian Gray con una curiosa expresión en los ojos.

–¿Qué dice usted a eso, señor Gray? –quiso saber. Dorian vaciló un momento. Luego echó la cabeza hacia atrás y rió.

–Siempre estoy de acuerdo con Harry, duquesa. –¿Incluso cuando se equivoca?

–Harry nunca se equivoca, duquesa.

–Y, ¿le hace feliz su filosofía?

–La felicidad no ha sido nunca mi objetivo. ¿Quién quiere felicidad? Siempre he buscado el placer.

–¿Y lo ha encontrado, señor Gray?

–Con frecuencia. Con demasiada frecuencia.

La duquesa suspiró.

–Mi objetivo es la paz –dijo–. Y si no me marcho y me visto no tendré ninguna esta noche.

¯Permítame traerle unas orquídeas, duquesa –exclamó Dorian, poniéndose en pie y alejándose hacia el fondo del invernadero.

–Coqueteas desaforadamente con él –le dijo lord Henry a su prima–. Te aconsejo prudencia. Es una criatura fascinante.

–Si no lo fuera, no habría lucha.

–¿Se trata entonces de un griego contra otro?

–Yo estoy de parte de los troyanos. Lucharon por una mujer.

–Fueron derrotados.

–Hay cosas peores que ser capturado –respondió ella.

–Te lanzas al galope y sueltas las riendas.

–La velocidad es vida –fue su respuesta.

–Lo anotaré esta noche en mi diario.

–¿Qué anotarás?

–Que a un niño con quemaduras le gusta el fuego.

–Ni siquiera me he chamuscado. Tengo las alas intactas.

–Las usas para todo menos para volar.

–El valor ha pasado de los hombres a las mujeres. Es una nueva experiencia para nosotras.

–Tienes una rival. –¿Quién?

Su primo se echó a reír.

–Lady Narborough–susurró–. Lo adora.

–Me llenas de aprensión. Las románticas no podemos competir con el atractivo de la Antigüedad.

– Románticas! Empleáis todos los métodos de la ciencia.

–Los hombres nos han educado.

–Pero no os han explicado.

–Describe alas mujeres –fue su desafío.

–Esfinges sin secretos.

Lo miró, sonriendo.

– Cuánto tarda el señor Gray! –dijo–. Vayamos a ayudarle. No le he dicho el color de mi vestido.

– Ah! tendrás que elegir el vestido de acuerdo con sus flores, Gladys.

–Eso sería una rendición prematura.

–El arte romántico empieza en el momento culminante.

–He de reservarme una posibilidad de retirada.

–¿A la manera de los partos?

–Encontraron la salvación en el desierto. Eso no está a mi alcance.

–A las mujeres no siempre se les permite escoger –respondió lord Henry.

Pero apenas terminada la frase, del extremo más alejado del invernadero llegó un gemido ahogado, seguido del ruido sordo de una caída. Todo el mundo se sobresaltó. La duquesa permaneció inmóvil, horrorizada. Y lord Henry, el miedo en los ojos, corrió entre palmeras agitadas hasta encontrar a Dorian Gray tumbado boca abajo sobre el suelo enlosado, víctima de un desvanecimiento semejante a la muerte.

Se le transportó al instante al salón azul, colocándolo sobre uno de los sofás. Poco después recobró el conocimiento y miró a su alrededor con aire desconcertado.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó–. Ah! Ya recuerdo. ¿Estoy a salvo aquí, Harry? –y empezó a temblar.

–Mi querido Dorian –respondió lord Henry–, no has hecho más que desmayarte. Eso ha sido todo. Debes de haberte fatigado más de la cuenta. Será mejor que no bajes a cenar. Yo haré tus veces.

–No; bajaré –dijo, poniéndose en pie con algún esfuerzo–. Prefiero hacerlo. No debo quedarme solo.

Fue a su habitación para vestirse. Cuando se sentó a la mesa, había en su actitud una extraña alegría temeraria, aunque, de cuando en cuando, le recorría un estremecimiento al recordar que, aplastado, como un pañuelo blanco, contra el cristal del invernadero, había visto el rostro de James Vane que lo vigilaba.

Capítulo 18

Al día siguiente Dorian Gray no salió de la casa y, de hecho, pasó la mayor parte del tiempo en su habitación, presa de un loco miedo a morir y, sin embargo, indiferente a la vida. El convencimiento de ser perseguido, de que se le tendían trampas, de estar acorralado, empezaba a dominarlo. Si el viento agitaba ligeramente los tapices, se echaba a temblar. Las hojas secas arrojadas contra las vidrieras le parecían la imagen de sus resoluciones abandonadas y de sus vanos remordimientos. Cuando cerraba los ojos, veía de nuevo el rostro del marinero mirando a través del cristal empañado por la niebla, y creía sentir una vez más cómo el horror le oprimía el corazón.

Aunque quizás sólo su imaginación hubiera hecho surgir la venganza de la noche, colocando ante sus ojos las formas horribles del castigo. La vida real era caótica, pero la imaginación seguía una lógica terrible. La imaginación enviaba al remordimiento tras las huellas del pecado. La imaginación hacía que cada delito concibiera su monstruosa progenie. En el universo ordinario de los hechos no se castigaba a los malvados ni se recompensaba a los buenos. El éxito correspondía a los fuertes y el fracaso recaía sobre los débiles. Eso era todo. Además, si algún desconocido hubiera merodeado por los alrededores de la casa, los criados o los guardas lo hubieran visto. Si se hubieran encontrado huellas en los arriates, los jardineros habrían informado de ello. Sin duda se trataba sólo de su imaginación. El hermano de Sibyl Vane no había venido hasta Selby Royal para matarlo. Se había hecho a la mar en su barco para irse finalmente a pique en algún mar invernal. De él, al menos, nada tenía que temer. Aquel pobre desgraciado ni siquiera sabía quién era, no podía saber quién era. La máscara de la juventud lo había salvado.

Pero si sólo había sido una ilusión, qué terrible pensar que la conciencia pudiera engendrar fantasmas tan temerosos, dándoles forma visible, haciendo que se movieran como seres reales! ¿Qué clase de vida sería la suya si, de día y de noche, sombras de su crimen le observaban desde rincones silenciosos, se burlaban de él desde lugares secretos, le susurraban al oído en medio de un banquete, lo despertaban con dedos helados mientras dormía? Al presentársele aquella idea en el cerebro, palideció de terror y tuvo la impresión de que el aire se había enfriado de repente. En qué espantosa hora de locura había asesinado a su amigo! Qué atroz el simple recuerdo de la escena! Volvía a verlo todo. Cada odioso detalle se le aparecía con renovado horror. De la negra caverna del tiempo, terrible y envuelva en escarlata, se alzaba la imagen de su pecado. Cuando

lord Henry se presentó a las seis en punto, lo encontró llorando como alguien a quien está a punto de rompérsele el corazón.

Tan sólo al tercer día se aventuró a salir. Había algo en el aire límpido de aquella mañana de invierno, en la que flotaba el aroma de los pinos, que pareció devolverle la alegría y el ansia de vivir. Pero no sólo las condiciones exteriores habían provocado el cambio. Su propia naturaleza se rebelaba contra el exceso de angustia que había tratado de alterar, de mutilar, su serenidad perfecta. Siempre es así con temperamentos sutiles y delicados. Sus pasiones ardientes hieren o ceden. Matan o mueren. Los sufrimientos y los amores superficiales viven largamente. A los grandes amores y sufrimientos los destruye su propia plenitud. Dorian Gray estaba convencido además de haber sido víctima de una imaginación aterrorizada, y veía ya los temores de ayer con un poco de compasión y una buena dosis de desprecio.

Después del desayuno paseó con la duquesa por el jardín durante una hora, y luego atravesó el parque en coche para reunirse con la partida de caza. La escarcha matinal recubría la hierba como un manto de sal. El cielo era una copa invertida de metal azul. Una delgada capa de hielo bordeaba el lago inmóvil donde crecían los juncos.

En el límite del pinar reconoció a sir Geoffrey Clouston, el hermano de la duquesa, que expulsaba dos cartuchos vacíos de su escopeta de caza. Apeándose del vehículo, después de decirle al palafrenero que regresara con la yegua, se abrió camino hacia su invitado entre los helechos secos y la espesa maleza.

–¿Buena caza, Geoffrey? –preguntó.

–No demasiado buena, Dorian. Me parece que la mayoría de las aves han salido ya a cielo abierto. Espero que tengamos más suerte después del almuerzo, cuando iniciemos otra batida.

Dorian caminó a su lado. El aire intensamente aromático, los resplandores marrones y rojos que aparecían momentáneamente en el pinar, los gritos roncos de los ojeadores que resonaban de cuando en cuando y el ruido seco de las detonaciones que los seguían eran para él motivo de fascinación, y lo llenaban de un delicioso sentimiento de libertad. Le dominaba la despreocupación de la felicidad, la suprema indiferencia de la alegría.

De repente, de una espesa mata de hierbas amarillentas, a unos veinte metros de donde ellos se encontraban, erguidas las orejas de puntas negras, avanzando a saltos sobre sus largas patas traseras, salió una liebre, que se dirigió de inmediato hacia un grupo de alisos. Sir Geoffrey se

llevó la escopeta al hombro, pero algo en los ágiles movimientos del animal cautivó extrañamente a Dorian Gray, quien gritó de inmediato:

– No dispares, Geoffrey! Déjala vivir.

– Qué absurdo, Dorian! –rió Clouston, disparando cuando la liebre entraba de un salto en la espesura. Se, oyeron dos gritos: el de la liebre herida de muerte, que es terrible, y el de un ser humano agonizante, que es todavía peor.

– Cielo santo! He alcanzado a un ojeador! –exclamó sir Geoffrey–. Qué estupidez ponerse delante de las escopetas! Dejen de disparar! –gritó con todas sus fuerzas–. Hay un herido.

El guarda mayor llegó corriendo con un bastón en la mano.

–¿Dónde, señor? ¿Dónde está? –gritó. Al mismo tiempo cesó el fuego en toda la línea.

–Ahí –respondió muy irritado sir Geoffrey, acercándose al bosquecillo–. ¿Por qué demonios no controla a sus hombres? Me han echado a perder toda una jornada de caza.

Dorian los contempló mientras penetraban en el alisal, apartando las delgadas ramas flexibles. Al verlos reaparecer a los pocos momentos, arrastrando un cuerpo sin vida que llevaron hasta el sol, se dio la vuelta horrorizado. Le pareció que las desgracias lo seguían dondequiera que iba. Oyó preguntar a sir Geoffrey si aquel hombre estaba realmente muerto, y la respuesta afirmativa del guarda mayor. Tuvo de pronto la impresión de que el bosque se había llenado de rostros. Oía los pasos de miles de pies y un murmullo confuso de voces. Un gran faisán de pecho cobrizo pasó aleteando entre las ramas más altas.

Después de unos momentos que fueron para él, dada la agitación de su espíritu, como interminables horas de dolor, sintió que una mano se posaba en su hombro. Sobresaltado, volvió la vista.

–Dorian –dijo lord Henry–. Será mejor decirles que por hoy se ha terminado la caza. No parecería bien seguir adelante.

–Me gustaría detenerla para siempre, Harry –respondió amargamente–. Todo es horrible y cruel. ¿Está… ?

No pudo terminar la frase.

–Mucho me temo –replicó lord Henry–. La descarga le alcanzó de lleno en el pecho. Debe de haber muerto de manera casi instantánea. Ven; volvamos a casa.

Echaron a andar, uno al lado del otro, en dirección al paseo, y recorrieron casi cincuenta metros sin hablar. Luego Dorian miró a lord Henry y dijo, con un hondo suspiro:

–Es un mal presagio, Harry; un pésimo presagio.

–¿A qué te refieres? –preguntó lord Henry–. Ah, hablas del accidente, imagino. Pero, ¿quién podía preverlo? La culpa ha sido suya. ¿Qué hacía por delante de la línea de fuego? En cualquier caso no es asunto nuestro. Molesto para Geoffrey, sin duda. No está bien visto agujerear ojeadores. Hace pensar a la gente que uno no sabe dónde tira. Y Geoffrey lo sabe perfectamente; donde pone el ojo pone la bala. Pero no sirve de nada hablar de este asunto.

Dorian hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Es un mal presagio, Harry. Siento como si algo horrible nos fuese a suceder a alguno de nosotros. A mí, tal vez –añadió, pasándose las manos por los ojos, con un gesto de dolor.

Su amigo de más edad se echó a reír.

–Lo único horrible en el mundo es el *ennui,* Dorian. Ése es el único pecado que no tiene perdón. Pero no es probable que lo padezcamos, a no ser que nuestros amigos sigan hablando durante la cena de lo sucedido. He de decirles que es un tema tabú. En cuanto a presagios, no existe nada semejante. El destino no nos envía heraldos. Es demasiado prudente o demasiado cruel para eso. Además, ¿qué demonios podría sucederte? Tienes todo lo que un hombre puede desear. Cualquiera se cambiaría por ti.

–No hay nadie con quien yo no estaría dispuesto a cambiarme, Harry. No te rías así. Te estoy diciendo la verdad. Ese pobre campesino que acaba de morir es más afortunado que yo. No le tengo miedo a la muerte. Es su forma de llegar lo que me aterroriza. Sus alas monstruosas parecen girar en el aire plomizo a mi alrededor. Dios del cielo! ¿No has visto a un hombre moviéndose detrás de aquellos árboles, un individuo que me vigila, que me está esperando?

Lord Henry miró en la dirección que señalaba la temblorosa mano enguantada.

–Sí –dijo sonriendo–; veo un jardinero que te espera. Imagino que desea preguntarte qué flores quieres esta noche en la mesa. Qué increíblemente nervioso estás, mi querido amigo! Has de ir a ver a mi médico cuando vuelvas a Londres.

Dorian dejó escapar un suspiro de alivio al ver acercarse al jardinero, quien, llevándose la mano al sombrero, miró un momento a lord Henry, como dubitativo, y luego sacó una carta, que entregó a su amo.

–Su gracia me ha dicho que esperase la respuesta –murmuró.

Dorian se guardó la carta en el bolsillo.

–Dígale a su gracia que llegaré enseguida –respondió con frialdad. El mensajero se dio la vuelta, regresando rápidamente hacia la casa.

– Cuánto les gusta a las mujeres hacer cosas peligrosas! –rió lord Henry–. Es una de las cualidades que más admiro en ellas. Una mujer puede coquetear con cualquiera con tal de que haya otras personas mirando.

– Cuánto te gusta decir cosas peligrosas, Harry! En este caso te equivocas por completo. Me gusta mucho la duquesa, pero no estoy enamorado de ella.

–Y la duquesa te quiere más de lo que le gustas, de manera que estáis perfectamente emparejados.

– Eso es difamación, Harry, y nunca hay motivo alguno para la difamación!

–El fundamento de toda difamación es una certeza inmoral –dijo lord Henry encendiendo un cigarrillo. –Sacrificarías a cualquiera por un epigrama.

–El mundo camina hacia el ara por decisión propia –fue la respuesta.

–Me gustaría ser capaz de amar –exclamó Dorian Gray con una nota de profundo patetismo en la voz–. Pero se diría que he perdido la pasión y olvidado el deseo. Estoy demasiado centrado en mí mismo. Mi personalidad se ha convertido en una carga. Quiero escapar, alejarme, olvidar. Ha sido una tontería volver aquí. Creo que voy a telegrafiar a Harvey para que prepare el yate. En el yate estaré a salvo.

–¿A salvo de qué, Dorian? Tienes algún problema. ¿Por qué no me dices de qué se trata? Sabes que te ayudaría. –No te lo puedo decir, Harry–respondió con tristeza–. Y supongo que sólo se trata de mi imaginación. Ese desgraciado accidente me ha trastornado. Tengo un horrible presentimiento de que algo parecido puede sucederme a mí.

– Qué absurdo!

–Espero que tengas razón, pero así es como lo siento. Ah! Ahí está la duquesa, que parece Artemisa en traje sastre. Ya ve que estamos de regreso, duquesa.

–Me han informado de todo, señor Gray –respondió ella–. El pobre Geoffrey está terriblemente afectado. Y al parecer usted le había pedido que no disparase contra la liebre. Qué curioso!

–Sí; muy curioso. No sé qué fue lo que me empujó a decirlo. Un impulso repentino, supongo. Me pareció una bestiecilla encantadora. Siento que le hayan hablado del ojeador. Es una cosa lamentable.

–Es un tema molesto –intervino lord Henry–. Carece de valor psicológico. En cambio, si Geoffrey lo hubiera hecho aposta, qué interesante sería! Me gustaría conocer a un verdadero asesino.

– Qué desagradable eres, Harry! –exclamó la duquesa–. ¿No le parece, señor Gray? Harry, el señor Gray vuelve a no encontrarse bien. Me parece que se va a desmayar. Dorian hizo un esfuerzo para reponerse y sonrió.

–No es nada, duquesa –murmuró–; tan sólo que estoy muy nervioso. Nada más que eso. Me temo que he caminado demasiado esta mañana. No he oído lo que ha dicho Harry. ¿Algo muy inconveniente? Me lo tendrá que contar en otra ocasión. Creo que voy a ir a tumbarme un rato. Me disculpará usted, ¿no es cierto?

Habían llegado ya a la gran escalera que llevaba desde el invernadero hasta la terraza. Mientras la puerta de cristal se cerraba detrás de Dorian, lord Henry se volvió y miró a su prima con ojos lánguidos.

–¿Estás muy enamorada de él? –preguntó.

La duquesa tardó algún tiempo en contestar, contemplando, inmóvil, el paisaje.

–Me gustaría saberlo –dijo, finalmente.

Lord Henry movió la cabeza.

–Saberlo sería fatal. Es la incertidumbre lo que nos atrae. Un poco de niebla mejora mucho las cosas.

–Se puede perder el camino.

–Todos los caminos llevan al mismo sitio, mi querida Gladys.

–¿Que es… ?

–La desilusión.

–Fue mi debut en la vida –suspiró la duquesa.

–Pero llegó con la corona ducal.

–Estoy harta de hojas de fresa.

–Te sientan bien.

–Sólo en público.

–Las echarías de menos –dijo lord Henry.

–No renunciaría ni a un pétalo.

–Monmouth tiene oídos.

–Los ancianos son duros de oído.

–¿No ha tenido nunca celos?

–Ojalá los hubiera tenido.

Lord Henry miró a su alrededor como si buscara algo.

–¿Qué estás buscando? –preguntó ella.

–El botón de tu florete –respondió él–. Se te acaba de caer.

La duquesa se echó a reír.

–Todavía me queda la máscara.

–Hace que tus ojos parezcan todavía más hermosos –fue su respuesta.

Su prima volvió a reír. Sus dientes brillaron como simientes blancas en un fruto escarlata.

En el piso alto, Dorian Gray estaba tumbado en un sofá de su cuarto, sintiendo vibrar de terror todas las fibras de su cuerpo. De repente la vida se había convertido en un peso insoportable. La horrible muerte del desdichado ojeador, derribado entre la maleza como un animal salvaje, le había parecido una prefiguración de su propia muerte. Casi se había desmayado al oír la broma cínica que lord Henry había lanzado al azar.

A las cinco llamó a su criado y le ordenó que le preparase una maleta para regresar a Londres en el expreso de la noche, y que la berlina estuviera delante de la puerta a las ocho y media. Había decidido no dormir una noche más en Selby Royal. Era un lugar de malos augurios. La muerte se paseaba por allí a la luz del día. La hierba del bosque se había manchado de sangre.

Luego escribió una nota para lord Henry, diciéndole que regresaba a Londres para consultar a su médico, y pidiéndole que distrajera a sus huéspedes durante su ausencia. Cuando la estaba metiendo en el sobre, oyó llamar a la puerta, y su ayuda de cámara le informó de que el guarda mayor quería verlo.

Dorian Gray frunció el ceño y se mordió los labios. –Dígale que pase –murmuró, después de una breve vacilación.

Tan pronto como entró su visitante, Dorian sacó de un cajón el talonario de cheques y lo abrió.

–Imagino, Thornton, que viene para hablarme del desafortunado accidente de esta mañana –dijo, empuñando la pluma.

–Así es, señor –respondió el guardabosque.

–¿Estaba casado ese pobre infeliz? ¿Tenía personas a su cargo? –preguntó Dorian, con aire aburrido–. Si es así, no quisiera que pasaran necesidades, y estoy dispuesto a enviarles la cantidad que usted considere necesaria.

–No sabemos quién es, señor. Eso es lo que me he tomado la libertad de venir a decirle.

–¿No saben quién es? –preguntó Dorian distraídamente–. ¿Qué quiere decir? ¿No era uno de sus hombres?

–No, señor. No lo había visto nunca. Parece un marinero, señor.

A Dorian Gray se le cayó la pluma de la mano, y tuvo la sensación de que el corazón dejaba de latirle.

–¿Un marinero? –exclamó–. ¿Ha dicho un marinero? –Sí, señor. Parece como si hubiera sido marinero o algo parecido; tatuajes en los dos brazos y otras cosas por el estilo.

–¿Llevaba algo encima? –preguntó Dorian, inclinándose hacia adelante y mirando al guardabosque con ojos llenos de sobresalto–. ¿Algo que nos permita saber su nombre?

–Algo de dinero, señor, no mucho, y un revólver de seis tiros. Nada que lo identifique. Aspecto de persona decente, sin ser un caballero. Algo así como un marinero, creemos nosotros.

Dorian se puso en pie. Una imposible esperanza le rozó con su ala y se agarró a ella con frenesí.

–¿Dónde está el cadáver? –exclamó–. Deprisa! He de verlo cuanto antes.

–En un establo vacío de la granja, señor. Nadie quiere tener una cosa así en su casa. Dicen que un cadáver trae mala suerte.

– La granja! Vaya inmediatamente allí y espéreme. Diga a uno de los mozos de cuadra que me traiga el caballo. No. No se preocupe. Iré yo al establo. Ahorraremos tiempo.

En menos de un cuarto de hora Dorian Gray galopaba por la gran avenida. Los árboles parecían desfilar a ambos lados como un cortejo de fantasmas, y sombras extrañas se arrojaban furiosamente en su camino. En una ocasión la yegua hizo un extraño ante un poste blanco y estuvo a punto de derribarlo. Dorian le golpeó el cuello con la fusta. El animal se adentró en la oscuridad como una flecha. Sus cascos hacían volar los guijarros.

Finalmente llegó a la granja y encontró a dos hombres ociosos en el patio. Dorian saltó de la silla y le arrojó a uno de ellos las riendas. En el establo más distante parpadeaba una luz. Algo le dijo que allí se hallaba el cadáver. Corrió hacia la puerta y puso la mano en el picaporte.

Luego se detuvo un momento, sintiendo que estaba a punto de hacer un descubrimiento que haría renacer su vida o la destruiría. A continuación abrió la puerta de golpe y entró.

Sobre un montón de sacos vacíos, y en el rincón más alejado de la puerta, yacía el cadáver de un hombre vestido con una camisa de tela basta y unos pantalones azules. Sobre el rostro le habían colocado un pañuelo de lunares. Una vela de mala calidad, hundida en el cuello de una botella, chisporroteaba a su lado.

Dorian Gray se estremeció. Sintió que no podía ser su mano la que retirase el pañuelo, y pidió a uno de los gañanes que se acercara.

–Quítenle eso que tiene sobre la cara. Quiero verlo –dijo, agarrándose a la jamba de la puerta para no caer.

Cuando el gañán hizo lo que le pedían, Dorian Gray se adelantó. De sus labios escapó un grito de alegría. El hombre muerto entre la maleza era James Vane.

Permaneció allí unos minutos contemplando el cadáver. Luego regresó a la casa principal con los ojos llenos de lágrimas, sabiendo que estaba, a salvo.

Capítulo 19

–No me digas que vas a ser bueno –exclamó lord Henry, sumergiendo los dedos en un cuenco de cobre rojo lleno de agua de rosas–. Eres absolutamente perfecto. Haz el favor de no cambiar.

Dorian Gray movió la cabeza.

–No, Harry, no. He hecho demasiadas cosas horribles en mi vida. No voy a hacer ninguna más. Ayer empecé con las buenas acciones.

–¿Dónde estuviste ayer?

–En el campo, Harry. Solo, en una humilde posada. –Mi querido muchacho –dijo lord Henry sonriendo–, cualquiera puede ser bueno en el campo, donde no existen tentaciones. Ése es el motivo de que las personas que no habitan en ciudades vivan todavía en estado de barbarie. La civilización no es algo que se consiga fácilmente. Sólo hay dos maneras. O se es culto o se está corrompido. La gente del campo carece de ocasiones para ambas cosas, de manera que sólo conocen el estancamiento. –Cultura y corrupción –repitió Dorian–. Sé algo acerca de esas dos cosas. Ahora me parece terrible que vayan alguna vez unidas. Porque tengo un nuevo ideal, Harry. Voy a cambiar. Creo que ya he cambiado.

–No me has contado cuál ha sido tu buena acción de ayer. ¿O fue más de una? –preguntó su interlocutor, mientras vertía sobre su plato una pequeña pirámide carmesí de fresas maduras, blanqueándolas luego con azúcar mediante una cuchara perforada en forma de concha.

–Te lo puedo contar a ti, Harry, aunque a nadie más. Renuncié a perjudicar a una persona. Parece pretencioso, pero ya entiendes lo que quiero decir. Era muy hermosa, y extraordinariamente parecida a Sibyl Vane. Creo que fue eso lo primero que me atrajo de ella. Te acuerdas de Sibyl, ¿no es cierto? Cuánto tiempo parece que ha pasado! Hetty, por supuesto, no es una persona de nuestra posición, tan sólo una chica de pueblo. Pero me había enamorado. Estoy completamente seguro de que la quería. Durante todo este mes de mayo tan maravilloso que hemos disfrutado iba a verla dos o tres veces por semana. Ayer se reunió conmigo en un huerto. Las flores de los manzanos le caían sobre el pelo y se reía mucho. Íbamos a escaparnos juntos hoy por la mañana al amanecer. De repente decidí que no cambiara por mi culpa.

–Imagino que la novedad de ese sentimiento te habrá proporcionado un estremecimiento de auténtico placer –le interrumpió lord Henry–. Pero estoy en condiciones de contarte el final de tu idilio. Le diste buenos consejos y le rompiste el corazón. Ése ha sido el comienzo de tu enmienda.

– Qué desagradable eres, Harry! No debes decir cosas tan espantosas. A Hetty no se le ha roto el corazón. Lloró, por supuesto, y todo lo demás. Pero no ha perdido la honra. Puede vivir, como Perdita, en su jardín de menta y caléndulas.

–Y llorar por la infidelidad de Florisel –dijo lord Henry, riendo, mientras se inclinaba hacia atrás en la silla–. Mi querido Dorian, tienes curiosas ideas de adolescente. ¿De verdad crees que esa muchacha se contentará ahora con alguien de su posición? Imagino que algún día la casarán con un carretero mal hablado o con un labrador chistoso. Y el hecho de haberte conocido, y de haberte amado, le permitirá despreciar a su marido, lo que la hará perfectamente desgraciada. Desde el punto de vista de la moral, no puedo decir que tu gran renuncia me impresione demasiado. Incluso como modesto principio es muy poquita cosa. Además, ¿quién te dice que en este momento Hetty no flota en algún estanque iluminado por las estrellas y rodeada de lirios, como Ofelia?

– Eres insoportable, Harry! Te burlas de todo y acto seguido imaginas las tragedias más espantosas. Siento habértelo contado. Me tiene sin cuidado lo que digas. Sé que he actuado bien. Pobre Hetty! Cuando pasé a caballo esta mañana por delante de su granja, vi su rostro en la ventana, como un ramillete de jazmines. Vamos a no hablar más de ello, y no trates de convencerme de que mi primera buena acción en muchos años, el primer intento de autosacrificio de toda mi vida es en realidad otro pecado más. Quiero ser mejor. Voy a ser mejor. Cuéntame algo sobre ti. ¿Qué está pasando en Londres? Hace días que no voy por el club.

–La gente sigue hablando de la desaparición del pobre Basil.

–Yo pensaba que ya se habrían cansado después de tanto tiempo –exclamó Dorian, sirviéndose un poco más de vino y frunciendo ligeramente el ceño.

–Mi querido muchacho, sólo llevan seis semanas hablando de ello, y el público británico necesita tres meses para soportar la tensión mental que requiere un cambio de tema. De todos modos, ha tenido bastante suerte en estos últimos tiempos. Primero fue el caso de mi divorcio y el suicidio de Alan Campbell. Ahora se les ofrece la misteriosa desaparición de un artista. Scotland Yard sigue insistiendo en que la persona con un abrigo gris que el nueve de noviembre tomó el tren de medianoche camino de Francia era el pobre Basil, y la policía gala afirma que Hallward nunca llegó a París. Supongo que dentro de un par de semanas se nos dirá que lo han visto en San Francisco. Es una cosa extraña, pero de todas las personas que desaparecen acaba diciéndose que las han visto en San

Francisco. Debe de ser una ciudad encantadora, y posee todos los atractivos del mundo venidero.

–¿Qué crees tú que le ha sucedido a Basil? –preguntó Dorian, colocando la copa de borgoña a contraluz, y preguntándose cómo era posible que hablara de aquel asunto con tanta calma.

–No tengo ni la más remota idea. Si Basil decide esconderse no es asunto mío. Si ha muerto, no quiero pensar en él. La muerte es la única cosa que de verdad me aterra. La aborrezco.

–¿Por qué? –preguntó el más joven con tono cansado.

–Porque –respondió lord Henry, llevándose a la nariz una vinagrera dorada y aspirando el olor– en la actualidad se puede sobrevivir a todo, pero no a eso. La muerte y la vulgaridad son los dos hechos del siglo XIX que carecen de explicación. El café lo tomaremos en la sala de música, Dorian. Has de tocar a Chopin en mi honor. El individuo con quien se escapó mi mujer tocaba Chopin de manera verdaderamente exquisita. Pobre Victoria! Le tenía mucho cariño. La casa se ha quedado muy sola sin ella. Por supuesto la vida matrimonial no es más que una costumbre, una mala costumbre. Pero la verdad es que lamentamos la pérdida incluso de nuestras peores costumbres. Quizá sean las que más lamentamos. Son una parte demasiado esencial de nuestra personalidad.

Dorian no dijo nada, pero se levantó de la mesa y, pasando a la habitación vecina, se sentó ante el piano y dejó que sus dedos se perdieran sobre el marfil blanco y negro de las teclas. Cuando trajeron el café dejó de tocar y, volviéndose hacia lord Henry, dijo:

–Harry, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez que quizá Basil Hallward haya muerto asesinado?

Lord Henry bostezó.

–Basil era muy popular, y siempre llevaba un reloj Waterbury. ¿Por qué tendrían que haberlo asesinado? No era lo bastante inteligente como para hacerse enemigos. Es cierto que poseía un gran talento para la pintura. Pero una persona puede pintar como Velázquez y ser perfectamente aburrido. Basil lo era. Sólo me interesó una vez, y fue cuando me dijo, hace años, que te adoraba locamente, y que eras el motivo dominante de su arte.

–Yo le tenía mucho cariño –dijo Dorian con una nota de tristeza en la voz–. Pero, ¿no dice la gente que lo han asesinado?

–Lo dicen algunos periódicos, pero a mí no me parece nada probable. Sé que hay lugares terribles en París, pero Basil no era el tipo de persona que va a esos sitios. No tenía curiosidad. Era su principal defecto.

–¿Qué dirías, Harry, si te confesara que había asesinado a Basil? –dijo el más joven. Luego se lo quedó mirando fijamente.

–Diría, mi querido amigo, que tratas de representar un papel que no te va en absoluto. Todo delito es vulgar, de la misma manera que todo lo vulgar es delito. No está en tu naturaleza, Dorian, cometer un asesinato. Siento herir tu vanidad diciéndolo, pero te aseguro que es verdad. El crimen pertenece en exclusiva a las clases bajas. No se lo censuro ni por lo más remoto. Imagino que para ellos es como el arte para nosotros, una manera de procurarse sensaciones extraordinarias.

–¿Una manera de procurarse sensaciones? ¿Crees, entonces, que una persona que una vez ha cometido un asesinato podría reincidir en el mismo delito? No me digas que eso es cierto.

–Cualquier cosa se convierte en placer si se hace con suficiente frecuencia –exclamó lord Henry, riendo–. Ése es uno de los secretos más importantes de la vida. Pero me parece, de todos modos, que el asesinato es siempre una equivocación. Nunca se debe hacer nada de lo que no se pueda hablar después de cenar. Pero vamos a olvidarnos del pobre Basil. Me gustaría poder creer que ha terminado de una manera tan romántica como tú sugieres, pero no puedo. Mi opinión, más bien, es que se cayó en el Sena desde la victoria de un autobús, y que el conductor echó tierra sobre el asunto para evitar el escándalo. Sí; imagino que fue así como acabó. Lo veo tumbado de espaldas bajo esas aguas de color verde mate con las pesadas barcazas pasándole por encima y con las algas enganchadas en el pelo. ¿Sabes? No creo que hubiera hecho en el futuro nada que mereciera la pena. Durante los últimos diez años su pintura había caído mucho.

Dorian dejó escapar un suspiro, y lord Henry cruzó la habitación y empezó a acariciar la cabeza de un curioso loro de Java, un ave de gran tamaño y plumaje gris, cresta y cola rojas, que se mantenía en equilibrio sobre una percha de bambú. Al tocarle aquellos dedos afilados, dejó caer la blanca espuma de sus párpados arrugados sobre ojos semejantes a cristales negros, y empezó a mecerse.

–Sí –continuó lord Henry, volviéndose y sacando un pañuelo del bolsillo–, pintaba cada vez peor. Era como si hubiera perdido algo. Probablemente un ideal. Cuando dejasteis de ser grandes amigos, Basil dejó de ser un gran artista. ¿Qué fue lo que os separó? Imagino que te aburría soberanamente. Si es así, nunca te lo perdonó. Es una costumbre que tienen las personas aburridas. Por cierto, ¿qué ha sido de aquel maravilloso retrato que te hizo? No creo haber vuelto a verlo desde que lo terminó. Sí, claro! Hace años me dijiste, ahora lo recuerdo, que lo habías enviado a

Selby y que se perdió o lo robaron por el camino. ¿Nunca lo recuperaste? Qué lástima! Era realmente una obra maestra. Recuerdo que quise comprarlo. Ojalá lo hubiera hecho. Pertenecía al mejor periodo de Basil. Desde entonces, su obra ha tenido esa mezcla curiosa de mala pintura y buenas intenciones que siempre da derecho a decir de alguien que es un artista británico representativo. ¿No publicaste anuncios para intentar recuperarlo? Deberías haberlo hecho.

–No lo recuerdo –dijo Dorian–. Supongo que lo hice. Pero lo cierto es que nunca me gustó de verdad. Siento haber posado para él. Su recuerdo me resulta odioso. ¿Por qué hablas de aquel retrato? Siempre me recordaba esos curiosos versos de alguna obra, creo que *Hamlet…* ¿cómo son, exactamente?

¿O eres como imagen de dolor,
como un rostro sin alma?

Sí: eso es lo que era.

Lord Henry se echó a reír.

–Si una persona trata la vida artísticamente, su cerebro es su alma –respondió, hundiéndose en un sillón. Dorian Gray movió la cabeza y extrajo del piano algunos acordes melancólicos.

–«Imagen de dolor» –repitió–, «rostro sin alma».

Su amigo de más edad se recostó en el sillón y lo contempló con los ojos medio cerrados.

–Por cierto, Dorian –dijo, después de una pausa–, «¿y qué aprovecha al hombre»… , ¿cómo acaba exactamente la cita?, «ganar todo el mundo y perder su alma?»

El piano dejó escapar una nota desafinada y Dorian Gray, sobresaltado, se volvió a mirar a lord Henry. –¿Por qué me preguntas eso, Harry?

–Mi querido amigo –dijo lord Henry, alzando las cejas en un gesto de sorpresa–, te lo preguntaba porque te creía capaz de darme una respuesta. Eso es todo. Cuando iba por el Parque este último domingo, me encontré, cerca de Marble Arch, un grupito de gente mal vestida escuchando a un vulgar predicador callejero. Cuando pasaba por delante, oí cómo aquel hombre le gritaba esa pregunta a su público. Todo ello me pareció bastante dramático. En Londres abundan los efectos curiosos como ése. Un domingo lluvioso, un vulgar cristiano con un impermeable, un círculo de blancos rostros enfermizos bajo un techo desigual de paraguas goteantes, y una frase maravillosa lanzada al aire por unos labios histéricos y una voz chillona… , estuvo bastante bien, a su manera: toda una

sugerencia. Se me ocurrió decirle al profeta que el Arte sí tiene un alma, pero no el ser humano. Mucho me temo, de todos modos, que no me hubiera entendido.

–No digas eso, Harry. El alma es una terrible realidad. Se puede comprar y vender, y hasta hacer trueques con ella. Se la puede envenenar o alcanzar la perfección. Todos y cada uno de nosotros tenemos un alma. Lo sé muy bien.

–¿Estás seguro, Dorian?

–Completamente seguro.

– Ah! entonces tiene que ser una ilusión. Las cosas de las que uno está completamente seguro nunca son verdad. Ésa es la fatalidad de la fe y la lección del romanticismo. Qué aire más solemne! No te pongas tan serio. ¿Qué tenemos tú y yo que ver con las supersticiones de nuestra época? No; nosotros hemos renunciado a creer en el alma. Toca un nocturno para mí, Dorian, y, mientras tocas, dime, en voz baja, cómo has hecho para conservar la juventud. Has de tener algún secreto. Sólo te llevo diez años, pero tengo arrugas y estoy gastado y amarillo. Tú eres realmente admirable, Dorian. Nunca me has parecido tan encantador como esta noche. Haces que recuerde el día en que te conocí. Eras bastante impertinente, muy tímido y absolutamente extraordinario. Has cambiado, por supuesto, pero tu aspecto no. Me gustaría que me dijeras tu secreto. Haría cualquier cosa para recuperar la juventud, excepto ejercicio, levantarme pronto o ser respetable… Juventud! No hay nada como la juventud. Es absurdo hablar de la ignorancia de la juventud. Las únicas personas cuyas opiniones escucho con respeto son las de personas mucho más jóvenes que yo. Parecen ir por delante de mí. La vida les ha revelado sus maravillas más recientes. En cuanto a las personas de edad, siempre les llevo la contraria. Lo hago por principio. Si les pides su opinión sobre algo que sucedió ayer, te dan con toda solemnidad las opiniones que corrían en 1820, cuando la gente llevaba medias altas, creía en todo y no sabían absolutamente nada. Qué hermoso es eso que estás tocando! Me pregunto si Chopin lo escribió en Mallorca, con el mar llorando alrededor de la villa donde vivía, y con gotas de agua salada golpeando los cristales. Maravillosamente romántico! Es una bendición que todavía nos quede un arte no imitativo! No te detengas. Esta noche necesito música. Me pareces el joven Apolo, y yo soy Marsias, escuchándote. Tengo mis propios sufrimientos, Dorian, de los que ni siquiera tú estás enterado. La tragedia de la ancianidad no es ser viejo, sino joven. A veces me sorprende mi propia sinceridad. Ah, Dorian, qué feliz eres! Qué vida tan exquisita la tuya! Has bebido hasta saciarte de todos los placeres. Has

saboreado las uvas más maduras. Nada se te ha ocultado. Y todo ello no ha sido para ti más que unos compases musicales. Nada te ha echado a perder. Sigues siendo el mismo.

–No soy el mismo, Harry.

–Sí que lo eres. Me pregunto cómo será el resto de tu vida. No la estropees con renunciaciones. En el momento presente eres la perfección misma. No te hagas voluntariamente incompleto. No te falta nada. No muevas la cabeza: sabes que es así. Además, Dorian, no te engañes. La vida no se gobierna ni con la voluntad ni con la intención. La vida es una cuestión de nervios, de fibras, y de células lentamente elaboradas en las que el pensamiento se esconde y la pasión tiene sus sueños. Quizá te imaginas que estás a salvo y crees que eres fuerte. Pero un cambio casual de color en una habitación o en el color del cielo matutino, un determinado perfume que te gustó en una ocasión y que te trae recuerdos sutiles, un verso de un poema olvidado con el que te tropiezas de nuevo, una cadencia de una composición musical que has dejado de tocar… Te aseguro, Dorian, que la vida depende de cosas como ésas. Browning escribe acerca de ello en algún sitio, pero nuestros propios sentidos lo inventan para nosotros. Hay momentos en los que el olor a lilas blancas me domina de repente, y tengo que vivir de nuevo el mes más extraño de mi vida. Bien quisiera cambiarme contigo, Dorian. El mundo no se cansa de denunciarnos a los dos, pero a ti siempre te ha rendido culto. Y siempre lo hará. Eres el prototipo de lo que busca esta época nuestra y tiene miedo de haber encontrado. Me alegro muchísimo de que nunca hayas hecho nada, de que nunca hayas tallado una estatua, ni pintado un cuadro, ni producido nada distinto de tu persona! La vida ha sido tu arte. Has hecho música de ti mismo. Tus días son tus sonetos.

Dorian se levantó del piano y se pasó la mano por el cabello.

–Sí; la vida me ha dado placeres exquisitos –murmuró–, pero voy a cambiar, Harry. Y no debes hacerme esos elogios tan excesivos. No lo sabes todo. Creo que si lo supieras, también tú te alejarías de mí. Ríes. No debieras hacerlo.

–¿Por qué has dejado de tocar, Dorian? Vuelve al piano y obséquiame otra vez con ese nocturno. Contempla la enorme luna color de miel que cuelga en la oscuridad. Está esperando a que la encandiles, y si tocas se acercará más a la tierra. ¿No quieres? Vayámonos entonces al club. Ha sido una velada deliciosa y debemos acabarla de la misma manera. Hay alguien en el White que tiene un deseo inmenso de conocerte: se trata del joven lord Poole, el hijo mayor de Bournemouth. Ya te ha copiado las

corbatas, y ahora me suplica que te lo presente. Es un muchacho encantador y me recuerda mucho a ti.

–Espero que no –dijo Dorian, con una expresión triste en los ojos–. Lo cierto es que esta noche estoy cansado, Harry. No voy a ir al club. Son casi las once y quiero acostarme pronto.

–Quédate, por favor. Nunca habías tocado tan bien como esta noche. Había algo maravilloso en tu estilo. Resultaba más expresivo que nunca.

–Eso se debe a que voy a ser bueno –respondió él, sonriendo–. Ya he cambiado un poco.

–Para mí no puedes cambiar –dijo lord Henry–. Tú y yo siempre seremos amigos.

–En una ocasión, sin embargo, me envenenaste con un libro. Eso no lo olvidaré. Harry, prométeme que nunca le prestarás ese libro a nadie. Hace daño.

–Mi querido muchacho, es cierto que estás empezando a moralizar. Muy pronto saldrás por ahí como los conversos y los evangelistas, poniendo a la gente en guardia contra todos los pecados de los que ya te has cansado. Eres demasiado encantador para hacer una cosa así. Además, no sirve de nada. Tú y yo somos lo que somos, y seremos lo que seremos. En cuanto a ser envenenado por un libro, no existe semejante cosa. El arte no tiene influencia sobre la acción. Aniquila el deseo de actuar. Es magníficamente estéril. Los libros que el mundo llama inmorales son libros que muestran al mundo su propia vergüenza. Eso es todo. Pero no vamos a discutir sobre literatura. Ven a verme mañana. Iré a montar a caballo a las once. Podemos hacerlo juntos y luego te llevaré a almorzar con lady Branksome. Es una mujer encantadora, y quiere hacerte una consulta sobre ciertos tapices que piensa comprar. No te olvides de venir. ¿O te parece mejor que almorcemos con nuestra duquesita? Dice que ahora no te ve nunca. ¿Acaso te has cansado de Gladys? Ya pensaba yo que terminaría por sucederte. Esa lengua suya tan inteligente acaba por exasperar a cualquiera. De todos modos, no dejes de estar aquí a las once.

–¿Es necesario que venga, Harry?

–Por supuesto. Ahora el Parque está maravilloso. Creo que no ha habido nunca unas lilas tan hermosas desde el año en que te conocí.

–Muy bien. Estaré aquí a las once –dijo Dorian–. Buenas noches, Harry.

Al llegar a la puerta, vaciló un momento, como si tuviera algo más que decir. Luego dejó escapar un suspiro y abandonó la habitación.

Capítulo 20

El aire de la noche era una delicia, tan tibio que Dorian Gray se colocó el abrigo sobre el brazo y ni siquiera se anudó en torno a la garganta la bufanda de seda. Mientras se dirigía hacia su casa, fumando un cigarrillo, dos jóvenes vestidos de etiqueta se cruzaron con él, y oyó cómo uno le susurraba al otro: «Ése es Dorian Gray». Recordó cuánto solía agradarle que alguien lo señalara con el dedo o se le quedara mirando y hablara de él. Ahora le cansaba oír su nombre. Buena parte del encanto del pueblecito adonde había ido con tanta frecuencia últimamente era que nadie lo conocía. A la muchacha a la que cortejó hasta enamorarla le había dicho que era pobre, y Hetty le había creído. En otra ocasión le dijo que era una persona malvada, y ella se echó a reír, respondiéndole que los malvados eran siempre muy viejos y muy feos. Ah, su manera de reírse! Era como el canto de la alondra. Y qué bonita estaba con sus vestidos de algodón y sus sombreros de ala ancha! Hetty no sabía nada de nada, pero poseía todo lo que él había perdido.

Al llegar a su casa, encontró al ayuda de cámara esperándolo. Le dijo que se acostara, se dejó caer en un sofá de la biblioteca y empezó a pensar en las cosas que lord Henry le había dicho.

¿Era realmente cierto que no se cambia? Sentía un deseo loco de recobrar la pureza sin mancha de su adolescencia; su adolescencia rosa y blanca, como lord Henry la había llamado en una ocasión. Sabía que estaba manchado, que había llenado su espíritu de corrupción y alimentado de horrores su imaginación; que había ejercido una influencia nefasta sobre otros, y que había experimentado, al hacerlo, un júbilo incalificable; y que, de todas las vidas que se habían cruzado con la suya, había hundido en el deshonor precisamente las más bellas, las más prometedoras. Pero, ¿era todo ello irremediable? ¿No le quedaba ninguna esperanza?

Ah, en qué monstruoso momento de orgullo y de ceguera había rezado para que el retrato cargara con la pesadumbre de sus días y él conservara el esplendor, eternamente intacto, de la juventud! Su fracaso procedía de ahí. Hubiera sido mucho mejor para él que a cada pecado cometido le hubiera acompañado su inevitable e inmediato castigo. En lugar de «perdónanos nuestros pecados», la plegaria de los hombres a un Dios de justicia debería ser «castíganos por nuestras iniquidades».

El curioso espejo tallado que lord Henry le regalara hacía ya tantos años se hallaba sobre la mesa, y los cupidos de marfileñas extremidades seguían, como antaño, rodeándolo con sus risas. Lo cogió, como había

hecho en aquella noche de horror, cuando por primera vez advirtiera un cambio en el retrato fatal, y con ojos desencajados, enturbiados por las lágrimas, contempló su superficie pulimentada. En una ocasión, alguien que le había amado apasionadamente le escribió una carta que concluía con esta manifestación de idolatría: «El mundo ha cambiado porque tú estás hecho de marfil y oro. La curva de tus labios vuelve a escribir la historia». Aquellas frases le volvieron a la memoria, y las repitió una y otra vez. Luego su belleza le inspiró una infinita repugnancia y, arrojando el espejo al suelo, lo aplastó con el talón hasta reducirlo a astillas de plata. Su belleza le había perdido, su belleza y la juventud por la que había rezado. Sin la una y sin la otra, quizá su vida hubiera quedado libre de mancha. La belleza sólo había sido una máscara, y su juventud, una burla. ¿Qué era la juventud en el mejor de los casos? Una época de inexperiencia, de inmadurez, un tiempo de estados de ánimo pasajeros y de pensamientos morbosos. ¿Por qué se había empeñado en vestir su uniforme? La juventud lo había echado a perder.

Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía cambiarlo. Tenía que pensar en sí mismo, en su futuro. A James Vane lo habían enterrado en una tumba anónima en el cementerio de Selby. Alan Campbell se había suicidado una noche en su laboratorio, pero sin revelar el secreto que le había sido impuesto. La emoción, o la curiosidad, suscitada por la desaparición de Basil Hallward pronto se desvanecería. Ya empezaba a pasar. Por ese lado no tenía nada que temer. Y, de hecho, no era la muerte de Basil Hallward lo que más le abrumaba. Le obsesionaba la muerte en vida de su propia alma. Basil había pintado el retrato que echó a perder su vida. Eso no se lo podía perdonar. El retrato tenía la culpa de todo. Basil le dijo cosas intolerables que él, sin embargo, soportó con paciencia. El asesinato fue obra, sencillamente, de una locura momentánea. En cuanto a Alan Campbell, el suicidio había sido su decisión personal. Había elegido actuar así. Nada tenía que ver con él.

Una vida nueva! Eso era lo que necesitaba. Eso era lo que estaba esperando. Sin duda la había empezado ya. Había evitado, al menos, la perdición de una criatura inocente. Nunca volvería a poner la tentación en el camino de la inocencia. Sería bueno.

Al pensar en Hetty Merton, empezó a preguntarse si el retrato habría cambiado. Sin duda no sería ya tan horrible como antes. Quizá, si su vida recobraba la pureza, expulsaría de su rostro hasta el último resto de las malas pasiones. Quizás, incluso, habían desaparecido ya. Iría a verlo.

Tomó la lámpara y subió sigilosamente las escaleras. Al descorrer el cerrojo, una sonrisa de alegría iluminó por un instante el rostro

extrañamente joven y se prolongó unos momentos más en torno a los labios. Sí, practicaría el bien, y aquel retrato espantoso que llevaba tanto tiempo escondido dejaría de aterrorizarlo. Sintió que ya se le había quitado un peso de encima.

Entró sin hacer el menor ruido, volviendo a cerrar la puerta con llave, como tenía por costumbre, y retiró la tela morada que cubría el cuadro. Un grito de dolor e indignación se le escapó de los labios. No se notaba cambio alguno, con la excepción de un brillo de astucia en la mirada y en la boca las arrugas sinuosas de la hipocresía. El lienzo seguía siendo tan odioso como siempre, más, si es que eso era posible; y el rocío escarlata que le manchaba la mano parecía más brillante, con más aspecto de sangre recién derramada. Dorian Gray empezó entonces a temblar. ¿Le había empujado únicamente la vanidad a llevar a cabo su única obra buena? ¿O había sido el deseo de una nueva sensación, como apuntara lord Henry, con su risa burlona? ¿O tal vez el deseo apasionado de representar un papel que nos empuja a hacer cosas mejores de lo que nos corresponde por naturaleza? ¿O, quizá, todo aquello al mismo tiempo? Pero, ¿por qué era más grande la mancha roja? Parecía haberse extendido como una horrible enfermedad sobre los dedos cubiertos de arrugas. Había sangre en los pies pintados, como si aquella cosa hubiera goteado… , sangre incluso en la mano que no había empuñado el cuchillo. ¿Una confesión? ¿Quería aquello decir que iba a confesar su crimen? ¿Que iba a entregarse para que lo ejecutaran? Se echó a reír. La idea le pareció monstruosa. Además, aunque confesara, ¿quién iba a creerlo? No había en ninguna parte resto alguno del pintor asesinado. Todas sus pertenencias habían sido destruidas. Él mismo había quemado maletín y abrigo. El mundo diría simplemente que estaba loco. Lo encerrarían en un manicomio si se empeñaba en repetir la misma historia… Sin embargo, era obligación suya confesar, soportar públicamente la vergüenza y expiar la culpa de manera igualmente pública. Había un Dios que exigía a los seres humanos confesar sus pecados en la tierra así como en el cielo. Nada de lo que hiciera le purificaría si no confesaba su pecado. ¿Su pecado? Se encogió de hombros. La muerte de Basil Hallward le parecía muy poca cosa. Pensaba en Hetty Merton. Porque aquel espejo de su alma que estaba contemplando era un espejo injusto. ¿Vanidad? ¿Curiosidad? ¿Hipocresía? ¿No había habido más que eso en su renuncia? Había habido algo más. Al menos así lo creía él. Pero, ¿cómo saberlo… ? No. No hubo nada más. Sólo renunció a la muchacha por vanidad. La hipocresía le había llevado a colocarse la máscara de la bondad. Había ensayado la abnegación por curiosidad. Ahora lo reconocía.

Pero aquel asesinato… , ¿iba a perseguirlo toda su vida? ¿Siempre tendría que soportar el peso de su pasado?

¿Tendría que confesar? Nunca. No había más que una prueba en contra suya. El cuadro mismo: ésa era la prueba. Lo destruiría. ¿Por qué lo había conservado tanto tiempo? Años atrás le proporcionaba el placer de contemplar cómo cambiaba y se hacía viejo. En los últimos tiempos ese placer había desaparecido. El cuadro le impedía dormir. Cuando salía de viaje, le horrorizaba la posibilidad de que lo contemplasen otros ojos. Teñía de melancolía sus pasiones. Su simple recuerdo echaba a perder muchos momentos de alegría. Había sido para él algo así como su conciencia. Sí. Había sido su conciencia. Lo destruiría.

Miró a su alrededor, y vio el cuchillo con el que apuñaló a Basil Hallward. Lo había limpiado muchas veces, hasta que desaparecieron todas las manchas. Brillaba, lanzaba destellos. De la misma manera que había matado al pintor, mataría su obra y todo lo que significaba. Mataría el pasado y, cuando estuviera muerto, él recobraría la libertad. Acabaría con aquella monstruosa vida del alma y, sin sus odiosas advertencias, recobraría la paz. Empuñó el arma y con ella apuñaló el retrato.

Se oyó un grito y el golpe de una caída. El grito puso de manifiesto un sufrimiento tan espantoso que los criados despertaron asustados y salieron en silencio de sus habitaciones. Dos caballeros que pasaban por la plaza se detuvieron y alzaron los ojos hacia la gran casa. Luego siguieron caminando hasta encontrar a un policía y regresar con él. Llamaron varias veces al timbre, pero sin recibir respuesta. Con la excepción de una luz en uno de los balcones del piso alto, todo estaba a oscuras. Al cabo de un rato, el policía se trasladó hasta un portal vecino para contemplar desde allí el edificio.

–¿Quién vive en esa casa? –le preguntó el caballero de más edad.

–El señor Dorian Gray–respondió el policía.

Las dos personas que le escuchaban intercambiaron una mirada de inteligencia y, mientras se alejaban, había en su rostro una mueca de desprecio. Uno de ellos era tío de sir Henry Ashton.

Dentro de la casa, en la zona donde vivía la servidumbre, los criados a medio vestir hablaban en voz baja. La anciana señora Leaf lloraba y se retorcía las manos. Francis estaba tan pálido como un muerto.

Transcurrido un cuarto de hora aproximadamente, el ayuda de cámara tomó consigo al cochero y a uno de los lacayos y subió en silencio las escaleras. Los golpes en la puerta no obtuvieron contestación. Y todo siguió en silencio cuando llamaron a su amo de viva voz. Finalmente, después de tratar en vano de forzar la puerta, salieron al tejado y

descendieron hasta el balcón. Una vez allí entraron sin dificultad: los pestillos eran muy antiguos.

En el interior encontraron, colgado de la pared, un espléndido retrato de su señor tal como lo habían visto por última vez, en todo el esplendor de su juventud y singular belleza. En el suelo, vestido de etiqueta, y con un cuchillo clavado en el corazón, hallaron el cadáver de un hombre mayor, muy consumido, lleno de arrugas y con un rostro repugnante. Sólo lo reconocieron cuando examinaron las sortijas que llevaba en los dedos.

Del mismo autor

Ensayos *(2010)*
Ensayos

Cuentos completos *(2010)*
Narrativa decadente

Teleny o El reverso de la medalla *(2011)*
"Teleny" o El reverso de la medalla", una historia curiosa y rodeada de cierto misterio. Misterio reforzado por los temas tratados: homoxesulidad, escenas de erotismo repletas de referencias muy cultas, propias de un escritor de altura. Y, aunque se supone que es un texto anónimo, la historia escrita ha señalado a Oscar Wilde como su autor.


feedbooks